
3 1761 07032051 0

MEMORIAS

DEL GENERAL

DON FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

MEMORIAS

DEL GENERAL

DON FRANCISCO ESPOZ Y MINA,

ESCRITAS POR EL MISMO.

PUBLÍCALAS SU VIUDA

DOÑA JUANA MARIA DE VEGA,

condesa de Espoz y Mina.

—

TOMO PRIMERO.

—

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, número 8.
—
1851.



Fran.co Espoz y Mina.

EL GENERAL D. FRANCISCO ESPOZ Y MINA,

A SUS CONCIUDADANOS.

Dificilmente mi nombre hubiera sonado entre los de mis contemporáneos á no ser por el cúmulo de circunstancias y sucesos que tuvieron lugar en Europa, y mas principalmente en mi patria, á principios del siglo XIX. Ni por la posicion de la casa de mis padres, ni por la educacion que me dieron, ni por la carrera ú ejercicio á que me dedicaron, en el cual puedo asegurar que era práctico consumado á la edad de veinte y seis años, ni menos por natural inclinacion hasta entonces, habria abrazado el partido de las armas. La patria, el peligro de la patria, cuya libertad é independencia fueron atacadas por un hombre que se burlaba de toda palabra y fe, cuando su religiosa observancia podia ser un obstáculo para llenar sus ambiciosas miras, inflamó la sangre pura de los buenos hijos de ella, y todos corrieron á las armas, resueltos á no soltarlas de la mano hasta dejar

vengadas las injurias que se la hacian cada dia; y allí me encontré entre ellos. Así como la suerte hizo muchos desgraciados, que en nuestras primeras empresas fueron víctimas de su celo patrio y de la cruel conducta de los inicuos invasores franceses, yo la debí una especial distincion: por su influencia pude sobrevivir á los golpes y heridas que recibia en los combates, y merced á esto y á la ayuda y consideracion que debí á mis compañeros, me vi elevado en la nueva carrera á una categoría superior.

Pero esto mismo fué un presente que la suerte me hizo de bien fatales resultados para el resto de mis dias. Cuando mas debia prometerme un vivir tranquilo, ya que la patria habia acabado con sus enemigos en virtud de esfuerzos de sus hijos, y todos ellos debiamos considerar llegada la hora del descanso apetecido, tuvieron principio las particulares vicisitudes de mi vida, que han sido desde entonces y durante el resto de ella, en el espacio de veinte y dos años, tantas, tan complicadas y azarosas, que, aniquiladas ya mis fuerzas por efecto de ellas, conozco llega apresuradamente el término de mi penosa existencia. No me estremece; y si algun sentimiento acibara mi memoria, es la de dejar en la orfandad á una sensible criatura, á cuyos cuidados, á cuyo esmero y cariño he debido tantos consuelos en mi agitado vivir; y la de haber sido causa de que perdiera la felicidad de que gozaba en la compañía de sus padres, y que pudiera haber disfrutado todavía unida á otro hom-

bre digno de ella, que no la habria ocasionado tantos años de martirio cuantos han sido para ella los de nuestra union.

No poseo bien ninguno de fortuna de que poder hacerla donacion : toda la riqueza de mi propiedad, con que he contado en mi vida, la que he procurado conservar, y con la que creo morir, es la de aparecer siempre ante mis contemporáneos y ante el mundo entero, en las páginas de la historia, como un español honrado, como un buen hijo de la patria, amante de su independencia. de su libertad, de toda su felicidad. La lectura de los apuntes de mi vida, que como única herencia de que puedo disponer lego á la amable compañera que me deparó el cielo, para que pueda publicarlos si lo estimase, la hará conocer el fondo de aquellos mis sentimientos, que jamás me abandonaron al tiempo de obrar en todas las circunstancias en que me he hallado; y podrá decir con orgullo que, si bien estuvo unida á un hombre que por falta de suficiente saber en la direccion de los negocios graves que tuvo á su cargo en diversas épocas, pudo haber cometido errores, que es condicion inseparable de la desdichada humanidad, jamás obró con bajeza, nunca con miras de interés material propio, dolo, fraude ni injusticia á sabiendas; ni en ningun tiempo tuvo mas ambicion de ninguna clase que la de cooperar con todas sus fuerzas y medios al bienestar y gloria de su amada patria.

Deposito este papel en manos de la amistad para ser

presentado á mi buena esposa después de mi desaparicion, y cuando se crea que el darla conocimiento de él no podrá causar ningun trastorno en su delicada salud. — Barcelona, 18 de setiembre de 1836.

FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

Y en cumplimiento de la voluntad de mi esposo presento al público estas *Memorias* segun él mismo las dejó arregladas. Después de su muerte he recibido aviso de varios puntos en que existen papeles que contienen algunos hechos de su vida pública; he procurado recogerlos, y reunidos que sean y examinados, si resultase que contengan alguna circunstancia notable que no esté comprendida en las *Memorias*, ó cualquiera particularidad que merezca darse á luz, se hará por medio de apéndices á la conclusion de la obra.

JUANA MARÍA VEGA DE MINA.

MEMORIAS

DEL GENERAL

DON FRANCISCO ESPOZ Y MINA.

SUCESOS DEL AÑO DE 1808.

Vivia yo en el seno de la mas profunda paz y una tranquilidad perfecta, cuando las revueltas y convulsiones de la patria, en los principios del año de 1808, vinieron á robarme esta felicidad de que gozaba.

Muerto mi padre, Juan Estéban Espoz, quedé yo, á la edad de quince años, á la cabeza de nuestra pequeña hacienda patrimonial, á cuyas labores habia sido aplicado desde muy niño, y cuyos productos eran el principal sosten de la familia.

Mi madre, María Teresa Ilundain, habia tenido siete hijos, y de ellos, en aquel año de 1808 viviamos cuatro: mi hermana Vicenta, que vivia en la casa; otra hermana Simona, casada en Pamplona con D. Baltasar Sainz, administrador de la casa de Misericordia de aquella ciudad;

otro hermano eclesiástico, llamado D. Clemente Espoz, vicario del hospital general civil de la propia ciudad; y yo, el menor de todos cuatro, que contaba entonces veinte y cinco años y medio. Tambien tenia en aquel tiempo en Pamplona un sobrino, llamado Javier Mina, que estudiaba filosofía, de edad de diez y siete años, de quien hablaré mas adelante.

El lugar de mi nacimiento, Idocin, cuya poblacion se compone de solo once casas, confundido en el valle de Ibargoiti, perteneciente á la merindad de Sangüesa, del reino de Navarra, dista tres leguas y media de la capital de este, y otro tanto camino, poco mas ó menos, de la ciudad de Sangüesa.

Siempre que podia hacer treguas con las precisas faenas del campo pasaba á Pamplona á ver á mis hermanos Clemente y Simona y á mi sobrino Javier Mina, y casualmente me hallé en aquella ciudad el dia 9 de febrero de 1808: ¡dia de constante recuerdo para mí, porque en él fué cuando la rueda de mi estrella, dejando el carril trillado y suave que llevaba, giró de través y marchó en otra direccion escabrosa, sin haber podido parar desde entonces el ímpetu de su carrera, á pesar de haber tropezado en miles de embarazos y sufrido en ella todos los contratiempos de espantosas tempestades y furiosos huracanes! La causa de este efecto fué el haber visto entrar en aquel dia en la plaza de Pamplona una columna de cuatro mil hombres de tropas francesas al mando del general d'Armagnac.

Amaneció esta columna á las puertas de la ciudad con sorpresa del vecindario y extrañeza de las autoridades, que carecian de toda noticia de su venida. El Virey, mar-

qués de Vallesantoro, pidió al general frances razon de la autorizacion y objeto con que se habia introducido furtivamente en país extraño con tanto número de hombres armados, y díjose de público que la contestacion fué presentar el pasaporte ú órdenes que llevaba del generalísimo de España, príncipe de la Paz, para ser admitido en la plaza; y fuera ó no fuera así, entraron los cuatro mil hombres con un aire de orgullo insoportable á mi vista.

De muy mal aspecto se miró por todos la llegada de tales huéspedes cuando nadie esperaba semejante visita: yo volví á mi lugar aquel mismo dia, haciendo mil reflexiones sobre lo que habia visto, y participando de la desconfianza que observé en las gentes de Pamplona sobre la conducta ulterior que podrian desplegar los franceses, prevalidos de nuestra apática imprevision; y á fe que no se pasaron muchos dias sin que bien á las claras manifestasen sus dañadas intenciones por un acto de vil traicion.

Alojáronse á su entrada en la ciudad, no habiendo consentido el Virey, á pesar de haberlo solicitado con empeño el general frances, que se colocasen algunas tropas en los cuarteles de la ciudadela, adonde pasó toda la guarnicion española de la plaza, compuesta de cuatrocientos hombres escasos del regimiento Voluntarios de Cataluña; pero entonces, antes, despues y siempre los españoles hemos sido víctimas de nuestra confianza y buena fe, ó mas bien de nuestra indolencia. Por las gestiones ya hechas por d'Armaguac, por la actitud en que conservaba su gente, y por todos los movimientos y conversaciones de esta, el Virey debió poner atencion á

la ciudadela y encargar la mas exquisita vigilancia en ella; pero si hubo algun cuidado de su parte, no fué tan grande que no dejase un portillo abierto por donde el ratero enemigo pudiera colarse, aprovechando la mas leve distraccion; y tal fué el haber dispuesto que los franceses fuesen á racionarse de pan todos los dias á la ciudadela, donde existian los hornos de la provision.

El general frances tenia su alojamiento en la casa del marqués de Besolla, cuya fachada y principal entrada da frente á una parte del glacis de la ciudadela y casi á la puerta de entrada de esta. Atento á su objeto, sobre que tendria instrucciones de su amo, y aprovechándose de la demasiada confianza de nuestros jefes militares, á los ocho dias de haber llegado, esto es, el 16 de febrero, dispuso que á los soldados que iban con los sacos por el pan siguiesen otros que á propósito la noche anterior habia ocultado en la casa de su alojamiento, llevando las armas escondidas bajo de sus capotes. Al entrar los primeros por las puertas de la ciudadela, formaron un juego, tirándose unos á otros pellones de nieve, que habia caido en mucha abundancia en aquellos dias, y cuando lograron distraer de este modo á las guardias, los soldados franceses que armados seguian con mucho disimulo, se echaron sobre ellas, se apoderaron de todos los puestos, quedando posesionados del castillo, y prisioneros los jefes de él y nuestros soldados, cuya mayor parte se escapó tirándose muchos por las murallas.

Hé aquí una hazaña que al general d'Armagnac probablemente le habria valido un grado, y que el usurpador Bonaparte haria publicar en Europa por sus boleti-

nes militares, pintándola como una señalada y gloriosa victoria conseguida por sus armas contra una plaza de primer órden de España. Y ¡cuántas de estas no habrian creido los españoles como hechos heróicos en otros países, cuando en mucha parte todo se reducia á engaños y tropelías deshonrosas y bárbaras, segun lo que hemos observado al abrir los ojos y percibir la verdadera claridad! A semejante felonía todavía d'Armaguac tuvo la imprudencia de añadir el insulto. El hecho se habia consumado muy de mañana y en un tiempo de riguroso frio, de modo que al dispertar los habitantes de Pamplona se encontraron enteramente á merced de sus huéspedes, y el jefe de estos dió oficialmente aviso de ello á las autoridades del país, diciendo que si habia sorprendido la ciudadela, lo habia hecho por evitar la efusion de sangre, que no hubiera sido economizada en caso de una defensa de parte de la guarnicion española, y concluia convidándolas á reunírsele, á fin de que no se alterase el órden ni perturbase la tranquilidad pública.

Ciertamente por la prueba que han dado los españoles en el discurso de la guerra puede sacarse la consecuencia de que ni ellos hubieran excusado derramar su sangre en defensa de sus ciudades y castillos, ni los franceses las habrian obtenido tan fácilmente si habian de haberlas ganado en campal batalla. El ardid que emplearon para apoderarse de la de Pamplona, burlándose de la buena fe de las autoridades españolas, justificó el recelo con que se habia visto la llegada de los que se presentaban como verdaderos enemigos; y era tal ya la irritacion de los ánimos contra ellos, que estoy en la firme creencia de que si acto continuo á la sorpresa de la

ciudadela de Pamplona, las autoridades de Navarra que tenian su asiento en aquella capital, ó cualquiera de ellas, como el Virey, los tribunales ó la Diputacion, hubieran salido de allí y fijádose en otro punto de la provincia, y llamado á sus naturales para reconquistar la plaza y el castillo, en masa nos habriamos reunido todos los hombres aptos para tomar las armas y pegar contra los invasores, sin reparar en ningun género de peligros : tal fué la indignacion que se apoderó de todos contra tan vil é injustificable agresion. Pero el Virey no pudo hacerlo, porque para impedir toda reclamacion y gestion de su parte lo llevaron inmediatamente y por fuerza á Francia; los tribunales no se creian autorizados para tomar ninguna medida, y la Diputacion aguardaba de la corte contestacion á sus representaciones; y de esta manera nada se hizo de pronto, por falta de un centro y autoridad que diese el impulso á la buena disposicion de todos los navarros para vengarse del ultraje que se habia hecho á su buena fe. Sin embargo, desde aquella época todos los ánimos se previnieron, y cada cual procuraba apercibirse para la primera alarma que se diera.

Sin que la Diputacion ni las demás autoridades que representaron á la corte sobre el atentado del general d'Armagnac recibiesen contestacion, llegó la noticia de las revueltas de Aranjuez y Madrid, en los dias 17, 18 y 19 de marzo, y la renuncia de la corona, hecha por Cárlos IV en favor del príncipe de Astúrias, Fernando, que se denominó, siendo rey, el Séptimo de su nombre en Castilla; y el conocimiento de estas novedades dió alguna tregua á la agitacion que habia producido en los navarros el proceder de los franceses. Pero como se su-

cediesen en cada correo distintas nuevas que indicaban bastante la mala fe con que en todas partes se conducian las tropas extranjeras, y en especialidad las que habia en Madrid á las órdenes de Murat, cuñado de Napoleon; el orgullo con que se presentaba aquel verdadero sátrapa en figura y hechos, el desaire con que trataba al nuevo monarca y á su gobierno, y por último, la manera falaz con que habia arrancado de España y conducido á Francia toda la familia real; todas estas circunstancias reunidas llegaron á encender la sangre leal de los navarros, y la poblacion casi entera prorumpió en voces abiertamente contra los enemigos invasores, cuando se supo la ocurrencia del 2 de mayo en Madrid, cuya noticia vino á coincidir con la entrada de nuevas tropas francesas en Navarra para tomar la direccion de Aragon y apoderarse de este reino, segun las mismas lo publicaban sin rebozo.

Yo continuaba siempre mis visitas á la ciudad de Pamplona, y ya en este tiempo el objeto principal de ellas era el de informarme del modo de pensar de las gentes de la capital, cuya opinion fué siempre seguida de todos los pueblos de la provincia; y bien convencido de que esta era la de armarse contra los injustos agresores para libertarnos de la esclavitud que tal vez nos preparaban, y testigo, por otra parte, de la ausencia de muchos jóvenes de la ciudad, que habian salido con ánimo de reunirse en algun punto fuera de sus muros, ó de tomar partido en algun cuerpo militar, habido consejo de mi hermano el vicario del hospital, y con su anuencia, me dispuse yo igualmente á tomar las armas, concertándome con los mozos del lugar y algunos otros de los

pueblos inmediatos, para marchar unidos adonde pudiéramos ser útiles á la causa de la patria ya ofendida.

No apareciendo en Navarra un hombre que, perteneciendo á las clases de títulos, de mayorazgos ó de riqueza, tuviese alguna nombradía y prestigio para levantar bandera de reunion (y ¡cosa rara y notable en todo el tiempo que duró la guerra! no se presentó en aquellos campos ningun individuo que perteneciese á estas altas y privilegiadas familias), adonde pudiera concurrir toda la juventud, como lo deseaba, muchos adoptaron el partido de marcharse á Zaragoza, para ayudar á los aragoneses contra la division francesa que tomaba aquel camino á las órdenes del general Leffèbre Desnoettes: fueron bastantes los que perecieron en el sitio que este general puso á Zaragoza, y los que quedaron con vida, cuando se retiró volvieron á su país, y á su influjo y con su auxilio formáronse algunos grupos pequeños de patriotas para causar todo el mal posible á los franceses: y otras semejantes partidas aparecieron tambien á la vez en la Rioja, Castilla, Alava, y poco después en Guipúzcoa y Vizcaya.

No se hizo cosa notable con estas partidas desde el mes de agosto, en que se levantó el sitio primero de Zaragoza, hasta que en el de noviembre, después de la derrota de nuestros ejércitos por Napoleon en persona, ayudado por la mayor parte de sus mariscales y de su grande ejército, se sitió aquella ciudad por segunda vez. Desembarazada algun tanto entonces la Navarra de tropas francesas, y obligadas estas á llevar continuamente convoyes de toda clase de provisiones de boca y guerra desde la plaza de Pamplona al sitio de Zaragoza, se ocu-

paron las partidas en interceptarlos, sorprender destacamentos y detener correos, de que resultaron muchísimo daño á las combinaciones y empresas de los franceses.

En el tiempo que medió de uno á otro sitio de Zaragoza, bajo la proteccion y título del comisionado inglés coronel Doyle, se dispuso la formacion de un nuevo batallon de tropa reglada; y como no entraba en mis sentimientos ni en los de otros de mis compañeros el modo de obrar de la mayor parte de las pequeñas guerrillas formadas hasta entonces, porque cada uno de sus individuos se creia autorizado para hacer cuantos bienes y males le pasaban por la imaginacion, tomamos partido en aquel batallon y fuimos á parar á la plaza de Jaca.

Mi sobrino Javier Mina después de tomada la ciudad de Zaragoza por los franceses hizo un viaje á Lérida con cartas para el general Areizaga, que se hallaba en aquella plaza, y á virtud de las noticias que dió al General sobre el espíritu de la Navarra, y hallando este bastante despejo en el jóven estudiante, le confirió el despacho de capitan y la competente autorizacion para fomentar las guerrillas y establecer por sí una partida con el título de *Corso terrestre de Navarra*.

SUCESOS DE LOS AÑOS DE 1809 Y 1810.

Bien pronto justificó mi sobrino con sus hechos la buena eleccion del general Areizaga : valiente sin segundo, audaz, activo, realizó empresas con que asombró á los mismos franceses. Entre sus hechos extraordinarios tuvo lugar uno que merece particular mencion. Separándose muchas leguas de la base de sus operaciones, que era el centro de Navarra, de repente se presentó en Ogarzun, al extremo de la provincia de Guipúzcoa y cerca de la raya de Francia, país dominado por los enemigos, y se apoderó de un convoy, y además de una banda de músicos, que fueron conducidos al interior de España, y volvieron después á formar la música del batallon 1.° de la division de Navarra. Derrotó la escolta que los conducia, é hizo además algunos prisioneros; y revolviendo inmediatamente sobre su base, en un intermedio de tiempo muy corto batió á fuerzas francesas en Bararoain, en Noain y en la venta de Unzúe; en cuyas acciones aprehendió hombres y armas. Impuso tal terror con estos hechos al enemigo, que á poco tiempo el general d'Agoult, que á la sazon mandaba en Navarra, hubo de entrar en conciertos con él para el canje de prisioneros, y en una ocasion vieron los pamploneses entrar en su ciudad para verificar un canje cuatro de sus hijos enviados por su jefe Mina, que por el aire marcial con que se presentaron y su buen equipo entu-

siasmaron á los jóvenes del pueblo, y á los pocos dias algunos cientos de ellos se hallaban ya unidos al Corso.

A este mismo tiempo daban mucho en que entender á los franceses los valles del Roncal y Salazar, en Navarra, y Ansó, Hecho y otros, en Aragon, donde se habian establecido algunas fuerzas de naturales del país á las órdenes de oficiales prisioneros en Zaragoza, que habian logrado escaparse, y reconocian por su jefe al brigadier Renovales : allí sobresalieron en valor varios individuos que después ilustraron con sus hechos la división de Navarra bajo de mi mando en jefe, y fueron Cruchaga, Barricart, Barrena, Arvilla, y varios otros; por manera que los franceses, en este tiempo, no dominaban por aquel país sino las grandes poblaciones de la carretera, custodiadas de crecidas guarniciones, y aun en algunas de ellas que no estaban resguardadas con fuertes murallas eran frecuentemente incomodados por las partidas.

Llegaron á mi conocimiento y al de mis compañeros que se hallaban en el batallon de Doyle, los hechos de mi sobrino Javier Mina y de los demás navarros que cada dia tenian ocasion de batirse con los enemigos, y aprovechando los momentos en que el gobernador de la plaza de Jaca acordaba su capitulacion y entrega á los franceses, que se verificó el 21 de marzo de 1809, y no queriendo nosotros quedar prisioneros de guerra, huimos de la plaza, descolgándonos por la muralla varios de mis compañeros y yo, y marchamos á unirnos á las guerrillas de Navarra (1). Cuando nos reunimos á la de mi

(1) En el tiempo que Mina (D. Francisco Espoz) permaneció en el batallon de Doyle, y en una accion ó escaramuza con los

sobrino ya lo estaban muchos de aquellos que en los principios andaban sueltos, y eran los mas notables Sarasa (alias Cholin), Fidalgo, Juan de Villanueva, conocido por Juanito el de la Rochapea; su compañero Juan Ignacio Noain, Lizarraga, nombrado Tachuelas; Buruchuri, Marcalain, y muchos otros, todos conocidos por su arrojo y valor. Con el auxilio de estos valientes, sin abandonar la parte que reclamaba su atencion sobre los franceses, trató de limpiar, y efectivamente limpió el país de otra clase de enemigos, peores que aquellos; y eran algunas cuadrillas de ladrones y facinerosos que, so color de patriotas, sacrificaban á sus vicios y rapiña cuanto se les presentaba: entre otros fusiló al llamado Carretero de Leire con todos los de su partida, que tenian aterrada la provincia con sus atrocidades; y con esta conducta y los continuos choques que tenia con los franceses, siempre con ventajas, llegó á alcanzar una decidida simpatía y proteccion de toda la provincia de Navarra, y grande nombradía fuera de ella.

Pero si bien esto le valia mucho para hallar amparo en cualquier infortunio que le ocurriese, no le proporcionaba armas, municiones y otros útiles que necesitaba para la mucha gente que sin cesar se agregaba á su bandera. Mi hermano el vicario del hospital de Pamplona facilitaba cuanto podia agenciar, unido á otros patriotas de la ciudad, de armamento, municion y vestuario, con mucho riesgo de todos estos agentes; pero no suficiente para llenar todas las necesidades. Estos artículos los ha-

franceses, recibió una contusion en el hombro por haberse introducido en el cañon de su fusil la bala del contrario. Consta de su hoja de servicios.

cian conducir fuera de la ciudad por medio del carro en que se llevaban los cadáveres al campo santo, distante mas de un cuarto de hora de los muros, y el encargado de esta comision era el sepulturero Miguel Iriarte, conocido con el mote de Malacría. Llegaron los franceses á sospechar que se hacian estas expediciones, y por aviso y consejo de los patriotas comprometidos, huyeron de la ciudad mi hermano y Malacría; sobre quienes recaian principalmente los recelos. Tomó Iriarte las armas en la division; mas adelante fué cogido, llevado á Pamplona y ahorcado, dando por justificado, sin estarlo, el hecho de extraccion de armas y municiones en que anteriormente se habia ocupado. Ofreciéronle conservar la vida si declaraba los cómplices; pero murió con el secreto. No hay ejemplo de semejante serenidad al fin del patíbulo, pero serenidad que no podia dejar de existir en un alma del temple de la suya, que fué grande y bien notable en la conducta que observó desde el momento en que dió principio á prestar servicios á la patria hasta que espiró. ¡Cuántas víctimas libertó con su heróico silencio! Otro hermano tenia en la division llamado Leon Iriarte (1), de figura endeble, pero hombre de singular san-

(1) Este desgraciado, siendo coronel en el año de 1837, y despues de mil proezas que llevaba hechas contra los carlistas, fué fusilado en Pamplona en este año, por disposicion del general en jefe del ejército del Norte, conde de Luchana, considerándolo como cómplice en las ocurrencias que produjeron en aquella plaza las muertes del general Sarfield y coronel Mendivil. Al mismo tiempo fué tambien fusilado Barricart, otro de los valientes de la division de Navarra del tiempo de la guerra de la Independencia. ¡Desventurados, otra suerte debierais pro-

gre fria : por sus brillantes hazañas llegó desde soldado raso hasta capitan de caballería en aquella guerra.

La actividad de mi sobrino iba á la par de su arrojo. Después de la accion de la venta de Unzúe caimos sobre un convoy que se dirijia á Tudela : se pasó á cuchillo una parte de la escolta, y el resto quedó prisionera ; el oficial que la mandaba fué herido, y Mina lo envió á Pamplona á que diera al general d'Agoult noticia del suceso, con una carta en que le decia que el portador se habia batido con bizarría. Ocupamos al enemigo en las cercanías de Sangüesa una porcion de plata que este habia recogido de algunas iglesias, matándole porcion de hombres ; lo atacamos en el mismo Sangüesa, y lo desalojamos de todas sus posiciones ; tambien se rechazó en Murillete una descubierta de infantería y caballería que habia salido de Caparroso. Cuándo en Navarra, cuándo en Aragon, cuándo en la Rioja, allí no se conocia el descanso. Conduciendo prisioneros en direccion de Valencia ó Cataluña, se presentó en Veota de Aragon una columna de mil franceses para rescatarlos. Mina los cargó con su corta caballería y los hizo pedazos, logrando un pequeño resto salvarse porque salió á su socorro la guarnicion de Egea ; otro tanto le sucedió entonces mismo á otra columna enemiga que desde Zuera salió á reforzar á Egea : fué llevada en derrota, y cuando regresó á Zuera ya tenia perdidos mas de doscientos hombres ; bien que entonces nos auxilió una partida de aragoneses al mando de un tal Sarto.

Tales descalabros llamaron la atencion de los france-

meteros en recompensa de la mucha sangre que habiais derramado en servicio de la Patria! — (*Nota del Editor.*)

ses de Aragon y Navarra : de ambas provincias salieron muchas columnas en combinacion para perseguirnos; pero sin embargo, no nos arredraba el peligro. Entre Caparroso y Olite se atacó á un convoy de efectos de guerra, y mucha parte quedó en nuestro poder. Amenazamos á Lodosa, y castigamos á los que de la guarnicion salieron á encontrarse con nosotros; tambien se les causó pérdida en ataques que tuvimos en Tiebas y Puente la Reina; y en Muruzábal quedó derrotado enteramente el general de brigada que los franceses llamaban el Negro, porque realmente era mulato, y se dijo que habia muerto de la pena que le causara su desgracia. Reunidos al marqués de Barrio-Lucio, que mandaba algunos soldados, y á Cuevillas, que era comandante de una guerrilla en Castilla y Rioja, acometimos entre Sansol y los Arcos á una fuerte columna francesa que nos perseguia, y la destrozamos casi enteramente en la misma accion; perseguimos al resto sin cesar hasta las puertas de Pamplona, y en este encuentro murió un procurador de los tribunales de aquella capital, llamado Echeverría, que era juez de policía de los franceses; cuya muerte vieron con placer los voluntarios, por los males que habia causado en el ejercicio de sus funciones á muchas de sus familias. Seguidamente, solo en union con Cuevillas, atacamos á la guarnicion de Tudela, pero sin mas fruto que el de haber saqueado algunas casas donde se alojaban franceses, por habernos hecho fuego de ellas, y entre otras, la que ocupaba el general que vulgarmente llamaban el Curro. Separados de Cuevillas, continuamos nuestra expedicion sobre Tafalla, donde tambien ocupamos varios equipajes de franceses.

Fijar exactamente las épocas de todos estos hechos es imposible, y fortuna que haya memoria para haberlos retenido y poder contarlos. Las guerrillas de Navarra en aquellos primeros tiempos, y algo mas tarde todavía, como que no tenian sujecion directa á ninguna autoridad superior marcada, obraban á voluntad, sin mas reglas, planes ni combinaciones que lo que daban de sí las confidencias: el cura de Valcárlos, Galduroz, hácia la montaña, entre Roncesvalles y San Juan del pié del Puerto; un tal Belza, al otro lado de la montaña, desde Bastan hasta los confines de Guipúzcoa; Egoaguirre, Zabaleta, Ochotorena y los Gurreas de Olite, hácia la tierra baja, en la ribera, con las partidas de las inmediaciones de Pamplona, fueron los primeros que empezaron á incomodar á los franceses: de estos guerrilleros de nombradía varios se habian retirado, otros habian cambiado de teatro, y algunos estaban agregados al Corso terrestre de Mina; la táctica de guerra adoptada desde su orígen era el acudir allí adonde se anunciaban enemigos á quien combatir con alguna ventaja, unas veces solo las partidas particulares, y otras en union de varias, segun era la necesidad; y estas expediciones eran capitaneadas por aquellos mas sagaces y valientes. En la guerrilla de Mina no habia oficialidad: como obraba mas en grande que las otras, los que se ponian al frente de las comisiones ó particulares empresas únicamente estaban considerados en la clase de sargentos de cuerpos de ejército, y nadie ambicionaba mas grado, pues con él solo se hacian respetar; no se conocia mas objeto que el de destruir enemigos; las órdenes que se daban eran verbales y de palabra, y por pública voz tenia el jefe cono-

cimiento de la puntual ejecucion de ellas : á mí me cupo la suerte de mandar en varias expediciones, y tener la felicidad de desempeñar todas ellas á satisfaccion del jefe, aunque á costa de muchas fatigas, de varias contusiones y alguna otra herida. Y como no habia ni secretarios, ni planas mayores, ni punto alguno determinado donde se depositasen las relaciones de los sucesos, no hay documentos con que apoyarlos, y solo por tradicion podrán conservarse en la memoria del país. Todos los hechos referidos y otras mil mas brillantísimas acciones generales y parciales de la partida de Corso terrestre, de que no me es posible recordar con exactitud, tuvieron lugar desde el mes de julio de 1809 hasta fines de marzo de 1810.

SIGUEN LOS SUCESOS DE 1810.

Considerando mi sobrino en este tiempo que sus corsarios guerrilleros debian estar sumamente fatigados con tantas marchas, batallas y trabajos; y por otra parte, viéndose perseguido sin cesar por columnas francesas, que aparecian por todas partes y habian jurado su exterminio, diseminó su gente para mejor ocultarla del enemigo, á fin de que descansase por algunos dias, y él quiso tambien entregarse á un poco de reposo : quedóse con veinte caballos y cincuenta infantes, y yo entre ellos, y el dia 29 de marzo llegamos al pueblo de

Labiano, á distancia de legua y media de Pamplona, con objeto de descansar un dia para seguir después á paraje mas resguardado.

Acababa de entrar á mandar en Navarra el nuevo gobernador general de division Dufour, y desde el momento que se encargó del mando empeñó una persecucion activísima contra nosotros, y sin duda debia tener buenas noticias de nuestras marchas, pues no bien nos habiamos apeado en Labiano, cuando se nos echó encima una columna de tres mil hombres. Noticiosos de su movimiento, salí yo con algunos caballos á explorar su direccion mientras mi sobrino tomaba algun descanso. Observé que á paso redoblado venia en derechura al pueblo; di pronto aviso para que los del lugar se pusiesen inmediatamente en salvo, y no abandoné la avanzada hasta que á tiro de pistola disparamos las carabinas sobre el enemigo. Me retiré con los que me acompañaban por un costado del pueblo, considerando lejos de él á mi sobrino; pero sea que este no viese tan de cerca el peligro, ó sea que quiso dar ejemplo de serenidad, no hizo al pronto caso de la noticia, y después, cuando trató de salvarse, no pudo realizarlo por su temeridad. Antes que estuviese á caballo ya los franceses se hallaban dentro del pueblo : tomó de prisa la yegua que montaba, quiso ganar la montaña; pero cayó aquella, lo desarzonó, lo rodearon los enemigos y lo hicieron prisionero, después que un gendarme lo hirió en un brazo estando tendido, y lo condujeron la misma tarde á Pamplona : todos los demás de la partida se salvaron. Su suerte habria sido la de ahorcado á no haber mediado los patriotas de aquella ciudad, que lograron

del General que suspendiera la ejecucion y lo mandase á Francia en calidad de prisionero. ¡Jóven acreedor á otra suerte por las cualidades de valor, arrojo y honradez de que estaba adornado, y que habrian sido de mucho valer en aquellas circunstancias en servicio de la patria!

Este suceso cubrió de luto á la provincia toda, y sus guerrilleros corsarios lloraron de despecho por una pérdida que no creian poder reemplazar, y muchos hubo que, desmayados al verse sin su querido jefe, se retiraron á sus casas; otros se formaron en partidas independientes, y algunos fueron á aumentar las que existian ya en la misma Navarra y en otros puntos: por manera que de los ochocientos infantes y sesenta caballos que tenia mi sobrino á sus órdenes cuando fué hecho prisionero, solo siete nos reunimos en un punto, y fuimos Manuel Gurria, natural de Olite; Tomas Ciriza, conocido por Tomasito, de Azcarate; Luis Gaston, el Chiquito, de Tafalla; Sarasa, llamado Mala Alma (1), y yo, para consultar sobre el partido que deberiamos seguir.

Además de nuestra partida, que se titulaba de Mina, habia otras tres de alguna consideracion en Navarra: una estaba á las órdenes inmediatas de Pascual Echeverría, carnicero de Corella, y era la mas fuerte; pero su jefe, hombre que jamás buscaba ni esperaba los franceses para batirlos, lleno de vicios de todas clases, los

(1) A este Sarasa, distinto del otro conocido por Cholin, le apellidaban *Mala Alma* porque la tenia sumamente buena: era hombre de la mayor honradez y justificacion, y todos le respetaban por su candoroso corazon, unido á un valor á toda prueba. Estaba muy bien acomodado en su casa.

promovia en sus subordinados, y allí todo era desórden; no hacia otra cosa mas que pasear su gente por la provincia, cometiendo mil tropelías contra los pueblos y contra los particulares; á esta partida se acogian los desertores del ejército francés, y de ellos se habia formado Echeverría una guardia pretoriana que los mimaba de todos modos, y estaba aventajada en sueldo á la demás gente, para tenerlos á su entera devocion. La segunda partida la mandaba un tal Sadaba, que casi se consideraba en dependencia de Echeverría; habia sido sargento del ejército; hombre valiente y de mucho espíritu, aunque pecaba algun tanto de fanfarron, era mi conocido y me tenia cierta consideracion. Y la tercera estaba á las órdenes de Juan Hernandez, alias el Pelado; á este se le reunió casi toda la caballería de Mina.

No cuadrando al modo de pensar de los siete que nos hallábamos reunidos los principios que seguian los tres comandantes dichos, después de discurrir algun tiempo, mis compañeros se fijaron en que yo debia ser el que sustituyese á mi sobrino, pues que á su parecer convenia conservar el prestigio del nombre de Mina, tanto con respecto al interés de los pueblos de la provincia, cuanto por la consideracion que le habian tenido los franceses, cuyos generales habian convenido con él en el canje de prisioneros, y era punto que no debia perderse de vista. A los demás guerrilleros los miraban, y con bastante fundamento, como ladrones y asesinos. A pesar de no considerarme con los medios suficientes para poder ocupar el puesto de jefe, cedí á la determinacion de mis compañeros, proponiéndome no perder de vista y seguir los excelentes ejemplos que me dejó mi sobrino.

Convine además con mis compañeros en que desde entonces me firmase Espoz y Mina.

El dia 3 de abril de este año de 1810 salió mi sobrino Javier Mina de Pamplona con destino á Francia, y no finalizó su viaje hasta que llegó al castillo de Vincennes, cerca de Paris, donde fué encerrado. La regencia de España, queriendo darle un testimonio de lo gratos que sus servicios habian sido á la patria, le acordó el empleo de teniente coronel, y hizo oficiar al gobierno frances para que en su estado de prisionero fuese tratado con las consideraciones debidas á aquel grado.

Disuelta, como se ha dicho, su partida, y reconocido yo por varios individuos de ella como su jefe, en sustitucion del anterior, circulé inmediatamente algunos avisos; y antes de emprender nada contra los franceses creí preciso esperar el resultado para contar la gente que tenia á mis órdenes, poner arreglo en ella, y tambien tomar sin perder tiempo medidas que contuviesen los excesos escandalosos que se cometian en los pueblos por las otras partidas.

Mientras recibia noticias menester fué no quedarme parado, porque la diligencia en aquellos momentos podia tener grande influjo en la suerte de mi posicion; y habiendo llegado á entender que Sadaba con su partida se dirigia al pueblo de la Cunza, me anticipé á ganar antes que él este lugar, sin mas compañía que la de mis seis subordinados. Yo conocia á Sadaba, como lo he indicado ya, y no me eran desconocidos ni enemigos algunos de los de su partida, y me propuse tantearlos, y si era posible, reunirlos á la mia, incluso el jefe. Apareció este acompañado de tres individuos, que se adelantaron á

preparar los alojamientos para su gente, que le seguia; y sin darle lugar para nada, me acerqué á él, y en tono de superior le reprendí sus excesos, los de su partida, y afeé tambien la conducta de Echeverría, su amigo, y por pronta disposicion lo puse arrestado al cuidado de mis compañeros: quedóse el hombre sorprendido dando muestras de abatimiento.

Llegaba en esto su gente, salí á su encuentro, la detuve, me quejé de su conducta, y díjeles que era preciso renunciar á los escándalos y sujetarse á una severa disciplina, y que el que la desconociese seria pasado por las armas, y á esto se daria principio por su propio jefe Sadaba, á quien tenia arrestado. Se me dieron algunos vivas, y varios pasaron desde luego á mi bando y me reconocieron por su comandante. Otros se resistian, y acercándome entonces al que llevaba la bandera, se la arranqué de las manos, diciendo: « Venga esa insignia, que me pertenece por ser de Mina » (era efectivamente la de mi sobrino); y con aire de grande enfado y con fuertes voces añadí: « El que no quiera seguirme vaya inmediatamente á mi alojamiento por el dinero que necesite para regresar á su casa; porque soldados malos y viciosos no los ha de menester la patria ni yo los quiero; pero tengan VV. entendido que ninguno llevará sus armas ».

Alejándome entonces con la bandera y los que me seguian, dejé á los demás entregados á sus propias reflexiones, y á poco rato se me reunieron todos, y ya allí mismo conté á mis órdenes ciento veinte hombres. Solamente tomando esta actitud de superioridad con que al presentarme les impuse, podia esperar que mi arrojo

fuese coronado del feliz éxito que tuvo; de otro modo, manifestando la flaqueza de mi posicion, era de temer que mis compañeros y yo hubiésemos sido sacrificados por aquellos hombres que, tan disciplinados y obedientes como se verá que fuéron en adelante, tan faltos de toda subordinacion y freno estaban en la época á que me refiero. Sensible me es el confesarlo; pero mi deber es decir la verdad, y por desgracia no hay quien sin faltar á ella pueda rebatir mi proposicion.

En efecto, no es posible describir el cuadro de horrorosa desmoralizacion á que habian llegado en el tiempo á que esta relacion se contrae las partidas de guerrilla, excepto la de mi sobrino Mina, que estaba algo mas regularizada. Pudo contribuir á esto en gran parte que entre los voluntarios de Mina habia muchos estudiantes jóvenes compañeros suyos, y otros dependientes de la curia, cuya educacion habia sido algun tanto esmerada y sus corazones tiernos aun no habian tenido lugar de pervertirse; y habia tambien mucho honrado labrador y de otros oficios, todos hijos de la capital de la provincia de Pamplona y de sus inmediaciones, acostumbrados á la sumision que les imponia la vista constante de las autoridades superiores y su roce con ellas; y además, tenian inmediata la censura de sus familias; que no dejaba de ser un freno para contenerlos en toda demasía. En las otras partidas hallaban proteccion todos los forasteros al país, muchos de los cuales acaso habrian huido del suyo ó por temores á la justicia, ó por ocultar su pereza en el trabajo y darse á la holganza donde no fueran conocidos, ó bien por evadirse de cualquiera otro compromiso: habia desertores franceses, suizos, pola-

cos, italianos, alemanes, de todas naciones, en una palabra, mezclados con navarros fugados de cárceles y presidios, y todos los conocidos en los pueblos por su mal vivir. Toda esta gente, la mayor parte de ella sin relaciones de familia ni de interés en el país, era consiguiente que en la vida militar, licenciosa por sí, y con especialidad en tiempos de revueltas y guerras, no tuviesen con los pueblos aquellos miramientos que eran naturales en los voluntarios de Mina, revestidos de otras cualidades de sensible y conocido pundonor; y ni los comandantes de las partidas contaban con bastante poder para contener los excesos de hombres acostumbrados á cometerlos de todas clases. No diré que no hubiese entre ellos algunos susceptibles de enmienda, y añadiré que en adelante, cuando las partidas todas se pusieron bajo de mis órdenes, salieron varios de los mismos de excelente conducta y muy valientes; los que no fueron capaces de abandonar sus malas costumbres, ó sufrieron su condigno castigo ó tuvieron que huir lejos de la division de Navarra. Tampoco dejaba de haber entre los de la primitiva partida de Mina uno ú otro individuo á quien fué necesario hacer sentir todo el rigor de la justicia.

Daba márgen á este extravío de algunos de los españoles que en los principios de la lucha guerreaban en Navarra, la conducta observada por los franceses desde el momento en que se habian apoderado del país. Enfurecidos sin duda por lo que padecia su amor propio en la oposicion que hallaban de parte de unos adversarios que consideraban de tan poco valer, se dejaron arrastrar á cometer toda clase de excesos, siendo algunos de ellos de tal

naturaleza, que ni el pundonor de los navarros podria tolerarlos, ni yo, como español, puedo consignar en estos apuntes que los enemigos hubiesen llevado su exigencia á tan alto grado. Yo mismo habia visto insultar á mi buena madre por el asistente de un jefe que se alojó en mi casa, cuyo atentado, que costó caro al agresor, me obligó á adelantar algunos dias la salida que ya tenia dispuesta para tomar las armas en defensa de mi patria.

Ya que tenia reducida y á mis órdenes la gente de Sadaba, puse á este en libertad, y al dia siguiente le conferí el título de mi ayudante mayor, distincion que le envaneció mucho; y satisfecho con esta muestra de confianza, fué desde entonces uno de mis mejores soldados y mi mas constante amigo. ¡Tiempo vendrá en que hable de él y de su desgraciado fin! Estas escenas pasaban en los dias 10 y 11 de abril.

Con la fuerza que reuní en la Cunza y con otras partidillas que se me agregaron, como las de los hermanos Gorriz, Lúcas y José, y algunos otros amigos sueltos muy decididos y bizarros, bien podia haber intentado poner en órden á los comandantes Echeverría y Hernandez, y á los demás de menos nombradía que rodaban por toda la Navarra; pero no era cosa de perder el tiempo haciéndonos la guerra unos á otros materialmente, dejando á los verdaderos enemigos de la patria en paz para que arraigasen su dominio en ella. Comprendí, sí, desde luego que era de toda necesidad y urgencia establecer en nuestra empresa un centro de unidad que diese impulso concentrado á toda nuestra fuerza armada, y sin perjuicio de dedicarme desde el momento mismo á ope-

raciones militares con la gente que reunia á mis órdenes, traté de exponer mis observaciones á la superioridad.

Pero esta superior autoridad, que era la Junta Central, se encontraba entonces en el último extremo de la Península, y era muy dificultosa la correspondencia con ella. Las principales de Navarra se hallaban en Pamplona bajo la dominacion del gobierno intruso, pues aunque la Diputacion del Reino habia abandonado aquella residencia, no se habia constituido y fijado en ninguna otra de la provincia, y cada uno de sus individuos estaba oculto y refugiado donde mas le acomodaba. Hecha reflexion á todas estas circunstancias, y deseando que no perdiéramos tiempo en contestaciones los jefes de partida, ni nos expusiéramos á colisiones ó conflictos de armas, proporcionando de este modo ventajas á los franceses, resolví dirigirme á una junta que se titulaba de Aragon y Castilla y se habia fijado en Peñíscola. La expuse la necesidad de que se consultase al Gobierno supremo sobre la urgencia de dictar una medida que amalgamase la fuerza de todas las guerrillas de Navarra con sujecion á un solo jefe superior; y para que se eligiera, si se tenia á bien, entre los que á la sazon existian en la provincia, acompañé á la exposicion lista de los nombres de todos los que se titulaban comandantes, y marcaba la gente que cada uno manejaba. Concluia mi oficio con el párrafo siguiente:

«Este es el solo modo de regularizar el servicio y de que los pueblos encuentren en los que se han armado para su defensa, hombres dignos del nombre español, amantes de su patria y seguros apoyos de nuestra independencia.»

No me hizo esperar mucho tiempo su respuesta aquella junta. Penetrada de la justicia y fuerza de las razones que yo habia expuesto, para que no se perdiera tiempo en conseguir sobre el enemigo las ventajas que mi plan prometia, y sin perjuicio de consultar á la Central, adoptó el pensamiento, me hizo el honor de elegirme para mandar en jefe, y con fecha 23 de abril expidió á mi favor el nombramiento de comandante general de todas las partidas y guerrillas de Navarra. Circulada inmediatamente la disposicion por la provincia, se presentaron desde luego á prestarme obediencia los roncaleses, con su comandante D. Gregorio Cruchaga al frente; D. Felix Sarasa (Cholin) con su partida, y cuantas otras pequeñas habia con sus respectivos comandantes. Unicamente se resistieron Echeverría y Hernandez, fiados en que cada uno tenia suficiente fuerza para mantenerse independiente. Los pueblos, por otra parte, se llenaron de alegría, porque á su modo de ver se acercaba el término de los grandes males que les aquejaban con el desarreglo de tantas y diversas partidas, y en su mayor parte en una desmoralizacion completa, y con las tropelías y violencias que experimentaban de parte de las columnas francesas. Se acordaban de la proteccion que contra estas les habia dispensado mi sobrino, saliendo á su encuentro en todas partes é imponiéndolas, y esperaban de mí el mismo cuidado y otros mayores beneficios: así me lo expresaron un grande número de ayuntamientos de la provincia al felicitarme por el nombramiento que habia obtenido.

Viéndome con una representacion pública y de grande responsabilidad, creí oportuno tomar medidas para im-

pedir que el Gobierno supremo de la Nacion fuese sorprendido con informes siniestros respecto de las providencias serias que me proponia adoptar, y determiné un poco mas adelante que mi hermano el vicario, que se hallaba en mi compañía desde que se vió obligado á huir de Pamplona, pasase adonde se encontraba aquel, y permaneciese á su inmediacion con objeto de desvanecer con sus conocimientos y los que yo le trasladase de mis operaciones, cualquiera impresion mala que pudiera formarse de ellas, y tambien para que el mismo Gobierno tuviese á mano este conducto seguro y fiel para comunicarme las órdenes que creyese oportunas.

El comandante de escuadron de gendarmería francesa, D. Juan Pedro Mendiri, que fue jefe de la policía en Navarra, en una memoria justificativa que imprimió y publicó en Bayona en el año de 1816, dice :

« En estas circunstancias (es cuando tomé el mando » de las guerrillas) el primer cuidado de Espoz y Mina » fué el establecer relaciones en la ciudad de Pamplona. » Esta plaza era el foco de la insurreccion de Navarra. » La facilidad que tenian sus partidarios de poder entrar » en ella sin obstáculo á favor de las cartas de seguridad » que el gobierno frances les daba, proporcionó á este » jefe de partida los medios de organizar un espionaje » perfectamente combinado. Sus numerosos agentes em- » pleaban todo esmero para proporcionarse los mejores » conocimientos sobre el servicio de la plaza : los mas » suspicaces habian sabido ganar la confianza del co- » mandante de la plaza y de algunos oficiales de estado » mayor. Por estos conductos Espoz y Mina recibia avi- » sos prontos y exactos sobre la salida de destacamentos

»de tropas francesas, su direccion y objeto, y con esta »seguridad hacia marchas rápidas y preparaba embos»cadas, y consiguió frecuentemente buenos resultados.»

Efectivamente dice muy bien el señor Mendiri; fué una de mis primeras atenciones cuando tomé el mando de las guerrillas procurarme buenas confidencias: conocia en Pamplona sugetos que tenian dadas pruebas de un patriotismo clásico; hombres que habian despreciado ventajas de consideracion que el gobierno del intruso José Bonaparte les presentaba si querian seguir su partido, por no faltar á los juramentos que tenian hechos al Gobierno legítimo anterior, y que mas bien que ser perjuros quisieron perder las plazas que obtenian en él; hombres que no reparaban en sacrificios y que supieron emplear generosamente sus intereses en proporcionar objetos útiles, á mi sobrino primero, y después á mí, para equipar y armar á los voluntarios; que empleaban toda su influencia con los jóvenes para que fueran á aumentar nuestras filas; que al paso se veian obligados á otros inmensos sacrificios en obsequio de los franceses, para conservar sus relaciones, ganar su confianza y estar siempre en acecho de sus expediciones para darme oportunos avisos de ellas; y hombres, en fin, que sin ostentacion ninguna de sus padecimientos y desembolsos, ni aun después de concluida la guerra, supieron hacer servicios importantísimos durante ella á la patria, y no contribuyeron poco para los buenos resultados de la que se hacia en Navarra. Y además de estas interesantes relaciones que conservaba en el mismo centro de las autoridades francesas, las establecí iguales en todos los pueblos donde habia guarnicion enemiga: fijé un

cierto número de confidentes de lealtad probada á mi inmediacion, interesé á los curas párrocos de la poblacion diseminada para que no me escasearan noticias de los movimientos de las columnas contrarias, y á las justicias las impuse tambien obligaciones en el propio sentido: de modo que cualquiera que fuese el punto en que me hallase, por minutos recibia avisos puntuales de cuanto ocurria en el país, tanto con respecto á movimientos de franceses, como á la conducta de mis propias partidas y de otras. De esta manera conseguí atacar con fruto muchas veces á los enemigos, comprimir los desmanes de los voluntarios y castigar severamente á los reincidentes en sus demasías. Tenia formada idea de lo necesario que es en las guerras tener bien montado el servicio de confidencias, y la experiencia me probó que sin este elemento muchas veces fallarán las mejores combinaciones de los generales y jefes que manden. La direccion de este ramo tan importante del servicio la reservé á mi especial cuidado, para no comprometer ni el secreto de los avisos y combinaciones, ni las personas que, viviendo en medio de los enemigos, estaban de acuerdo conmigo: las comunicaciones en su mayor parte eran verbales por medio de emisarios que se relevaban de trecho en trecho, y el que llegaba al punto donde me encontraba, tenia el santo y seña para verme, sin que nadie lo advirtiese, ni tuviese conocimiento de su arribo y nuestra vista mas que la persona de mi entera confianza que no se separaba nunca de mi lado. Mediante esta prolija reserva, y abundancia de gratificaciones á los andarines, me vi en esta parte perfectamente servido.

Y no teniendo noticias tan frecuentes y exactas de los

movimientos y de los planes de los enemigos, ¿cómo era posible encontrarnos con ellos tan frecuentemente, batirlos casi siempre, y varias veces en un mismo dia en dos puntos, y alguna en tres? Ocasiones eran las que yo necesitaba para lograr triunfos; que valor sobraba en mis voluntarios para vencer á iguales y aun á mayores fuerzas, como se vió en repetidísimas ocasiones. Nos habiamos acostumbrado de tal modo á los ataques, que ninguno se quejaba de fatigas ni privaciones cuando se esperaba al enemigo ó íbamos á buscarlo. Contribuia infinito á esta abnegacion, digámoslo así, de sí própio la idea tan lisonjera entonces á los españoles entusiastas por la independencia de la Nacion y la libertad de su rey, que consideraban cautivo, de que hacian mas que todas las otras naciones, pues sabian tenerlas en campal lid con aquellos hombres terror de Europa, y aun sacarles ventajas, á pesar de llevar ellos el pomposo título de grande ejército, y nosotros el modesto de *Corso terrestre de Navarra y guerrillas de Mina.*

Habiendo ya reunido suficiente número de voluntarios para tres imponentes columnas, las formé dándoles el nombre de 1.°, 2.° y 3.° batallon: me quedé con la comandancia del 1.°; hice comandante del 2.°, nombrándole tambien mi segundo en el mando, á Cruchaga; y del 3.° á Gorriz el mayor (Lúcas). Yo comandaba en jefe, y por entonces conservé á la fuerza reunida el nombre de *Corso terrestre de Navarra*; y para que los voluntarios no se aburriesen en la inaccion y se les hiciese pesado el descanso, ya en uno de los primeros dias del mes de mayo les conduje por caminos de rodeo, andando sin parar por el dia y una parte de la noche, al

pueblo de Eslaba, en el valle de Aibar, donde descansaba una gruesa columna de enemigos, que, sin saber por donde les venia aquel golpe, á las doce de la noche se despertaron por las descargas que hicimos sobre todos los costados del lugar: entra en ellos la confusion y el desórden, perece un gran número de soldados, y el resto de todos los que formaban la columna queda prisionero.

Era mi primera empresa después de haber tomado el mando que me habia confiado la junta de Peñíscola, y la primera tambien en que operaban unidos y en mayor escala que hasta entonces los individuos de distintas partidas, entre las cuales no dejaba de haber sus celos y rencillas: allí todo se amalgamó y confundió; se olvidó cada cual de su orígen, y se generalizó el dictado de Voluntarios de Mina. Este nombre era muy grato y respetable para la mayor parte de ellos, porque habian servido bajo de las órdenes de mi sobrino, y no podian olvidar que á él debian sus primeros ensayos en la carrera; y de venganza contra los enemigos invasores de nuestro pacífico país y atropelladores de nuestras instituciones, intereses y familias; y en aquel dia de satisfaccion renovaron las protestas de no dejar las armas de la mano hasta recobrar la independencia de la Nacion, haciendo ahuyentar del suelo español á enemigos tan pérfidos, que se burlaban de nuestra buena fe; ó perecer hasta el último en este justo empeño. Con hombres de un carácter tan decidido como es el de mis paisanos, constantes en lo que emprenden, sufridos, valientes, ¿qué no se podia prometer un jefe que supiera ponerlos á las pruebas de atrevimiento y bizarría que ellos mis-

mos provocaban en obsequio y servicio de la patria? Acerté á dirigirlos, y públicos son sus brillantes hechos de todo el período de la guerra; de otros es la accion de criticarlos y darles el mérito que tengan, mio es el deber de consignarlos en mis *Memorias*, para que sirvan de apuntes á la historia nacional.

Dignos eran estos bravos de toda la consideracion de la patria, y á ella correspondia procurarles cuanto sus necesidades reclamaban; pero la autoridad que en su nombre tenia esta obligacion se encontraba á grandísima distancia de nuestro teatro; pesaban sobre la misma atenciones de igual clase, pero infinitamente mayores; el enemigo ocupaba las ciudades y pueblos mas opulentos, y aun provincias enteras, y privaba, por consiguiente, á nuestro gobierno de los grandes recursos que debia obtener de ellas; y todo, en una palabra, presentaba dificultades sin cuento para socorrer á los beneméritos hijos de la patria que, abandonando sus hogares y familias, prodigaban generosamente su sangre en defensa de los derechos de la nacion. Lo primero de que era preciso proveerlos era la subsistencia, y fué indispensable repartirla entre los pueblos; gustosos la facilitaban, y era bastante para el abatido estado en que se hallaban; porque con otro tanto y mas tenian que contribuir la mayor parte de ellos á las numerosas y fuertes columnas de tropas enemigas que frecuentemente se cruzaban, y además estas mismas les exigian crecidísimas contribuciones en dinero y frutos. Con justísima razon se quejarian de nosotros si, después de no tener poder para ponerlos enteramente á cubierto de estas violencias, siguiéramos igual conducta; por no te-

ner estas consideraciones las partidas de Echeverría y Hernandez eran aborrecidas de los pueblos, y estos llegaron á hacer votos porque se las destruyera, aunque fuese por los franceses: tal era el horror con que las miraban, por las tropelías que cometian, y porque, lejos de ser útiles á la causa nacional, la dañaban infinito con su absoluta desmoralizacion. Era necesario pues, para que mi gente no experimentase igual odio de los pueblos, que yo procurase algun medio que proveyese para el calzado, ropa y prest de los voluntarios.

Ya mi sobrino me habia dado el ejemplo de aplicar á estos objetos las rentas decimales del país pertenecientes al Estado; yo lo seguí en esto, y añadí las pertenecientes á todo lo que se llamaba bienes y rentas nacionales. Adopté igualmente el establecimiento de unas contra-aduanas de las que el gobierno de los franceses de Navarra tenia establecidas en los pueblos que ocupaban en la raya misma de la frontera. No pudiendo sostener esta contra-aduana sobre la de Irun, por hallarse en camino real y estar este ocupado permanentemente por tropas francesas, circulé órdenes á la manera de bando, para que llegara á noticia de todos los comerciantes, previniendo que todas las introducciones que se hiciesen por aquella aduana desde Francia al interior de España, y todas las expediciones, de cualquiera clase que fuesen, que se intentasen verificar de España á Francia por la misma, serian irremisiblemente confiscadas donde quiera que se encontrasen por los voluntarios. Esta medida llamó la atencion de los comerciantes franceses y españoles: hicieron sin fruto sus reclamaciones á los gobiernos, y el último resultado fué proponerme

un acomodo la administracion francesa de Irun, y convine en revocar mis órdenes con respecto á aquella aduana, contribuyéndome con cien onzas de oro cada mes, las cuales puntualísimamente se percibieron por mi encargado.

Para el establecimiento de las demás contra-aduanas eché mano de D. Félix Sarasa, conocido por Cholin. Era este un sugeto bastante bien acomodado, con su casa y hacienda de labranza en el lugar de Artica, distante tres cuartos de legua de la ciudad de Pamplona. Dirigia las labores del campo, pero sus brazos materialmente se ocupaban poco de ellas, y gustaba mas de otras especulaciones de ingenio. No sabia escribir, leer, ni hablar castellano; comprendia sí la lengua castellana, mas nunca pudo decir en ella una expresion enteramente ajustada. Era el vascongado mas cerrado que habia existido en Navarra; pero al mismo tiempo pocos hombres de su clase y educacion, y aun de otras de mas estudios, alcanzarán una especulativa mas sagaz y una comprension y vista mas clara sobre cualquiera materia que se presente al exámen de su discurso. No habia en Navarra feria, romería ó cualquier clase de fiesta (y son por cierto bien abundantes) en pueblo grande, mediano ó pequeño, á que no concurriese el primero Sarasa; y en el rigor del invierno, que cesaban los motivos de estas reuniones, su mas constante residencia por el dia era Pamplona. Conocia y era conocido de todo el mundo, y no habia camino, vereda, escondite que se le ocultase en todo el país.

Incomodado con otros varios paisanos de las tropelías de los franceses, é insultados por estos un dia en la plaza

de Pamplona, se abalanzaron contra ellos y resultó la muerte de uno, y para no ser sacrificados hubieron de huir, y fueron á formar muy á los principios de la invasion extranjera una partida de guerrilla que no dejó de causar á estos daños de consideracion. No encontraba yo un hombre mas á propósito que Sarasa para la comision que le dí para el establecimiento de mis aduanillas, nombrándole comandante de los aduaneros, pero sin mas graduacion que la de sargento; después por sus servicios fué ascendido, y al fin de la guerra tenia su real despacho de capitan. El establecimiento de estas aduanas ó contra-aduanas me ocasionó algunos disgustos mas adelante por quejas que se dieron al Gobierno; pero, oidas las razones en que se apoyaba la existencia de ellas, se aprobaron mis medidas, como se verá á su tiempo. Este recurso fué bastante pingüe, y no dejaron de producir los otros ramos aplicados al entretenimiento de los voluntarios; pero todo era muy poco respecto de lo que montaban los gastos, aumentados cada dia por el mayor número de hombres que se nos agregaban.

Elegí para depositario y repartidor de lo que se recaudase, marchando siempre á mi lado, á otro honradísimo labrador llamado José Gorriz, que tampoco sabia leer sino en el *Catecismo de Ripalda*, que nos enseñaban en la escuela: nada de papel manuscrito. Este, Sarasa y algunos otros aprendieron durante aquella guerra á pintar las letras de su nombre, y así firmaban, y Sarasa en los principios con estampilla; mas no por eso dejaron todos de dar buena cuenta de su persona y operaciones. Entre Sarasa, que reunia fondos, y Gorriz, en quien los depositaba, no habia mas oficios de remision, de recibo

ni cuenta, que hacer cargar el primero una, dos ó tres caballerías con el dinero recogido, y dirigirlas al segundo, al cuidado de uno ó dos de los aduaneros que tenia á sus órdenes, con este encargo verbal: « Ahí te envias Cholin trescientas onzas; dis general que Cholin no tienes mas. » Y Gorriz por el mismo conductor contestaba en su lenguaje igual: « Dises general que está bien, y que cuides muchos portillos y caminos. » Y sin mas órdenes ni escritos todo estaba bien celado, nadie dejaba de adeudar, se reunian fondos, y el depositario los repartia entre los voluntarios segun las necesidades que tuviesen.

¿Y qué mas podia pedirse en aquellos primeros tiempos, á unos hombres que la mayor parte no conociamos mas manejo que el de la laya (1), el azadon y podadera, ni mas negocio que el de recoger el producto que nuestras pequeñas posesiones nos rendian? Diráse que en esta manera de administrar podia haber ocultaciones, robos, desfalcos. Podia, es verdad; pero yo haré presente, en abono de los dos sugetos mencionados, que la casa de Sarasa nada aventajó por la buena posicion en que se le podia considerar de mejorarla; que muy bien podia haber hecho algunos ahorros con solo guardar sus sueldos, pues que la racion nada le costaba; que si en efecto los economizó, bien los hubo menester para exis-

(1) Instrumento de labranza que los labradores de las inmediaciones de Pamplona y de otros puntos de Navarra usan para remover la tierra dura, en lugar del arado con bueyes: es una especie de tenedor de fierro de dos puas y mucho peso, con un mango grueso de palo como de tres y medio palmos. Trabajan en hilera tres y cuatro hombres á la vez, y avanzan bastante en la labor.

tir en la cárcel desde el año de 1816, que fué preso por la policía de Pamplona por sospechas de mantener correspondencia conmigo, que me hallaba en Francia, hasta el de 1820, que se le sacó de la prision en triunfo el dia que se juró la Constitucion en aquella ciudad; y por último, que merced á la enseñanza que procuró dar á sus hijas, estas pueden mantenerse hoy á expensas de su trabajo mecánico, por la pobreza á que ha llegado su casa, mientras su padre sufre la suerte desgraciada de emigrado, como yo, despues de haber perdido uno de sus hijos á manos de la faccion de Navarra del mando de Quesada, fusilado en el atrio de la iglesia de Belascoain después de hecho prisionero. Y Gorriz (José), á pesar de haber sido depositario y repartidor de muchos caudales sin cuenta ni razon escrita, y después de haber pasado á coronel del tercer cuerpo ó batallon por la muerte de su hermano Lúcas, cuando en el año de 1814 fué fusilado en la ciudadela de Pamplona por disposicion del virey, conde de Ezpeleta, como comprendido en mi tentativa sobre aquella plaza, solo se le encontraron por todo caudal tres doblones de oro, que encargó fuesen entregados á su familia, la cual á su muerte quedó sin mas bien ni fondo que esta miserable suma. ¡Familia desventurada cual otra ninguna en España, y acreedora á que se la sacara por la nacion de su triste estado, por los servicios que dos de sus individuos la habian prestado en vida, muriendo el uno en accion de guerra, y el otro en el patíbulo por el gobierno absoluto! No faltó una voz generosa que clamó en su favor en el santuario de las leyes, pero sin fruto, porque los representantes de la nacion miraron con poquísima atencion el mérito de es-

tas dos víctimas de su honradez y patriotismo. Verdad es que, si bien habian sido valientes y habian derramado generosamente su sangre peleando contra los enemigos de su patria, tenian la falta capital de ser de oscura cuna, pobres, pero honrados, sin mas proteccion que sus hechos y virtudes; y los celos y la envidia, y el nacimiento, y el favor y las intrigas han sido en todos tiempos mas poderosos en la corte que el verdadero mérito contraido en el servicio de la patria.

Para los que entonces prestábamos nosotros, necesitábamos como artículos primeros armas y municiones; en nuestro estado de aprendizaje el medio mas inmediato de obtenerlos era el de quitarlos á los franceses, no siendo suficientes los que se nos proveian por otros conductos. Para ello menester era buscarlos, atacarlos y vencerlos. Mucho nos valió la sorpresa de Eslava, de que he hecho mencion, y con este aliciente emprendimos otras iguales operaciones sin perder tiempo, como se dirá en seguida.

Entre las muchas escaramuzas que tuvimos después de la sorpresa de Eslava, durante todo el mes de mayo la mas notable fué la que produjo la aprehension de un convoy que se dirigia á Tafalla. La mayor valentía, ó sea la mejor suerte que cabia en las refriegas á los voluntarios cuando se batallaba y se aprehendian efectos de guerra, les proporcionaba en los principios hallarse mejor equipados y mejor armados. El que aprehendia un caballo lo montaba, y desde aquel momento era ya soldado de caballería; el que se apoderaba de una lanza y queria servir en esta arma, era lancero; y por este órden tenia mejor fusil, mejor bayoneta, mejor sable, aquel

que se lo proporcionaba del enemigo; y este era el grande estímulo que habia para arrojarse á empresas atrevidas. Cuando yo servia de soldado bajo las órdenes de mi sobrino, gané en buena guerra un excelente caballo; antojósele á uno de los mas allegados á Mina, y este me mandó que se lo entregase y eligiera el que me acomodase entre todos los que habia en la guerrilla; y entre el deber de subordinado y mi cariño al animal, tomé el partido de inutilizarlo, para no estar sufriendo constantemente en mi amor propio el verlo propiedad de otro dueño á quien su adquisicion no costara los riesgos que yo corrí al hacer presa de él. Yo me guardé bien de poner á semejante prueba voluntaria ó caprichosamente á ninguno de mis voluntarios en todo el tiempo de aquella guerra.

Al siguiente dia de haber aprehendido el convoy, quise repetir la accion de mi sobrino sobre Oyarzun, donde hizo prisionera el año anterior una banda de música. Habia en aquel pueblo una guarnicion de trescientos hombres en un edificio perfectamente fortificado, con estacada y foso; á los tres dias de marcha llegué á su frente, y sin detencion ataqué, salté el foso y estacada; formaba faginas á la circunferencia de todo el edificio para pegarle fuego, porque la guarnicion no se rendia, cuando una avanzada me dió aviso de que una columna enemiga venia ya muy cerca. Tuve que abandonar la empresa y retirarme precipitadamente hasta ponerme en salvo con mi gente, de la cual quedaron allí veinte y cuatro muertos y resultaron además cincuenta heridos. Los que experimentaban esta última suerte entonces eran encomendados á las justicias, curas párrocos y facultativos de los

pueblos, bajo de responsabilidades muy graves. Mas adelante establecí hospitales donde se cuidaran, menos aquellos que preferian marcharse á sus propias casas (los que eran del país) para ser mejor asistidos durante la cura.

Desgraciada esta expedicion, dí la vuelta del valle de Echáuri, de Navarra, donde todavía se me reunieron algunas partidas que aun andaban sueltas, y bastante número de nuevos voluntarios. Coloquéme en la carretera real de Pamplona á Guipúzcoa, con noticia que tuve de que iba á cruzarla un destacamento frances: apareció, en efecto, uno de sesenta hombres: fué atacado, se refugió á una ermita, y Cruchaga con cien hombres la forzó y entró á la bayoneta, logrando rendir á todos.

Apurábame la carencia de municiones; mis ataques eran frecuentes, y aunque en ellos á los principios por necesidad economizaba los tiros y hacia que nuestras tropas acometiesen á la bayoneta, después, aunque no escaseasen las municiones, aprendí en la táctica práctica que esta era la manera de perder menos gente y terminar las acciones en menos tiempo y con mucha mas ventaja; así se verá que en todos nuestros choques mis pérdidas eran infinitamente inferiores á las del enemigo. En la ocasion á que me refiero tuve que contentarme con repartir un cartucho por plaza para una expedicion que me anunciaban las confidencias. Marché al Carrascal, embosquéme, y á la hora y media amanecian ya las avanzadas de una columna de quinientos hombres que iban de Tafalla á Pamplona. Ordené que solo la mitad de los voluntarios cuando la columna diera frente á la emboscada hiciese una descarga á la vez, y en seguida ata-

case á la bayoneta, quedando de reserva la otra mitad de la fuerza, por si la primera fuese rechazada. Fué tal el asombro que causó en la columna enemiga el arrojo de mis voluntarios, que cien hombres solos de ella pudieron llegar de retroceso á Tafalla, muy estropeados, porque no se cesó de perseguirlos hasta el mismo pueblo; los demás quedaron ó muertos ó prisioneros, y aun los ciento se habrian al fin entregado, á no haber salido del mismo Tafalla nuevo refuerzo á protegerlos. Tuve en este encuentro cuatro hombres muertos y diez y siete heridos. Mucho ganamos en este dia, pues logramos hacernos con algunas municiones.

Nos hallábamos ya al principio del mes de junio; descansamos dos dias, despues de esta accion del Carrascal, en el pueblo de Unzúe. Tuve aviso de que de Pamplona iban á bajar franceses á Tafalla; marché á Subiza, y de allí pasé á Tiebas, á esperarlos en mejor posicion: apénas habia llegado se dejaron ver los enemigos, que no eran mas que una escolta de un correo militar, y lo mismo fué presentárseles mis voluntarios, que rendirse. Fuí en seguida á descansar á Echáuri y á acordar algunas medidas, tanto en razon á necesidades de la tropa cuanto á otros ramos de administracion económica, y aun de justicia, porque los pueblos y los particulares me dirigian sus recursos, reconociéndome como su autoridad superior legítima. Lo que reclamaba una disposicion con urgencia era la suerte de los prisioneros que teniamos en nuestro poder; eran bastantes, y dí las órdenes competentes para su conduccion á Lérida, que era el punto designado para su depósito, y á la vuelta los conductores nos llevaban municiones. A la toma de esta plaza por los franceses fué

necesario conducirlos á Valencia, de donde se traian tambien municiones; y cuando llegó á rendirse Valencia se estableció el depósito de mis prisioneros en los buques ingleses que cruzaban en la costa de Cantabria, y el punto mas fijo era el de Motrico, en donde se entregaban á los comandantes bajo de formales recibos.

La mayor parte de los pueblos de Navarra se habian tan decididamente sometido á la autoridad que creian en mí legítima y tan superior á toda otra, que algunos se me quejaron hasta con cierta acritud de que permitiera subsistir las partidas de Echeverría y Hernandez, que no hacian sino saciar su ambicion y todos sus apetitos con enriquecimiento de los jefes, que no solo vejaban de todos modos á los pueblos en provecho particular suyo, sino que consentian á todos los individuos de sus partidas que siguiesen su ejemplo sin temor de experimentar ni la reprension mas leve; en una palabra, nada les era privado, y las torpezas de todas clases que cometian eran á la par de esta posicion vandálica. Ayuntamientos, justicias, cabildos eclesiásticos, párrocos, particulares, todos tenian de qué quejarse, y me pedian proteccion y justicia. Medité mucho sobre el partido que me correspondia tomar; lo consulté con mi segundo Cruchaga y tambien con mis otros amigos de confianza; casi todos, llevados de honradez, de principios de justicia, guiados por su valor y confiados de que todos nuestros valientes pensaban del mismo modo que ellos, propendian á que luego marchásemos á desarmarlos á la fuerza y á acabar con ellos. Y no solo pensaban de este modo porque los pueblos se quejaran, sino porque no faltaban rumores de que procedian de acuerdo

con los franceses, fundados en que jamás les llegaba el caso de batirse con ellos, cuando se conseguia sin mas que quererlo, como nos sucedia á nosotros.

Cuadraba perfectamente este justísimo modo de pensar con mis ideas; pero antes de adoptarle debia reflexionar sobre los resultados que pudiera tener para la causa de la patria y para los intereses de los pueblos, sobre quienes pesábamos, el choque entre los mismos naturales. Si para el buen ánimo y arrojo de mis voluntarios no era obstáculo el de reunir aquellos dos comandantes tanta y mas fuerza que la mia, yo, mas á sangre fria, consideraba que nos podrian dar un mal rato, porque sus gentes les estaban muy adheridas, por lo mismo que les toleraban todos sus extravíos, y no encontraba yo utilidad ninguna en vencerlos siempre que fuera á costa de la sangre de los hombres de bien que se hallaban bajo de mi bandera. Tomé, sin embargo, mi resolucion conforme á los pareceres de mis compañeros y á mis sentimientos, y sin confesarla desde luego, pero dejándosela traslucir, les encargué que fuesen inculcando en todos nuestros soldados la idea de que se trataba de desarmar á Hernandez y á Echeverría, á fin de que estuviesen prevenidos para cuando llegase el lance. Yo entre tanto traté de prepararles la celada, de acuerdo con algunos de mis amigos de los pueblos.

Ocupado, y tambien mis compañeros, constantemente, y con especialidad en lo que considerábamos lo principal de nuestra mision, que era el atacar con frecuencia á los franceses y aburrirlos, para que se marcharan á su país y nos dejaran á nosotros vivir en paz con nuestras leyes y nuestros reyes: cuyo modo de pensar y obrar

creia yo que era el que dirigia en toda España, tanto á los que se hallaban al frente del superior Gobierno, como á las juntas, á los generales de los ejércitos, y á todas las partidas de guerrilla que sonaban ya por todas partes; yo no tenia bastante tiempo para discurrir sobre las cosas políticas, ni el necesario despejo para entender por mí solo en ellas. Tenia sí ocasion de oir razonar sobre el estado de la nacion á muchos curas (cuyo auxilio me fué muy útil en todo el tiempo de la guerra) y á otras personas de ilustracion con quien mantenia relaciones, bien fuese en la capital ó fuera de ella; y de todos sus pareceres y cálculos resultaba que yo pensase mucho sobre este particular, y muchas noches que hacia treguas con las faenas del dia y cuidados militares, las pasaba en estos desvelos. Mas no podian ellos, sin embargo, hacerme perder tiempo en las operaciones y continuos movimientos á que me veia obligado, bien para huir de los enemigos si las confidencias me instruian que habia peligro en esperarlos en su constante persecucion, ó bien para ir á buscarlos si las indicaciones eran de que podria sacarse ventaja de ellos; y como para esto era preciso no dormir mucho, puedo asegurar que en todo el tiempo de la guerra apenas habria usado de formal cama bajo de techado los dias correspondientes á dos meses, á no ser en el tiempo que duró la curacion de mis heridas: mi lecho comunmente era un banco ú otro mueble semejante, embozado en mi capa, cuando de dia ó de noche no me recostaba en el campo, bajo de un árbol ó entre peñascos; pronto de esta manera para cualquiera empresa. Al quinto dia de hallarme en Echáuri, entrado el mes de junio, volví al Carrascal á encon-

trarme con cuatrocientos polacos, que supe iban á cruzar por él. Los ataqué con tal ímpetu, que al golpe quedaron treinta enemigos muertos y cuando menos cien heridos; los restantes se guarecieron del punto de Olcoz, en el Valle de Ilzarbe, guarnecido por ellos, y que se embistió inmediatamente sin fruto: murieron siete de los mios y quedaron heridos veinte. Fuí con mis heridos á San Martin de Unx, y de allí á la ciudad de Olite, donde trabé una escaramuza con ciento cuarenta coraceros, que se retiraron prontamente á su guarida con la pérdida de seis hombres muertos y algunos heridos: á mí me quedaron siete hombres fuera de combate, uno muerto y seis heridos.

Tuve aviso de que la guarnicion española del castillo de Monzon era conducida prisionera á Francia, tocando primero en la plaza de Pamplona; ataqué en el Carrascal al destacamento que la custodiaba, lo deshice y me apoderé de considerable número de sables y espadas. Perseguí á una columna que recorria la tierra de Estella, le maté bastante gente, le hice buen número de prisioneros, y perdió todos sus bagajes. Esto ocurria ya á fines del mes de junio.

Sin conocimiento de nadie pasé en este tiempo á Estella, y allí fijé y concerté el plan de desarmar á Echeverría. Hernandez apercibióse sin duda de mis intenciones, pues que á la desbandada se trasladó con la gente que tenia á sus órdenes á las provincias de Alava y Rioja, y á mí me descartó de este cuidado, con satisfaccion mia, y me dejó mas desembarazado para obrar directa y prontamente contra Echeverría, que en aquella sazon reunia una regular partida.

La mia no podia considerarse ya con tan humilde título : el dictado mas comun era *los Voluntarios de Mina*. Su suerte llamaba mucho mi atencion ; sus fatigas, sus sufrimientos y sus heróicos hechos, pues no puede dárseles otro nombre, eran acreedores á recompensas. Aislados como viviamos, y sin tiempo para pensar en nosotros mismos, ignorábamos lo que sucedia en las demás provincias con respecto á los valientes que, como los navarros, vertian en ella su sangre en defensa de la patria. Sabiamos, sí, que habia juntas que concedian grados y ascensos á los que sobresalian en las acciones; pero en Navarra careciamos de una autoridad semejante que nos dispensara iguales gracias ; ni yo mismo sabia cuál era mi categoría militar ni qué facultades tenia, porque la junta de Peñíscola no habia hecho mas que conferirme el título de comandante general de las partidas y guerrillas. Otra consideracion obraba eficazmente en mi juicio relativamente al estado de mis voluntarios, para procurar algunas aclaraciones del Gobierno superior, lo que hasta entonces no habiamos obtenido de este. Por convenio, aunque no escrito, hecho entre los generales franceses y Javier Mina, nuestros voluntarios eran considerados como verdaderos individuos del ejército en el caso de ser prisioneros. Este convenio habia tenido ejecucion en el acto de haber habido canjes, como efectivamente le hubo cuando mandaba en Navarra el general d'Agoult. Yo llevaba grande ventaja á los franceses en el número de prisioneros que hacia ; entre ellos habia oficiales, y por la constitucion particular de los voluntarios esta clase no estaba todavía reconocida oficialmente ; y ni era justo que á los que de hecho ejercian funciones

de tales no se les considerase en esta categoría por los franceses si llegaban á caer prisioneros, ni yo podia ni debia permitirlo.

Sin embargo, esperaba recibir noticias de la llegada de mi hermano D. Clemente cerca del supremo Gobierno, y sus consejos para promover y conducir en regla los asuntos todos de que me hallaba encargado; y mientras venian los tales avisos y consejos formé los planes de los cuerpos, y los tenia prontos para presentarlos en el momento que fuese oportuno á la aprobacion de la superioridad.

Entramos en el mes de julio, en cuyos primeros dias trabajamos con actividad, y no sin fruto. Provocamos á la guarnicion de Olcoz, y puesta en el campo, la dejamos algunos hombres fuera de combate; y hubo algunas otras escaramuzas, en las cuales quedaron tambien mal parados los enemigos. Pero la empresa de mas riesgo que llevé á cabo sin la menor desgracia, en este mes, fué el desarme de Echeverría. Precedieron al mortal golpe que llevó, amonestaciones, reconvenciones y proposiciones de amistad y de compañero; todo lo despreció por orgullo, y confiado sin duda en su mucha fuerza y en la persuasion de que yo no tendria arrojo para atacarle de frente. Ciertamente que no era mi ánimo desafiarle á campal batalla; eso hubiera sido de mi parte tan poco acertado y prudente, como de la suya admitir semejante desafío si yo llegaba á provocarlo; pero me dejó admirado de que se fiara tanto en mi prudencia, y de que el ejemplo de fuga que le dió Hernandez no le hubiese abierto los ojos, y recelase cuando menos de que á mí no me faltaban medios personales para abatir los suyos

propios, llegado el caso particular de la prueba, ni á mis voluntarios bizarría y denuedo para desbaratar en un abrir y cerrar de ojos las informes y mal ordenadas filas de sus descompuestos adheridos. Llegados á sazon madura los planes poco hacia resueltos en Estella, fué Echeverría con toda su gente á esta ciudad, atraido sin que lo apercibiera. Mis movimientos pausadamente, dejando descansar un poco á los franceses, se dirigian al mismo punto; me hallaba en Miranda cuando se me avisó su arribo á Estella. Dí á mis capataces de peloton instrucciones reservadas, y emprendimos la marcha, anticipando aviso al mismo Echeverría. En el camino todos los voluntarios tuvieron conocimiento del objeto de aquel movimiento, y todos caminaban con ansia de llegar al punto y á las manos.

Entramos formados en Estella el dia 13 de de julio; encontramos en las calles muchos de los soldados de Echeverría sin armas, que con asombro se paraban á observar el órden de nuestra marcha; eran ellos novecientos hombres entre infantería y caballería; las puertas y ventanas de las casas estaban cerradas, y apenas se veia en las calles un paisano que otro, y era porque el vecindario temia un terrible choque y que la ciudad iba á inundarse de sangre, pues sabian bien el encuentro que habia de sentimientos entre Echeverría y yo, y entre su gente y la mia, y acaso recelaban los estellanos, y con algun fundamento, que yo iba de mano armada. Echeverría y sus principales oficiales nos esperaban muy tranquilos en la plaza. Sin perder la formacion hice que mi gente descansase sobre las armas; eché pié á tierra, y Echeverría, su segundo Ayala y yo nos dirigimos al alo-

jamiento del primero. Apenas desaparecimos de la plaza dióse principio al cumplimiento de mis disposiciones: fueron tomados por mis voluntarios los puntos que ocupaban los de Echeverría, se apoderaron de sus armas, y no bien habia yo tomado asiento en la casa de su jefe, cuando se presentó allí uno de mis encargados á hacer presos á este y á su compañero, que se lamentaron de su imprevision y demasiada confianza. Entonces recriminé yo á Echeverría su atroz conducta y tolerancia con los suyos; hícele conducir preso á la plaza, mandé que en ella se reuniesen todos sus allegados, y á presencia misma del preso arengué á estos, haciéndoles ver que era preciso caminar en union para salvar la patria, y ser subordinados y de buena conducta. Al acabar de proferir estas palabras, los varios paisanos que la curiosidad habia traido á la plaza prorumpieron en vivas á Mina; los secundaron los mismos á quienes habia dirigido mi voz, y al oir los que estaban dentro de las casas tal algazara de contento, abrieron de repente todas las puertas, balcones y ventanas, y de mil maneras diferentes celebraba toda la ciudad el desenlace feliz de un suceso, que en su concepto auguraba en sus principios escenas de desolacion y horror; y mis voluntarios estrechaban entre sus brazos á aquellos mismos que pocos minutos antes llevaban ánimo de destruir con las armas. Se echaron á vuelo todas las campanas en señal de regocijo, y por la noche se iluminó la ciudad. A Echeverría, Ayala, Miranda, Bona, Pomes y Comas, que eran los principales de la partida, por la tarde se habian llevado á Irache, y allí fueron pasados por las armas. Las últimas palabras que dijo Echeverría fueron que tenia bien merecida la pena.

Cuando emprendí esta operacion no creia á la verdad haber salido tan bien con ella. Echeverría tenia mas caballería que yo, y su infantería era igual en número á la que yo llevaba, y no podia persuadirme que se dejara con esta fuerza caer tan fácilmente en el lazo que le tendí. Sin perder tiempo agregué los nuevos prisioneros á mis columnas, así como otros ciento treinta y seis aragoneses que vinieron desde su país á reunírseme, sufriendo en el camino bastante persecucion de parte de los franceses y de otras partidas de naturales al servicio de ellos, y emprendí nuevas operaciones de guerra proporcionadas al aumento de fuerzas con que podia operar, y con tanto mas ahinco y mas deseos de escarmentar á nuestros enemigos, cuanto que casi me evidenciaron mis informes y confidencias que les habia sido muy sensible á los jefes franceses la destruccion de Echeverría, pues que contaban con él para lograr la mia y la de mis voluntarios.

Dos mil y quinientos infantes y sesenta caballos, segun los avisos que me daban, estarian en disposicion de ser atacados el 17 del mismo mes de julio en las cercanías de Pamplona: corro con igual fuerza al poco mas ó menos á la villa de Tiebas, donde los ataqué, y los llevé muy de priesa hasta las inmediaciones de aquella plaza, de donde salió parte de la guarnicion á socorrerlos con siete piezas de artillería. A su vista me retiré, habiéndoles muerto cuarenta hombres, herídoles cuatrocientos, y cogido treinta prisioneros, entre ellos diez y nueve españoles jurados, que fueron pasados á cuchillo. Habian los franceses formado una partida de estos jurados con los que desertaban de mis banderas por voluntad ó en vir-

tud de los llamamientos de sus padres con motivo de los castigos que hacian en ellos, al mando de un tal Chacon, que era oficial de los catalanes que guarnecian la ciudadela cuando el general d'Armagnac se apoderó de ella. Todos los que se cogian en accion eran fusilados; los que se me presentaban desertando de sus banderas, los perdonaba. Tambien fueron fruto de este choque algunos caballos y cantidad de municiones. Mi pérdida bien ascenderia á veinte muertos y sesenta heridos.

El 28 del propio mes de julio tuve una reñidísima accion entre el Carrascal y Viurrun, con una fuerte columna enemiga, que duró todo un dia. Ni los franceses ni yo perdimos terreno, y unos y otros levantamos el campo en direccion de retirada; yo tomé el alto de Añorbe, y los franceses el camino de Pamplona. Ignoro la pérdida que habria experimentado el enemigo, y recuerdo que en solo un cuerpo de los mios resultaron quince muertos y pasaban de sesenta los heridos; mas me desquité bien pronto, porque sin finalizar el mes aprisioné un convoy en el Carrascal, derroté la division que lo convoyaba, y me valió doscientos prisioneros, trescientos fusiles, gran cantidad de salitre y diez mil cartuchos.

Indispensable era que los franceses trataran de perseguirme sin cesar al ver en mis voluntarios tanto arrojo, tantas pérdidas de su parte en gentes, en artículos, y en tiempo para combinar y ejecutar sus planes, porque á causa de la frecuente interceptacion de correos, ó por retardo en su recibo, no podian realizarlos en el tiempo dado para el cual se fijaban. No pudieran ciertamente acosarme y estrecharme demasiado con solo las fuerzas que en la época de que voy hablando opera-

ban en Navarra; y por tanto Napoleon ordenó que á todo trance se acabara conmigo y con mis voluntarios por la fuerza ó por engaño. Tal vez con este objeto envió un nuevo gobernador general á Navarra, que fué su edecan, teniente general conde Reylle, y hubo concierto entre él y los que mandaban en Aragon, en Vitoria, en Búrgos, y aun con el general Thuvenot, gobernador de San Sebastian, para una batida general y grandiosa contra mis débiles fuerzas comparativamente á las que todos estos gobernadores podian poner en campaña, y rodearme por todas partes. Tambien mi pequeño ejército se aumentaba cada dia con nuevos voluntarios. que no en escaso número se me presentaban, deseosos de compartir las fatigas y glorias de los que trabajaban á mis órdenes en servicio y honor de la patria.

Ninguna de cuantas medidas concertaban los franceses me era desconocida, y cierto que no eran desacertadas para llenar su objeto. siempre que los tiros se dirigiesen contra quien no viviese tan apercibido y bien orientado como yo lo estaba, merced á las atalayas de buena vista que me servian de advertidas avanzadas, colocadas desde el punto mismo de donde partian aquellos hasta aquel que yo ocupaba. Prevenido de esta manera paraba los golpes con oportunidad cuando conocia mi debilidad para sostener el choque, ó me anticipaba á darle si hallaba que la debilidad estaba á la parte de mi contrario. Preparábame pues bajo de estos conocimientos á maniobrar á principios del mes de agosto, cuando me llamó la atencion un extraño suceso inesperado, y tuve que hacer alguna pausa en mis disposiciones.

Algo resentido me tenia la tardanza que experimentaba en recibir, ó del Gobierno superior directamente, ó por medio de la junta de Peñíscola, comunicacion sobre la aprobacion ó desaprobacion del nombramiento que esta habia hecho á mi favor de jefe de todas las guerrillas, en virtud del cual me hallaba reconocido y ejerciendo las funciones de tal, cuando se presentó en este tiempo un eclesiástico llamado D. Fulano de Miguel, prior del pueblo de Ujué, con un despacho de la Regencia del Reino que le conferia el título de coronel y nombramiento de comandante en jefe é independiente de todas las guerrillas de Navarra. Traia impresa una proclama (siento no poseer un ejemplar para estamparla en este lugar) que circuló por los pueblos, en la cual, segun resultaba de una informacion que hice recibir algun tiempo después, les ofrecia su inmediata felicidad, pues venia autorizado para derramar toda clase de bienes sobre los navarros, los cuales tradujeron estas expresiones en el lenguaje que los halagaba, creyendo desde luego que venia provisto de abundantes fondos para atender con ellos á todas las necesidades de las guerrillas, y á libertar á los pueblos de los desembolsos á que ahora se les obligaba por aquellas, y en especie para raciones, no en dinero.

Ofertas tan halagüeñas que salian de boca de persona autorizada por el Gobierno, con la representacion de coronel y comandante general, y el doble carácter de sacerdote de alguna categoría en el país, y bastante conocido por su exterior bien apuesto y de figura algun tanto atrayente, engolosinó á muchos pueblos y varios voluntarios; y aunque en un principio tuve impulsos de

pedirle aclaraciones acerca de los medios que proclamaba tener para hacer la inmediata felicidad del país, me contuve al cerciorarme de que los títulos que traia para comandar las guerrillas eran legítimos y emanaban directamente de la Regencia del Reino; y en este caso lo que me competia era obedecer lo mandado por esta, sin mezclarme en indagaciones de ninguna especie. Le dí á reconocer de los voluntarios, y yo fuí el primero que se sometió á su autoridad y mando.

Sucedia esto cerca de Estella cuando los franceses por nuestro frente, espalda y costados venian cercándonos, y era preciso con viveza tomar medidas únicamente para libertarnos. porque apurado era el caso para hacer frente á todos los que nos podian acometer á la vez: y hé aquí que la suerte parecia mostrarse risueña y muy favorable al nuevo comandante para justificar el acierto de su eleccion y hacerse una grande nombradía en el instante mismo de encargarse del mando. Todos estábamos, y yo el primero, esperando que nos diera sus órdenes para maniobrar, ó en retirada, que hubiera sido lo mas prudente, ó haciendo frente al enemigo; mas en esperar se pasaba el tiempo y la oportunidad, y los enemigos iban apretando el cerco. No viendo en ningun puesto señal de vida del hombre, ni apareciendo, por mas que se le buscaba en todos ellos, fuéme preciso, á instancia de los voluntarios, ponerme de nuevo á su cabeza para hacer frente á la tempestad que nos amenazaba. Salimos de ella con bien porque la fortuna nos favorecia; pero los contrarios eran muchos, y no habia que perder tiempo para mejorar nuestra posicion. Seguiré después la ilacion de este encuentro militar, y me deten-

dré ahora un poco para hablar de nuestro nuevo comandante, perdido entre los suyos.

El hecho fué que á los primeros tiros abandonó el campo, olvidándose de que mandaba y de que nadie podia moverse sin recibir sus órdenes, y marchó á Estella á preparar y repartir, no los abundantes fondos que por las explicaciones de su proclama se figuraron los pueblos que conducia para procurarles una abundancia de plata, sino una contribucion mensual en dinero que arbitrariamente imponia á toda la provincia. Y como precisamente en el tiempo que yo llevaba de mando ni un maravedí en dinero se habia exigido, ni otra cosa tampoco mas que las raciones para los soldados, desengañáronse los pueblos; y como de los voluntarios tan solo logró atraer á su partido á una docena de ellos, hubo de renunciar á su mando. Figuróse el buen eclesiástico que yo era el que habia fomentado la enemiga contra él, como si no fuese suficiente para no ser bien mirado su conducta al frente del enemigo y su reparto de contribuciones. Si en algo pude influir fué indirectamente, no por gestiones especiales de mi parte; y paréceme á mí que en el juicio de un hombre que tenia alguna reputacion de saber no cabia admirarse de que mis voluntarios, y aun los pueblos, estuviesen entonces mas de mi parte que de la suya. Sin embargo, se cegó en tales términos, que se hizo el enemigo mio mas capital, y no reparó en ningun medio para herir mi estimacion y honra, aunque con bien poco provecho suyo.

Y trasladándome por un momento á aquella época, que con disgusto recuerdo todavia, diré que el nombramiento que obtuvo de coronel y comandante inde-

pendiente de las guerrillas de Navarra debió ser uno de aquellos golpes de favor que preparan las intrigas de corte, pues de otro modo ¿en qué servicios, en qué hechos notables militares podia el prior de Ujué fundar su pretension á un puesto semejante, y mas en su carácter de sacerdote, y mas todavía cuando bien público era, y no podia ignorarse en el Gobierno, que en Navarra mucho tiempo habia que se estaban dando pruebas de que se hacia la guerra que convenia, y que prescindiendo de mi nombre, que por casualidad sonaba algo mas que el de otros, habia en el país sugetos para mandar soldados mas á propósito que el prior de Ujué? Todo el gran mérito suyo se reducia á haber estado de acuerdo con mi sobrino á los principios de haber este formado su guerrilla; á haber fomentado esta guerrilla, especialmente entre los paisanos de Olite, pero sin salir de su casa ni comprometer su nombre de ningun modo, y á hacer propio el mérito de interceptar alguna balija de correo, debido á los paisanos, y entregada por estos al prior sin conocimiento de lo que contenian los pliegos. El prior, que hallaria en ellos alguna cosa de interés al negocio general de España, dejando su lugar y su parroquia, marchóse con ellos, en primer lugar á Tarragona, y de allí á Cádiz, con recomendaciones de los generales que se encontraban en aquella plaza.

Pero sea lo que fuera, no podia quejarse ni de los pueblos de Navarra, ni de los voluntarios, ni de su jefe. Fué bien recibido de todos; se encargó del mando bajo los mejores auspicios y sin restriccion; si perdió el prestigio con que se presentó y el mando, culpa suya era: fué ofreciendo lo que no debia, por la imposibilidad de cum-

plirlo; hizo ver su falta de medios para mandar militarmente, que era lo mas necesario en aquel tiempo y ocasion, y que se tradujo á verdadera cobardía; esto no tenia nada de particular ni de extraño, porque no todos los hombres son para todas las cosas; y por último, fué un pecado que no se le podia perdonar por los pueblos el que, en lugar de los montes de oro que les ofreció en su proclama, les regalase á poco de haberle entregado el mando con una contribucion enormísima mensual en dinero: todo ello reunido causó su bochorno, y no gestion ninguna de mi parte. Lo que sentí, y no dí paso ninguno para enmendar, fué que hubiese alucinado á unos pocos voluntarios, y entre ellos á Sarasa, el que nombraban *Mala-alma*, que desapareció al pronto de Navarra con el prior.

Vuelvo á tomar el hilo de la relacion, que dejé pendiente al principio del anterior párrafo. Confiado el nuevo gobernador de Navarra, conde Reylle, en que con las fuerzas que iban á desplegarse contra mí daria fin de mis voluntarios, y creyendo poder aterrar á estos ó á sus padres ó parientes, para hacerlos huir de las filas de la patria con una fuerte medida, negó el cuartel que estaba acordado á los prisioneros que me hiciesen.

Tenia colocados mis voluntarios en número de tres mil y quinientos hombres, no todos provistos de armas, en Artajona y Mendigorría, despues de lo ocurrido en la accion en que nos dejó abandonados el prior de Ujué, cuando el dia 3 de agosto salió una columna francesa de la misma fuerza de la ciudad de Tafalla, para dar principio á la persecucion concertada entre los generales franceses. Bella ocasion para que mis voluntarios reco-

gieran nuevos laureles, porque convidarlos á batirse con fuerzas iguales era llevarlos á fiestas; pero otros enemigos se movian, que no debia perderlos de vista para no encontrarme entre muchos fuegos. Retiréme á tomar posiciones en las alturas de Echáuri y Guirguillano, sin abandonar Mañeru y Cirauqui, y establecí mi cuartel general en Estella. Seis dias permanecieron al frente las dos columnas, escaramuzándose todos los dias las guerrillas; y como entre nosotros no habia todavía el arreglo de cuerpos, ni, por consiguiente, compañías de preferencia, formaban las guerrillas los hombres mas serenos y valientes de entre todos los voluntarios. Acercábansenos otras columnas enemigas, y marchamos á la sierra de Andía, tomando hácia el valle de Ollo por el puente de Asiain. Los enemigos iban tomando las posiciones que yo dejaba, sin atreverse á atacarme mas adelante, y aun se reconcentraron en Estella. Salieron de esta ciudad algunas tropas y yo á su encuentro; mas dejando mi frente, por el mismo Ollo, que yo abandonaba, fuéron á colocarse en el mismo pueblo de Irurzun, camino real de Pamplona; y valiéndome de este accidente, que no esperaba, contramarché precipitadamente, y fuí á atacar á trescientos hombres que habian dejado de guarnicion en Puente la Reina. A mi vista, inesperada para ellos, se encerraron en el fuerte que tenian, y no pudiendo atacarle, y urgiéndome mucho su rendicion sin perder momento, le hice prender fuego por la parte mas inflamable, con cuanta paja y pimiento habia en el pueblo, y para salvarse se dieron prisioneros doscientos treinta hombres, habiendo muerto el resto hasta los trescientos. Me mataron cuarenta hombres y me hirieron

ciento. Todo esto fué obra de pocas horas. La division de Irurzun venia sobre mí á paso redoblado, mas cuando llegó á Puente la Reina, ya yo estaba bastante distante de ella con los prisioneros. Era tal la confianza que tenia Reylle de que sus combinaciones producirian mi prision y la de la division entera, que me aseguraron tenia ya preparadas raciones en Pamplona para nosotros.

Las disposiciones del tal Reylle, gobernador de Navarra, negando cuartel á mis voluntarios y cargando responsabilidades á sus padres y parientes y á las justicias de los pueblos, á mi juicio perjudicaban mucho á las operaciones de las columnas destinadas á mi destruccion. Perdian mucho tiempo en las averiguaciones que esto requeria, y á la persecucion le faltaba la viveza que necesaria era para darnos alcance. Yo, con este conocimiento, media mis pasos; y á no ser así, en aquella persecucion, que fué terrible, y en otra mayor todavía que sufrí posteriormente no podriamos haber resistido á los inmensos trabajos y fatigas que debiamos pasar para hurtar el cuerpo á tantas columnas como se pusieron en accion en ambas ocasiones para acabar con nosotros. Pasé sin detencion á la ciudad de Estella, desocupada ya de los franceses, y no dándome estos todo el tiempo que yo hubiera querido para que descansara mi gente, revolví sobre Artajona para tomar de allí la direccion hácia el Carrascal, cruzando de noche el camino real que va de Tafalla á Pamplona.

No bien habiamos llegado á Lumbrir, hecha esta marcha; cuando nos vimos acosados por tres puntos con tropas cuyo número no bajaria de doce mil hombres. Ni la mia estaba, por su cansancio, en estado de resistir á tan-

tos enemigos, ni tenia tampoco municiones para sostenerme en puntos de defensa, que hubiera podido tomar marchando hácia la montaña, ni tampoco creí prudente guarecerme de ella, lo primero porque hubiera sido acorralarme yo mismo en paraje de difícil salida, y lo segundo por la escasez de vituallas y otros recursos que necesitaba, y no habria encontrado en aquellos sitios. Me dirigí pues á Aibar y Leache. Dejé en el primer pueblo la gente que componia el 2.° batallon, al cargo de D. Pedro Antonio Barrena, y marché al segundo con el resto de mi fuerza. Venian los enemigos sobre nosotros; se interpusieron bien pronto entre Barrena y yo, y cada uno tuvo que tirar por donde pudo y como le fué posible.

Aprovechando siempre la oscuridad de la noche para nuestras mas vivas diligencias, volví á deshacer el crucero de camino real que habia hecho cuatro dias ántes, y planté mis reales en Puente la Reina; pero á las cuarenta y ocho horas tuve que levantar el campo, porque además de que tenia los enemigos en los pueblos bastante inmediatos de Unzúe, Uluru, Olcoz y otros, tuve aviso que desde Vitoria, por Santa Cruz de Campezu, bajaban en combinacion mil y setecientos hombres, entre ellos doscientos y sesenta de caballería: cuando supe que habian entrado en Estella dirigí mi retirada al pueblo de Guirguillano, en el valle de Mañeru, merindad del mismo Estella, donde se me reunió Barrena, que me dió el parte verbal de sus operaciones en estos términos:

«Cuando en Aibar, conforme á las órdenes de V., iba á proporcionar un rancho á la tropa, el enemigo estaba sobre nosotros y se interpuso entre nuestras fuerzas. No siéndome posible reunirme á V., traté de ganar el

puente de Caseda, y al cuarto de hora de emprender mi marcha me hallé con enemigos emboscados, que me hicieron una descarga á quemaropa; retrocedí, pero me ocurrió inmediatamente que mi salvacion estaba precisamente en romper por aquel punto. Creyéndome sin duda los enemigos en otra direccion, debieron de abandonar el puesto. Volví resuelto y preparado á todo, y hallé el paso enteramente libre, y me dirigí á Caseda, y de allí á los caseríos de Carcastillo, habiendo tenido hasta entonces dos hombres muertos y seis heridos. Con conocimiento que me han dado los confidentes de la direccion de V., eché á andar, y sin descanso ninguno ni de dia ni de noche he cruzado el camino real, y pasando por Unzúe, San Martin, Pueyo, Artajona, Mendigorría, Puente la Reina, hemos llegado algo fatigados á reunirnos á V.»

Bien hubiera querido yo que aquellos sufridos voluntarios tuvieran un descanso regular; pero los enemigos no se dormian. Sin embargo, aproveché todos los momentos que pude para que se repusieran cuanto los apuros permitian; descansaron sin cuidado aquella noche mientras yo velaba, y al dia siguiente, cuando ya los franceses se pusieron en movimiento, levanté mi campo, y á marchas dobles gané el lugar de Iturmendi, en el valle de Burunda, y de allí, cruzando la carretera de Pamplona á Francia, pasando por la venta de Erice, me dejé caer al valle Ulzama. Me coloqué en el pueblo de Izaizoz con el 1.° y 3.° batallon, y mandé el 2.°, con Cruchaga á la cabeza, al de Arraiz, del mismo valle.

Habia en la villa de Lanz, poco distante de nuestras posiciones, nuevecientos granaderos de la Guardia Im-

perial de Napoleon, y á pesar de nuestro cansancio, me decidí á atacarlos. Formé el plan de presentarme yo de frente á ellos con cuatrocientos infantes del batallon 1.º, y cien caballos, para atraerlos hácia mí. El batallon 3.º quedaba de reserva, y el 2.º, con su comandante Cruchaga, debia bajar por el monte Arañoz á caer sobre la espalda del enemigo. Topé con este á poco de haber emprendido mi movimiento, y no tuve mas arbitrio que romper el fuego contra él, aislado con mi pequeña columna, que se vió acometida muy de cerca. Dos veces rechacé al enemigo, haciéndole perder doscientos hombres entre muertos y heridos; yo llevaba perdidos cuarenta tambien entre unos y otros; acometióme á la bayoneta una tercera vez, y viéndome muy flaco de fuerzas para resistir el golpe, toqué retirada, y no sin trabajo pude alcanzar y posesionarme del monte Labcaga. Hice esta retirada antes que pudiese recibir el auxilio del batallon 3.º, el cual, habiéndose encontrado con la columna francesa, sufrió de esta un fuego insignificante, y el batallon tampoco quiso empeñar la accion. Retirábanse los franceses, y tropezaron con Cruchaga, quien los atacó hasta en el mismo pueblo de Lanz. Resistiéronse tenaz y brillantemente, y viéndose con grandes bajas, y sin esperanzas de buen resultado en la continuacion del choque, se aprovecharon de la oscuridad de la noche para guarecerse de la ciudad de Pamplona, y no los persiguió Cruchaga porque ignoraba mi paradero. En este nuevo encuentro perdieron los franceses diez y seis hombres que quedaron muertos en el campo, y segun los partes que recibí, se llevaron algunos heridos. Cruchaga tuvo dos muertos y diez ocho heridos.

Alejados por un momento de nuestros perseguidores, reuní toda mi gente en Irurita, pueblo del valle de Baztan, cerca de Elizondo. El comandante de las aduanas, Sarasa, Cholin, que tenia su cuartel general comunmente en el pueblo de Larrainar, del valle de Ulzama, nos proveyó en aquellas angustias de algunos fondos que tenia recaudados; pero careciamos de calzado, de herrajes, y sobre todo de municiones de guerra. Poco lugar nos dieron las columnas francesas para reponernos física y moralmente: tuvimos que huir de ellas, porque se nos acercaban, y no estábamos en disposicion de resistirlas, y tomamos el camino de Leiza, para seguir de allí al valle de Araquiri. En el tránsito, al llegar al pueblo de Errazquin, en el valle de Larraun, á media legua de la carretera que debia atravesar, supe que bajaban cincuenta franceses acompañando al correo: mandé á Cruchaga que saliera á su encuentro con dos compañías; huyó la escolta y el correo, y solo pudo hacer ocho prisioneros. Atravesando el camino real, llegamos al lugar de la Cunza, en el valle de Araquil, en cuyas cercanías me esperaban cinco mil infantes y cuatrocientos caballos. Sin detenerme aceleré el paso en direccion de Olazagutía, y de allí, sin hacer el menor descanso, gané la sierra de Andía. En ella pude subsistir cuatro dias, á pesar de escasearnos todo género de auxilios, y lo peor de todo rodeados por todas partes, pues tenian tomadas los franceses las salidas á los valles de Lana, Amezcuas, Ollo, Echáuri y tierra de Estella. En mi última desesperacion pasé á Zudaire, en la Amezcua baja, donde despedí á la caballería, para que se dirigiese á pasar el Ebro en direccion de Castilla, y yo rompí por entre los fran-

ceses á ganar el puente de Belascoain, que tambien estaba cerrado por ellos; pero atropellé la guardia, y lo pasé, llevándome siete prisioneros de caballería. Continué sin parar hasta el pueblo de Unzúe, en la merindad de Olite, donde á poco tiempo me vi rodeado de nueve mil hombres; rompí en direccion de Monreal, y siguiéronme los enemigos el alcance. El tiempo era espantoso de aguas, y ni unos ni otros podiamos andar mucho. Yo tuve que acampar sin poder llegar á Monreal; cuando al dia siguiente quise entrar en él, ya mis perseguidores lo habian tomado, y esto me sugirió la idea de contramarchar al mismo punto donde habia pernoctado. Allí deliberamos sobre el partido que convenia adoptar, y acordamos atacar á la columna que estaba en Monreal. Emprendimos, en efecto, la marcha con este objeto, pasando por Otaño, á coger de sorpresa á los enemigos, si era posible, y cuando llegamos al punto desde donde debia romperse el fuego, nos hallamos con que nuestros contrarios, por avisos falsos que les dieron de que yo me dirigia hácia Leache, siguieron aquel rumbo y me dejaron franco el paso.

Desde allí marchamos á Aoiz, en donde dí órden á Cruchaga que con su batallon y parte del 3.º se dirigiese á Ochagavía, teniendo cuidado de no comprometer accion ninguna que no presentase todas las probabilidades de ventaja; advertencia que me permití hacerle para contener su demasiado ardor, porque era hombre que jamás receleba ni veia obstáculo para batirse: prevínele además que si se viese muy acosado procurase acercarse al Ebro y pasarle en direccion de Castilla, adonde me encaminaba yo con doscientos infantes á

reunirme á la caballería y recoger dispersos y rezagados. Encargué asimismo á D. Ramon Ulzurrun, práctico consumado en todo el país de la Navarra, que se ocupase sin salir de ella de ir tomando conocimiento de los dispersos rezagados, enfermos y estropeados que habian ido quedándose por los pueblos, y de reunirlos, siempre que pudiese hacerlo sin riesgo. Yo con mis doscientos infantes, atravesando por Ujué y Peralta, llegué á Azagra, y allí pasé el Ebro, y en Calahorra me incorporé con los trescientos caballos que habia enviado desde Zudaire.

Nada me dolian mis propios padecimientos; los que me afectaban hasta el último extremo eran los de tantos valientes sacrificados inhumanamente por el rencor de los enemigos, que, bien fuese cogiéndolos prisioneros en el campo de batalla, ó bien hallándolos rezagados en los caminos, ú ocultos en los pueblos por donde transitaban, los trataban con la misma ferocidad y encono. Y doliame este comportamiento de los franceses tanto mas, cuanto que no podian ignorar el buen trato que sus prisioneros recibian de mí y de los mios. Tiempo tendré de extenderme sobre esta materia, aunque con mucha pena confesaré desde luego que me vi obligado á hacer uso de sensibles represalias, como el único medio de contener la crueldad del enemigo; y vuelvo ahora á hablar de Cruchaga, que habia quedado en Aoiz.

A los cuatro dias de mi salida de aquel pueblo, no encontrándome los franceses en ninguna parte, todas las columnas que iban en mi alcance, y componian el número de doce mil hombres de infantería y mil caballos, se reunieron en Lumbier, quedando las demás, hasta

treinta mil que eran los que me perseguian en el todo, distribuidos en los principales puntos de salida. Temiendo Cruchaga que aquellos cayeran sobre él, púsose en marcha para Ochagavía, y los enemigos á seguir su pista. Unos y otros se hallaban á dos leguas de distancia de esta villa, cuando Cruchaga, que se veia demasiadamente acosado, trató de salvarse á toda costa, y á la vista misma de sus doce mil enemigos trepó por un alto que acaso nunca hasta entonces habian pisado los hombres, y adonde los franceses no osaron acercarse. Como natural de aquellas inmediaciones conocia perfectamente el terreno, y por puntos escabrosísimos, sin huella alguna conocida, andando doce horas seguidas en el dia, por entre breñas y precipicios, sin alimento ni descanso alguno, pudo ponerse á retaguardia de los franceses en la villa de Lumbier, que estos habian dejado, y de allí pasó á la de Aibar.

Furiosos los franceses con el atrevido engaño de aquel jóven, que hacia poco tiempo habia dejado de vestir los hábitos escolares, juraron no descansar hasta verlo en sus manos, y al amanecer ya se hallaban en Lumbier. Con este conocimiento dirigióse Cruchaga á las despobladas Bárdenas, con ánimo de ganar la orilla del Ebro para cumplir mis órdenes; pero hallándose en Caseda, distante legua y media de Aibar, punto de sus salidas, supo que los enemigos á todo escape salian del mismo Aibar; y reflexionando que si le daban alcance, como era de temer, perecia con todos los suyos en aquellas inmensas llanuras, que no les prestaban ningun asilo, giró á paso redoblado sobre Carcastillo, en cuyo pueblo le anocheció; continuó sin detencion y en el mayor silen-

cio su fatigoso viaje, y al amanecer del siguiente dia se halló en Cadreita; quiso allí dar algun alimento y reposo á los sufridos voluntarios, pero aunque se les facilitó pan y vino, no pudieron detenerse á tomarlo, porque el enemigo venia sobre ellos: mandó entonces que la provision siguiese á retaguardia, y se dirigió con su columna á vadear el Ebro, y lo verificó con agua hasta los hombros. Yo, que, aunque distante del país que recorria la heróica y benemérita columna de Cruchaga, la seguia con el pensamiento, y aun con la vista, pues que mis leales confidentes nada me dejaban que desear en punto á noticias, acababa de trasladarme á Alfaro cuando supe que pasaban el rio, y marché inmediatamente á encontrarlos. Los hallé á la orilla, llenos de contento de haber por entonces terminado su penosa peregrinacion, y con aquella serenidad propia del soldado español, sufrido en el peligro, y en el momento de pasado no acordándose de él, ofreciendo á los franceses, que veian á la opuesta orilla del rio, y estaban seguros no lo pasarian como ellos, aquella mezquina provision de pan y vino que habian reunido en Cadreita, y á duras penas y bastante malcada pudieron conservar en el paso del Ebro.

Dos meses llevábamos, que eran los de agosto y setiembre, en esta peregrinacion espantosa, causada por la incesante persecucion de los franceses. Rodeados siempre de innumerables columnas, que apenas nos dejaban tiempo para tomar un escaso alimento y para reparar con el sueño nuestros fatigados miembros; desnudos y descalzos la mayor parte de los voluntarios, y en el mayor estado de miseria, extraordinario era que pudiéramos volver á reunirnos la mitad cuando mas del número

que habia cuando tan tenaz y viva persecucion diera principio. Inevitable fué el rezague de infinitos, disimulable su natural dispersion, y sensible la muerte de no pocos por falta de fuerzas para resistir, y muy dolorosa la barbarie de que usaron los enemigos, fusilando sin piedad á los que hallaban en los caseríos casi moribundos. Este proceder era efecto de las órdenes expedidas por el general Reylle para no darnos cuartel.

Yo habia reunido á la caballería que encontré en Calahorra varios dispersos de infantería; que por los avisos que iba dejando en todas partes á mis confidentes sabian la direccion que llevaba, y fueron á incorporárseme al otro lado del Ebro; y aunque en Castilla creí por un momento que los enemigos me dejarian en paz, no fué así, pues hasta allí se dirigió la persecucion; bien que puedo asegurar que entonces yo mismo la provoqué.

Bien se penetrará el lector, por la simple lectura del relato que acabo de hacer, que en el trascurso de los dos meses que hasta entonces llevábamos de corridas en distintas direcciones no me habria sido posible atender á otros cuidados mas que al de procurar dejar burlado el enemigo con mis movimientos; y es así que viví solo en el círculo de Navarra, sin conocimiento alguno de lo que pasaba en el resto de la nacion, ni aun en las provincias mas inmediatas á la de mis operaciones. Pero luego que llegué á Castilla ya empecé á oir que los tantos mil hombres que se habian entretenido en Navarra por mas de sesenta dias con solo el fin de destruirme y hacer desaparecer mis guerrillas, estaban destinados á reforzar el ejército que el mariscal Massena tenia en Portugal, para atacar con el aumento de esta fuerza las posiciones

de Torres-Vedras, que ocupaba el general inglés: que por de contado esta detencion habia perjudicado mucho á los planes de Massena, y corria como voz pública bastante acreditada, que á poco mas tiempo que tardaran á incorporársele estas tropas podria verse aquel mariscal en grandes compromisos con todo su ejército.

Como hasta entonces yo obraba sin mas autoridad, digámoslo así, que la que habia depositado en mí la voluntad de mis compañeros y la disposicion de la junta de Peñíscola, cuyas facultades y jurisdiccion legal no alcanzaban al territorio en que yo maniobraba: ni el Gobierno ni ninguna de aquellas notables juntas de provincia que se reconocian en muchos puntos de la nacion, ni generales; nadie, en una palabra, estaba en relaciones oficiales conmigo; ni aun de mi hermano, enviado en comision á Cádiz, tenia noticias; por consiguiente, ni yo daba parte de mis operaciones, ni recibia órdenes ni comunicaciones que pudieran ser combinables con los movimientos militares de mis voluntarios. Mas considerando, no obstante, segun las noticias adquiridas en Castilla, que á las miras de los ejércitos aliados existentes en Portugal pudiera convenir que se retardase todavía la reunion á Massena de las tropas que á mí me perseguian, de acuerdo con mi segundo Cruchaga traté de entretenerlos todo el tiempo posible; porque nuestras miras no eran de puro egoismo, no se reducian á adquirir glorias parciales de territorio ó provincia, ni menos á intereses personales: combatiamos de buena fe por la causa nacional, y la causa nacional se disputaba lo mismo en Navarra que en Castilla, que en Aragon y que en todas partes, y acaso su victoria inmediata pendia

entonces de la que en Portugal consiguiesen los ejércitos aliados reunidos allí contra el frances mandado por Massena; y por tanto, Cruchaga y yo en nuestras reflexiones, aunque dotados de menos alçances, penetrábamos lo muy conveniente que seria hacer perder á este general el prestigio que tenia entre los suyos y la felicidad con que siempre habia peleado, debida á la predileccion con que le habia mimado la ciega fortuna, cuya inconstancia al cabo de tiempo ningun mortal ha dejado de experimentar. Y por si podiamos contribuir á este resultado, anhelado con un vehementísimo deseo por nuestra parte, abrazamos el partido de continuar llamando la atencion de nuestros perseguidores.

Oportunamente recibí en Castilla mismo á esta sazon el nombramiento de coronel graduado, y comandante general de las guerrillas de Navarra, sin dependencia de otro jefe, que la Regencia del Reino habia hecho en mi favor con fecha 16 de setiembre; y con este grado de autoridad me consideré en deber de entablar relaciones con todos cuantos cuerpos y jefes de todas clases trabajaban en la misma causa. Como tenia preparados los trabajos de arreglos de cuerpos, segun lo he indicado ya en otra parte, elevé sin pérdida de tiempo mi plan á la Regencia, pidiendo reales despachos para jefes y oficiales de tres cuerpos que componiamos los voluntarios, á los cuales dí ya desde luego el dictado de *Division de Navarra*. Al paso pedí igualmente á la Regencia la aprobacion de cuanto hasta entonces habíamos operado, haciéndola una reseña de todo. No dió la Regencia su aprobacion á mis arreglos hasta el 5 de junio del año siguiente de 1811.

Satisfecho yo, y contentos los voluntarios de vernos constituidos legalmente (pues tal nos considerábamos con la providencia de la suprema autoridad de la nacion), emprendimos con nuevos brios nuestras operaciones, siendo mi objeto principal por el pronto distraer la atencion de nuestros contrarios en marchas precipitadas y diversas, para impedir la suya á Portugal, pues algun tanto repuesta la division, no era difícil burlar y fatigar á los enemigos. Ellos en su mayor parte se habian reconcentrado en Tudela, fastidiados y con bastantes bajas, ocasionadas por nuestra táctica de guerra particular, desconocida en todos los demás países extranjeros que llevaban conquistados.

Sobre los tres batallones de infantería que componian la division, de la caballería que tenia formé un regimiento con el título de *Húsares de Navarra*, y con toda la fuerza que reuní marché á principios de octubre al pueblo de Fitero, donde permanecí algunos dias, y desde allí nos dirigimos á la villa de Cervera del rio Alhama. Logré con este movimiento el objeto que me habia propuesto, que fué el de llamar la atencion de los franceses hácia mí; y no solo se removieron gran parte de las tropas que antes me habian perseguido, sino que se cambiaron tambien las guarniciones de Logroño, Nájera, Soria y otros puntos. A los dos dias de hallarme en Cervera, y en uno de los que se contaban los primeros de octubre, quise burlarlos introduciéndome en Navarra; mas me ví contrariado en esta expedicion. Iba á ser alcanzado en el Portillo de Embí, que para mis tropas tenia muy mala salida, y varié de plan: ordené que Cruchaga con dos compañías de su batallon protegiese

mi retirada hácia Molina de Aragon. Parapetóse con ellas en emboscada; cuatrocientos caballos fogosos, que llegaron los primeros, sin conocimiento de la nueva direccion que yo llevaba, al pasar el Portillo se vieron detenidos por una descarga á quemaropa que les hizo Cruchaga: era esto á las cuatro de la tarde. Retrocedieron los enemigos, pero volvieron á la carga, reforzados, hasta cuatro ó cinco veces, y no tuvieron mejor suerte. De este modo se sostuvo Cruchaga hasta que anocheció; y entonces á paso muy ligero fué á reunírseme, dejando burlados á los enemigos y con algunos hombres muertos y heridos, sin que sus dos compañías parapetadas experimentasen pérdida ninguna.

Llegamos á Molina de Aragon; los franceses nos seguian, y dispuse colocarme á su retaguardia, pasando á marchas dobles por Ateca y Novieres, á Agreda. Estando en este último pueblo, me adelanté yo con la caballería con ánimo de sorprender la guarnicion de Tarazona, dando órden á Cruchaga de que siguiese mis pasos con la infantería. Constaba de quinientos hombres la guarnicion francesa de aquella ciudad, guarecidos de un convento que habian fortificado. Llegada la infantería, tomé disposiciones para atacarlos al amanecer del dia siguiente; pero duró el fuego hasta las cinco de la tarde sin ningun resultado favorable. A esta hora dispuse que la infantería se colocase en las alturas, via recta de Agreda, y yo, con la caballería y acompañado de Cruchaga, me quedé á esperar á una columna enemiga de tres mil infantes y seiscientos caballos, que de Tudela iba á socorrer á la guarnicion de Tarazona, distante cuatro leguas una ciudad de otra. Serian las seis de la tarde cuando la

vanguardia enemiga rompió el fuego, y yo la fuí atrayendo al punto donde tenia colocada la infantería. Al llegar á ella experimentamos la desgracia de que mi segundo Cruchaga quedase muy mal herido en poder de los franceses, por su excesiva é inconsiderada bizarría. Mandé al instante que, sin consideracion á otra cosa, toda la gente de ambas armas tratase de recuperar á tan esforzado jefe, y á pesar de una vigorosísima resistencia de los enemigos, se consiguió su rescate, aunque cubierto de heridas.

Logrado este empeño con indecible satisfaccion y gozo de toda la division, mandé que no se empeñara la accion, sino que se sostuviese ínterin se ponia en salvo la persona de mi buen amigo y compañero y le hiciesen la primera cura. Recuerdo que esta expedicion me costó buen número de hombres, y yo tambien salí herido en un brazo, de bala de fusil. No sé lo que habia sucedido al enemigo, porque el hecho tuvo lugar casi de noche, y yo me retiré al abrigo de su oscuridad, disponiendo de paso llamar la atencion de aquel por diferentes puntos. Solo, al frente de la caballería, me dirigí á Navarra, dejando á Cruchaga en un pueblo de Castilla donde pudiera curarse de sus heridas sin cuidado; yo me propuse curar la mia en Navarra. Por la falta de Cruchaga dí accidentalmente el mando de toda la infantería al comandante del batallon 3.°, D. Lúcas Gorriz, y el del batallon 2.° al capitan D. Pedro Antonio Barrena, previniendo á ambos jefes que se introdujesen en Navarra por donde pudieran conseguirlo con menos exposicion.

Poco atinado anduve en mis disposiciones desde que me decidí á hacer que se entretuviesen conmigo las tro-

pas destinadas á reforzar á Massena. Causé, es verdad, un grande daño á este mariscal, privándole de los refuerzos que esperaba y de que tenia necesidad, y proporcioné beneficios á los ejércitos aliados que estaban á su frente: pero á costa de grandes pérdidas de la division de Navarra. Los dos jefes principales salimos heridos; perdimos crecido número de hombres en la accion de cerca de Tarazona, y fué consecuencia de esto el suceso desgraciado de Belorado, ocurrido poco después, del cual no pudo la division reponerse en algun tiempo, y resultaron otras mil ocurrencias azarosas, que acaso se hubieran evitado con menos devocion por nuestra parte para auxiliar á los combatientes en Portugal. Los franceses que estaban sobre nosotros, al tomar diferente direccion la caballería é infantería, se destacaron en mayor número al alcance de la primera, porque sabian ó se persuadian que los jefes principales de la division irian con ella; y marcharon sin duda con grandísima confianza de acabar con nosotros, como publicaron haber concluido con casi toda la division en la accion de Tarazona, « no quedando, decian sus papeles, mas que restos en pequeños grupos, y estos desordenados ».

Yo llegué felizmente á Navarra. Envié luego órdenes al oficial Ulzurrun, que á mi marcha para Castilla habia dejado encargado de recoger dispersos y desertores, para que se me reuniese en tierra de Sangüesa. Cumpliólas exactamente, presentándoseme en Aibar con setecientos hombres que tenia á sus órdenes, con los cuales unas veces se habia defendido de los franceses en mi ausencia, y otras los habia buscado para batirlos. El recorrió las carreteras de Navarra y las de Alava y Gui-

púzcoa, y llegó hasta atacar la guarnicion que defendia la villa de Oñate, y la obligó á abandonarla. Además condujo mucha municion que habia hecho fabricar, y tambien vestuarios que se habian construido, para todo lo cual, al partir yo para Castilla, le dejé materiales preparados. Mi vuelta ocurria á la mitad del mes de octubre, dejando muy atrás á mis enemigos, y mi herida mejoraba sensiblemente. El 24 supe que en Monreal habia cien gendarmes y treinta caballos : mandé á un oficial de esta última arma, llamado Fontellas, que los atacase con un destacamento que puse á sus órdenes, y lo hizo con tal bravura y arrojo, que acabó con la mitad de los enemigos, y la otra mitad no dejó de correr hasta Pamplona, que dista como tres leguas. Todavía el 27 hice yo en persona una sorpresa al enemigo en el Carrascal.

El grueso de sus fuerzas, ó por contrariadas en sus combinaciones á virtud de mis movimientos, ó por cansados y fatigados, pues que me consta que le causaba muchas bajas el empeño de no dejar la pista de mis batallones, ó por órdenes que tuviesen, se quedó muy á retaguardia de mi caballería, y aun llegué á recelar que todos ellos, abandonando mi huella, habrian seguido la de la infantería, y á esto venia yo á atribuir la falta de noticias de su paradero. Siguiendo, no obstante, mis operaciones, el dia 3 de noviembre, en los olivares de Olite, tuve una accion con los enemigos, y el dia 7 otra en Alzorriz, valle de Unciti, en la merindad de Sangüesa : estas dos funciones me dieron por resultado buen número de prisioneros, la correspondencia general del ejército frances, mucho ganado vacuno, caballos, ar-

mas de todas clases, y equipajes. Permanecia en Aibar después de estas acciones, y tuve aviso de que venian á atacarme seiscientos caballos y alguna infantería. Anticipéme á salirles al encuentro, trabóse la batalla, que se sostuvo por ambas partes casi todo un dia con igual bizarría; pero habiendo observado yo cuando se acercaba la noche que el enemigo flaqueaba, le dí una acometida con impetuosidad, y lo llevé en ligera derrota hasta Leache, y allí, en la montaña que media entre el pueblo y la carretera de Pamplona, acabé de derrotarlo, dejando casi toda la columna fuera de combate. Algo costosa me fué la victoria, pues pasaron de cien hombres los que de la mia no pudieron concurrir al fin de ella. Compadecido de los lastimeros ayes que se sentian de los muchos heridos, mezclados de ambos campos, que yacian por el suelo, mandé recogerlos indistintamente, y á mí me tocó sacar en las ancas de mi caballo á varios soldados franceses, y aun les apliqué los primeros recursos que pude en alivio de sus dolores.

A este mismo tiempo mi pobre infantería, al mando de Gorriz, padecia descalabros sensibles. A nuestra separacion al otro lado del Ebro, no viendo enemigos sobre sí, pues que la mayor parte de sus columnas giró tras de la caballería, emprendió su marcha en direccion á Logroño, con objeto de atravesar el Ebro por el puente de esta ciudad; pero no pudo realizar su plan, porque el general frances Roquet le guardaba con tres mil quinientos infantes y seiscientos lanceros. Varió de direccion, trasladándose á Cuzcurrita, donde pasó la noche, y á la mañana del siguiente dia se vieron con toda la fuerza enemiga encima. A paso acelerado se dirigió al pueblo de

Belorado, y allí le sucedió otro tanto; y no pudiendo ya evitar el encuentro, se preparó á recibirlo, tomando posicion á la derecha de él. Formaba entonces parte de su columna la caballería de D. Juan Hernandez (el Pelado), que á mi llegada á Calahorra, convino aunque de mala gana, en seguir la suerte de mis voluntarios, y al separarnos después de la accion de Tarazona, hice que acompañase á Gorriz. Poco tuvieron que trabajar los franceses para desbaratar la formacion de batalla de la division de Navarra. Eran los enemigos infinitamente superiores en las dos armas de infantería y caballería. Sorprendieron la avanzada de caballería que Hernandez habia colocado en el puente de Cuzcurrita, y en seguida se echaron de repente sobre nuestras filas, que sin la menor resistencia perdieron su formacion, y se desbandó toda la tropa; los franceses pudieron saciar su sed de sangre, matando á discreccion cuantos quisieron de los voluntarios, y no fué poca fortuna que pudieron salvarse muchos. Mas de cuatrocientos hombres se perdieron en la accion. El general Roquet llevó en triunfo á Santo Domingo de la Calzada setenta prisioneros, y allí los hizo fusilar á todos.

Casi perdí el juicio cuando me dieron conocimiento de este desastre. No comprendia cómo Gorriz habia podido en unos puntos como los que rodean á Belorado permitir que con tanta facilidad se introdujesen los enemigos entre sus filas, cuando, sabiendo elegir terrenos para presentar la batalla, la posicion debia estar á su favor. Y lo que sobre todo me hizo derramar lágrimas de pena y cólera, fué el proceder del general Roquet con los prisioneros que habia llevado á Santo Domingo para

ostentar su victoria. Juré vengarlos si los generales franceses no se daban á partido en punto á respetar los prisioneros.

De resultas de la accion de Belorado cada cual de los que quedaron con vida siguió la direccion que creyó le salvaba. Gorriz tomó por un lado con alguna parte de fuerza, y la mayor, reunida y compuesta de los que habian escapado del 1.° y 2.° batallon, á las órdenes de Barrena, fueron á parar á Robledo de abajo, y de allí, dando mil y mil vueltas, como tambien Gorriz, ambos por distintos puntos, lograron pasar el Ebro por cerca de su orígen, y vinieron á juntarse en un pueblo de la provincia de Alava, donde volvió Gorriz á tomar el mando de toda la columna. En su marcha por las inmediaciones de Vitoria tuvo noticia que trescientos franceses iban custodiando un convoy; les salió al encuentro, se apoderó de él, y persiguió á la escolta hasta Villarcal. Con el convoy, y sin pérdida ninguna de su parte, se dirigió á Zalduendo. De allí, en virtud de avisos que tuvo de que le seguia una columna enemiga, cruzando la sierra de Andía, pasó al valle de Goñi. A los dos dias de su arribo le acometieron mil quinientos franceses, y batido, le trajeron en huida hasta Ilzarbe, donde se detuvo, consiguiente á las órdenes que le despaché. Mandé á reconocer el estado de la gente, y fué muy lastimosa la pintura que me hicieron de ella, no solo en cuanto á su corto número, sino en razon de su físico, y aun de su moral.

Mientras estos desgraciados corrian las viscisitudes que dejo relatadas, yo tomaba en Navarra la venganza de sus descalabros. A mediados de noviembre se halla-

ban en mi poder muchos carros de municiones, porcion de caballos y crecido número de prisioneros, sobre los que tenia ya en la accion terminada de Leache de que acabo de hacer mencion, y de las anteriores, tomado todo nuevamente cerca de Tafalla sin mas fuerza que la de mi escolta. Y por otra parte, Ulzurrun, con algunas compañías de infantería, al mismo tiempo derrotaba junto á Erice otra escolta, tomaba el correo y la balija, ahuyentaba á un destacamento de gendarmes que venia en su auxilio, haciéndole perder algunos hombres. Dos dias después acomete á doscientos cerca de Lecumberri, y les obliga á refugiarse en la guarnicion de Irurzun con pérdida de algunos. Finalmente, el mismo Ulzurrun, con quinientos hombres, el dia 27 de noviembre obliga á ochocientos franceses que ocupaban el valle de Goñi á que lo dejasen libre, teniendo en su retirada varios muertos y heridos. Con estos hechos, y con la llegada de los restos de Belorado, terminamos el mes de noviembre.

Hora es ya de que se interrumpa la serie de combates, encuentros, muertes y fatigas de todas clases, que por espacio de tres meses tuvieron que sufrir los esforzados voluntarios, á quienes los franceses no permitieron ni un solo dia de descanso en todo este tiempo, ni ellos lo tuvieron tampoco: tal era el afan con que seguian nuestros pasos en las penosas, incesantes y encontradas marchas á que nos obligaba esta tenaz persecucion. Dejáronnos por entonces en paz, y sus numerosos batallones tuvieron al fin que abandonar la empresa de destruirme enteramente, para seguir su marcha á reforzar el ejército de Massena; y esta marcha se verificó en los últimos dias

del mismo mes de noviembre, en que la division volvió á pisar el suelo que la vió nacer. No fué muy ligera la pérdida de esta, pero no fué menor la de los batallones franceses. Y sin perjuicio de continuar relatando nuestras subsiguientes operaciones, sin dar lugar á demasiado descanso, diré lo que en todo el tiempo que duró la persecucion se obró en Navarra por el gobernador frances, conde Reylle.

Contaba este general como asegurado el triunfo de las armas francesas contra los voluntarios de Navarra desde que á los principios de su gobierno, en el mes de agosto, se puso el general Drouret, conde de Erlon, en movimiento con muchos otros generales y tanto número de columnas, que cubrian toda la provincia en persecucion de aquellos; y desembarazado de este cuidado, dirigió sus miras á la parte política y económica de su mando.

En primer lugar, echando abajo el sistema establecido por su antecesor, el general Dufour, todo á la francesa, con su consejo de gobierno dividido en secciones, en el cual dió entrada á los sugetos mas notables por sus conocimientos en la provincia en todos los ramos de justicia, de hacienda y gobierno civil, restableció un simulacro de la Diputacion antigua, pero compuesta de un diputado por cada una de las cinco merindades de Pamplona, Estella, Tudela, Sangüesa y Olite, y uno por la clase de comercio, cuyos nombramientos dejó á la libre eleccion de los pueblos de las mismas merindades, y al comercio el de su representante. Recayeron estos nombramientos, por el órden de su colocacion, en los Señores baron de Bigüezal, D. Joaquin Jerónimo Navarro, el

marqués de Montesa. D. Sebastian de Arteta, D. Pedro José de Marichalar y D. Manuel Angel de Vidarte. Esta corporacion era el verdadero consejo del General Gobernador, á cuyo dictámen sometia este los negocios de todas clases que decian relacion al gobierno económico-político de los pueblos, y por de contado estaba encargada de hacer los repartos de contribuciones que el General acordaba en metálico y frutos.

Esta reunion de naturales del país al lado de las autoridades francesas, que carecian de las necesarias nociones para decretar los impuestos con justicia, era muy útil á los pueblos, no solo en razon de la proporcion justa con que se hacian los repartos individuales, sino porque en sus reclamaciones eran escuchados con aquella consideracion que no habrian tenido con ellos los empleados franceses. Y como yo no me hallaba en estado de impedir al enemigo que vejase á los pueblos, porque su fuerza siempre fué mayor que la mia, nunca consideré yo por mi parte á estos sugetos como desafectos á la causa de la patria, y mas habiendo debido su eleccion á los mismos pueblos; al contrario, algunos de ellos hicieron muy buenos servicios á la causa nacional, cuando ostensiblemente parecian estar muy adheridos á los franceses.

Estableció además una direccion de policía, al cargo del jefe de escuadron de gendarmería francesa Mr. Juan Pedro Mendiri, y le fijó su reglamento especial, cuyo artículo primero decia: «Los delitos contra el Estado, »los atentados contra la seguridad pública, los escritos »y palabras relativos á esta clase de delitos, todo socor»ro, cooperacion ú ocultacion de los insurgentes, propa»lacion de noticias falsas, la seduccion ó enganche; en

»fin, todas las acciones y expresiones que manifiesten »aversion, poca voluntad ó desobediencia á las disposi»ciones del Gobierno, serán objetos del resorte de esta »policía, y juzgados por un consejo de guerra especial.» Los demás otros casos de justicia los dejó al conocimiento de los tribunales ordinarios.

Claro es que en un estado de guerra, y de guerra de aquella naturaleza, en la cual apenas podria contarse una familia en la provincia que no se hallase comprometida, por tener hijos ó parientes en las filas de los leales, que los franceses llamaban insurgentes, y en la poca consideracion con que se trataba al país, debian aparecer muchos delincuentes en los casos sujetos á la policía; y efectivamente, bien pronto se llenó de presos el edificio convento de monjas recoletas de Pamplona, que se destinó para recibirlos: dieron principio á encerrar en él á los padres de los jóvenes que voluntariamente se presentaban á servir bajo de mis órdenes; siguieron curas párrocos, alcaldes, regidores de pueblos por donde andaban voluntarios, á quienes proveian de raciones (que no podian dejar de hacerlo, por las responsabilidades que yo les tenia impuestas); y concluyeron por aprisionar á cuantos recelaban que pudieran tener cualquiera clase de relaciones con nosotros.

Con estas medidas creyó el conde Reylle que en poco tiempo lograria poner la provincia tranquila, contando siempre con que yo no volveria á pisar su suelo; pero se engañó notablemente, por carecer, en primer lugar, de noticias exactas acerca del estado en que se hallaba el espíritu público, y en segundo, por no haberse impuesto con verdad del carácter de los habitantes del país, in-

capaces de dejarse domar por disposiciones violentas; así es que por cada padre ó pariente de voluntario que ponian en arresto, se ausentaban cinco jóvenes de sus casas, y venian á aumentar el número de aquellos, bien resueltos á vengar las tropelías que se cometian con sus familias. Y por otra parte, le faltó el cálculo de mi desaparicion y de la de mi division; y no le causó poca sorpresa y pena la noticia de que me encontraba nuevamente buscando en todas direcciones, para acometer y destrozar á destacamentos, columnas y convoyes de su ejército.

El general conde Reylle debia ser hombre de sangre bastante fria, y debió aprender á tenerla al lado de su jefe Napoleon, de quien era todavía edecan, que en el curso de su vida dió bastantes pruebas de lo poco que le importaba que se derramase sangre humana. Durante el gobierno del Conde en Navarra casi me atreveré á decir, juzgando por los resultados, que se recreaba en llevar víctimas al sacrificio, y la mayor parte de ellas inocentes, ó á lo menos sin formacion de causa ni la menor justificacion de pruebas de delito. Los sucesos nos irán demostrando cuán poco necesitaba la policía de Reylle para enviar hombres al patíbulo. Ya nos dió una prueba de ello cuando anuló la práctica de sus antecesores, de respetar la calidad de prisioneros; y si bien algunos de estos al rendirse libraban la vida, eran conducidos á los calabozos de la fortaleza de la capital, para tomar con estos infelices venganza de las derrotas que experimentaban sus tropas. El derecho de la guerra, y aun la política, me aconsejaba que usara de represalias con los que cayeran en mi poder; pero desafio á todos los que

tuvieran esta suerte hasta la época á que me refiero, á que desmientan el buen trato que recibieron de mis voluntarios; cuando yo me hallaba en el campo de batalla tenia gusto de aliviar algun tanto su desgracia, convidando á mi mesa á los oficiales. No negaré, sin embargo, que antes de este tiempo las partidas sueltas que obraban por sí hubiesen cometido algunos excesos con los que iban á parar á sus manos; pero se contuvieron luego que me fué permitido regularizar un poco el servicio de los voluntarios. Pasado algun tiempo, y viendo que los gobernadores franceses no moderaban su conducta, me fué preciso declarar guerra á muerte á todos los soldados franceses, incluso su emperador.

No satisfechos sus generales con los castigos que ejecutaban en los prisioneros, extendieron el rigor de sus medidas hasta las familias de estos, y á las de otros que permanecian fieles en las filas de la patria, y las arrancaban de sus hogares para trasplantarlas á Francia, sin reparar ni en edad ni en sexo ni en condicion; pocas eran las que contaban con algunos medios para poder vivir en lejanas tierras, sin conocimiento de personas ni del idioma de los países adonde se las conducia; la mayor parte padecieron infinitos trabajos y necesidades en su violenta emigracion, de donde no volvieron (las que tuvieron bastante fortaleza para resistir) hasta que las tropas aliadas entraron en Francia y derrocaron al coloso, orígen y causa de tanta desdicha. Resultado de estas deportaciones fué que muchas casas del país quedaron enteramente abandonadas y arruinadas, á causa de faltarles sus dueños.

Mas no por esto se disminuia el patriotismo de los jó-

venes. Eran muchas las bajas experimentadas por los cuatro cuerpos que habia formado hasta entonces, tres de infantería y uno de caballería, todos compuestos de hombres que voluntariamente se presentaban á tomar las armas en el curso de la persecucion que acababa de tener fin; pero bien pronto pude llenarlas con nuevos voluntarios. Ninguna necesidad tuve en todo el tiempo que duró la guerra de usar de requisiciones para formar los nueve batallones y dos regimientos de caballería, de que se componia mi division á la conclusion de la lucha, todos ellos bien completos de hombres, y ni uno que no fuese voluntario. Reforzados inmediatamente de nuestra vuelta al país, y renovado su equipo de todas prendas, dimos principio á una nueva campaña con ánimo determinado de adquirir ventajas sobre las huestes enemigas.

Dí órdenes á Gorriz para que el dia 1.° de diciembre se presentase con la tropa en la villa de Lumbier, y no sé cómo á su presencia pude disimular mi enojo contra los jefes que, segun los informes que allí mismo tomaba, tan mala cuenta habian dado de la accion de Belorado; y la pena que afligió á mi corazon al ver lo mal parados que venian los subalternos. Preciso me fué tomar medidas para una completa trasformacion en ellos. Su gala era la de ostentar como objeto de marcial atencion unas grandes matas ó guedejas de pelo que de ambos lados de la cabeza les colgaban hácia las sienes y cruzaban por detrás de las orejas; esto ocasionaba la cria de inmundicia, que se extendia después á todas las partes del cuerpo, y de la que venian plagadas sus carnes y los miserables andrajos con que en alguna parte las cubrian;

tenia preparados nuevos vestuarios, pero antes de entregárselos quise que se limpiaran bien de toda la porquería que llevaban; llamé á los jefes y encarguéles que la primera operacion que debia ejecutarse era la cortadura del pelo; me manifestaron sorpresa y recelos de encontrar resistencia mientras no se diese á los voluntarios el ejemplo por parte de los jefes. Disimulando mi enojo, porque realmente yo era acaso el mas exagerado en conservar aquella gala, hice que se formara toda la tropa; mandé recoger cuantas tijeras hubiese por el pueblo, y llevadas á la formacion y repartidas por mí propio á las compañías, dí la órden para cortar el pelo, y á mi presencia misma se hizo la operacion en brevísimo tiempo, sin que se oyese la mas mínima expresion de resistencia. Yo solo, entre los voluntarios, fuí el que conservé la distincion, pero ya que hice observar el acto de subordinacion, y cuando apenas se recordaba el hecho, me igualé á todos. De aquí data la observancia de la verdadera disciplina militar de la division de Navarra, que estoy seguro no desaventajaba á ninguna otra de las del ejército cuando, concluida la guerra, fué disuelta.

Entonces tambien es cuando se dió principio á la instruccion militar de los cuerpos, á lo cual se prestaron docilísimamente, porque se les hizo comprender que principalmente la derrota de Belorado habia dependido de no haber sabido guardar la formacion arreglada á instrucciones; desde aquel dia todas ó la mayor parte de las horas que no se estaba de faccion se aplicaban á ejercicios, y los oficiales, concluidos estos, formaban sus academias, de donde salieron algunos regulares tácticos.

Llegó á Lumbier, con Gorriz y algunos caballos, el varias veces nombrado Hernandez (el Pelado), y su mala estrella le condujo á país donde la justicia debia sobre él ejercer un acto de expiacion á tanto crímen como le habia visto cometer, siguiendo el ejemplo de Echeverría, y aun excediéndole en crueldad. Nada habia respetable para ambos monstruos, ni los pastores de la Iglesia, ni las justicias, ni el sexo, ni la edad; todo lo ultrajaban, todo sucumbia á su feroz brutalidad. La vindicta pública reclamaba justicia, y yo me creia obligado á satisfacerla; tuvo el pago que habia merecido, como su compañero Echeverría. Las congratulaciones que debí por este hecho á la mayor parte de los pueblos de la provincia me probaron que no habia estado demás mi severidad. Los franceses y los españoles que por él y otros semejantes me consideraban de entrañas de fiera, no sufrian, como los habitantes de Navarra, el trato cruel de aquellos hombres, ni tampoco se encontraban en la posicion personal en que yo me hallaba.

Mejorado Cruchaga de sus heridas, se me reunió en Lumbier. Era tal la afluencia de voluntarios para servir en la division, que, sobre haber dotado los cuerpos existentes con mil doscientos hombres cada uno, todavía me sobró para establecer la base de un 4.° batallon, cuyo encargo confié al oficial D. Ramon de Ulzurrun, que tan buena cuenta me habia dado de su anterior comision. Dí uniforme pardo á la division, como de mas resistencia para la clase de guerra que debiamos hacer, y los batallones se distinguian por entonces por el collarin y vueltas, que cada uno lo llevaba de diferente color. Descansábamos y la tropa adelantaba en su instruccion,

cuando á mediados de diciembre tuve noticia de que setecientos franceses salian de Pamplona en direccion de Monreal. Los dejé llegar, y fuí á acometerles con todas mis fuerzas, con intencion de impedir que ni uno pudiese volver á la plàza; pero se batieron con mucha bizarría y teson, y hube de contentarme con matarles cuarenta y ocho hombres, entre ellos cuatro renegados, y hacerles setenta prisioneros. Ignoro á qué número ascendieran los heridos que habrian podido llevarse en su retirada á Pamplona. No bajó mi pérdida de treinta muertos, y los heridos pasarian de ciento.

A los ocho dias de esta accion, esto es, el 23 de diciembre, llegaron á Aibar mil quinientos infantes y doscientos caballos enemigos; el 24 salí yo de Lumbier y me aposté cerca de ellos. No dejaba de maravillarme que, á pesar de tantos descalabros como sufrian los franceses en encuentros con la division, á pesar de que muchas veces peleaban con fuerzas iguales, y á pesar de que no debian ignorar que yo conservaba reunidos mas de tres mil hombres, todavía tuviesen tanto arrojo, que con la mitad de esta fuerza fuesen á buscarme; y en esto no cabia sino una de dos cosas: ó que el general Reylle y su policía no tenian datos exactos sobre el número y calidad de mis soldados, ó que cada nuevo general ó jefe que se presentaba en Navarra contaba con demasiada dósis de orgullo para persuadirse que no eran capaces los *brigantes*, como nos llamaban, de hacerles frente, aunque llevaran mayor número de hombres que el que ellos contaban, y marchaban sin reparo á la prueba. Y bien, para ellos era el mal; la division de Navarra puede contar la satisfaccion de haber hecho tra-

bajar los talentos de un gran número de los generales de Napoleon, muchos de distincion y renombre en su clase, y todos ellos pueden decir que salieron de la empresa con gloria igual.

No sé quién era el que mandaba estos mil y quinientos infantes y doscientos caballos de refresco que iban á buscarme; tuve avisos diferentes, uno me anunciaba que era el general Brescat, y otro que era Gaudin, ambos á dos recien llegados de Francia, y fuese cualquiera, debo confesar que tuvo arrojo y valor para animar y sostener el choque. Cuando le vi salir de Aibar á provocarme, dí las órdenes precisas que estaban en mi táctica: dejar llegar á golpe de tiro los enemigos que venian en masa. Los batallones 1.° y 2.° tuvieron órden de hacer á la vez una descarga general sin mover un pié de la posicion que ocupaban, y hecha esta descarga, el batallon nuevo debia acometer á la bayoneta. Ejecutáronse mis órdenes puntualmente; pero este último batallon fué rechazado, y los otros dos hubieron de acudir á sostenerle.

Se enredó la batalla extraordinariamente, llegando á entremezclarse con frecuencia unas y otras tropas, y volviendo y revolviendo sin cesar de un punto á otro y de una á otra posicion. Sin embargo de la ventaja que yo llevaba en la fuerza de infantería, pues era doble que la del enemigo, se sostuvo el fuego y encarnizada pelea ocho horas sin suspension ni retroceso en grande de las masas, hasta que al cabo de este tiempo, herido el que mandaba á los franceses, segun se dijo, se pronunciaron estos en retirada con tanta precipitacion, que no se dió lugar á su caballería para pasar el rio por el

puente de Caseda; tuvo que vadearlo, y de esto resultó que casi toda ella quedó inutilizada. De la columna francêsa su mitad habria quedado fuera de combate, entre muertos, heridos y prisioneros; perdió tambien varios efectos de guerra. La division tuvo, entre muertos y heridos, una baja de ciento ochenta hombres. Como yo habia hecho conducir á los almacenes de Lumbier muchos artículos de equipo, y aun de provisiones de boca y guerra, recelé que fueran para los franceses un objeto de codicia, y como á esto pudiera añadirse la necesidad de destacar desde Pamplona nuevas y mayores fuerzas, que bien las habia, en auxilio de la columna que se batia, al anochecer del dia de la accion retrocedí al mismo pueblo de Lumbier, de donde habia salido. Con esta accion se terminaron los combates y sucesos del año de 1810.

SUCESOS DEL AÑO DE 1811.

Mes de enero.

Dejáronme descansar los franceses algunos dias en Lumbier, y los ocupé en dedicarme al mejor arreglo posible de los cuerpos de la division, dotándolos con el correspondiente número de jefes, oficiales, sargentos, etc., etc., modelándolos á la forma de la tropa de línea. Era esto muy urgente, por el gran número de jóvenes que diariamente acudia á mis banderas; de modo que ya por este tiempo, que era á mediados del mes de

enero, el activo oficial Ulzurrun, á quien habia dado la comision de organizar el 4.º batallon, procuraba foguear este cuerpo y ensayarlo contra el enemigo. Ocupéme igualmente en poner órden en el reparto de raciones entre los pueblos, en preparar algunos elementos para establecer mas adelante hospitales, y almacenes donde se custodiasen los efectos que fuéramos reuniendo de armamento y equipo, talleres de construccion y otros objetos, relativos todos al preciso de la guerra. Y cuidé tambien de administrar justicia sobre infinitas reclamaciones que se me dirigian de todas partes, porque los pueblos de Navarra que no estaban enteramente ocupados por los franceses no reconocian otra autoridad superior gubernativa que la mia; y como por otra parte tenia el poder de la fuerza, nadie osaba resistir mis providencias. Mas adelante establecí un tribunal de justicia que al paso ejercia las funciones de auditoría de guerra y de asesor de mi gobierno en ciertos casos; y posteriormente todavía conseguí que el tribunal eclesiástico del obispado que residia en Pamplona se trasladase al país libre de enemigos, y ejerciese sus atribuciones bajo de la proteccion de mis armas.

Se me dió en este tiempo una queja que me causó horror, y en el acto habria hecho fusilar al autor del atentado si hubiera podido haberlo á mi disposicion. Díjoseme que en el mes de setiembre anterior, cuando me habia visto obligado á correrme hasta Castilla, huyendo de la persecucion que habia sufrido, uno que se decia sargento de la division, llamado Manuel de Santa Cruz, natural de la villa de Mañeru, habia inicuamente fusilado á tres oficiales españoles, cuya custodia le estaba

encargada, por hallarse en calidad de presos en el monte llamado del Maular, cerca de la venta ó granja de Zumbelz, propia del monasterio de Irache. Ni yo hacia memoria del tal sargento, ni menos de quiénes fueran los oficiales sacrificados. Las órdenes mas terminantes expedí para que sin mas demora se buscase al tal sargento Santa Cruz y me lo presentasen, y antes de que llegara este caso tuve que emprender la campaña, porque los enemigos me obligaron. En medio de todos los cuidados de la guerra nunca olvidé el hecho del sargento Santa Cruz, y continuamente preguntaba si se le habia encontrado. Algun dia se me dió parte de que por una de las partidas destacadas al intento habia sido hallado moribundo, con un delirio y convulsiones violentas, que le causaron la muerte á la presencia de los mismos que lo buscaban. No quedé satisfecho con este resultado, ni mi conciencia quedó tranquila; y queriendo que el suceso se presentara al público tal como habia pasado, mandé que se tomara una informacion, haciendo deponer en ella al eclesiástico que se me aseguró haber sido llamado por el sargento Santa Cruz para que le auxiliase en su última hora, y aunque sea anticipando la fecha, para no dejar pendiente este triste suceso voy á copiar el contenido de la declaracion del eclesiástico. Dice así:

« En la ciudad de Estella, ilustrísimo reino de Navar»ra, donde por sus fueros y leyes no se usa papel sella»do, á 23 dias de abril de 1811, ante mí el escribano »real infrascrito compareció D. Antonio Ercilla, pres»bítero, capellan residente en la granja de Zumbelz, del »monasterio extinguido de Irache, á quien doy fe co»nozco, y mediante juramento que voluntariamente ha

»prestado, *in verbo sacerdotis tacto pectore et corona*, conforme á su estado, asegura y declara : Que á cosa de »las seis y media de la tarde del dia 3 de setiembre último, compelido por Manuel de Santa Cruz, natural de »la villa de Mañeru, sargento de una partida de hombres »de guerrilla armada que mandaba y le acompañaba, »pasó el constituyente desde dicha granja al monte de »Maular, propio del lugar de Lazaur, su confinante, y en »él, con órden de aquel, confesó á tres oficiales de tropa »española, á quienes en siguiente les quitaron la vida los »soldados, por mandato del sargento Santa Cruz, el cual »lo verificó, segun llegó á comprender el declarante en »conversaciones particulares, por atribuirles algun delito, ó que eran suspectos, y por verse perseguido de »las tropas francesas, aunque sin órden, noticia, consentimiento ni intervencion de su comandante y jefe »D. Francisco Espoz y Mina; que los tres oficiales españoles muertos vino á entender eran, el uno D. Julian »Morales, teniente coronel, natural del Ferrol; el otro »D. Juan Bautista Iñurigarro, natural de Anzuela de Guipúzcoa, teniente capitan, y el tercero, D. Joaquin Urquidizar y Zabala, capitan, natural de la villa de Ermua, señorío de Vizcaya, casado con D.ª Concepcion »Ribas, la cual se avocó con el constituyente pasado »algun tiempo, le comunicó estaba bien informada de »que en la muerte de su marido y la de los otros dos oficiales solo intervino el sargento Santa Cruz, sin tener »parte ni órden de su jefe Espoz y Mina. Y por último, »mediante mandato y despacho que dicha D.ª Concepcion obtuvo del Sr. Provisor y Vicario General de este »obispado, en 12 de diciembre tambien último, declaró

»y manifestó el constituyente el suceso referido. Y tiene »oido decir por positivo que dicho jefe Espoz apenas »llegó á entender el caso y muerte de los tres oficiales »dió providencias para prender al sargento Santa Cruz »y castigarlo por su exceso; pero que este huyó y no se »le pudo dar alcance. Que todo lo expuesto es la ver»dad, mediante el juramento prestado; y en honor de »esa y para los efectos que haya lugar, hace esta decla»racion con la protesta ordinaria de que no cause daño »á ninguna persona, efusion de sangre, mutilacion de »miembro, ni culpa que merezca pena capital. Firmó, y »en fe de ello yo el escribano, *D. Antonio Ercilla.*—Ante »mí.—*Estéban Saenz Ramirez*, escribano.—*Legalizacion.* »—Los escribanos reales infrascritos, en todo este ilustrí»simo reino de Navarra, certificamos que Estéban Saenz »Ramirez, por quien va autorizada la declaracion pre»cedente, es, como se titula, escribano real del número »y juzgado de esta ciudad, fiel, legal y de confianza, y »como á tal á cuanto por su testimonio pasa siempre se »ha dado y da entera fe y crédito judicial y extrajudicial»mente, y la misma merece aquella. Y para que conste »signamos y firmamos en papel comun, por no usarse del »sellado en este reino, en la ciudad de Estella á 23 de »abril de 1811.—En testimonio de verdad, *Dámaso Mar»tija.*—En testimonio de verdad, *Eusebio Ruiz de Galar»reta*, escribano.»

El acto de atrocidad á que se refiere este testimonio, y algunos otros semejantes cometidos por partidas de guerrilla sueltas antes que yo mandase en jefe, y aun después que tuve el mando, todos se han atribuido á mi carácter, á pesar de no haber tenido la menor parte en

ellos; y de aquí se ha tomado el pretexto para presentarme á los ojos de la Europa como un hombre feroz y sanguinario, destituido de todo sentimiento de humanidad. Que los franceses en aquel tiempo me pintaran en sus boletines y papeles públicos del Gobierno con colores tan negros, nada de particular tendria, porque eso entraba en sus miras é intereses, y lo mismo digo de los españoles que seguian el partido frances. Pero sí lo ha tenido, y mucho, y no ha dejado de herir mi sensibilidad, que haya habido españoles que seguian la misma causa nacional que yo, bastante injustos para acoger sin exámen las mismas ideas, y tener por cierto que yo abrigaba un alma tan cruel, que no era capaz de accion ninguna noble y generosa, ni de humanidad siquiera. Sin embargo de que es ajeno de mi carácter el hacer alarde de mis buenas ó malas obras, permítaseme decir que desde que tomé las armas he combatido á todos los enemigos de mi patria donde quiera que los haya visto, en el campo de batalla; contra los invasores extranjeros mientras la pelea, confieso que mi objeto y todos mis esfuerzos se dirigian tan solamente á obtener las mayores ventajas que pudiera; pero cesado el fuego, he sabido respetar la desgracia de los que tenian la mala suerte de quedar prisioneros; y si alguna vez pude extraviarme de esta senda, me habrian provocado á hacerlo los contrarios del bienestar de mi patria, que lo eran mios tambien.

Contrarios á este bienestar éranlo, igualmente que los franceses, todos aquellos españoles que, so color de patriotas, causaban á la patria tantos y mas males que los enemigos extranjeros, y era infinitamente mas re-

prensible su conducta que en estos. Hubo entre ellos quienes no respetaban ni moral ni pudor, ni ley alguna divina ni humana; y eran además enemigos personales mios, que acechaban los momentos para aprovechar el primero que les proporcionase la oportunidad de acabar conmigo. Y aunque se quiera suponer que yo entonces no tenia la mision legal de satisfacer la vindicta pública, mi propia conservacion reclamaba que me precaviera de mis enemigos, como lo hice con Echeverría, Hernandez (el Pelado), y algunos otros que por sus crímenes tuvieron la misma suerte. Pero atribuirme otra especie de castigos en hombres que ni á mí me habian ofendido, ni eran contrarios á la causa nacional, por la cual me habia armado y peleaba, ni habian causado herida ninguna á la buena moral, como algunos infelices que en aquellos tiempos de revueltas dieron en manos de bárbaros asesinos, ó de enemigos personales, ó de ladrones de profesion, es una calumnia cuya refutacion dejo al imparcial juicio que se forme de todas las acciones de mi vida, así pública como privada.

Y para que se vea con cuanta ligereza me han juzgado los que tan desventajosamente me pintaron, insertaré en este lugar un documento expedido por el ayuntamiento pleno de la ciudad de Viana, por el que se vendrá en conocimiento de que la justicia exigia la severidad de que hice uso en Echeverría y sus criminales compañeros.

«Grande fué (dice) la pérdida que sufrió este reino »en la desgraciada ausencia de D. Francisco Javier de »Mina: sus soldados dispersos apenas reconocian jefe »alguno. Muchas partidas sueltas no hacian mas que

»infestar los caminos, robando á los pasajeros; nadie se »atrevia á salir de su casa ni aun á negocios del mayor »interés, porque los multiplicados robos y asesinatos »que todos los dias cometian les obligaban á mantenerse »en sus hogares, no siendo mejores los que se erigian »sin autoridad en comandantes. En la existencia de los »*monstruos de la humanidad, Pascual Echeverría y Juan* »*Hernandez*, las justicias perdieron toda su energía, y á »la sombra de ellos se multiplicaban impunemente los »delitos de los paisanos; los alcaldes se vieron muchas »veces precisados á soltar los reos sin el castigo que »merecian, y los escribanos á entregarles los procesos »criminales, que rompian á su presencia... Ya vendrá »el Pelado, decian los delincuentes presos, y venia, y »eran sueltos, llegando á tanto el desórden, que se »llegó á temer menos al enemigo que á aquellos inicuos »comandantes. En circunstancias tan críticas, en que »los pueblos tenian que sufrir tantas vejaciones de sus »mismos hermanos, sin aliviarles las que les venian de »los enemigos, se presenta con toda la autoridad de»seable el Sr. coronel D. Francisco Espoz, y desde lue»go se deja sentir por todo el reino un aire apacible; el »disperso oye la voz de su jefe y se le reune, los pre»tendidos inicuos comandantes Echeverría y Hernan»dez son víctimas de su celo por el bien de la patria, y »los que le seguian se alistan en su servicio, temen y se »mantienen en el órden. Las justicias se reaniman, y la »juventud, antes disoluta, las respeta; los ultrajes que »sufrian en tiempo de aquellos monstruos se han con»vertido en veneracion y respeto; los caminos se ven »libres de asesinatos y robos, y los pueblos de aquellas

»violentas exacciones... Contento el Sr. Coronel con el »suministro de raciones, no trata de imponer contribu-»ciones, sino de perseguir al enemigo, mantener la dis-»ciplina en sus tropas y el buen órden en los pueblos. »Y si en algunos ha puesto aduanas para el alivio de su »division, ha sabido su prudencia suspender su ejerci-»cio cuando por las justicias se le han representado in-»convenientes... En fin, todo ha mudado de tono, y »todo se debe al juicio, integridad y desinterés del Se-»ñor coronel Espoz. Viana, 11 de mayo de 1811.—*Ra-»mon Perez de Aranza.—Agustin Eguaras.—Fermin de »Gamora.— Manuel Fernandez.*— Ante mí. —*Nicolas »Echalecu,* escribano.»

Sin acabar de dictar cuantas medidas tenia meditadas en los ramos económico-políticos, me vi forzado á fijar mi mayor atencion en el de la guerra, porque, segun las confidencias que recibia hasta del mismo reino de Francia, Napoleon daba estrechísimas órdenes para introducir de nuevo en Navarra tantas tropas cuantas menester fuesen para limpiar enteramente el país de los que él llamaba insurgentes, é iba á darse principio, á la entrada del año, á una nueva y fuerte persecucion.

En efecto; era inconcebible para el emperador de los franceses, segun las comunicaciones que yo recibia de Paris, que un puñado de paisanos miserables diesen tanto en que entender á numerosos batallones que se habian destacado en contra suya, y muy desagradable para sus generales verse tan burlados por ellos. En balde habian desplegado sus talentos y valor muchos de estos generales: ahora estaban destinados á atacarme Dumonstier y d'Armagnac, con muchos miles de hombres.

Cuatro mil infantes, trescientos caballos y un buen tren de artillería amanecieron el 9 de enero cerca de Lumbier. Con los avisos anticipados que tuve, hice cortar el puente, y coloqué mis batallones parapetados á la orilla izquierda del rio. Los franceses llegaron hasta el puente, y desde allí retrocedieron, sufriendo algunas descargas de mi tropa; pero volvieron, y la mayor parte del dia se estuvo en un continuo fuego, sin que en todo él hubiesen los enemigos logrado vadear el rio, que lo intentaron por siete ú ocho veces. Con bastante pérdida de uno y otro campo cesó el fuego cuando cerraba el dia, y en aquella misma noche recibió el enemigo nuevos refuerzos enviados de Pamplona, y mi division habia consumido sus municiones. Preví que continuarian los franceses su empresa, y yo me propuse ponerles al dia siguiente los obstáculos mayores que mis fuerzas permitiesen al pase del rio, y á todo evento puse á buen recaudo cuantos artículos habia en Lumbier, cuya pérdida me fuera sensible. Además, por si el enemigo se corria con intencion de vadear el rio por otro punto, del 2.º batallon, que ocupaba la derecha de la línea, destaqué al puente de Agoz cuatro compañías al cargo de D. Pedro Antonio Barrena, con órden de sostenerse en él hasta nuevo aviso.

Municioné mi tropa y me preparé, y apenas habia amanecido el dia siguiente, fué atacada toda la línea á la vez. Se sostuvo la division con teson, y rechazó con vigor á las fuerzas contrarias; por fin cedió á la constancia de los franceses, por razon de ser mucho mayor su número. Vadearon el rio por la izquierda de la línea, y hube de replegarme al monasterio de Leire, dejándoles

dueños del campo, aunque no con ventajas en la pérdida de hombres, porque fué la suya infinitamente mayor que la nuestra. Entraron de seguida en Lumbier, y este pueblo sufrió un horroroso saqueo y cuantas otras vejaciones son consiguientes á una soldadesca sin freno. En los choques de ambos dias se peleó por las dos partes con brio y decision, y ciertamente no puedo menos de decir que los jefes mis enemigos se portaron con bravura, y en mi estimacion sus disposiciones merecieron alabanza.

En este mismo tiempo el bisoño nuevo batallon 4.°, que estaba en la Borunda instruyéndose, impedia á quinientos enemigos la entrada en Echarriaranaz, obligándoles á contramarchar hácia el pueblo de Torrano, en el valle de Ergoyena, donde los derrotó, matándoles algunos hombres, hiriendo otros, y otros fueron apresados con porcion de armas.

Suponiendo que el enemigo me perseguiria, de Leache me trasladé á Bigüezal, donde se me reunió Barrena con las cuatro compañías que habia destacado al puente de Agoz. Allí dividí la fuerza, dejé á Cruchaga con la mayor parte de la infantería en observacion de los franceses, con órden de dirigirse á cierto tiempo á tierra de Estella, mientras yo recorria otros puntos con la caballería y poca infantería. El dia 14 los franceses, dejando Lumbier, subieron á Navascuez, pero no considerándose allí bastante seguros, volvian á Lumbier, y Cruchaga, que los observaba, trató de picarles la retaguardia; los alcanzó en Iso, valle de Urraul, merindad de Sangüesa, y los siguió hasta Arboníes, en el mismo valle, sin que volviesen cara los enemigos. Retiróse Cru-

chaga á Iso después de esta correría, y los franceses á Lumbier; de aquí, estos se volvieron á Pamplona, y Cruchaga, con su fuerza, marchó á Sangüesa, donde descansó tres dias, y al cuarto se puso en marcha á tierra de Estella, en cumplimiento de las órdenes que yo le habia dejado. Cruzó por Unzúe, Añorbe, Mendigorría, Cirauqui, Riezu á Arzoz, donde se me reunió. En los dias que yo estuve separado de Cruchaga corrí varios puntos, tomando lenguas acerca de los movimientos de tropas francesas, que se me aseguraba estaban destinadas á Navarra en mi persecucion, y en estas operaciones se invirtieron los dias que restaban del mes de enero, y entramos en el siguiente

Mes de febrero.

Efectivamente, en marcha estaban, con diez y seis ó veinte mil hombres, los generales Cafarelly y Harispe, y quise aprovechar el tiempo para causar mal al enemigo antes que su multitud me lo impidiese. El dia 1.° de febrero salí de Arzoz, que está en el valle de Guesalar, merindad de Estella, con los batallones 1.°, 2.° y 3.°, y la caballería, con objeto de atacar á una columna francesa de tres mil quinientos infantes y doscientos caballos que se hallaba en el pueblo de Lorca, cerca de Estella, valle de Yerri. El 2 al amanecer comencé el ataque, duró ocho horas con tenacidad por una y otra parte, y al cabo de este tiempo los llevé en retirada hasta Puente la Reina, y volví á Arzoz. Al dia siguiente me dirigí al valle de Echáuri, dispuse allí que él batallon 3.° pasase al Carrascal á encontrarse con un convoy de sa-

litres y otros objetos que debian pasar por aquel punto; y yo, con los otros dos batallones y la caballería, fuí á ocupar el camino real de Pamplona á Francia, por donde debia pasar otro convoy con municiones; este era el mas interesante, y yo sabia por mis confidencias que los franceses querian llamar el mayor número de mis fuerzas sobre el Carrascal, y por eso aparentaban importarles mas el otro.

Desgracia fué para el honradísimo cuanto valiente D. Lúcas Gorriz, comandante del batallon 3.°, que le tocase la suerte de ir á mandar la expedicion del Carrascal. Llegado á presencia del enemigo, y en momentos de emprender el fuego, su caballo, que era muy brioso, tropezó en la carrera, cayó, envolvió al jinete, fue lanzado de la silla, y recibió un golpe en la cabeza de tal gravedad, que murió á las pocas horas. Es muy frecuente en los azares de la guerra que la pérdida del jefe que manda una accion ponga á su tropa en completo desaliento, y aun la desbarate; pero en esta ocasion sucedió todo lo contrario: amaban tanto todos los individuos del batallon 3.° á su comandante, que cuando se vieron privados de él, se encolerizaron contra sus enemigos en términos, que hicieron prodigios de valor en la pelea. El ayudante mayor Laquidain tomó el mando, animó á sus compañeros, que arremeten como leones, y aunque los enemigos eran mas, la palma de la victoria quedó por los menos, que se apoderaron de los carros de salitre, de algunos caballos, mataron muchos enemigos, y quedáronse con crecido número de prisioneros.

El convoy que llamó mi atencion y por el cual me habia colocado en el mismo camino real, á la vista de la

plaza de Pamplona y casi al alcance del cañon de sus murallas, lo contaba ya en mi poder, cuando salieron en su defensa de la plaza dos mil quinientos infantes y cien caballos. Trabóse la lucha, y dí órden á la division para que cada soldado se proveyese de cuantos cartuchos pudiese del convoy abandonado por los franceses, y que al resto se le diese fuego, puesto que no habia medio para conducirlo. Hízose así, y no teniendo ya otro interés que me estimulase á continuar la pelea, dejé el campo y me retiré al pueblo de Larumbe, en el valle de Gulina, en direccion del de Ulzama. Esta accion tuvo lugar en los términos del de Erice: ambos contendientes experimentamos pérdidas, aunque las del enemigo superaron á las mias, como generalmente sucedió en cuantos choques tuvimos, excepto en dos de ellos, que fueron el de Belorado y otro cerca del monte de Baigorri, donde me acuchillaron quinientos hombres, por haberles dado mala direccion mi ayudante mayor Sadaba.

Ya las tropas que traian los generales Cafarelly y Harispe maniobraban dentro de Navarra. De Larumbe pasé á Iraizoz, valle de Ulzama. Seguíanme la pista, y tres mil hombres me dieron alcance cerca de Larrainzar, donde tuvimos como hora y media de fuego, sin resultado de ventaja por una ni otra parte.

Veíame bastante apurado para evadirme de los cercos que me iban poniendo, y que eran bastante estrechos, en razon del gran número de soldados que estaban destacados á mi prision y la de mis compañeros; y en esta ocasion contaba con un enemigo, que era el general Harispe, que podia hacerme mucho mal, especialmente hácia el país montañoso, porque lo conocia, en pri-

mer lugar, y en segundo, porque, siendo hijo de uno de los pueblos de Francia rayano á nuestra frontera, le era familiar el idioma vasco, que es el de los montañeses navarros; y esta circunstancia influye mucho en las gentes sencillas para escuchar y adherirse á los que les hablen en su propio lenguaje y maneras; por tanto, era preciso no perder ánimo y ser activo en las medidas. Formé la resolucion de dirigirme á Aragon, y al siguiente dia de la escaramuza de Larrainzar me puse en marcha con las tropas que tenia á mis órdenes, á pasar los puentes de Sangüesa y Galipienzo.

Como eran tantos los enemigos, que casi cubrian todo el país, mis confidentes se habian relajado algun tanto en esta ocasion, y es así que hasta que me acerqué á los puentes no supe que Harispe los habia tomado y cortado, y guarnecido otros puntos por donde podria yo dirigir mi marcha. Al notar estas cortaduras cambié de rumbo; me dirigí con la infantería, que se componia del 1.º y 2.º batallon, al pueblo de Irurozqui, en el valle de Urraul, merindad de Sangüesa; y aposté la caballería en Samoain, á corta distancia, en observacion del general Harispe que se hallaba ya en Lumbier. No era de dudar que me acometiese sin perder tiempo, y yo aproveché el que pude para esperarlo con cuenta y razon.

Con su acostumbrada furia de primer golpe me arremetieron los franceses; paróseles con serenidad y aprovechamiento de nuestros tiros, causándoles descalabros notables, y esto sucedió en todas sus embestidas, que fueron en grande número; mis posiciones se mantuvieron sin cejar un paso. El bravo general Harispe esforzábase en animar á los suyos, y era bien correspondido;

pero siempre experimentaba pérdidas en los arranques de sus soldados : su caballería sufrió infinito. En acometidas de los unos y en rechazos de los otros duró el fuego desde las ocho de la mañana hasta que desaparecia el sol, y en un intermedio el general Harispe me envió un parlamentario, proponiéndome cuartel recíproco de prisioneros. Gustosísimo accedí á la propuesta, y dije al parlamentario : « Yo no soy el que primero ha desconocido este derecho de los guerreros que pelean encontrados; VV. son los que han dado el ejemplo. Diga V. á su general que yo me felicito de haber encontrado un enemigo que sabe respetar aquel derecho, que tan solamente es desconocido en Navarra por los que gobiernan en nombre del Emperador. » Terminó la accion con el dia, y con bastante pérdida de ambos lados, aunque mayor la del enemigo, porque tuvo que atacar á fuerzas que tenian tomadas posiciones ventajosas ; no bajó de ciento cincuenta el número de franceses tendidos en el campo, y sus heridos serian en proporcion triplicada. Cesado el fuego, yo me retiré á Izal, en el valle de Salazar, y Harispe á Adoain, en el valle de Urraul.

Pero mi posicion se hacia cada momento mas crítica. Mis valientes estaban muy fatigados, tenia heridos y enfermos que me daban mucho cuidado, me hallaba en un país que no prestaba recurso alguno para subsistir, y tenia el enemigo tomados todos los pasos por donde pudiera yo ganar Castilla ó Aragon. En situacion tan apurada aproveché el único medio que se presentó á mi razon, y fué el de diseminar las fuerzas, repartiéndolas por compañías en el país de montaña : dí á cada capitan las instrucciones competentes, pusiéronse en ejecucion

inmediatamente, y los enemigos se hallaron sin objeto que les llamara la atencion de fuerza armada. Mas no por eso dejaron de trabajar, y en todo el resto del tiempo que las tropas destinadas á mi persecucion permanecieron en Navarra cogieron, no laureles, sino descrédito para la posteridad.

No encontrando las divisiones francesas grupos de contrarios con quien pelear, pues que las compañías mismas en que yo habia diseminado la division de mi mando se dividieron todavía y subdivieron, para no comprometerse ni comprometer á los pueblos en las continuas correrías de los enemigos por todos los puntos, servian las columnas de auxilio á la policía para aprisionar indistintamente toda clase de personas, y redújose la persecucion á los hombres pacíficos para mortificarlos y exigirles multas é impuestos, á las veces bajo de especiosos pretextos. Mis voluntarios pudieron sustraerse de caer en sus manos conservándose en parajes de difícil acceso y experimentando grandes privaciones. Imposibilitado de poder emprender nada por mi parte, recorria con pocos hombres los puntos por donde se hallaban aquellos esparramados, animándolos y haciéndoles confiar en nuestra nueva reunion. Era seguido por todas partes por los enemigos, y en ninguna podia hacer un grande descanso. Ocupéme principalmente en este tiempo en procurar que llegaran al enemigo constantemente noticias encontradas y falsas sobre mis movimientos y paradero, y lo conseguí: siendo este un servicio al cual solo podia destinar hombres de todo arrojo y de una extremada fidelidad á la causa que defendiamos y á mi persona.

Mientras la division en Navarra hacia todos los esfuerzos imaginables para contener el progreso de la conquista por parte de los franceses, y cada dia ofrecia nuevas víctimas, ya en los combates, ya en las fatigas y crueles padecimientos, el Gobierno superior en Cádiz negaba la justicia que yo tenia reclamada, de que los cuerpos que la componian fuesen considerados como de tropa de línea, cuando estaban reconocidos como tales tantos otros creados por el patriotismo en todas las provincias de la monarquía. Nombre, organizacion y categoría de cuerpos francos era la gracia que se les queria dispensar, y que resistieron con teson mis encargados en Cádiz, á quienes previne que insistiesen sin cesar en mis reclamaciones. Acaso esta poca consideracion de la parte del Gobierno hácia una fuerza que sabia hacer frente á los aguerridos ejércitos de Bonaparte, contribuia infinito á que los generales de este, si bien no nos miraban con tanto desprecio, cuando se median sus armas con las nuestras nos tuviesen siempre como cuadrillas desorganizadas, é indignos de las atenciones que se tienen con los soldados de profesion. Si el Gobierno tenia sus razones para obrar de aquella manera, yo tenia las mias para no ser indiferente á la suerte de mis compañeros. Jefe de ellos por eleccion de los mismos en el principio de la guerra, yo los capitaneaba sin mas ambicion ni privilegio que ser el primero en los combates, y no se conformaba con mis sentimientos verme elevado á una distincion tan considerable y permanente en la carrera militar como la de coronel, cuando á ninguno de mis compañeros, tan acreedores todos como yo, se les admitia como empleados efectivos en los grados á que

los habia elevado en premio de sus hazañas y de la mucha sangre que llevaban vertida ; porque es menester tener presente que apenas habia nadie de la division que no tuviese honrosas cicatrices de heridas recibidas en acciones de guerra, y allí entre nosotros, en nuestra primera organizacion, nadie pasaba de soldado raso á cabo á no haber ganado el ascenso con hechos muy notables de valor y saber, y sucesivamente íbanse ganando los demás grados por los mismos servicios. En tal estado, y para que no se disminuyese su celo, hube de ocultarles las comunicaciones que se me hacian de Cádiz, y recomendar eficazmente á mis comisionados que insistieran con empeño en mis peticiones.

Los guipuzcoanos, vizcaínos y alaveses, que en el interés de derechos y nacionalidad siempre han marchado unidos con los navarros, no podian en esta guerra dejar de adoptar el mismo partido que estos. Allá en Vizcaya, mas distante de Navarra que las otras dos provincias de Guipúzcoa y Alava, salió á campaña D. Francisco Longa, que dió mucho en que entender á las columnas enemigas. D. Gaspar de Jáuregui, llamado *el Pastor*, hizo otro tanto en Guipúzcoa, y fué feliz en muchas empresas que acometió ; este se puso de acuerdo conmigo, le proporcioné algunos auxilios en los primeros pasos de su carrera, y un navarro que se le asoció, y llevaba el nombre de segundo, D. Fermin Iriarte, fuéle de grandísima utilidad por sus conocimientos y valor. Y el alaves D. Sebastian Fernandez (alias *Dos Pelos*), con mis auxilios igualmente, y bajo de mi direccion, creó el batallon 1.° de Alava, y sobre este título llevaba además el de 5.° de Navarra, y fué partícipe en una buena parte

de las glorias de la division de Navarra. Todas estas fuerzas, establecidas y permanentes á retaguardia de la mayor parte de los ejércitos franceses, eran de mucha desventaja para estos cuando se internaban, porque se les entorpecian las comunicaciones y la marcha de los refuerzos; y de conocida utilidad para los aliados de España, Inglaterra y Portugal.

Meses de marzo y abril.

Menos activa á poco mas de mediados de marzo la persecucion, cambió por un momento la escena, tomando yo la actitud que habian abandonado los contrarios. Consiguiente á las órdenes que circulé á todos los cuerpos, se me reunieron á principios del mes de abril en el pueblo de Piedra Millera, en el valle de la Berrueza, merindad de Estella. Supe que desde esta ciudad habian salido setecientos franceses á los pueblos inmediatos á exigir raciones para la columna que existia en ella de tres mil infantes y trescientos caballos. Corrí á sorprenderlos, y ni uno de ellos pudo volver á dar cuenta del resultado de su expedicion. Mientras en Estella esperaban las raciones que habian salido á recoger, ellos caminaban prisioneros con toda mi division á Piedra Millera. Furiosa la columna enemiga, salió en mi busca, creyendo fácil rescatar su gente y vengarse en mi division, y para que no se molestase tanto yo la ahorré la mitad del camino, saliéndole al encuentro con mi tropa cerca de los Arcos. Avistarnos y dar principio á la batalla todo fué uno; y aunque desde luego las ventajas se manifestaron en favor de mi campo, el del contrario se

mantuvo firme, á pesar de los grandes claros que mis fuegos hacian en sus filas. Cansados unos y otros de pelear, y concluyéndose el dia, suspendimos el ataque; aquella noche me retiré yo á Dicastillo, y los franceses á Estella. Estos dejaron en el campo doscientos muertos, y se llevaron mas de cuatrocientos heridos, muchos de los cuales fueron conducidos en los caballos de la tropa, cuyos jinetes al efecto tuvieron que echar pié á tierra. Mi pérdida fué tambien de alguna consideracion.

Incomodado el conde Reylle con la noticia de estos sucesos, envió al instante al general que mandaba la columna batida un refuerzo de cuatro mil hombres. «Para »que persigais á Mina (le decia) de dia y de noche, y lo »confundais con la superioridad de estas fuerzas; porque »la accion que habeis sostenido contra él sobre los Arcos »ha sido la mas afrentosa para las armas francesas.» Con este conocimiento, y sabiendo que efectivamente estas fuerzas, unidas á las que habian quedado en Estella, iban á caer sobre mi division, pasé á Nazar con esta, donde el enemigo me dió vista. No tuve por conveniente esperarlo, y retirándome por escalones, caminamos todo el dia haciendo fuego hasta Aguilar, en el valle del mismo nombre, cuya retirada me costó la pérdida de algunos hombres.

Aprovechando los momentos, y dirigiendo al batallon 3.º á la provincia de Alava, con el 1.º y 2.º y la caballería me encaminé á Sangüesa. La fuerza enemiga permanecia repartida entre Estella, los Arcos y Sorlada; mi caballería tuvo órden de atravesar por las inmediaciones del primer pueblo, y esto proporcionó al comandante Fontellas la oportunidad de acuchillar una descubierta

de doscientos infantes y algunos caballos, á quienes llevó en derrota hasta las puertas de la misma ciudad. Hé aquí lo que escribia con motivo de esta mi retirada el conde Reylle al mariscal Bessières, duque de Istria : «Se»ñor Mariscal : las cuadrillas de Espoz se retiraron á »Sangüesa al acercarse la columna que envié allá, y se »dirigieron por el partido de Estella. El 18 vinieron á »armar una emboscada á las puertas de esta ciudad, y »adelantaron algunos hombres para atraer la guarnicion, »que era de unos trescientos. El comandante de la pla»za, que sabia bien que Espoz estaba con fuerza en las »inmediaciones, cometió la necedad de hacer salir un ofi»cial y cincuenta soldados, siendo así que no podia sos»tenerlos. El enemigo se echó encima, mató diez hom»bres, y cogió treinta y seis, con el oficial. El coronel »Berthet llegó á las dos horas con su columna ; pero el »enemigo, que siempre tiene avisos con mucha anticipa»cion de todos nuestros movimientos, se habia ya mar»chado. Por la falta inexcusable del capitan que manda »en Estella hemos perdido en esta desgraciada accioncilla »mas gente que la que hemos cogido al enemigo en dos »meses de correr tras de él. Los brigantes tienen tanto »partido. que por todas partes los hay aislados, enfermos »ó heridos, y no se puede dar con ellos. Ya he tenido el »honor de avisárselo á V. E. : yo creo que no se acabará »jamás en Navarra mientras no se establezca un lugar »de deportacion, y buenas escoltas en el camino para »conducir todos los parientes y partidarios de los brigan»tes. El espíritu público es siempre muy malo ; reciben »de Valencia armas y municiones, y encuentran fácil»mente reclutas en el país. Ruego á V. E. se sirva acep-

»tar el homenaje de mi respetuoso afecto. —Pamplona, »21 de marzo de 1811. — El general de division, *conde* »*Reylle.*»

Extraño era que el conde Reylle indicara el medio de las deportaciones, cuando lo tenia puesto en práctica desde muy luego de su arribo al gobierno; y ojalá que su errado sistema y deseo de querer mejorar en su favor la opinion de los pueblos no lo hubiera acompañado, como lo hizo, de patíbulos y fusilamientos, en donde un gran número de víctimas inocentes fueron á expiar las ventajas que la division de Navarra alcanzaba en los combates contra el enemigo. Su dominacion era cada dia mas odiada en el país, y solamente cuando no hubiese habitantes en Navarra habrian dejado de tener enemigos los franceses: tan nacional y unánime era en todos el deseo de libertarnos y libertar á nuestra patria del yugo que intentaban imponerla. Dejo pendiente este punto para un poco mas adelante, que se presentará nueva ocasion de tratarle, y continúo la relacion de operaciones militares que todavía ocurrieron sin concluir el mes de marzo.

El batallon 3.°, que al dirigirme á Sangüesa habia sido enviado á la provincia de Alava, hubo de ser víctima de una sorpresa, á no hallarse acostumbrados los jefes y todos los voluntarios á presentar un aspecto sereno en medio de los mas imprevistos contratiempos. De repente, por caminos extraviados, una columna enemiga se le echó encima, sin haber sido posible advertirlo con bastante tiempo para ponerse en guardia, á pesar de que tenia el batallon avanzadas bastante vigilantes; pero á nadie aturdió el peligro: se corrió á las armas, y en la

refriega quedaron muy bien puestas las de la division, habiendo obligado á retirarse á la columna enemiga sin llenar el objeto de su pretension, que era el de hacer que el batallon rindiera las armas. A la vuelta de este á reunírseme, el teniente Icharo, que mandaba el trozo de caballería que le acompañaba, encontró doscientos infantes enemigos y algunos caballos, y sin reparar en la inferioridad de su fuerza, los acometió y acabó con la mayor parte de ellos en las cercanías de Maestu. Se tendrán por exageradás estas bruscas arremetidas que con tanta frecuencia relato, de los voluntarios contra fuerzas mayores de los enemigos; pero aseguro por mi honor que todavía pudieran citarse en mayor número: tenian por tan justa la causa que defendian, que creian honrarse vertiendo su sangre por ella, sin la menor aprension de la muerte; esto les daba un arrojo, valor, ó sea temeridad, inconcebible, y arremetian á sus contrarios siempre confiados en arrollarlos. Pero ¿qué mas? Aquellos desgraciados que tan á menudo eran conducidos al patíbulo, aun sin ser hombres de la mayor resolucion, iban con un rostro tan sereno, que dejaba atónitos á sus mismos verdugos. Alguna carta intercepté yo en que, escribiendo uno de estos á su país, anunciaba la imposibilidad de dominar á un carácter tan entero como el de los navarros, pues que habia sido testigo de la inmutabilidad de semblantes, ni cuando se les hacia gracia, ni cuando se les anunciaba su próximo fin en la horca.

Nuevamente me dejaron dueño del campo por poco. tiempo los generales Cafarelly y Harispe, que, segun mis noticias, tuvieron órden de marchar á Castilla y á Cataluña, y yo traté de dar un paseo militar desde Sangüesa

por el alto Aragon con los batallones 1.° y 2.° y la caballería. Apenas pisé aquel territorio, tropecé en Castiliscar con sesenta gendarmes y veinte caballos que se dirigian á Sos, y todos fueron hechos prisioneros y llevados á la villa de Sadaba. Salieron de Egea contra mí dos mil quinientos infantes y trescientos caballos. Juzgué que no era prudente esperarlos, y retrocedí á Castiliscar, donde me alcanzó la caballería enemiga : mi objeto era ganar las montañas antes de que esto se verificase ; pero no siéndome posible continuar la retirada sin exponerme á grandes pérdidas, me vi obligado á parar frente. Sostuve algun tiroteo sin experimentar descalabros de consideracion ; y sin abandonar la defensa, fuíme retirando en direccion de la villa de Caseda, en Navarra ; anochecia cuando llegamos á ella, y los franceses sobre nosotros. Les dejamos libre el pueblo, adonde se detuvieron, y yo continué hasta Galipienzo, una legua de distancia, donde pernocté con mi gente. Al siguiente dia los franceses, en lugar de continuar persiguiéndome, retrocedieron á Sos.

Desembarazado de este cuidado y del que me habian dado los generales Harispe y Cafarelly, salí con mi tropa á la orilla del Ebro, junto á Azagra, á recibir municiones que me traia de Valencia una escolta que regresaba de conducir prisioneros á aquella ciudad ; y á pesar de que en la orilla opuesta quisieron fuerzas enemigas apoderarse de las cargas, vadeé el rio con alguna tropa y las salvé ; me trasladé con ellas á Estella, y en el camino aprisioné diez húsares que desde Lodosa salieron á descubrir el campo.

Mientras la division de Navarra se veia trabajadísima

por las columnas francesas; cuando todos los dias presentaba nuevas hazañas que al parecer merecian atencion de parte del Gobierno, por los muchos enemigos que destruia, aunque á costa de la pérdida de gran número de valientes, que sucumbian tambien al fuego, al hierro y en los patíbulos de los enemigos, la Regencia de Cádiz todavía esquivaba la declaracion de que fuese reconocida como division militar, autorizando de este modo á los gobernantes franceses para que siguiesen considerándonos como insurgentes, é hiciesen morir con deshonra á los infelices que caian en su poder prisioneros. Esta conducta del Gobierno se presentaba incomprensible á mi razon, y ella envolvia además una marcada contradiccion con la que observaba en otros particulares que no dejaban de tener un roce inmediato. La extrañaba porque yo no conocia que los individuos del ejército hiciesen la guerra ni de otro modo que la division, que era el de procurar destruir al contrario con la menor pérdida propia; ni con otro fin que el de hacer valer la independencia de la nacion: y se contradecia en sus providencias, lo primero, porque si yo, jefe de la division, habia sido considerado hábil para condecorarme con el título de coronel de ejército, los individuos de ella no debian haber desmerecido el título de verdaderos soldados pertenecientes á aquel, ni el de oficiales sus inmediatos jefes, que tantas veces los habian conducido á la victoria; y lo segundo, porque hacia muy poco tiempo que, habiendo creado un sétimo ejército, nombrando por su general en jefe á D. Gabriel de Mendizábal, designó como parte integrante de él á la division de Navarra.

Este desden ó desvío de la Regencia respecto de unos hombres tan decididos por la causa nacional me obligó á encargar á mi hermano, que se hallaba en Cádiz, y á otro comisionado, D. Joaquin Ignacio de Irrisarri, que acudiesen con mis reclamaciones á la Representacion nacional, y en ella se debatió con calor la cuestion, habiendo muchos ilustrados diputados protegido la peticion, porque la hallaban justísima, mediante los buenos servicios que estábamos prestando los voluntarios; apoyados además en la circunstancia no desatendible de que no afligíamos ni á las Cortes ni al Gobierno con pedidos de dinero ni otra clase de recursos, como sucedia de todos los demás puntos de la monarquía. Pendiente todavía de resolucion este negocio, cuya decision era de urgente interés para los voluntarios, pero esperanzado de que al fin se nos haria justicia, seguimos nuestras operaciones sin aflojar en lo mas mínimo en nuestro celo y buena voluntad.

Debo atribuir á que el conde Reylle llegó á desengañarse de que, lejos de haber ganado su causa con el sistema de rigor, habíala empeorado, la mudanza que se advirtió en sus providencias á los principios del mes de abril. Sea que quiso hacer la experiencia de otro método mas suave, ó celebrar algun hecho de su emperador ó aniversario, publicó una especie de indulto, dió libertad á algunos presos, y mandó que se celebrasen fiestas, corriendo novillos, á que son muy aficionados los navarros, y especialmente los vecinos de la capital de la provincia; y para llamar mas la atencion del público, y que alabaran su generosidad, hizo se propusiese á un desgraciado voluntario que tenia en los calabozos de la

ciudadela, llamado Turripallas, que se libertaria del patíbulo si queria salir á lidiar con los novillos ó toros. ¡Rasgo de generosidad cuya calificacion no está á mi alcance! El infeliz entre una muerte cierta, próxima y afrentosa, á otra que podia no ser tan efectiva, no vaciló un momento ni debia vacilar en admitir la proposicion. Lidiadores de profesion no los habia: algunos aficionados se concertaron para auxiliarlo, pues que era condicion que debia divertir á los franceses haciendo las veces de picador. ¡Y á esto llamaban humanidad y generosidad de Reylle! Súpelo con sentimiento, y supe tambien que el vecindario sensato habia estado recogido haciendo votos por la vida del desventurado voluntario. La libertó á costa de pequeñas caidas del caballo al empuje de la fiera, porque ignoraba enteramente el arte de esquivar sus golpes; pero concluida su faena, al salir con su caballo de la plaza, libre, en direccion á su casa, deslumbróse de tal manera, que hizo desbocar al animal, y fué á dar con el jinete en un árbol grueso, que lo derribó en el suelo, y casi perdió allí la vida que habia libertado en la plaza de los toros. Mucho tiempo existió en una completa nulidad para toda clase de trabajo.

Pero no por esto ni por alguna otra gracia que dispensó Reylle cambió el espíritu público del país; y bien pronto, nuevamente desengañado, volvió á los planes de rigor: fué hacinando presos, y entre ellos se contaban mi hermana Simona y su marido, D. Baltasar Sainz, de quienes tengo echa mencion, y de los que la haré nuevamente, porque el trato que se les dió merece ser conocido. Por supuesto que desde muy á los principios de haber yo tomado las armas tuve que poner en seguri-

dad á mi madre, porque de otro modo hubiera experimentado el mismo tratamiento, cuando menos, que mi hermana. De tiempo en tiempo iba aquella á ver su casa, y los franceses, sabedores de esta circunstancia, se dirigieron en una ocasion á aprisionarla, no habiéndolo conseguido porque pocas horas antes habia marchado. Irritados de haber errado el golpe, dieron fuego á la casa por medio de camisas embreadas, sin permitir la salida de un tio mio materno, que pereció el desventurado, con los ganados que habia en ella. Esta humanísima hazaña constará en la hoja de servicios del Señor baron Maucun, coronel del estado mayor frances, quien, segun se me aseguró, fué el encargado de su ejecucion. ¡Hoy es el dia que no puedo desechar de la memoria la amargura de este recuerdo!

Siempre que lograba algun reposo, ó porque no me acosaban los enemigos, ó porque no me proporcionaban con sus salidas ocasiones oportunas de ir á buscarlos, me ocupaba de discurrir y adoptar medidas de mejor servicio en todo ramo; y en este mes de abril, ínterin Reylle se entretenia con fiestas de toros en Pamplona, reducia yo á esta plaza á un verdadero bloqueo por reglas dictadas en un bando que circulé, por el cual se mandaba, entre otras cosas:

« 1.° Todo pasajero que tuviese conocimiento del paradero ó movimiento de las tropas enemigas está obligado á presentarse al alcalde del primer pueblo por donde pasare, á darle cuenta de lo que hubiese visto ó supiese.

» 2.° Los alcaldes darán inmediatamente parte de estas noticias al comandante que mas cerca tuviesen de voluntarios, para que me las trasmita incontinenti.

»3.° Todo diputado de valle ó alcalde de lugar que recibiese órdenes del enemigo las enviará sin pérdida de momento al comandante de voluntarios que hubiere mas próximo, so pena de ser considerado como traidor y castigado como tal.

»4.° Aquellos que, á pretexto de verse forzados, tuviesen la debilidad de llevar órdenes al enemigo, sea por escrito ó de viva voz, serán presos por los alcaldes y conducidos ante el comandante mas próximo de voluntarios, para ser juzgados en un consejo de guerra. Si se justifica que son espías, serán fusilados á las tres horas de justificada esta cualidad.

»5.° Todo aquel que indicase al enemigo, de cualquiera manera que fuese, mi posicion, la de cualquiera individuo de la division, ó el camino que lleva, será fusilado á las tres horas de justificado su crímen; así como cualquiera que le indique mis comisionados, y parajes donde hay armas ú otros útiles de la division. La misma pena sufrirá todo alcalde que, teniendo medios para libertar á los voluntarios que fueren aprisionados, no les ayudase á que lo consigan.

»6.° Todo individuo que obedeciese las órdenes del jefe de la policía de Pamplona cuando fuesen llamados por ella á aquella plaza, ó de otros puntos donde aquella estuviese establecida, concurriendo á estas citas; así como cualquiera persona que quisiese enganchar á voluntarios, ó intentase, por el medio que fuese, hacer prosélitos del gobierno frances, será fusilado á las tres horas de justificado el hecho.

»7.° Los alcaldes de los pueblos de Navarra no se considerarán de ninguna manera como dependientes de

la autoridad francesa para prestarla servicios. Administrarán justicia segun las leyes del reino, observando nuestras sabias y leales costumbres; procurarán mantener la tranquilidad pública; y para que no puedan alegar excusa ni pretexto alguno en asunto tan importante, quedan obligados á darme parte de las personas que faltasen al respeto que se debe á las autoridades, y sobre todo á los respetables ministros de la religion, para imponerles el castigo que merecieren.

» 8.° Así como los alcaldes deben facilitar á mis soldados las raciones diarias sin demora y los alojamientos, así tambien tienen el deber de darme parte de cualquiera exceso que los soldados cometiesen: ni estos tienen derecho, á pretexto de estar armados, de vejar á los pueblos con pedidos que no les son debidos; ni los alcaldes, prevalidos de su autoridad, para causar á aquellos dilaciones é incomodidades, especialmente á los enfermos.

» 9.° Todos los médicos y cirujanos del reino visitarán grátis á mis soldados enfermos, á pesar de la inhumanidad con que los han tratado los comandantes franceses por llenar un deber que la humanidad doliente reclama; y lo mismo harán con los soldados franceses prisioneros, pues aunque sean nuestros enemigos, no por eso dejan de ser prójimos con quienes debemos usar de caridad; los que faltaren á esta órden serán juzgados por un consejo de guerra. »

Mes de mayo.

El conde Reylle penetró bien que estas disposiciones mias, si bien no producian un bloqueo militar de la pla-

za de Pamplona y de otros puntos guarnecidos por sus tropas, era un bloqueo moral bien designado; y dispuesto siempre á medidas violentas, luego que supo que en el pueblo de Echáuri habia sido públicamente leido mi bando y acordado su cumplimiento, envió una columna de mil doscientos hombres con una comision militar, que, habiendo prendido al regidor que habia hecho su lectura, le formó un proceso verbal, y acto continuo lo hizo pasar por las armas. ¡Digna proeza del grande ejército del emperador Napoleon! Este hecho tuvo lugar el 8 de mayo, y seguidamente dirigió el mismo conde Reylle una proclama á los pueblos, del tenor siguiente :

«Habitantes de Navarra : La culpable adhesion de »algunos valles á las órdenes insensatas de un jefe de »banda, y la falta de cumplimiento á las que yo habia »dado, me han obligado á tomar medidas de rigor con»tra el valle de Echáuri. Despreciando el jefe de banda »la vida de los habitantes, para ordenarles bajo pena de »muerte que no obedezcan al Gobierno, me he visto »precisado á hacer respetar su autoridad, castigando »con la misma pena á aquellos que han sido los prime»ros á desobedecer sus órdenes. Todas las desgracias »que experimentaréis las deberéis á esas bandas que, »enemigas de la tranquilidad, quieren obligar á los la»bradores á ponerse en revolucion contra el Gobierno. »Este protegerá á los habitantes pacíficos, pero tratará »con todo el rigor á que le autorizan las leyes á aquellos »que le hiciesen la oposicion. Previénese nuevamente á »todas las justicias de los lugares situados á tres leguas »del radio de Pamplona y de los otros puestos ocupa»dos por las tropas de S. M. (hablaba como gobernador

»por el rey José), que den al instante aviso del tránsito »y de la permanencia de las bandas sobre su territorio, »á los comandantes franceses los mas vecinos, bajo la »pena de ejecucion militar. Se ordena á las justicias de »los lugares de advertir igualmente á los destacamentos »franceses que estén en marcha de las emboscadas que »las bandas hubiesen establecido sobre su territorio. »Siempre que un destacamento de tropas fuese atacado »sobre un camino, y que los habitantes del lugar sobre »cuyo territorio fuese el ataque no hubiesen prevenido »al comandante del destacamento, de la emboscada, el »lugar será saqueado, y los habitantes mas culpables »entregados á una comision militar: en caso de reinci»dencia, el lugar será quemado.—Pamplona, 8 de ma»yo de 1811.—*El conde Reylle.*»

De esta manera la guerra iba extendiendo sus furores y desastres sobre toda la provincia, y encarnizándose mas cada dia. No tuve á tiempo la noticia de esta expedicion de los enemigos á Echáuri para correr á impedirla, y además tenia diseminados los batallones. El 3.º y 4.º recorrian las inmediaciones de las carreteras de Alava y Guipúzcoa en observacion del paso del rey José, que se decia marchaba á Paris; y no habiendo encontrado oportunidad para atacarlo, por la mucha escolta que llevaba, ni para emplearse en aquellos puntos con segura utilidad, volviéronse á Navarra juntos, y entre Erice y Sarasa, pueblos poco distantes de Pamplona, atacaron á un convoy que habia salido de esta plaza para Tolosa, y tomaron una parte de él. Sufrieron pérdida los batallones, porque el enemigo tenia artillería, y aprovechó sus tiros en nuestras filas; sin embargo, el resto

del convoy y la columna francesa retrocedieron á Pamplona, pasando el batallon 3.° á Puente la Reina, y el 4.° al valle de Araquil.

El 17 del mismo mayo atacó Cruchaga, entre Mendivil y Tafalla, á la columna de Gaudin, compuesta de tres mil infantes, trescientos caballos y algunas piezas de artillería; la fuerza de aquel en hombres y caballos era muy inferior, y en lugar de artillería hizo uso de unos mosquetes de invencion de un navarro natural de los Arcos, llamado Juescun, que calzaban balas de dos onzas, y se cargaban con metralla proporcionada; hicieron bastante buena prueba, y la division se sirvió de ellos hasta que se proporcionó artillería. No obstante de que la probabilidad de lograr ventajas estaba por el campo enemigo, perdió mas gente que el nuestro, y se retiró á Tafalla después de cinco horas de fuego; mis voluntarios, segun el parte que me dió Cruchaga, concluyeron todas sus municiones, y sufrieron mucho con un grande aguacero y granizo que cayó sobre ellos: mas de sesenta hombres quedaron fuera de combate.

Sabia yo con anticipacion que el mariscal Massena habia llegado á Vitoria, y que á su paso para Francia debia acompañarle un crecido convoy. Habia tomado mis medidas para que no me faltase á hora precisa el aviso de la salida, para no perder la buena coyuntura de sorprenderlo, y en aquellos dias me veia obligado á excusar los encuentros con las tropas francesas de Navarra; así es que en esta ocasion hube de aparecer tímido, por no haber aceptado el desafío que me hacian seis mil hombres reunidos con deseo de repetir el ensayo del 17; y dejando colocados mis batallones en posiciones adecuadas al in-

tento, me dirigí á la provincia de Alava á esperar las últimas comunicaciones de mis confidentes. Situado convenientemente, el 21 recibí el aviso fijo de que el 25 saldria el convoy de Vitoria, añadiéndome que iban incorporados á él muchos prisioneros españoles. Expedidas con la celeridad del rayo las órdenes á los batallones, después de una marcha de dos dias y una noche, con poca detencion, fueron llegando sucesivamente antes de amanecer el 25, sin que supiese uno de otro, al puerto de Arlaban, en el cual tenia ya designado el punto que cada uno de los cuerpos debia ocupar. Emboscados á uno y otro lado del puerto, y en el mayor silencio, aguardamos á los pasajeros; previne que nadie se moviese hasta que yo diese la señal por un tiro de pistola, y que al oirlo se acometiese segun mi táctica de costumbre cuando era accion premeditada, es decir, á la bayoneta, precedida una descarga cerrada. Llegó el convoy á nuestro frente, pasó la vanguardia, y al emparejar el centro hice la señal: se acometió, entró el desórden en aquel aparato de viaje, se convirtió en confusion, parte de la escolta huyó, la otra se hizo fuerte, se rehizo la que huia, volvió al combate, y el resultado fué tan horroroso para los franceses como glorioso para la division. No hubo individuo de esta que no hiciese por sí alguna notable hazaña, y aun á mí me tocó la de rendir prisionero al coronel Laffite, sin perjuicio de haber ejercitado mi sable en la accion contra otros enemigos. El mariscal Massena debió su salvacion á la casualidad de haber retardado su salida, sea por alguna indisposicion en su salud, ó por no mezclarse en el tropel de tanto equipaje como llevaba el convoy, y tuve un verdadero

pesar de esta ocurrencia, porque en mi empeño de encontrarme con él entraba como causa primera el deseo de habérmelas cara á cara, y si me fuera posible brazo á brazo con uno de los mas grandes capitanes que Napoleon contaba en su ejército, pues yo creia que estos hombres tan celebrados, sobre su extremada ciencia militar, adquirida por sus estudios y por la constante práctica que llevaban en tantos años, tendrian un valor personal que competiria con su saber; y á mas entraba tambien, lo confieso, algo de amor propio y deseo de que sonara el nombre de Massena vencido por la estrategia particular de guerra que yo habia aprendido en el campo, en el corto tiempo que llevábamos de contienda, muy distinta sin duda de la suya, sentada sobre otros principios mas sublimes del arte, que yo no habia tenido lugar de estudiar, y de que acaso el mismo Massena, sus compañeros y todos los individuos del ejército frances me hacian incapaz de comprender. Pero si bien faltóme el hacer mi prisionero á un mariscal del Imperio, logré hacerle ver que mi division sabia guerrear por la libertad é independencia de la patria. Apenas de la escolta, que pasaria de mil doscientos hombres, volverian con salud á Vitoria, á dar noticia de su desdicha, cuatrocientos: murieron muchos, se hicieron prisioneros, se rescataron los que llevaban nuestros, que pasaban de mil, entre españoles é ingleses; se cogió un rico botin, de que se aprovecharon todos los que tuvieron bastante serenidad para ocuparse de esto; tocó algo á la caja comun para socorrer las necesidades de la division. Y como no me era posible conducir tanto coche y carro como quedó en nuestro poder, permití que siguiesen su marcha, especialmente aquellos

que iban ocupados por señoras; y con las cargas fáciles de atravesar caminos de herradura el mismo dia me alejé cuatro leguas del campo de batalla al pueblo de Zalduendo, y de allí me dirigí á Estella.

Aquí en el descanso tuvieron lugar las pláticas de mis voluntarios sobre la mayor ó menor felicidad que habia cabido á cada uno en la presa, tan inopinada para ellos; y allí igualmente se supo la sandez é incuria de los mas, que habian tirado por el suelo y quemado, por ignorar su valor, objetos ricos de sumo precio.

A pesar del mal trato que todavía el gobernador frances de Navarra daba á los voluntarios prisioneros, y á los padres, parientes y aun amigos de estos, que sin piedad aprisionaba, fusilaba y ahorcaba, traté á los prisioneros que hice en Arlaban con la consideracion debida á su desgracia; pero ni esto bastó para que aquel moderara su proceder; y es que mis continuados triunfos sobre sus soldados lo ponian fuera de sí, y lo mismo á otros generales franceses. Dígolo porque, habiendo Napoleon reunido el mando de los ejércitos que ocupaban las provincias llamadas exentas, la Navarra y parte de Castilla y Astúrias, bajo de un solo jefe, al cual estaban subordinados los gobernadores de todas ellas, este jefe supremo fulminó desde su asiento (que era en Valladolid) decretos de sangre y horror, y mas de atroz injusticia, contra una porcion de hombres pacíficos de la Navarra, de que haré referencia poco mas adelante. Pero se cansaban en balde, y en balde echaban sobre sí y sobre su memoria borrones que la historia pondrá en claro cuando hable de la guerra de España, porque los navarros y los españoles todos, lejos de abatirse por te-

mor á una conducta tan fiera, encendíase, al contrario, con mayor llama el fuego de su deseo de venganza, y cada dia se multiplicaban sus batallones para disputar palmo á palmo el terreno militar y político sobre que giraban los invasores.

Como yo estaba autorizado para obrar con total independencia de todo otro jefe, no obstante de haber reconocido por mi general superior al que lo era en jefe del sétimo ejército, D. Gabriel de Mendizábal, no habia entrado todavía en grandes relaciones oficiales con este general, cuyo asiento ó cuartel tardé en conocer; pero mis relaciones iban extendiéndose por las otras provincias, y en ellas no se ignoraba lo que trabajaba la division de Navarra; especialmente la noticia de la última accion de Arlaban corria de pueblo en pueblo, y no me escasearon alabanzas de muchos distantes de mi centro; y acaso ella fué el fundamento en que la Regencia estribó la gracia que me dispensó, sin gestion ninguna por mi parte, en 5 de junio siguiente, nombrándome comandante general de infantería y caballería de la division de Navarra, con retencion del mando de su primer batallon; y del mismo dia databa el reconocimiento de mi division como tropa de línea, y los despachos reales expedidos á favor de los oficiales, segun mis propuestas. Estas gracias, y sobre todo la fijacion de la suerte de la division, causó en esta un reconocimiento de entusiasmo.

En cuanto á subordinacion de mis tropas, nada mas de la que tenian podia apetecer: su instruccion se adelantaba mucho; las continuas presas hechas al enemigo y los productos de los ramos aplicados en el país al entretenimiento de la division, bien administrados, me po-

nian en estado de uniformarla; y en esto y en todo se introdujo mayor esmero y mucha emulacion en los cuerpos después que obtuvieron la distincion de contarse efectivos del ejército. Se nombró comisario de guerra de la division á D. Joaquin Ignacio de Irrisarri, que habia hecho las funciones de mi secretario antes que hubiese marchado á Cádiz á promover el reconocimiento que se habia obtenido, y al paso ejercia el cargo de ministro de hacienda militar. Por la buena memoria que conservaba el batallon 3.º á su malhadado comandante D. Lúcas Gorriz, puse en su lugar á su hermano D. José, que desempeñaba el empleo de tesorero ó depositario general, y no tuve que arrepentirme de esta traslacion de destino; y de esta comision se encargó D. Melchor Orsiat, patriota roncales. Iba, en suma, organizándose todo de manera que la division navarra no desmereciese ni en su porte, ni en su personal, ni en su administracion económica, de las demás del ejército, donde suponia yo en todo el mayor órden cuando llegara el caso de obrar en union con ellas.

Mes de junio.

Irritado por el descalabro que los franceses habian sufrido en Arlaban, expidió el mariscal Bessières, duque de Istria, general en jefe del ejército del norte de España, la provision ó decreto siguiente:

« Considerando que las medidas de suavidad (relatadas van las tomadas) que hasta ahora se han adoptado con objeto de atraer al pueblo á la debida sumision y de alejar los males que produciria su mayor resistencia, no han hecho mas que acrecentar la audacia de los in-

surgentes y partidarios; considerando que las de rigor necesarias ya deben ser tanto mas severas, cuanto se ha dado mas lugar á la reflexion y son adoptadas despnés de bien convencidos de que es el único medio de mantener la tranquilidad en el país, después de oir al Intendente General, hemos decretado y decretamos:

»Artículo 1.° Los ayuntamientos de las ciudades y los alcaldes de los lugares harán formar una lista de todos los individuos que han abandonado sus domicilios y de los que vivian en pueblos ocupados por las tropas francesas.

»2.° Todos estos individuos volverán en el término de un mes, y si no lo verificasen, serán considerados como unidos á las bandas de insurgentes, y sus bienes confiscados. Se prohibe á los arrendadores ó deudores suyos, por cualquiera título que sea, á que hagan el pago de sus débitos en otra parte que en las administraciones de bienes nacionales.

»3.° Los padres, madres, hermanos, hermanas, hijos y sobrinos de dichos individuos, son responsables con sus personas y bienes de todo acto de tropelía que cometan los insurgentes contra los ciudadanos pacíficos ó contra sus propiedades.

»4.° Si algun habitante fuese arrancado de su domicilio, tres de los parientes mas próximos de un insurgente se arrestarán inmediatamente en represalias, y si aquel fuese muerto, lo serán igualmente estos tres al recibirse la noticia, sin forma de proceso.

»5.° Todo individuo que se ausente de su lugar por mas de ocho dias después de la publicacion de este decreto, sin el correspondiente permiso, se considerará

como pasado á los enemigos, sus bienes secuestrados y vendidos en el término de tres meses; todos sus parientes en el grado que indica el artículo 3.° serán arrestados.

»6.° Ningun habitante podrá salir del término de su vecindad sin un pasaporte, que se le dará por un término fijo. Este pasaporte no se despachará sino á virtud de afianzamiento de dos personas que garantizarán la vuelta del individuo ó su permanencia en pueblo ocupado por tropas francesas; á falta de ello serán presos los fiadores.

»7.° Todos los habitantes de los pueblos en que hubiese un comisionado de policía se proveerán de una carta de seguridad.

»8.° Se harán visitas domiciliarias cuando lo dispusieren los comandantes de plaza, y todo individuo que no estuviese provisto de la carta de seguridad será conducido á la prision: se exceptúan de esta regla los empleados públicos.

»9.° Serán igualmente arrestados todos aquellos que dieren asilo á un individuo que no llevase pasaporte ó carta de seguridad.

»10. El que fuese convencido de tener correspondencia con los brigantes será castigado de muerte.

»11. Se prohibe tener correspondencia con los habitantes del país ocupado por los insurgentes; los que la recibieren deberán entregarla á los comandantes de plaza ó comisarios de policía, donde los hubiere.

»12. La infraccion de estas disposiciones será castigada con diez años de prision.

»13. Los generales, gobernadores y el Intendente

General, están encargados de la ejecucion de este decreto, cada uno en lo que le concierne.— El mariscal *duque de Istria*.—Por S. E. el General en jefe.—El auditor en el consejo de Estado, secretario general del Gobierno, *V. Broglie*.»

Pero esto no dejaba satisfecha su ansia de venganza: aquí las penas que se imponian puede decirse que eran condicionales, y creian necesario los gobernadores castigos inmediatos y efectivos, dando por cometida la culpa, y estos indistintamente los hicieron recaer sobre todos los habitantes, buenos y malos, de las provincias que comprendia el mando del mariscal Bessières. Impuso desde luego una enorme contribucion sobre todas ellas, y á la Navarra la tocaron veinte millones de reales, parte en dinero y parte en frutos. Pero, ¿cómo verificar su exaccion si los franceses en la provincia no dominaban mas terreno que aquel que materialmente pisaban? Solo inundándola con tropas que la ocuparan toda, y de hecho tomó Bessières esta medida. Los generales Caffarelly, Panatier, Arnaud, Serberoli, Abee, Bartoleti, con franceses, con italianos, con polacos, con alemanes, aparecieron en Navarra; y en la primera decena de junio ya todos, sin excluir Reylle, el gobernador, se pusieron en campaña con sextuplicadas fuerzas á las mias, para darnos una fuerte batida; y véase aquí la tercera de las tercas persecuciones con que nos atormentaban. Mas antes de relatar los pasajes de esta nueva correría, quiero poner en conocimiento de mis lectores hasta dónde llevaban los franceses su refinada política inmoral para destruir la division de Navarra. Ya que se habian desengañado con tantas tentativas como llevaban

hechas, de que no les era posible vencerme en campal batalla, tentaron algunos medios de seduccion que hasta entonces tampoco les habian producido ningun resultado, y echaron mano de un arbitrio que no dejó de causar cierta sensibilidad en mi alma.

Dejo manifestado ya que entre los presos hacinados en el convento de monjas recoletas de Pamplona se hallaba mi hermana Simona y su marido, D. Baltasar Sainz, á quienes la policía de Reylle mortificaba de mil maneras. Con los últimos malos sucesos de las armas francesas llegó aquel gobernador al extremo de hacer notificar á ambos la proximidad de su último fin si yo no moderaba mis empresas. Suponian para esto infundadamente que yo sacrificaba los prisioneros que caian en mi poder, y los obligaron á que tomaran sus últimas disposiciones, para lo cual les destinaron ministros de la religion que los auxiliaran. En semejante conflicto admitieron el consejo de dirigirme sus plegarias, y el dia 18 de junio recibí dos cartas: una de mi cuñado Baltasar, y otra de D. Francisco de Aguirre, natural y propietario en el pueblo de Valcárlos, rayano á Francia por el lado de San Juan de Pié del Puerto, y con vecindad tambien en la ciudad de Tafalla, donde tenia una fábrica de curtidos. Este Aguirre era el encargado de proveer de reses vacunas al abasto de la ciudad de Pamplona, que conducia desde Francia. Aunque yo podia haber impedido estas conducciones de ganado, las dejaba pasar por consideracion al vecindario de Pamplona, mediante un módico derecho por cabeza que me pagaba. Gozaba de influencia con el jefe de la policía, Mendiri, y me servia para facilitar recursos á mis interesados los presos; y

esta razon debió de haber influido para que se valieran de él en la remesa de las cartas. Véase cómo se explicaba Aguirre en la suya, copiada literalmente:

«Pamplona, 17 de junio de 1811. — Sr. D. Francisco »Espoz y Mina.—Amigo y señor mio: Sus parientes es»tán amenazados de quitarles las vidas, como V. verá »por la carta que le escribe su señora hermana, quien »se halla mas muerta que viva, con quien he estado este »dia, y parece una Magdalena, como V. puede conocer »su triste situacion; pues es preciso que V. tome algun »medio suave para libertar la vida de esta afligida fami»lia; ó lo contrario, veo muy mal, sin ninguna espe»ranza de libertarlos. Yo he tocado todos los resortes »por favorecer, pero no hallo arbitrio alguno, y solo »V. puede remediar esta cosa, y espero tomará V. las »medidas mas suaves que V. pueda ó conozca por con»veniente, lo que espero de su buen corazon; quedando »como siempre á su disposicion este su afecto amigo y »seguro servidor, Q. S. M. B.—*Francisco Aguirre.*»

La de mi cuñado, copiada tambien literalmente, decia:

«Pamplona, 17 de junio de 1811.—Hermano Fran»cisco: En el último apuro nos hallamos. Las diferentes »ocurrencias de las vidas que se han quitado á los fran»ceses ya entregados, y que se han acuchillado y puesto »en tortura después que la suerte los ha puesto en ma»nos de hombres de tu mando, los prisioneros que aca»bas de hacer, nos reducen á la última extremidad. Nos »previenen que nos pongamos en deber de cumplir las »últimas obligaciones con Dios, para permanecer en esta »situacion hasta la primera vida que mandarás quitar. »Sabes bien cuál es nuestra suerte; por tí la padecemos,

»y vamos á morir por tus hechos, que añadirán otros »muchos males, suertes de los infelices que no hubieran »merecido semejantes infelicidades. Es la última súplica »que puedo hacerte en mi vida.—*Baltasar Sainz.*»

El modo en que se halla escrita esta carta prueba bien la tribulacion de que en el acto estaba poseido su autor.

Me afligió, en efecto, no el temor de que les quitaran la vida; lo primero, porque ni era cierto que habia semejante mal trato de mi parte respecto de los prisioneros, y lo segundo, porque vivia muy persuadido de que antes de cometer tal asesinato lo reflexionarian bien los franceses, en cuanto no ignoraban que en mi poder habia represalias, que procurarian no dejarlas expuestas al rigor de una justa venganza; doliame, sí, la tristísima posicion y amargura de mis hermanos.

No hice esperar mucho tiempo mis respuestas, pues las envié el mismo dia 18 que recibí las cartas.

Dije á Aguirre «que no se buscaban sino pretextos para »adormecer á los españoles y dominarlos políticamente, »porque no podian hacerlo midiendo las armas con ellos: »que no extrañaria que consumasen el sacrificio de mis »hermanos, á que habian dado principio con las inhu»manas prevenciones dictadas; porque la experiencia »me acreditaba que sabian mejor hacer esta clase de »guerra con hombres inocentes y apacibles que contra »los que defendiamos los derechos de la nacion con las »armas; y que obrasen del modo que quisieran, pues »que yo no era capaz de faltar á los deberes de buen es»pañol y patriota por ninguna consideracion del mundo».

Y mis hermanos el único consuelo que recibieron fué

el de oir que me causaba mucho sentimiento y pesar su estado, del cual no podia aliviarles en aquel momento; y les animaba á sufrir su suerte con resignacion, pues que tantos otros inocentes como ellos pasaban por lo mismo.

La de todos ellos y la de los habitantes en general de la provincia llamaban sobradamente mi atencion para procurar no dar á la policía francesa el pretexto mas leve de usar de represalias. Si allá en otros tiempos habia habido excesos, desde que yo pude obrar con firmeza en mi posicion de jefe nadie osó cometerlos con los prisioneros, y era una suposicion falsa con la que intimidaron á mis hermanos, colocándolos en una larga y furiosa agonía; y era tambien una felonía en hombres que tanto quieren ensalzar la filantropía y honor de su nacion, valerse de un medio tan bajo y ratero para cebar su rabia en hombres inermes, haciendo correr su sangre inocente en desquite de las pérdidas que sufrian los que llamaban sus bravos del grande ejército. No era ciertamente este modo de obrar para sostener sus glorias ni para captarse voluntades de un pueblo idólatra de la buena fe y verdad. Ellos siguieron su sistema de terror, y véase en prueba el bárbaro decreto que en 8 de junio expidió el conde Reylle en Pamplona.

« El General Gobernador, considerando haberse pro-
» bado, por todas las informaciones y declaraciones reci-
» bidas, que un sargento, un cabo, doce gendarmes y
» seis húsares hechos prisioneros en el Carrascal fueron
» muertos á golpes de puñal, el 4 de diciembre último, en
» los bosques entre Escabot y Oraus, por los bandidos que
» los conducian; que ocho franceses cogidos en Aibar,

»el 23 de diciembre fueron muertos entre Aibar y Lumbier; que resulta de las deposiciones de diez y siete »bandidos cogidos en Azagra, que dos oficiales prisioneros, del regimiento de Issembourg, fueron asesinados »el 6 de enero último en la montaña de Añorbe por una »cuadrilla de la cual estos diez y siete hacian parte, y »estaba mandada por Domingo Jusué, que hizo igualmente morir diez y ocho paisanos como partidarios »del Gobierno; que los migueletes hechos prisioneros »habian sido fusilados.

»Queriendo usar de represalias, vengar la muerte de »estos desgraciados y evitar que tales horrores se repitan, mando que cuarenta bandidos, inclusos los dichos »diez y siete, sean ejecutados militarmente.

»Declaro además que los bandidos detenidos en la »ciudadela, los padres y parientes de los bandidos, y »mas de doscientos mil prisioneros insurgentes españoles que se encuentran en Francia, responderán en »adelante de los militares franceses y españoles que cayesen en poder de dichas cuadrillas, así que de los alcaldes, diputados de los valles, regidores ó empleados de los ayuntamientos que sirviesen al Gobierno, ó »cualquiera otra persona que fuese detenida por los bandidos á pretexto de su adhesion al Gobierno ó por haber hecho ejecutar sus órdenes.

»De estos cuarenta bandidos, diez y siete han sido »fusilados porque cometieron veinte y dos asesinatos en »los lugares indicados; dos por haber huido de la cadena, á que estaban condenados en la ciudadela, para »unirse á los bandidos, y porque fueron cogidos con las »armas en la mano; y los restantes veinte y uno porque

»se marcharon á tomar partido en los bandos después »de la amnistía acordada en 14 de abril último.—En el »cuartel general de Pamplona, á 8 de junio de 1811.— »El general, *conde Reylle.*»

Es un hecho que el Domingo Jusué, hombre díscolo, cometió algunos excesos; pero una vez que llegó á mi noticia uno de ellos, ya le imposibilité de que volviera á cometer otro. Es tambien cierto que á los migueletes que se les cogia con las armas en la mano eran fusilados como españoles renegados; pero dudo mucho que, ni los otros prisioneros ni los diez y ocho paisanos hubiesen sido asesinados, como se supone en el decreto. Lo que fué mas cierto, que los cuarenta prisioneros sentenciados por él fueron colocados en monton, y muertos á fuerza de descargas de fusilería. Me abstengo de todo comentario.

Antes que los franceses dieran principio á la nueva persecucion, los prisioneros que tenia los hice conducir á Andosilla, para vadear por allí el Ebro y encaminarlos al interior, como así se verificó. Pasaban de veinte mil hombres de todas armas los que se habian puesto en un movimiento activo contra los cuatro mil de que se componia mi division. Dos de las enemigas salieron á la vez de la plaza de Pamplona: una por el camino de Puente la Reyna, y la otra por el de Tafalla. Hallábame yo en Mendigorría cuando recibí el aviso, y sin detenerme emprendí mi marcha hácia el Carrascal, con ánimo de medir mis fuerzas con el general Reylle, que mandaba la columna que llevaba aquella direccion. No iban conmigo mas que los batallones 1.° y 2.° y un escuadron de caballería; el enemigo, solo de esta arma úl-

tima contaba setecientos hombres, y la infantería estaria en la correspondiente proporcion, y además un tren de artillería; situó una batería de seis cañones sobre el pueblo de Mendibil. Yo hice marchar el batallon 1.° y la caballería por la izquierda del enemigo, y el batallon 2.° se dirigia en columna por la carretera, á tomar la derecha; este batallon sufrió bastante en su marcha, por el fuego de artillería; pero ganó el costado adonde se dirigia. Se generalizó entonces la batalla, y mi division llevaba á la enemiga de rechazo hasta las inmediaciones del lugar del Pueyo. La victoria estaba decidida en nuestro favor, y mis soldados se contaban dueños de la artillería, cuando á todo escape se nos echó encima por retaguardia la otra columna, y apenas tuve lugar para dar órdenes de retirada, cuando yo mismo me vi rodeado de enemigos, vine á las manos con un húsar, y al quite que hice de un sablazo que me tiró, cayó mi caballo en tierra, y salvóme la ligereza con que me desprendí de él, y corrí á guarecerme de mis gentes, que venian á defenderme, viéndome en peligro; el caballo se levantó y siguió mis pasos, y al momento volví á montar en él.

Este oportuno socorro valió á Reylle para no verse enteramente vencido: él arrancó á mi division la victoria de las manos, me hizo perder muchos hombres entre muertos y heridos, y me llevó mas de ochenta prisioneros, y merced á la serenidad y valor del batallon 1.°, que no quedó todo él presa del enemigo; se vió cercado por toda la caballería contraria, y aunque con pérdida, supo abrirse paso, y salvarse en los bosques; el batallon 2.° fué en retirada al pueblo de Solchaga, en el valle de Orba, es decir, en el término del Carrascal. Los

franceses cantaron victoria, mas no dejó de costarles; porque la division de Reylle tendria ya fuera de combate, entre muertos y heridos, doscientos hombres, cuando por su dicha fué tan oportuna y afortunadamente socorrido. Poco contento quedé del general Caffarelly, por el mal servicio que me hizo.

No desanimada por este azar la division, ni tampoco su jefe, reunidos en la noche del dia del descalabro, al siguiente nos dirigimos á Sangüesa, quedando los franceses en observacion de la marcha que llevábamos; mi plan era correrme á las montañas de Bastan, pero por el pronto no me lo permitió el enemigo. Salí, sí, de Sangüesa en aquella direccion con los dos batallones 1.° y 2.° y la caballería; pero al pasar por el pueblo de Leoz se me interpuso una columna de cuatro mil infantes y cuatrocientos caballos y artillería; traté de evitar el choque, y no me fué posible, porque me rodeaban por todas partes. No pudiendo sostener una accion con ella, preciso me fué buscar salida á mi cansada tropa: ordené que algunas compañías entretuviesen con un ligero fuego al enemigo sin comprometerse demasiado, y que por posiciones siguiesen mis huellas, conforme nuestro grueso fuese avanzando en su marcha. Sobre que la mayor parte de los individuos de la division conocian bien los caminos, siempre llevaba conmigo prácticos especiales del país, que nos guiaban en su caso por los parajes mas escabrosos y difíciles para el enemigo. Llegamos en este dia al lugar de Artozqui, en el valle de Arce, y los franceses fuéronse á pernoctar á Aoiz. De allí marchamos á Erro, y en este pueblo dividí la fuerza: con el batallon 1.° tomé yo el camino del Bastan, y Cruchaga con

el 2.° pasó á Roncesvalles, con ánimo de rendir á la guarnicion que tenian en aquel punto los franceses, compuesta de doscientos hombres; pero no pudo conseguirlo, y marchó con su batallon por Aribe á Ochagavía, capital del valle de Salazar. Aquí dejé el mando del batallon á Barrera, con órden de entretenerse en el país sin aventurar acciones de dificultoso resultado, y fué á reunírseme. Yo recorrí los valles de la montaña, y desde el Bastan continué marchando, siempre hurtando el cuerpo al enemigo, como lo hacian los batallones 3.° y 4.° en tierra de Estella, valles de Amezcuas y en los territorios de Rioja y Alava; y así se pasó el mes de junio, obligando á permanecer en el mismo círculo á las divisiones de Caffarelly, Arnaud, Serberoli, etc. etc.

Mes de julio.

En este intermedio, y para distraer algun tanto la atencion de tantos enemigos como giraban en derredor de mis batallones, salí del territorio de mi mando, y cruzando la provincia de Alava, llegué hasta Villarcayo, con objeto de avistarme con el comandante Longa, que recorria la Vizcaya. Esta mi marcha dió lugar á mil conjeturas entre los franceses, y el conde Dorsène, gobernador de Búrgos, escribia el 9 de julio al mariscal Bessières, diciendo: «Tengo el honor de dar cuenta á V. E. »de que Mina ha entrado el 4 de este mes en la provin»cia de Búrgos, y que el 5 llegó á Villarcayo, acompa»ñado de trescientos hombres de caballería, y que ha »encontrado reunidas todas las guerrillas de Longa, Cue»villas y Salazar, que le han hecho todos los honores. Ha

»pasado revista á todas estas cuadrillas, é inmediata-
»mente se ha dirigido con Longa á Medina, donde ha
»visitado menudamente los carruajes y bestias de car-
»ga, que están allí en número de mil. La aparicion de
»Mina en el quinto gobierno hace decir que tiene órde-
»nes de la Junta para reunir en él todas las guerrillas.
»Se ha puesto tambien en comunicacion con el Marque-
»sito.»

A mi vuelta de la visita hecha á Longa, unos soldados de mi division me presentaron veinte hombres que habian hecho presos, con una mujer que los mandaba, llamada Martina, y al parecer se ocupaban en robar y asesinar en las provincias de Alava y Vizcaya, bajo del título de partidarios; los cuales hice conducir á la presencia de Longa para que dispusiese de ellos. Los mismos soldados me presentaron alguna correspondencia interceptada, y entre ella habia el oficio siguiente, dirigido al general Doumonstier por el comisario de la policía de Vitoria, llamado Garrido: «El general Caffarelly,
»luego que salió de Elordia, fué á Pamplona, de donde
»salió con el general Reylle á perseguir á Mina. El últi-
»mo de estos generales batió y dispersó á los brigantes
»en el Carrascal, mató cuarenta y seis, é hizo prisioneros
»ochenta y seis. Después de esta accion no ha habido
»otra: sí muchos de sus destacamentos han entrado en
»Alava y han sido dueños de Santa Cruz de Campezu,
»hasta la Borunda, mientras que los generales recorrian
»la Navarra. El miércoles pasado estaba Mina en Maestu
»con dos mil hombres, y allí ha estado hasta el 5. Anda
»rodando por todos los confines de Alava y Navarra Don
»Sebastian Fernandez (álias *Dos Pelos*) con doscientos

»cincuenta hombres de caballería; es dueño absoluto de »toda la Rioja y del país desde Maestu hasta Araya. »Tiene guarnicion en la Guardia, Samaniego, San Vi- »cente de Sonsierra, Salinillas, el Ciego y otros muchos »pueblos; en una palabra, todos los puntos importantes, »excepto Salvatierra, Orduña, Salinas de Añana y Nan- »clares de la Osa, están desguarnecidos, lo que facilita »á los brigantes ir y venir libremente por todas partes, »sin temor ninguno de encontrar resistencia militar: por »consiguiente son los dueños de Alava. La Martina, una »segunda amazona, ha hecho temblar con veinte mal- »vados todos los pueblos de Vizcaya y Alava; ha hecho »una infinidad de robos y asesinatos. Habia aumentado »su partida hasta cincuenta hombres, pero ha sido co- »gida con veinte de los suyos por veinte hombres de »Mina en Zárate, y se la han llevado verosímilmente »para arcabucearla, porque Mina no da cuartel á los la- »drones. Los destacamentos de Mina llegan hasta la Viz- »caya y pueblos del poniente de Vitoria: exigen caba- »llos, pero no roban. Soy, etc.» Copio estas cartas porque su contenido instruye al lector con verdad, y mas brevedad de lo que pudiera yo hacerlo, de una parte de nuestra posicion en ciertas épocas de la guerra.

De vuelta á Navarra, y reunido á mis batallones 1.°, 3.° y 4.°. observé que el general Panetier se habia extendido con su division por el valle de la Berrueza, merindad de Estella, y ocupaba los pueblos de Sorlada, Piedra Millera, Legaria y otros inmediatos. El batallon 2.° de mi division se encontraba en Lumbier; dí órden á su comandante Cruchaga para que partiese á ponerse á su cabeza, y sin la menor detencion lo condujese

á la espalda de la columna de Panetier, y en efecto, así lo hizo; pero á pesar de haberle hecho andar en un dia con su noche diez y ocho leguas, no llegó á tiempo de concurrir á la primera accion que tuve con el general frances, mas sí á la segunda.

El dia primero déjóse ver este amenazando á mis fuerzas sobre Piedra Millera, que en lugar de esperarle, tomaron la iniciativa para el combate marchando hácia él; y aunque se hicieron varias tentativas para vencerle, se sostuvo firme, apoyado en un monte con que se habia respaldado. Duró el fuego toda una tarde, sin que ninguno de los dos enemigos hubiese adelantado ni retrocedido un paso. Al dia siguiente hubiera sido nuestra la victoria, porque ya Cruchaga ocupaba el punto de Legaria, y á Panetier no le quedaba mas recurso que perecer defendiendo sus águilas ó rendirse, si, orientado á tiempo de su mala posicion, no hubiera sabido salir de ella, aunque trabajosamente. Entre una y dos de la mañana levantó el campo y fué á situarse á la ermita de San Gregorio, sobre Sorlada: allí esperó á que amaneciera para tomar su rumbo hácia Estella, en cuyo paso solo encontró el batallon de Cruchaga, que no podia impedírselo; las otras fuerzas estaban á media legua de distancia, y aunque corrieron y llegaron algunas á hacer uso de la bayoneta, no pudo el grueso alcanzar al enemigo, porque llevaba su retirada por terreno que le favorecia mucho, y al darle vista se encontraba ya cerca de Estella, hasta cuya ciudad se le llevó cargándole siempre. Tuvo Panetier en estos encuentros ciento y cincuenta muertos, muchos heridos, y se le hicieron diez y seis prisioneros; mi pérdida no fué grande en muertos, pero tuve muchos heri-

dos en los dos dias, y entre ellos lo fué Cruchaga. Estos ataques tuvieron lugar en los dias 23 y 24 de julio.

Pero estas ventajas salieron muy caras á la division de Navarra, á la vuelta de pocos dias. Descansábamos en el pueblo de Armañanzas, en el valle de Santistéban, de la merindad de Estella, después de las últimas acciones, cuando tuve aviso de que dos mil infantes enemigos se hallaban en Santa Cruz de Campezu, y me encaminé á atacarlos; y en este movimiento, que mis sagaces enemigos habian previsto bien, trataron de acorralarme los generales Caffarelly y Panetier. Yo seguia á los de Campezu, que marchaban hácia Maestu, y estos generales me cortaban al mismo tiempo, tomando los puntos de los Arcos y Piedra Millera. Tarde comprendí esta combinacion, y para salvarme de ella hube de retroceder para ganar el Carrascal; pero tenia mucho que andar, y país bastante llano: circunstancia que no podia dejar de serme en esta ocasion muy perjudicial.

No obstante, fué preciso emprender la marcha á todo riesgo, saliendo de Aguilar en direccion de Sansol; mas al llegar al inmediato pueblo de Desojo, además de haber entrado ya la noche, sobrevino una tempestad tan horrorosa, con tal torrente de agua y tanta oscuridad, que nadie podia moverse sino á la luz opaca y precipitada de los relámpagos; y así, á la ventura y desbandada anduvimos toda la noche. La tropa quedó enteramente descalza, las municiones perdidas y el armamento inútil; y lo peor de todo, al amanecer, el grueso mayor se encontró que habia andado cortísimo trecho y estaba á una legua de los Arcos, en donde yacian descansadamente cinco mil enemigos. Yo me extravié con Cruchaga y va-

rios otros jefes, y fuimos á dar en manos de ellos; y si me liberté de ser su prisionero con los que me acompañaban, fué efecto de nuestra buena suerte; porque no me dió para ello acto ninguno ni de reflexion ni de valor. Casual fué el riesgo en el encuentro, y casual tambien la separacion de él.

Un poco despejado el horizonte de la espantosa oscuridad en que habiamos estado envueltos y descarriados, y habiendo tomado lenguas sobre la direccion que llevaban los franceses, avisé á mi ayudante mayor Sadaba, que dirigia el grueso de los batallones, que desde Sesma se fuese á Montejurra; y en lugar de tomar esta direccion, tuvo el antojo de irse á Lerin, donde alojó la tropa. Pero á poco rato se vió precisado á hacerla salir precipitadamente para el monte de Baigorri, á cuyo pié se detuvo sobrado tiempo, y esta mala medida dió lugar á que los enemigos de los Arcos, que seguian sus huellas, le dieran alcance y acuchillaran á su placer á los batallones, que ni podian hacer frente por el mal estado de su armamento y municiones, ni adelantar en la fuga por el cansancio y mal estado de su calzado. Quinientos hombres desaparecieron de las filas, entre muertos, heridos y prisioneros, en esta catástrofe, que Sadaba hubiera evitado cumpliendo las órdenes que le comuniqué para dirigirse á Montejurra. Muchas lágrimas me hizo verter la relacion de los padecimientos de la division; y si Sadaba no fué en el instante mismo de mi reunion al resto de ella puesto en consejo de guerra, y probablemente fusilado por las faltas cometidas, lo debió á no hallarse presente; pero me reservaba hacer que se le juzgase en ocasion oportuna.

Mientras yo reunia de nuevo los batallones en el pueblo de Arzoz, del valle de Guesalar, merindad de Estella, Reylle, engreido sin duda con la reciente victoria obtenida por los suyos, debida á la fatalidad é influjo de los elementos, mas bien que á su valor, quiso ostentar generosidad con un acto de política muy bien puesto en juego en aquella oportuna coyuntura, que debia considerar momento de apuro y amilanamiento para los voluntarios, y publicó un nuevo indulto para los que teniamos las armas en la mano; pero con anatema terrible contra nuestros parientes, que si tuvieran pechos menos fuertes se habrian doblegado á la necesidad y al terror. Hé aquí el texto del documento.

Mes de agosto.

«Deseando el General Gobernador dar una prueba de los sentimientos de humanidad de que está animado, y prefiriendo, antes de tratar con el rigor que merecen las bandas de brigantes, emplear medidas de suavidad, decreta lo siguiente:

»Artículo 1.° Se concede una nueva y última amnistía, que empezará en este dia, y terminará el 15 de setiembre próximo.

»2.° Todo individuo que, perteneciendo á las bandas, se presentase en este intermedio, en esta ciudad ó en otro punto donde resida un comandante militar, será perdonado por su conducta pasada, y sus parientes y bienes serán respetados.

»3.° Todos aquellos que quisiesen aprovecharse de la amnistía, y no se considerasen seguros en los pueblos

de su residencia, ó no tuviesen de qué subsistir, serán suministrados en los pueblos de guarnicion que elijan para vivir, con una racion de víveres por dia, hasta la pacificacion del país, y podrán emplearse en las labores de su oficio.

»4.° Los que resistan á presentarse en virtud de esta amnistía, si son aprendidos con las armas en la mano serán colgados.

»5.° Los parientes de los que no se aprovechen de esta amnistía serán presos, y sus bienes confiscados. Ellos responderán de todo insulto ó mal trato hecho por los brigantes, sea de la clase que fuere.

»6.° Los comandantes de las guarniciones darán al Estado mayor una cuenta exacta de los individuos que se presentaren á gozar de la amnistía.

»7.° Todos los ayuntamientos me presentarán el 16 de setiembre un estado de los individuos de su territorio que se hallen en las bandas, y unirán los nombres de sus padres y madres, y en defecto de estos, de los dos parientes mas próximos ó personas de quienes dependian cuando tomaron las armas.--En el palacio del gobierno de Pamplona, á 5 de agosto de 1811.--El general, *conde Reylle*.--Por S. E. el General Gobernador, el secretario del Gobierno, *I. Carrillo.*»

Ya he dicho que si los padres y parientes de los voluntarios de Navarra no estuvieran dotados de un temple de alma grande, los habria confundido el contenido de este bárbaro decreto : su compromiso era extraordinario, y fueron muchos los que me lo hicieron conocer, no con ánimo de que sus hijos y parientes abandonaran la bandera de la patria, sino para que por medio de un

antídoto neutralizase el efecto de semejante disposicion. Así lo hice, publicando un contradecreto al de Reylle, y antes de estamparlo se me permitirá que haga las reflexiones que me ocurren sobre este empeño de los franceses en tratarnos de perturbadores de la paz del país, designándonos con el dictado de brigantes en su idioma, y que traducido al nuestro equivale al mas depresivo de cuantos se usan para denotar al hombre mas perjudicial en la sociedad.

Si bien es cierto que en los principios del levantamiento á que nos obligaron los franceses, algunos de los que asaltaban sus correos y pequeños destacamentos tenian mas bien en mira su interés particular que el de la libertad de la patria, el objeto del armamento general y la resolucion de cooperar en todo cuanto pudiera perjudicar á los que con engaños se habian introducido en nuestro país para esclavizarnos, ¿no fué muy loable y muy noble? ¿Hicimos mas los españoles que defender con denuedo nuestros mas caros intereses, y rechazar como exigia nuestro honor una agresion por todos títulos injusta? ¿Acaso fuimos nosotros los que provocamos la lucha? Si esta fué sangrienta y encarnizada, la culpa ha sido de los que la promovieron, y dándonos el funesto ejemplo de sus malos procedimientos, apuraron el sufrimiento de esta nacion magnánima, á la que artificiosamente arrebataron las personas de sus reyes, despojándola de sus mas fuertes plazas y apoderándose de su gobierno. ¡Y nos apellidaban traidores porque, usando de la fuerza que nos daba la justicia de nuestra causa, les causábamos todo el mal que podiamos! Y si ellos se apropiaban cuanto babia en las plazas y ciudades de que

se apoderaban, ¿por qué nuestras partidas no debian desquitarse haciendo suyo lo que llevaban los opresores, ya que no podian disputar en mayor escala con las grandes divisiones militares suyas? ¿Han calificado los franceses de brigantes á un Guillermo Tell ó á un Washington, que han peleado por la independencia y libertad de su patria, contra injustos tiranos, invasores ú opresores? ¿Y seria justo que diéramos semejante dictado á los franceses que en los principios de la revolucion, á fines del siglo pasado, se armaron contra los ejércitos alemanes que fueron á invadir su territorio con ánimo de que siguieran, mal de su grado, sujetos al capricho de un gobierno absoluto que acababan de destruir ellos mismos? Pues ¿qué mas hemos hecho los españoles que armarnos contra huestes enemigas que vinieron á alterar nuestra tranquilidad, á imponernos leyes que no necesitábamos ni queriamos, á trastornar nuestras costumbres, y en suma, á humillarnos, deseando que perdiéramos nuestra nacionalidad? Con una diferencia, que hacia mas fuerte é irritante nuestro pronunciamiento, y es que los franceses se introdujeron y quisieron apoderarse de la España con doblez y engaño, cuando los alemanes marcharon de frente sobre Francia. Preciso es decirlo: mal acostumbrados los franceses en los países del norte, que con tanta facilidad habian subyugado, equivocáronse en el juicio que formaron del genio y carácter de los españoles, debido á su clima, alimentos y costumbres; y olvidándose de los ejemplos que la historia presenta de su invencible aversion á todo yugo extranjero, intentaron dominarlos, tratando al país como si les perteneciera por derecho de conquista. Díganlo las enormes

contribuciones que impusieron, las escandalosas extracciones, saqueos y robos hechos en los palacios reales, en las casas, y hasta en los templos del Señor, pues nada hubo sagrado para la ambicion y manos sacrílegas de muchos. Díganlo los atropellamientos, las violencias, las muertes que por todas partes fueron sembrando desde el momento que pisaron nuestro suelo. Estos actos sí que merecen el deshonroso epíteto que nos prodigaban, no la defensa justa á que apelaron los españoles.

Para contener pues sus demasías y neutralizar las disposiciones contenidas en su decreto de 5 de agosto, con fecha 14 del mismo publiqué yo el mio, en que me explicaba de la manera siguiente:

«No debiendo mirar con indiferencia la providencia dada por el conde Reylle, en 5 del que rige, por ser opuesta no solamente á las leyes de la guerra, sí tambien al derecho de gentes y al órden social, que saben respetar las naciones mas incultas, queriendo por un medio indecoroso atraer á su partido unos soldados que empuñan su espada dignamente contra un vil opresor de la Europa, con promesas de un figurado indulto, que no tendrán mas efecto que hasta colmar sus designios, para en seguida ser víctimas de su ilimitado furor los que por su debilidad abrazasen semejante gracia, me ha parecido muy propio de mi obligacion poner en noticia del pueblo de Navarra el contenido de los artículos siguientes:

»1.° Todo individuo de mi division, de cualquiera graduacion que fuere, que tenga la debilidad de presentarse, sea en Pamplona ú otro pueblo donde hubiese guarnicion francesa, á solicitar el imaginario indulto que

promete el conde Reylle, sea dentro del término que prefija ó fuera de él, será irremisiblemente fusilado luego que fuese cogido, sin que preceda mas formalidad que la de una pequeña sumaria.

»2.° Verificado el primer caso contenido en el artículo precedente, y sin perjuicio de la segunda parte, en el mero hecho de haber solicitado el tal indulto serán saqueadas las casas de los padres de los solicitantes, y quemadas y fusilados los tales padres, y á falta de estos, los dos parientes mas cercanos, sin admitir excusa ni pretexto alguno.

»3.° Todo padre, hermano, interesado ó persona particular que tratase de seducir á cualquiera individuo de mi division, directa ó indirectamente, á que se presente á solicitar el figurado indulto de Reylle, justificado el hecho con dos testigos, será irremisiblemente arcabuceado.

»4.° Todas las justicias y personas particulares, bajo responsabilidad de sus personas y bienes, quedan obligadas á darme parte puntual al momento que observen que algun voluntario, desviándose de los sagrados deberes de su instituto en causa tan justa, se ha presentado á pretender semejante indulto, para que con este conocimiento tome yo las medidas mas oportunas, dirigidas á dar fin á una operacion tan digna del castigo mas atroz. Y para que llegue á noticia de todos, y nadie alegue ignorancia, mando se publique, imprima y circule por todo el reino de Navarra. Dado en el campo de honor de Navarra, á 14 de agosto de 1811.»

En las provincias interiores de la monarquía no tenian sin duda gobernadores ni policías tan atroces como las

de Navarra, á lo menos á mi noticia no llegaba que se dieran disposiciones tan extremadas; ni creo tampoco que en ellas se tuviese un conocimiento exacto de lo que se padecia en esta, ni del conflicto desesperado en que se colocaba al paisanaje por las dos fuerzas que disputábamos el terreno. Fortuna que el espíritu público siempre permanecia en favor de la causa nacional, y que con este conocimiento y mi acuerdo contemporizaban todos con la autoridad francesa en aquellas cosas que no producian un mal ni entorpecimiento en mis operaciones, pues á no ser así, entre las víctimas que habria sacrificado el frances y las represalias mias, la provincia habria quedado desierta de hombres.

Desesperado el conde Reylle de ver inutilizadas todas sus medidas, porque sabia bien que yo estaba mas en posicion que él para llevar á efecto las mias, echó mano de un medio vergonzoso para todo hombre que tiene pundonor, y mas para un general, edecan querido del Emperador, que fué el de poner á precio mi asesinato y el de los demás jefes de la division. Véase lo que decretó y publicó á los diez dias de mi providencia del 14, es decir, el 24 de agosto.

«El General Gobernador de la Navarra.—Considerando que se prolonga demasiado la desgracia que experimenta esta provincia, especialmente de la parte de los jefes de banda, quienes, por no volver á su primitivo estado, y conservar el poder que se han abrogado, emplean los medios de terror para mantener á su devocion los jóvenes que desearian volver á sus domicilios;

»Considerando que ya es indispensable emplear todos los medios para acabar con estos hombres, cuya exis-

tencia es opuesta á la tranquilidad del país, que se ve por ellos comprometido y expuesto á su última ruina, y cada dia cometen atrocidades, haciendo asesinar y estropear á alcaldes, regidores y otras personas, decreto lo que sigue:

»1.° Las cabezas de los jefes de bandidos se ponen á precio.

»2.° Se entregarán seis mil duros, á título de recompensa, en el acto mismo, á la persona que aprisione ó mate al jefe de bandidos Espoz y Mina.

»3.° Igualmente se entregarán cuatro mil duros al que aprisione, haga aprisionar ó mate al jefe de bandidos Cruchaga.

»4.° Una suma de dos mil duros al que mate, aprisione ó haga aprisionar cualquiera de los jefes nombrados Gorriz, Ulzurrun y Cholin.

»5.° Además de las recompensas asignadas en los artículos anteriores, la persona ó personas que hicieren este servicio serán miradas con consideracion por el Gobierno, y si fuesen de las que están en las bandas, su falta será perdonada, sin perjuicio de recibir la recompensa.—Pamplona, 24 de agosto de 1811.—El general gobernador, *conde Reylle.*»

Me parece que está bien manifiesto el carácter verdadero de ferocidad que dominaba en los gobernadores franceses de la provincia de Navarra, á la vista de tales documentos; mas todas, todas sus medidas eran impotentes para conseguir los fines que se proponian, porque se estrellaban en la constancia de los pechos navarros y en la fidelidad con que observaban los juramentos con que se habian ligado á vencer ó morir todos en la lucha:

acto heróico que desconocian los actuales franceses, por haber degenerado de los primeros hijos y mártires de su revolucion memorable. Ellos multiplicaban prodigiosamente sus órdenes á los pueblos para que recibieran á los voluntarios á balazos cuando se acercaran á ellos; para que no se les diera ni racion ni auxilio alguno de ninguna especie; para que dieran parte de los enfermos ó heridos que hubiese; en fin, los hombres que por su desventura tenian que ponerse al frente de la administracion de los pueblos se veian expuestos cada momento á ser llevados al cadalso por la mas leve culpa ó descuido, y á veces por mera sospecha, y otras por capricho, creyendo de este modo imponer á los demás.

Pero poco fruto sacaban en cuanto á ventajas de ganar prosélitos y opinion: cada dia eran mas aborrecidos, porque, sobre esta detestable conducta, se añadian las exorbitantes contribuciones que derramaban sobre los pueblos y que á viva fuerza se las sacaban, como que las innumerables columnas que de tiempo en tiempo se destacaban de otras partes para perseguir á la division, tenian al paso la comision de arrebatar en los pueblos con todo, personas y bienes, hasta que dejasen satisfechas las cuotas de contribuciones repartidas; y á mas habia frecuentemente multas por opiniones políticas, y muchas sin fundada razon, pues se hacian recaer sobre personas ó familias que todo el mundo sabia y conocia que eran incapaces de causar ni sospechas siquiera á ningun gobierno, á no ser tan receloso y obcecado como el que pesaba sobre la desgraciada provincia de Navarra.

No cesaba la persecucion, cuando nos reunimos en

Arzoz, y con el golpe que habia llevado la division, no me hallaba en estado de aguardar á mis perseguidores. Pasé de Arzoz á Salinas de Oro, y de allí á la venta de Urbasa, en la sierra de Andía. Adonde llegaba y podia hacer descansar mi tropa y sustentarla, allí hacia toda la estancia posible, y cuando el enemigo se me acercaba, levantaba el campo y buscaba los parajes mas seguros para que no me diera alcance. De la sierra de Andía crucé, por Alsasúa y Amezqueta, á Leiza; de Leiza, pasando por Ezcurra, Labayen, Iturren, Gaztelu, Lanz, y Engui, donde se descansó dos dias, llegamos á Nagore, donde Cruchaga tuvo que batirse con desgracia; y después de la accion todos nos reunimos en las montañas del valle de Roncal.

Tampoco descuidaba Reylle la preparacion de emboscadas y sorpresas á mis encargados de percibir los derechos de aduanas, pero su jefe Sarasa tenia mas sagacidad que todos los franceses juntos; apenas en todo el tiempo de la guerra se dejó caer en manos del enemigo ninguno de los doscientos hombres que se empleaban en la recaudacion. Esta producia bastante: en los primeros tiempos dejábase pasar toda clase de géneros, permitidos ó no permitidos á comercio, y los adeudos se hacian, no por medio de minuciosos aranceles, sino por cargas ó por fardos, y no habia, por consiguiente, detencion ninguna en el despacho. Este método fácil de adeudos atrajo grande concurrencia de especuladores, que hallaban en esto mucha conveniencia y mucha ventaja en la importacion de toda clase de género. De todas las provincias del interior, y hasta del mismo Cádiz, venian los contrabandistas montados en sus jacos y pasaban á car-

gar á Bayona. Otra ventaja confesaban ellos mismos que conseguian haciendo el viaje por el país donde yo ejercia mi autoridad. Venian reunidos por el interior y armados, para libertarse de algunas partidas que respetaban poco al transeunte ; pero una vez llegados á Navarra y otros puntos adonde se extendian las tropas de mi division, caminaban solos por donde quiera, á cualquier hora del dia y de la noche, con la seguridad de no ser robados ni molestados por nadie, sino es que tropezaran con franceses. Poco á poco se fué coartando la libertad de hacer el comercio de géneros prohibidos, advirtiéndolo con tiempo á los trajineros ; mas sin embargo era continuo el tránsito de cargas, y lo fué hasta la conclusion de la guerra. A medida que se reunian fondos por este y los demás arbitrios que estaban adoptados, después de satisfacer su haber á la tropa, los residuos se empleaban en aprovisionar calzado, camisas, paños para uniformes, y todo se iba confeccionando en diferentes puntos; y habia tambien empleo para recomposicion de armas, para monturas, para facilitar las municiones posibles y para habilitar toda clase de útiles necesarios á la division.

Mes de setiembre.

A la defensiva, y de la forma que dejo dicho, tuve que ir sosteniéndome todo lo que restaba del mes de agosto y una parte del de setiembre ; y lo que mas de malo tenia nuestra posicion era que las fuerzas enemigas destinadas á perseguirnos se aumentaban en la provincia, como que en aquellos mismos dias se las habia reunido una division de italianos de ocho ó nueve mil

hombres. Juzgando Reylle oportuno este momento para seducirme, al paso que creyó imponerme con su inmoral providencia de 24 de agosto, buscó quien entablara correspondencia de acomodo conmigo, pero probablemente con verdadera y dañada intencion de hacer presa de los principales jefes de la division, y que esta quedara abandonada y sin direccion ni punto de apoyo, para mejor y mas pronto acabar con ella.

Entraban en el plan Reylle, Mendiri y la Diputacion; y aunque todos tomaron parte, los principales autores fueron D. Joaquin Jerónimo Navarro, que era individuo de la Diputacion por la merindad de Estella; D. Francisco Aguirre, conocido comunmente por Echechuri; D. José Pellou, francés, y Sebastian Iriso. Yo conservaba amistad á Navarro, y aun le estaba reconocido desde antes que fuera diputado. Tenia vecindad en Estella y era allí un regular propietario, aunque poseia mas bienes en la Rioja; era sugeto de capacidad y de influencia en el pueblo, y es el que me ayudó mucho con sus consejos y obras al arresto del difunto Pascual Echeverría. Aguirre he indicado ya que era proveedor de carnes al abasto de Pamplona, á quien protegia en sus especulaciones en compensacion de muy buenos servicios que me hacia. Pellou era un jóven francés: fué detenido por mis tropas en un viaje y anduvo algun tiempo con mi cuartel general, hasta que me presentó pruebas de justificacion y la fianza de Aguirre, con cuyos negocios corria en Pamplona, como dependiente de la casa de comercio nombrada de Iturbide, hermanos. Iriso, antiguo conocido, como natural de un pueblo vecino al mio, é interesado en alguna parte en los negocios de Aguirre, llevaba con-

migo buenas relaciones, porque me era útil en mil cosas, aunque juzgaba lo seria tambien á los franceses, porque el jefe de su policía le protegia; mas yo estaba bien asegurado de él y sin temor de que me dañasen sus comunicaciones con Mendiri. Estos cuatro individuos casi á la vez me propusieron que entrase en acomodo con los franceses. Claro es que para obligarme á decidirme me presentarian, como me presentaron, nuestra causa perdida por el poder inmenso del Emperador y su decidida voluntad de sujetar á la España, cuya mayor parte, me decian, recibia ya las leyes del nuevo gobierno, y la Navarra se veria sujeta á las de conquista si los voluntarios se empeñaban en permaner en insurreccion; porque el país iba á ser ocupado por muchas divisiones militares, que lo dejarian enteramente arruinado á poco que subsistiesen en él, y nosotros seriamos víctimas de un celo mal entendido. Tambien recibí comunicaciones de Reylle, de Mendiri y de la Diputacion en el mismo sentido, ofreciéndome todos las mayores ventajas para mí y para todos los que indicase de mi division, si conveniamos en disolverla y dejar las armas.

Doy por sentado que la Diputacion, Navarro y los demás particulares se hubiesen dejado alucinar y procediesen en el asunto con la mayor buena fe; pero jamás habria cabido en mí la idea de que Reylle y Mendiri iban con buena intencion, y esto mismo debieron conocerlo aquellos tan bien como yo, por mil y mil antecedentes y razones que estaban muy á la vista de todo el país. No podian ni Reylle ni Mendiri olvidar los malos ratos que yo habia dado á las divisiones, y aun á los ejércitos franceses. Les dolian mucho las ásperas reconvenciones que

el Emperador mismo hacia á cuantos toleraban estos insultos del rebelde Mina, por cuya cabeza tenian prometidos seis mil duros; y es de aquí la natural indiferencia de mi juicio, de que era este, como cualquiera otro, un ardid de guerra que me preparaban, para tener el lauro de presentarme en espectáculo triste á los ojos del vulgo, dar satisfaccion á su emperador y hacerse merecedores de sus gracias. Tal discurrí yo desde luego, y traté de aprovecharme de la oportunidad que este mal digerido proyecto de mis enemigos me presentaba para su vergüenza y para alivio de mi division.

Muy apurados andábamos ella y yo, porque efectivamente la provincia toda estaba atestada de tropas encargadas de nuestra ruina, y lo que necesitábamos era ganar tiempo para mejorar la posicion en que nos hallábamos, bien fuese diseminándonos en el país, ó trasladándonos á los confinantes, para dar lugar á que las tropas que nos perseguian quizá fuesen llamadas á otro punto, como sucedia muy á menudo por la variedad de aspecto que cada dia se notaba en el curso de la guerra, y porque tal andaban las cosas en Castilla como en Astúrias, y en Aragon y Valencia como en Cataluña, que nada tendria de extraño fuesen necesarias en una ó en otra parte para reforzar algunos cuerpos que pudieran verse en aprieto: circunstancias presentadas ya en otras ocasiones.

Confiado en que la suerte me seria propicia todavía, pues que por mi parte creia haber correspondido debidamente á sus favores, formé mi plan de estratagema con que deslumbrar á mis enemigos, y logré lo bastante á satisfaccion. En mis respuestas primeras á todos los

que me escribieron dejé traslucir que no se me resistia la idea de concierto; pero como artículo preliminar de las conferencias, puse la condicion de que las numerosas tropas que me perseguian hiciesen alto, y no se movieran de los puntos en que se encontraban hasta tanto que pudiera cerrarse el contrato, para lo cual tenia que ponerme de acuerdo con Cruchaga y otros jefes. Juzgáronme bastante incauto en este primer paso, y ya Reylle y Mendiri contaban con la presa segura. Resistencia hubo, no obstante, para avenirse á la suspension de movimientos de las tropas; pero esto mismo me daba á mí ventajas, porque se rehacia mi division, y no perdia de vista los preparativos para hacerla maniobrar con oportunidad. Llevando adelante cada cual de las partes su sistema de entretenimiento y engaño, convenimos en una reunion en el pueblo de Leoz, á la cual deberian concurrir los cuatro sugetos nombrados particularmente, y además el jefe de la policía francesa, Mendiri, sin arrimo de ningunas tropas. Pero á pesar de que Iriso me aseguró que no habria en esto la menor dificultad, Mendiri prudentemente se guardó de asistir, considerando en mí la intencion de asegurarlo, como creia yo que la suya era el apoderarse de mí.

Presentados en Leoz los otros cuatro, híceles notar la falta de Mendiri, y la misma confusion de sus explicaciones de excusa por su no asistencia me dió lugar para manifestarles mis dudas sobre que no se iba de buena fe; y para desvanecerlas, les pedí la prueba de que allí mismo, acto continuo, dieran órden, pues que decian iban autorizados para convenir en cuantas medidas yo exigiese, para que las tropas que habian entrado en Na-

varra saliesen de ella en el término de seis dias, y cesase la persecucion en esta provincia, en las exentas y Aragon; y « verificándose, les dije, presentaré la lista de los jefes de mi division y oficiales que seguirán mi partido y en cuyo favor han de extenderse los despachos que indicaré». Convenidos en ello, y cuando despachaban sus escritos, tuve yo desde Pamplona confidencia verídica de que se armaba un lazo para prenderme durante las conferencias, y que al efecto se acercaban tropas á rodearme; y rechazando el golpe sobre el que lo disparaba, ya que yo habia logrado, cuando no el todo, una parte del objeto que me habia propuesto, que era suspension de hostilidades, mientras mi division descansaba y se aviaba para nuevas expediciones, salí de Leoz, llevando conmigo, en clase de arrestados, á los cuatro comisionados.

Grande rumor hubo en Pamplona, esparcida que fué la noticia de mi escapada con los detenidos; grande alboroto y movimiento entre la Diputacion, Reylle y Mendiri; muchos manifiestos de todos, tratándome de bandido, de perjuro, publicando la correspondencia que habia mediado, asegurando la sinceridad de las proposiciones que se me habian hecho; y muchas amenazas de no perdonar á medio ninguno para darme alcance y el consiguiente merecido castigo; y efectivamente, volvieron á poner en juego activo todas las divisiones. Separándome de los comisionados detenidos, porque los oficiales de la division pedian se les formase consejo de guerra como traidores, y yo trataba de evitarlo, les encomendé á una escolta, de la cual pudieron evadirse después de algunos dias, no, como se dijo y yo hube de sostener en-

tonces, logrando embriagarla, sino por particulares instrucciones que tenia de pretextar cualquiera causa y asegurar su fuga, facilitada por circunstancias; pues, sobre que todos cuatro eran personas de mi estimacion, los disculpaba mi razon, inclinándome á que no estaban comprometidos en la felonía de la policía de Reylle; y bien se vió la ninguna diligencia que yo hice en averiguacion de la conducta de la escolta, que, á no estar en mi confidencia, no habria escapado de sufrir el último castigo. De toda la ocurrencia se publicaron manifiestos en aquella época. Yo extendí el mio en los términos que aparece de la siguiente copia que he podido obtener, reimpresa en la Habana. Ni la minuta original existe en mi poder, ni tampoco las cartas que se citan en el manifiesto; y me es bien sensible no poder presentar al lector los documentos del suceso.

Manifiesto de D. Francisco Espoz y Mina, coronel, y comandante general de Navarra, á sus paisanos, contra la intrusa diputacion.

«La primera nacion de Europa que sufre los horrores de una alevosía desconocida en la historia presenta nuevamente un ejemplar el mas escandaloso, pero consiguiente á las máximas del tirano que lo ejecutó. La pretendida diputacion de Navarra, tan ignorante como infiel á sus principios, se ha empapado en la doctrina del usurpador de la Europa; la religion y la moral, tan extrañas á ese cuerpo intruso como los fundamentos del sistema político y estado militar de la España, se ven

profanadas con una avilantez muy propia del carácter descendiente de Córcega. Navarros : esos nombres augustos á cuyo eco os estremeceis desde la infancia, resuenan en vuestros oidos como un medio para asaltar vuestra sencillez, y precipitaros en una sima que sirva de sepulcro á los últimos restos de vuestra vida cristiana y política. Se me trata de bandido, facineroso, infame, vil ladron, asesino, y destructor de la sociedad: esos miembros de la Diputacion, criados á las sombras de sus riquezas entre la molicie y relajacion, eran muy susceptibles de semejante perversion de ideas; tan necios como díscolos, creyeron que la felicidad de los pueblos consiste en profanar el santuario, robar los templos, violar las mujeres, saquear los pueblos, asesinar los inocentes, infamar al valiente, denigrar al defensor de su patria, y cargar de cadenas á la gente mas buena y mas noble del universo: los bellos diputados, tan entusiastas como miserables, profanaron la dignidad de sus almas, y han publicado su ignominia en un manifiesto.

»Cuando desde Pekin hasta Lisboa y cuanto se conoce descubierto mas allá de los mares, se avergüenza de contar entre los hombres uno tan perverso como el Emperador de los franceses, hallais en vuestro seno hombres desnaturalizados que llaman vil traicion á la conducta firme y tenaz del que trata de sostener los derechos públicos y exterminar al ladron de la Europa. Sin mas justicia que la fuerza, ni otro medio que la perfidia, nos vimos sin rey por Napoleon; el español dormia tranquilo cuando los satélites del tirano arrancaban con violencia al ciudadano, y entre la miseria y las cadenas le destinan á ser un esclavo de su ambicion y sus capri-

chos ; no hay insulto que no cometa : sacrificar víctimas es una diversion, y los alaridos del inocente oprimido en su casa ó condenado á un calabozo es la música mas pura á su corazon. Por todas partes siembran el horror ; la sangre, el fuego y la desolacion son los precursores de su llegada ; el fuero de la rectitud no vale con estas cuadrillas de bandidos ; las pequeñas aldeas son espectadoras de escenas tan trágicas como las grandes ciudades ; los campos están cubiertos de cadáveres españoles , las calles y las paredes de los pueblos salpicadas de la sangre de nuestros hermanos ; una fiereza ignorada de los hunos, vándalos, suevos y árabes les ha sacrificado : con estas víctimas aplacan la cólera de su amo el Emperador. Su ley les manda el asesinato , su religion peculiar es la subyugacion ó exterminio de la especie humana , y los cultos majestuosos que tributan son el fusilar al sacerdote y al paisano, colgando en una horca al soldado bravo que se bate.

»Esta es la constitucion dictada por su sabiduría, restauradora de la dignidad del hombre ; la que da la libertad , organiza y sostiene la sociedad, segun dicen los legisladores napoleónicos y los candidatos de tan bellas instituciones. Vosotros, testigos oculares de la verdad, gemis bajo un yugo tan cruel como ignominioso ; casi lánguidos y sin brio para sacudirlo, llorais una suerte lastimera , y pensais hallar alivio en la muerte ; sin esperanza de socorro viviais indecisos entre la confianza de un esfuerzo nacional ó la resolucion de sucumbir. El sabio imparcial y el rústico de buena fe conocian la injusticia del procedimiento y la opresion violenta á que los condenaban la fuerza y avaricia de un príncipe am-

bicioso, inquieto y de un genio impenetrable ; pero confesaban la justicia de los que, reprimiendo el furor enemigo, le arrojasen de nuestro país. La Providencia, que confunde al presuntuoso, deja precipitar á muchos de nuestros conciudadanos : esos diputados orgullosos creyeron que la suerte de las naciones cabia en su cálculo; se decidieron, y la vanidad les persuadió que deslumbrarian al noble agricultor y al honrado artesano, y que árbitros de la opinion, someterian al pueblo.

»Desde el arado me trasladé á las filas, pronto á sacrificar mi vida en defensa de mi rey y leyes patrias, celoso en vengar los agravios contra la religion de mis padres : ni la ambicion ha tenido ascendiente sobre mi alma, ni el interés doblará nunca mi corazon ; destinado por el supremo gobierno de la España á conducir los navarros al campo de batalla, he conservado y dado nuevo aumento á los primeros sentimientos. Sin pasion, á mi presencia han batido vuestros hermanos las columnas francesas ; los caminos, montañas, desfiladeros y llanuras de Navarra y Aragon han visto convertidos en yertos cadáveres los soldados invencibles de Napoleon ; no hay un sitio en que no haya resonado la voz triste de un frances herido, de un polaco contuso, de un italiano rendido y de un esclavo prisionero ; las marchas patéticas que tocaban en Marengo, Austerlitz, Jena y Eylau, han sido en Navarra armonías lúgubres de exequias ; el suelo navarro es duplicadamente fértil que antes de la revolucion por la basura de los cuerpos enemigos, víctimas del valor de mis soldados ; un catálogo de generales, millares de soldados, con cien planes de campaña discutidos y decretados en Versalles, han querido ex-

terminar estos valientes voluntarios que tengo el honor de mandar : llevan dos años de guerra, de fatigas y batallas en nuestro suelo, y todo el fruto de su instruccion militar y su decantado valor ha sido perder catorce mil hombres, y quizá mas, á manos de mis soldados. D'Agoult, Dufour y Reylle, gobernadores de la Navarra por su Emperador, podrán escribir los fastos necrológicos de sus soldados ; y en lugar de las imposturas que pomposamente fijan en sus periódicos, estampar un estado de los muertos, heridos y prisioneros por la division de Navarra. Roquet, Eslau, Drouvet, Saintier, Gaudan, Brun, Panetier, Caffarelly, Clopisqui, Harispe, y hasta el célebre Souchet, han tenido la honra de batirse con mis soldados, y cedieron de ella por una desconfianza de exterminarlos. Si son tan sabios en el arte de la guerra como sus amigos los pintan, y su tropa tan firme y disciplinada, ved, navarros, los grandes hijos de Marte, á cuya espada todo se rinde, segun la diputacion intrusa y la carta del erudito Pellou. Un agricultor asido á la esteva en una aldea pequeña, sin instruccion metódica de un colegio militar, y sin ver las grandes acciones de Italia y Alemania, se ha puesto á la cabeza de sus hermanos, que voluntariamente le han seguido ; he fatigado el talento del Emperador y su ministro de la Guerra, príncipe de Neufchatel ; sus legiones han perecido ó quedado burladas en sus proyectos. No cito acontecimientos ultramarinos fáciles á cambiarlos ; lo que vosotros habeis visto y no lo ignora el último habitante del reino. ¡ Qué vergüenza para los españoles débiles ó pérfidos que se han desnaturalizado siguiendo el partido imperial ! ¡ Miserables ! creyeron gozar de una felicidad de que no hallan

mas que una sombra : ese coloso de poder está desmoronado, y pronto será nada. ¡El brazo español le desmenuzará y mis soldados tendrán la gloria de caminar unidos con las divisiones vencedoras!

»Desesperados de mi ruina, echaron mano á su arma favorita, la seduccion, con la que han subyugado el hermoso país de la Italia y el terreno vasto de la Alemania; la seduccion, que les ha dado tantos prosélitos en España, y á cuya blandura, sostenida por el oro y los honores, se rinden los nuevos filósofos del dia, las almas viles y los sugetos enmarañados en sus trampas ; esta seduccion salió á campo contra mí. D. José Pellou, acérrimo defensor del partido intruso, fue el primer emisario de la gran sociedad devastadora : diestro en representar el papel de humilde, se dejó caer en manos de mis soldados, y fingia su dolor por la suerte de prisionero, á que su política le condenaba voluntariamente. Instruido por la experiencia de otros hombres grandes de nuestra nacion, traté de precaver mi ruina y utilizarme de su perfidia solapada. Mi semblante, expresiones y regular urbanidad le dieron márgen á las primeras insinuaciones; con el aparato de mi interés, mi gloria, la tranquilidad al reino, la fuerza francesa, el poder omnipotente de su amo, y los planes misteriosos de conquista, me sugeria el proyecto de abandonar las armas : no es fácil describir el carácter seductor de este primer embustero.

»Me interesaba conocer radicalmente el número de españoles partidarios de los franceses que residian en Pamplona, su carácter, intenciones, y medidas que podian tomar contra mí y la division. Era imposible proporcionarse otra ocasion mas lisonjera : el disimulo debia

custodiar mi intencion ; y á beneficio de un carácter sencillo, con alguna timidez aparente á la enumeracion del riesgo y prepotencia enemiga, conseguí que Pelon creyese en mi amistad, en mi deseo sincero de seguir su partido. Entreveia la satisfaccion en que rebosaba su alma, y los cálculos lisonjeros que, formados en su imaginacion, los proferia alguna vez. La política me dictó el pensamiento de soltarle, para que, persuadido de mi intimidad, y satisfecho este agente, maquinase en la capital, persuadiéndose todos á que yo me entregaria : conseguia con esta medida el que el enemigo usase de nuevos empeños que comprometiesen mi division ; y dilatando el principiar las negociaciones, podia averiguar las disposiciones del enemigo sobre la Navarra y el resto de la nacion.

»Al fin el emisario Pellou me dirigió la carta número 10, en que manifiesta su convencimiento de nuestra amistad, y los consejos verbales que me habia dado. Al ver las muchas columnas francesas reunidas en este pequeño reino, y no pudiendo sufrir las vejaciones del conde Reylle y del jefe de escuadron Mendiri, dedicados á llenar los calabozos de padres y parientes de mis soldados, enviándolos á Francia como despojos de los triunfos conseguidos por su valor, me pareció corresponder, con el doble objeto de entretener veinte y dos mil hombres, y hacerme con algunas personas de su confianza, que por via de represalia las conservase en mi poder para igualar su suerte con la de los voluntarios y paisanos. El éxito de la negociacion ha puesto en claro mis intenciones, y que la política falaz y antisocial de Reylle y de la diputacion intrusa fué prevista y eludida por un

agricultor iliterato. Siguió el negocio en los términos que manifiestan las cartas que acompañan, con la advertencia que los franceses, siempre constantes en su sistema de perfidia, y fieles discípulos de Napoleon en Bayona con Fernando, decretaron mi sorpresa en el pueblo de la sesion; pero receloso de una vileza, en que no repara su honor, aposté mis guardias hasta cerca de Tafalla; diéronme aviso anticipado de su movimiento, y decreté la prision de estos cuatro señores. Esta es la vil traicion que tanto publica la diputacion intrusa, por eso me tributa unos dictados tan honrosos; pero navarros, ¿quién me ha enseñado esta conducta? ¿En donde está Fernando VII? ¿Quién le llevó? ¿Cómo no ha vuelto? Si es un delito tan atroz hacer esto con cuatro españoles inmorales, irreligiosos, desnaturalizados y seductores, ¿será muy bueno el hacerlo con un soberano legítimo, piadoso y amado de su pueblo? Si por haber preso á los célebres Navarro, Pellou, Aguirre é Iriso, cree la Diputacion que es justo y justísimo dictarme como lo hace en su manifiesto, ¿será menos justo que yo dicte á su grande amo el emperador Napoleon, *vil, infame, traidor, facineroso, asesino, ladron, bandido*, cuando hace lo mismo con un rey como Fernando? O Napoleon obró con perfidia, ó yo soy bueno. Esos hombres esclavizados han rayado en el último punto de locura; se persuaden que les es lícito cometer todo exceso, y que nosotros debemos dirigirnos por su capricho.

»Sea lo que quiera de semejante manifiesto, en que los diputados han marcado su afrenta y trasmitido á sus descendientes un documento que eternizará sus familias en la historia de la perfidia, sus hijos podrán decir :

¡Qué bellos padres los nuestros! Atados al carro de un tirano, prefirieron su esclavitud al honor de ser españoles y de ser libres; cobardes, no supieron resistir á quien los seducia, y reducidos á la humillacion mas degradante, quisieron engañar al que sostenia la verdad.

»¡Qué lenguaje tan falso como halagüeño el de sus cartas! Suponen á la España sometida, sus ejércitos disipados, sin recursos, sin fortalezas, y fijado su destino irrevocablemente, á no ser que un milagro la salve: gobierno vencedor, fuerza irresistible llaman al del emperador Napoleon. ¡Infeliz patria, cubierta de horrores por mi causa! llama al distinguido reino de Navarra; quiere persuadir la Diputacion que la abundancia y felicidad se verán en la subyugacion de los españoles, y que estos son el orígen funesto de la opresion, robo y asesinatos. ¡Es una lástima que nuestros hermanos se hayan prostituido tan servilmente, que usen de la iniquidad para sepultar entre las ruinas de la nacion á los que debieran salvar á costa de su sangre! Una sola verdad encuentro en sus cartas, y ella me obliga á empeñar la defensa con mas teson; es propio de hombres valientes emprender con sangre fria empresas difíciles; es de hombres de honor defender la causa comun con teson y brio cuando hay probabilidades del suceso; es dado al hombre resistirse á toda opresion de cualquier parte que le venga. Si sus esfuerzos son inútiles, es preciso bajar la cerviz: este principio es puntualmente el que mas decide mi corazon y el genio atrevido de mis soldados. La España ni ha sucumbido ni tiene visos de sujetarse á la ley de Napoleon; no quiere sujetarse, y el pueblo que se empeña en ser libre, lo será contra el poder de todos los tiranos;

y si nuestra nacion no hubiese criado hombres viles que, abandonando su patria, se amistasen con los franceses, ya estos serian víctimas del valor español: tales pícaros son la causa de la catástrofe que diariamente se ve en algunos pueblos de España; hombres degradados, tan infieles á la Francia como á la España, á nadie sirven mas que á sus intereses y á sus pasiones. Si mañana se verificase en este país una irrupcion de tártaros, y hallasen en sus armas mas ambicion y proporciones de saciar su avaricia, los mismos que ahora defienden y exaltan el sistema del Emperador, cambiarian sus exhortos en beneficio de aquellos bárbaros; porque ni buscan ni aman españoles ni franceses, y solo gustan de vivir tan libre como opulentamente: hombres sin carácter, inconsecuentes, que alguna vez profieren alguna verdad para su confusion.

»Preguntadles ¿qué se han hecho los numerosos ejércitos mandados á España por el Emperador? ¿Cuándo se verifican las pomposas verdades de que todo estaba sometido, y si algo faltaba, tardaria tanto á ser conquistado cuanto quisieran los generales del Imperio? ¿De qué han valido la instruccion militar de los mariscales y la grande fuerza de sus cuerpos de ejército? ¿Qué ha sido de aquel niño mimado por la fortuna, á quien la victoria seguia por desgracia, el rampante y bárbaro Massena, despreciador de los generales mas sabios que él? Su campaña de Portugal trasmitirá á los siglos venideros la ignominia del príncipe de Esling, y que Wellington á la cabeza de sus ingleses, tan insultados por Napoleon, ha confundido su orgullo y pisado las águilas victoriosas de Paris. Un resto miserable queda á los franceses de los ochenta

mil hombres encargados á Massena ; el valiente Marmont ya no es conquistador ; observa desde el Guadiana al Tajo, y espera el momento en que será batido si no le permiten una retirada; Bessières no avanza, y exhausto de fuerzas, llora no poder seguir las corrientes del Duero, porque encuentra dos ejércitos á las líneas de Portugal y Galicia : el verdadero general frances, mariscal Soult, se afana y se fatiga en el mediodía de España; pero su situacion es muy crítica, su estado de fuerza tiene mucha baja, y no espera mas que la aniquilacion, como lo presintió al entrar en Andalucía. Souchet, ese hombre de suerte, ha entrado victorioso en Lérida, Tortosa y Tarragona : rindió á estas fortalezas por el oro, la seduccion, y quizá la fuerza ; pero su orgullo se reprime á la vista de Murviedro y de Valencia : ya se queja de que su amiga la fortuna le presenta el rostro airado, y no le es tan cariñosa en aquel jardin de España.

»Cuarenta mil soldados valientes, á las órdenes de generales sabios y esforzados, con treinta y seis mil paisanos armados, no es una perspectiva grata á Souchet en Valencia, sin contar los doce mil hombres que en tres divisiones le amenazan á la orilla derecha del Ebro. En el reino de Murcia contamos un ejército de reserva, otro en la Isla y campo de San Roque ; á la márgen derecha del Guadiana hay un ejército que contiene á Soult, y se aumenta diariamente ; las orillas del rio Agueda y la izquierda del Duero están cubiertas de legiones inglesas ; la Galicia tiene en aptitud su invencible ejército de cincuenta mil hombres ; las riberas y montañas intermedias del Duero y mar Cantábrico ven renacer un ejército que, dilatándose hasta el alto Pirineo , estremecerá á esos

partidarios del enemigo que ahora nos desprecian; todo el suelo español está cubierto de divisiones volantes, columnas movibles, partidas de guerrilla y paisanos armados; todo el pueblo está en guerra, y los franceses dominan lo que pisan. Nuevamente se reune, arma y organiza; vuelan jóvenes á los alistamientos, y las banderas se cansan de tantos juramentos de fidelidad; nuevos cuerpos, abundante surtido, disciplina exacta, entusiasmo en los oficiales, experiencia en los jefes, y sumo rigor en la tropa, cuando el ejército imperial siente su languidez, el disgusto y desercion de los soldados, con un desaliento general. Tenemos gobierno, que era difícil de fijar al principio de la revolucion; habemos superado esta dificultad innata á las naciones convulsivas; los ejércitos no están entregados al capricho y á la ignorancia como en largo tiempo ha sucedido; planes meditados, discutidos y resueltos, con todo el peso y seriedad propios del caso, los mueven; y las divisiones volantes, cuyos movimientos continuos parecen efecto de una imaginacion delirante, son causados por un acuerdo sabio; no hay un hombre que lleve las armas en el rincon mas retirado de España, á quien no llegue la influencia de la combinacion.

»Los ingleses, esos hombres á quien tributarémos todo el honor que se merecen, y á quien debemos la mitad de nuestra libertad; sin los cuales muy probablemente gemiriamos en el dia en duro cautiverio, conducidos entre cadenas á derramar nuestra sangre en el norte de Europa por satisfacer los caprichos ambiciosos de un emperador tan injusto como inicuo, los ingleses abren sus tesoros é importan los nuestros de América; nada nos

falta con su generosidad, y empeñados en hacernos libres, tienen sus ejércitos formidables en España, derramando pródigos su sangre en nuestro suelo, para confusion de los franceses y vergüenza de los españoles infieles á su patria. No son imaginarias estas fuerzas; ya las confiesa el enemigo, ya dicen algunos mariscales que es imposible la subyugacion de España: Soult lo publica abiertamente, y sus vaticinios, imparciales en los negocios de la guerra, son mas creibles que los del resto de los militares franceses, sin exceptuar su Emperador. Solo resta una confesion ingenua de que no han conocido el carácter, fuerza y recursos de la nacion española, ni atinado con el verdadero sistema político y militar de guerra, único para subyugar y acaso dominar esta nacion grande: lo repito con franqueza, no han penetrado el verdadero medio de conquistar, y sus ejércitos no conseguirán el mandarnos.

»Es verdad que el enemigo se manifiesta orgulloso en los papeles y con el paisano indefenso, y sus partidarios dicen con tono misterioso: ¿Por qué no vienen esos ejércitos libertadores? Navarros, un plan sabio y meditado los dirige; es preciso finalizar la guerra, y es un recurso el de la lentitud en sus movimientos: esto es una paradoja para esos desnaturalizados é ignorantes; el buen éxito de la guerra no consiste en correr mucho, y la experiencia ha enseñado á los españoles que la ruina de los franceses está en los momentos en que ellos se consideran victoriosos. No abatirse por las amenazas del gobierno intruso; cerrar la puerta á la seduccion; la victoria es nuestra, y la confusion se prepara para ellos. No soy capaz de engañaros: padecerémos, pero toca-

rémos nuestra libertad : sufrimiento , constancia , firmeza , nuevo brio contra los opresores. España y la Europa entera miran con placer el esfuerzo y valor de los soldados navarros ; esperan que á la puerta de esa Francia orgullosa se levantarán hombres que amenacen su imperio. Guerra , valientes navarros , á Napoleon y sus ejércitos ; guerra y furor contra los traidores de su patria , fidelidad á la nacion ; alianza eterna con la Inglaterra. A las armas , conciudadanos : talen , incendien y asesinen los franceses ; venganza contra el enemigo , y union con el invencible ejército anglo-hispano.—*Francisco Espoz y Mina.* »

Enconó el engaño de tal modo al gobernador de Navarra , que dió el encargo á las columnas de rebuscar por todas partes mis soldados rezagados , enfermos y heridos , para tener mas rehenes en el caso de que yo cometiese una tropelía con sus comisionados : recogieron efectivamente algunos , y entre ellos á mi ayudante mayor Sadaba y á los oficiales Laquidain y Solchaga , y sin consideracion á su carácter , luego que supieron en Pamplona la libertad de Navarro, Aguirre, Pellou é Iriso, ahorcaron al primero de aquellos y fusilaron á los otros dos. Los tres sufrieron su triste suerte con una calma que aterró á los ejecutores. Sadaba , al pié de la horca , con la misma fuerza que si mandara evoluciones á la tropa , dijo , dirigiendo la voz á los paisanos circunstantes : « No hay que desconfiar porque yo muera y otros compañeros ; quedan Espoz y Mina y Cruchaga , que nos vengarán... ¡ Viva España !... Vivan los voluntarios de Navarra ! »

Antes de esta tropelía, que es la calificacion mas be-

nigna que puede darse al hecho, cuando era notorio que yo respetaba en oficiales y soldados la cualidad de prisioneros y los hacia conducir á los depósitos del interior del reino, en 12 de junio habia sido fusilado en Pamplona el vicario del lugar de Torres, en el valle de Elorz, por delitos supuestos, pues aquel eclesiástico, D. Juan Miguel Aramendía, era mirado y respetado de todos como modelo de prudencia y virtud; y no solamente fué su triste fin muy sentido, sino que llegó á escandalizar, por haber los franceses dispuesto que fuese ejecutado el dia de mas solemnidad que los fieles celebran en su religion, como es el del Corpus-Christi.

Pero no satisfecha todavía toda la saña que abrigaban aquellos gobernantes contra los españoles que con lealtad y honor sostenian los derechos de su patria y rey, é irritado Reylle hasta el extremo, no solo por haber salido vencido en la última contienda diplomática, sino tambien por el suceso de Arlaban, en que tan mal parados quedaron los intereses del mariscal Massena, con fecha de 2 de octubre hizo publicar el aviso siguiente:

Mes de octubre.

«El General Gobernador, viendo que las medidas de »humanidad y dulzura no han producido el efecto de»seado, y que muy al contrario, está probada la nece»sidad de desplegar las de severidad y rigor, previene »que su intencion será siempre de proteger al hombre »de bien que ama la paz y la tranquilidad. En conse»cuencia ha ordenado:

»Que Pedro Samaniego y Bernabé Azpilaga, sacerdo-

»tes. á causa de sus malos principios, y convencidos (1) »de haber provocado en público y abiertamente (2) la »revuelta contra el Gobierno, por sus dichos sin ninguna »reserva;

»Francisco Cia, cura párroco del lugar de Yabar, por »haber albergado en su casa al jefe de banda Espoz y »Mina, en la noche del 8 al 9 del mes precedente, por »su mala conducta, por su adhesion á la revolucion, y »malos servicios que ha hecho al Gobierno de dos años »á esta parte;

» Ramon Alcalde, cura de Arellano. por su mala con»ducta y demás circunstancias del anterior; Vicente »Recalde, alcalde, convencido, por un recibo firmado »por él, de haber sido comisionado por Espoz y Mina »para el cobro de las rentas de bienes nacionales;

» Mateo Velez, de Artajona, espía de Espoz y Mina, »vagamundo y escapado de galeras, á que fué condena»do por haber muerto á un alcalde de su lugar hace ocho »ó nueve años;

»Antonio Iluarte y José Yaldi, de Artajona, por la»drones en camino público el 29 de julio último, en cuya »época desertaron de las bandas. y quisieron gozar de »la amnistía, como convencidos de dichos crímenes;

»Sebastian Fernandez Tejada, de Monreal, vagabun»do, espía de Espoz y Mina. que vino á esta ciudad con »cartas del infame jefe de bandas, del pueblo de Leoz,

(1) La falsedad de este aserto se demuestra en que no hubo juicio.

(2) Su candidez les hacia incapaces del delito que se les atribuia.

»donde cometió la traicion y la felonía en la noche del »3 de setiembre último;

»José Goñi, de Ujué, reconocido por sus propias de»claraciones de haber servido de espía al prior de Ujué, »y después á Espoz y Mina;

»Juan Martin Bengochea, de Yabar, por haber admi»tido en su lugar al jefe de bandas Espoz y Mina, acom»pañado de solos ocho hombres, el 8 de setiembre úl»timo; haberle provisto de raciones, y no haber dado »parte al comandante de Irurzun, como está mandado »por el Gobierno;

»Luis Blas Gomez, de Miranda, sacerdote, fugitivo »de su pueblo, por haber excitado por su mala conducta »y ejemplo á la revolucion; preso en Vitoria el 13 de »agosto último con los brigantes que escoltaban al coro»nel Laffite, prisionero francés;

»Miguel Iriarte, de Olazagutia, exreligioso lego, pre»so al mismo tiempo que el anterior, que ejercia la ci»rujía en las bandas;

»Pedro Perez Isla, de los Arcos, propietario, por su »adhesion y pasion en favor de los bandidos, como pro»vocador á la revuelta, y además por haber recibido y »tenido en su casa durante un mes al brigante Bizarron, »que se hallaba herido;

»Sean fusilados en esta plaza, conforme á las leyes »militares del dia. — Pamplona, 2 de octubre de 1811. »— *J. P. Mendiri.*»

¡Y fueron en efecto fusilados en un mismo acto, colocándolos unidos, arrimados á la pared de una de las murallas de la ciudadela!

Oprímese el corazon al recordar aquella época de tan-

ta amargura para los hombres de bien, y enardéecese la sangre contra los autores que nos trajeron semejante cúmulo de desdichas. ¡Cuánto inocente fué sacrificado! Varios de los contenidos en la lista precedente estaban exentos de toda culpa, y especialmente los dos primeros, virtuosos sacerdotes, eran impecables en los artículos de que se les suponia convencidos. Ni preguntados fueron, cuando menos convencidos, y marcharon á la muerte sin saber por qué se les habia hecho presos. Y hubo mas respecto del bondadoso D. Bernabé Azfúlaga... Pero bastante triste es el cuadro, para no aumentar borrones que lo hagan mas horroroso.

Entre tanto que en Pamplona se ocupaban de tales hazañas, poco dignas de guerreros del siglo XIX, y que en la provincia seguian tras de mi sombra varios generales con muchas fuerzas, habiendo recibido indicaciones de parte del general en jefe del sétimo ejército, á que pertenecia mi division, sin perjuicio de mi independencia en el mando, de que convendria, si posible me fuera, hacer una diversion hácia Aragon, escaso á la sazon de tropas enemigas, para llamar la atencion de las que operaban hácia Cataluña y Valencia, cuyas plazas y países se hallaban muy trabajados y en apuros; desde Leoz mismo marché á Sangüesa, para donde cité á los batallones 1.° y 2.° y parte de la caballería. Cuando antes cada batallon contaba su completo de mil y doscientas plazas, entre los dos no reunian ahora este número; tan mal parados quedaron en la accion entre Lerin y Baigorri; y con ellos, dejando el resto de los otros batallones en Navarra, para entretener allí á los enemigos, me puse en marcha para Aragon, precedida una pequeña

expedicion que hice á Tafalla, á apoderarme, como lo hice, de un repuesto de víveres que los franceses tenian almacenados.

Llegado á Egea sin tropiezo, quise apoderarme de la guarnicion, que me dijeron componerse de cuatrocientos hombres, pero no tenia suficiente tropa para circunvalar todo el pueblo; y aunque tuvimos dos dias de fuego, pudieron en la noche del segundo fugarse, sin mas lesion que la de haber perdido algunos hombres en muertos y prisioneros. Seguí á sitiar á Ayerbe, donde tenian una fortificacion, y antes de poder escalarla llegó en su socorro una columna de mas de mil infantes y cuarenta caballos. Dejado el sitio, hube de tomar posiciones para esperarlos. Colocados en presencia unos de otros, los insolentes enemigos pusiéronse á darnos voces insultantes, engreidos con el feliz suceso que les cupo en Lerin. Observé en los semblantes de mis voluntarios pintada la ira de que los llenaba verse escarnecidos por unos viles instrumentos del despotismo mas fiero, y mi alma no era la que menos se interesaba en el sentimiento. Corro precipitadamente por entre las filas: «Animo, muchachos, les digo; hoy es el dia de vengarnos de esta infame canalla; ¿teneis valor? les pregunto.» Y á una voz fuerte y sonora responden: «Sí, mi coronel, hasta morir. — Pues á ellos, hijos, continúo, que hoy ha de ser para nosotros un dia de gloria.» Y dando los jefes el ejemplo de arrojo, se arremete al enemigo con tal serenidad y firmeza, que bien pronto se le hizo conocer que habia en los voluntarios mas corazon del que hacia un momento les suponian sus contrarios por voces y gestos propios de arlequines ó muñecos. Quisiéronse hacer va-

lientes, pero mal les estaba contra hombres tan valerosos y dueños de sí mismos. Retiráronse maniobrando con destreza; formaron cuadro una, dos, tres y hasta cuarta vez; pero mis voluntarios no conocian táctica mas sublime que la de echarse sobre el enemigo, y matarle ó rendirle. Así caminaba en retirada el francés formando cuadros, y la division siempre sobre él rompiéndoselos y dejando muchos enemigos fuera de combate. Dióse una muy fuerte arremetida al cuarto cuadro, cerca de Plasencia, y deshecho, se entregaron cuantos quedaban, y contados, se vió pasaban de seiscientos cincuenta, á la merced de aquellos mismos que momentos antes eran para ellos objeto de irrision. Cambiada la escena, ni uno de los vencidos habria quedado con vida; pero el pecho y corazon español es tan generoso en su triunfo como sufrido y sereno en su desgracia. La batalla de Plasencia, el 17 de octubre, es una de las que da mas realce á la division de Navarra, que á fuerzas iguales, y acaso algo inferiores las suyas en infantería, aunque de alguna superioridad numérica la caballería, supo batir y rendir á una columna entera, sin que quedaran para contarlo mas que tres individuos que á todo escape pudieron entrar en Huesca. Me costó esta victoria la pérdida de algunos valientes; yo tuve mi caballo herido. Murió el comandante de caballería Lizarraga, nombrado Tachuela. Peon de labranza, sin conocer siquiera el abecedario, avecindado en el arrabal de Pamplona llamado Rochapea, se unió á las primeras partidas formadas de Sarasa, Juanito y otros compañeros de ejercicio: hízose jinete cuando hubo ganado en buena lid un caballo; y sin mas que su ingenio natural y poco te-

mor al enemigo, de hazaña en hazaña fué elevándose por el órden de grados hasta el de comandante efectivo de caballería. El no sabia dar partes bien pintados de sus acciones, pero aprendió á dirigir sus movimientos, y á conseguir ventajas sobre el enemigo; y yo llamo á esto ser un verdadero guerrero, y mejor que aquel que, aunque sepa explicarse, no es tán afortunado en sus cálculos, y pierde mas acciones que gana. Lizarraga contaba muchas, y muy marcadas á su favor en la escala en que sucesivamente le iban las mismas colocando; y ¿quién sabe adónde habrian llegado sus gloriosos hechos si tan tempranamente no le hubiera arrebatado una bala? Murió con honra, sentido por sus compañeros, y mas de su desolada familia, compuesta de mujer, jóven aun, y tres tiernos hijos, que por premio de sus servicios y sacrificios viéronse ya en 1814 reducidos á vivir de la caridad de los amigos. ¡Proporcionada recompensa á tanta virtud!

El 18 dí direccion á los prisioneros para la ciudad de Sangüesa, bajo la custodia del batallon 2.°, y yo marché á Huesca. No me esperó la guarnicion enemiga de esta ciudad, y solo pude rescatar cinco oficiales españoles que tenian allí prisioneros. Retrocedí y me uní en Sangüesa á los prisioneros. Mi correría sobre Aragon y el suceso de Plasencia llamó á aquel reino una parte de las fuerzas que operaban en Navarra, y ya tenia yo mas campo libre en esta provincia para maniobrar. Después de un descanso de cuatro dias, y con conocimiento de los giros que por todas partes tomaban las columnas enemigas en busca de los prisioneros, salí con ellos de Sangüesa, y pasando por Monreal, atravesando la carretera de Tafalla á Pamplona, entrando en Artajona,

Mendigorría, y pasando por Puente la Reina; á pesar de que habia guarnicion francesa, llegamos á Cirauqui, donde fueron entregados los prisioneros al 4.° batallon, para ser conducidos á las costas de Cantabria.

Seguiré después relacionando esta marcha, para ocuparme ahora de otros intereses de los individuos de la division. Reunida casi toda ella por primera vez después de dos meses de diseminacion, los oficiales por sí y en nombre de todos me expusieron la necesidad de tomar vigorosas medidas contra nuestros enemigos, en represalias del atroz decreto de Reylle de 5 de agosto, que se llevaba á efecto con todo rigor; y me pidieron que oficiase fuertemente á aquel general, y reservase los prisioneros que teniamos en nuestro poder, para hacer con ellos, si no revocaba su mandato, lo que él habia practicado con Sadaba, Laquidain, Solchaga y otra infinidad de soldados de la division, y seguia practicando con toda clase de paisanos, eclesiásticos, alcaldes, etc. Se resentian de que con hombres tan sanguinarios y con sus adheridos se tuviesen consideraciones que eran incapaces de apreciar, faltando en esto á lo prescrito en la disposicion publicada por mí en 24 del mismo agosto, en oposicion de la de Reylle del 5.

«Diga V. S. al conde Reylle, decian en su exposicion, »que si no entra en los sentimientos propios de un general, y hace la guerra segun las leyes admitidas en todas las naciones, puesto que pelea con una division del »sétimo ejército, que la nacion tiene en pié, desde ahora »nos proponemos no perdonar la vida á ninguno de sus »prisioneros y adheridos; todo lo llevarémos á sangre y »fuego; y que esté seguro de que no nos faltarán obje-

»tos en que cebar nuestra justísima venganza, por el trato »que nos da á nosotros y á nuestros parientes y á todos »los desgraciados habitantes del país, que hace víctimas »por capricho. Y llegado este caso, ni V. S. podrá con»tener, ni nosotros responder de la furia de nuestros »ofendidos soldados.»

Siendo muy justa la peticion, el mismo dia que me fué entregada, 24 de octubre, la dirigí original al conde Reylle, con oficio en que le decia que, aun cuando mis ideas fuesen diversas de las de la division, no podria hacer á esta cambiar de propósito ni estorbar su ejecucion; pero que estábamos muy acordes en llevar adelante el plan de represalias si él y las demás autoridades no cambiaban de sistema. Y en el mismo dia hice publicar y circular la disposicion siguiente:

«No pudiendo mirar con indiferencia atentados tan horrorosos como los que cometen las autoridades francesas contra los individuos de mi division, á pesar de nuestra opuesta conducta de lenidad para con los soldados franceses, decreto:

»1.° A los voluntarios que hubiesen seguido el partido francés por tener parientes en prision, serán recibidos hasta el dia 10 de noviembre de este presente año, siempre que no hayan cometido delito alguno contra la nacion, ni hecho armas contra la tropa española, ni otro delito en perjuicio de tercero.

»2.° Si el conde Reylle, ú otro que le sucediese en el destino, no revocase su decreto de 5 de agosto, anulándolo expresamente y mandando circular una contraria disposicion para el dia 1.° de noviembre, se llevará á efecto lo contenido en los artículos que siguen.

»3.° Los caballeros oficiales, los sargentos, cabos, soldados, tambores, trompetas y empleados de hacienda de mi division serán tratados segun las leyes de guerra en caso de ser prisioneros; de otro modo usarémos de igual ó mayor rigor con todos los prisioneros franceses.

»4.° En atencion á la conducta de Reylle con los oficiales y soldados de mi division, no menos que con los habitantes del reino, y á que están en nuestro poder algunas personas clasificadas de su partido, veinte y tres oficiales de tropa y setecientos soldados, y á que será muy fácil hacer caer en nuestras manos otros mas de una y otra clase, estamos resueltos á tenerlos en depósito, y á hacerles perder la vida en la horca si el conde Reylle no se limita á las puras leyes de la guerra con los hombres que obran con las armas, ó incomoda á cualquiera de los paisanos habitantes de Navarra.

»5.° Este nuestro decreto será publicado y observado con el mayor rigor; encargando, como encargamos, á todos los soldados, vecinos y habitantes de Navarra, nos den pronto aviso de cualquiera vejacion hecha en sus personas ó bienes por el gobierno francés, haciéndoles responsables con sus vidas de toda falta de aviso.

»6.° Asimismo será leido á todos los presos y prisioneros que tenemos en nuestro poder y á los que sucesivamente tendrán igual suerte, para que sepan el riesgo en que se hallan de morir afrentosamente en la horca, por la conducta cruel del conde Reylle.—Dado en el campo del honor de Navarra, á 24 de octubre de 1811.»

Al mismo tiempo que publicaba estas disposiciones, y que oficialmente dirigia á Reylle la exposicion antedicha

de los oficiales de la division, particularmente le escribia manifestándole la extrañeza que me causaba tal sistema de devastacion y sangre adoptado por un edecan de Napoleon: que este jamás á los militares de profesion, y aun no siéndolo, á hombres que defendian con valor su derecho, los habia tratado, aunque los venciera, con el vilipendio con que él lo hacia, siendo buena prueba de ello en la misma España la capitulacion de Madrid, que en 1808 habia hecho rendir en persona; que yo y los individuos de mi division perteneciamos á la milicia, como que formábamos parte del sétimo ejército, á cuya cabeza estaba un antiguo general, y teniamos derecho á exigir igual trato al que se daba en los demás puntos del reino recíprocamente á los prisioneros de los ejércitos; y que, como contra estos principios y razon de justicia obraba su providencia de 5 de agosto, le pedia y esperaba que sin ninguna demora la mandase recoger, declarándola nula y de ningun valor, en cuyo caso nos hariamos la guerra segun ordenanza, y con esto en Navarra ganarian mas los ejércitos franceses que las tropas españolas de mi division. De todos estos pasos dí cuenta á la Regencia de Cádiz.

Los oficiales de mi division pretendian que no me desprendiese de los prisioneros hasta tener una respuesta satisfactoria del gobernador de Pamplona; pero ellos ignoraban que varias columnas estaban ya en accion para rescatarlos, y era menester evitar que lo consiguieran. Los enemigos mas próximos venian muy cerca, en número de cuatro mil hombres; mandábalos el general Abeé, y su proyecto era interponérsenos en Alsasúa, paso indispensable para nosotros. Para inutilizar su plan

dispuse que Cruchaga, con los batallones 1.° y 2.° entretuviese á Abeé, mientras yo me adelantaba con el 3.° y 4.° convoyando á los prisioneros. Cruchaga llenó completamente su cometido entre Iturgoyen y Riezu, retirándose por Munarriz y Goñi al pueblo de Linarraga, en el valle de Ergoyena. Seguíale siempre Abeé, y además otra columna por el camino de Pamplona traia la misma direccion á Alsasúa. Yo marchaba con los prisioneros, y reunido con Cruchaga en Bacaicoa, pueblo del valle de Borunda, continuamos juntos hácia Ataun, dejando atrás á las dos columnas enemigas.

Mes de noviembre.

Aquella noche, que era la del 2 de noviembre, dispuse que los prisioneros marchasen por Legarpia á Mutrico, auxiliando á los batallones 3.° y 4.°, que los conducian, algunas tropas de D. Gaspar de Jáuregui (*el Pastor*), que reunia ya tres batallones en Guipúzcoa. La mañana siguiente del 3 las columnas enemigas se inclinaron hácia Legarpia á la pista de los prisioneros: salíles al encuentro y determiné llamarles la atencion á otra parte; y dejando dos compañías de observacion para que se tiroteasen sin empeñarse, me puse en retirada para Segura. Sea que el general contrario creyese que yo llevaba conmigo los prisioneros, ó que perdiese la esperanza de rescatarlos y quisiese escarmentarme, siguió en mi alcance; y aunque estuvimos bastante cerca, al llegar ya de noche á Alsasúa quise que descansara con sus fatigadas tropas bajo de techado en aquel pueblo, y yo me subí con la mia á la sierra de Andía á acampar en

ella. Todavía me persiguió al dia siguiente en aquellas alturas; pero desesperado de poder darme caza, se retiró á Estella, y yo me fuí á Santa Cruz de Campezu.

Los prisioneros no solo llegaron á Motrico con bien y fueron entregados á los ingleses, sino que de paso los batallones que los conducian rindieron á un comandante y cincuenta y dos soldados, que componian la guarnicion del mismo pueblo de Motrico, y marcharon en compañía de los prisioneros de Plasencia. A mas Jáuregui tenia sitiada la guarnicion francesa del puerto de Deba: de Elgoibar salieron en su socorro cuatrocientos hombres; el batallon 4.º les impidió su designio haciéndolos retroceder, y entonces se entregó la guarnicion, y fué á aumentar el número de prisioneros que acababan de ser entregados á los ingleses.

Como de todas partes se habian movido columnas francesas para impedir esta entrega de prisioneros, los batallones 3.º y 4.º á su vuelta á Navarra tropezaron con dos de ellas procedentes de la provincia de Guipúzcoa; se tirotearon poco, y no obstante, trajéronse cinco prisioneros, entre ellos un capitan y un teniente.

Llegamos, entre estas marchas y contramarchas, ataques, y esperas y descansos momentáneos, á la mitad de los dias del mes de noviembre, época, con corta diferencia, en que debimos Cruchaga y yo á la Regencia la gracia de elevarnos, á Cruchaga á coronel, y á mí á brigadier. Habíanle sido acceptos nuestros servicios no solo en razon de las ventajosas acciones que habiamos tenido en Navarra y Aragon, sino por el buen resultado producido á las operaciones militares de las otras provincias, de haber entretenido en la nuestra, por espacio de dos

meses, fuertes columnas, cuya falta se notó en los ejércitos enemigos, y de llamar la atencion de otras hácia Aragon, por nuestras incursiones en aquellos países.

Otro testimonio recibí yo de esto mismo en las gracias que oficialmente me tributó el general de Valencia, Don Joaquin Blake, rogándome continuase mis correrías á Aragon cuanto me fuera posible. Con este objeto desde Santa Cruz de Campezu me trasladé á Sangüesa sin cuidado, porque Navarra se veia desembarazada de tantas columnas enemigas como la habian sofocado por mucho tiempo.

Lejos el conde Reylle de acceder á mis peticiones, anunciadas en los papeles que le dirigí el 24 de octubre, aumentó las medidas de rigor, desdeñándose de contestarme: de modo que iba ya apurando demasiado mi paciencia. Tuvo por bien el mandar á Francia á mi hermana Simona, con otras parientas que tenia tambien presas; pero aun mezcló este acto de gracia con algo de crueldad, pues conservó á su marido en Recoletas, siempre amenazado con el patíbulo. Fué llevada mi hermana al extremo del norte de Francia, y cuando yo supe con seguridad su paradero, no fueron obstáculo ni la distancia, ni la vigilancia con que la observaban, ni los riesgos de todas clases que habia que vencer para rescatarla por medio de ardides y traerla á su país; y de poco sirvió á la policía toda la diligencia que puso para detenerla antes que entrase en España. Pero si bien por un lado tuve muy grande satisfaccion de abrazar á mi hermana, por otro experimenté una cruel pena al darme conocimiento de que mi buen hermano y patriota Clemente, vicario que habia sido del hospital general de Pamplo-

na, volviendo de Cádiz para Navarra, habia sido asesinado en Portugal yendo de camino, sin duda por alguna cuadrilla de ladrones que lo habria espiado para robarle.

Un indecente folleto, impreso en Pamplona, publicado con órden del gobierno francés, circulaba por los pueblos. Tratábase en él á mi division y á sus jefes peor que á feroces bestias, cuando todos excedian en mansedumbre, y eran demasiado generosos para perdonar á sus mas crueles enemigos, puestos por el azar en sus manos. Llamaban *papamoscas* á los ilusos, segun su entender, que esperaban en los triunfos de los *arlotes descamisados voluntarios*, y excitaban á los pueblos á la revuelta contra estos, para que mas tempranamente se acabaran todos los trabajos del país, cuya sujecion á las armas francesas era irrevocable en la voluntad de Napoleon, á quien la Providencia habia destinado para hacerlo feliz, observando que por la ineptitud de los españoles no eran ellos por sí capaces de procurarse ningun bien.

Los hombres entendidos en letras, que no faltaban en nuestro partido, á cuyas manos habia llegado el tal folleto, me proponian su quema pública al frente de los batallones, porque decian estaba lleno de herejías religiosas. Yo no quise tomar este partido, temiendo que tal disposicion produjera el efecto contrario del que se prometian con él, pues que generalmente se va con mas ansia tras de aquello que nos es prohibido; y luego eso de quemar recordaba la Inquisicion, y no era yo por cierto partidario de aquel tribunal. Por otra parte, se me trataria de demasiado presuntuoso en abrogarme bastante saber para calificar de herético un escrito, y con razon

caeria sobre mí cualquiera censura. Así, lo dejé correr; mas, como sí alcanzaba que era en política una herejía el supuesto de que nuestra felicidad solo podia venir de los franceses, quise rebatir la suposicion por medio de otro escrito, dejando á los pueblos que decidiesen la cuestion por sí mismos, despues de pesar las razones de uno y otro; y extendí y circulé una corta proclama, en que decia:

«Navarros: los enemigos de nuestra patria han decretado vuestro último exterminio. Con este objeto destruyen vuestros hogares, saquean vuestros pueblos, talan vuestros campos, y os arrebatan el pan que necesitais para vivir. Una triste experiencia de estos males acredita lo que os digo. Sí, esos bandidos de la Francia, esos vándalos de la España, se han propuesto arruinar lo que no pueden conquistar. La continua exaccion de millones, los robos que causan sin cesar en todas partes, son efectos de este plan. Extended, si no, la vista sobre el pequeño recinto de este reino, fijad vuestra atencion en esta ínfima parte de la Península. ¡Qué escena tan lastimosa, qué cuadro tan horroroso no se presenta á vuestros ojos! Los pueblos aniquilados, las familias dispersas; los unos desterrados de su patria, los otros detenidos en las cárceles; unos fugitivos por los montes, otros muertos en los cadalsos, sin mas delito que la justa defensa de la patria; y todos, finalmente, víctimas inocentes de la furia enemiga. Pero en medio de tantos males, vuestra constancia solo es el asombro de la nacion y la confusion del enemigo. Sí, compatriotas, os habeis hecho superiores á vosotros mismos; manteneos firmes y seguid conmigo la noble resolucion de vencer ó morir: tal debe ser el empeño de

»esta guerra. No creais jamás al enemigo en nada de »cuanto os dice. Las falsas promesas, el soborno y la »mentira han sido las armas con que ha triunfado en otras »partes. De estas mismas quiere valerse entre nosotros »para el mismo efecto. De este modo se ha hecho ese »monstruo coronado Napoleon el Grande. Pero no, no ha »de triunfar de nosotros; sus águilas rapaces han de que»dar burladas en España. Jóvenes navarros que haceis »conmigo la mas noble defensa de la patria, vuestro »nombre resuena con fama por todas partes, vuestra »constancia y valor os han hecho el terror del enemigo. »En los dos años de pelea les habeis causado muchos mi»llares de muertos, heridos y hecho prisioneros: mu»chas veces habeis visto á sus águilas, triunfantes en le»janas tierras, rendidas á vuestros piés. Las armas con »que peleais, despojos son que han dejado los enemigos »en vuestras manos, y otros tantos trofeos de vuestras »victorias. Vuestras hazañas os han hecho acreedores á »los elogios de la nacion. Vuestra fama será eterna en »los fastos de la historia. Continuad siendo honrados para »que la patria os considere siempre como sus buenos hi»jos, y seguid á vuestros jefes. No importa que los ene»migos hablen bajamente de nosotros; no importa que »nos llamen brigantes, bandidos, facinerosos y asesi»nos; nuestra gloria sube á proporcion de sus ultrajes. »Ellos son los legítimos brigantes, los verdaderos asesi»nos, los bandidos y facinerosos, los opresores de la ino»cencia, los transgresores de la justicia, los que invier»ten y atropellan el buen órden de la tierra: todo el »mundo es testigo de esta verdad. Despreciad asimismo »á sus libelos, esas infames invectivas, esas sátiras dig-

»nas solamente de una pluma vil. Miradlos como un in-»sulto hecho al honor de los navarros. Quisiera conocer »ese pérfido traidor, ese hijo espúreo de la patria, no »para contestar á su despreciable papel, sino para pro-»curar haberlo á las manos y elevarlo al alto lugar que »nos cita cerca de la taconera (la horca). El triste re-»cuerdo que nos hace de los Sadabas, Iriartes y Carras-»cos renueve nuestro furor. Estos soldados de la pa-»tria, estos héroes de la España fueron víctimas sacrifi-»cadas á la altanería de esos infames extranjeros: ellos »vivirán eternamente en el templo de la Fama. La nacion »misma legará á la posteridad monumentos de su ino-»cencia para perpetua gloria de sus nombres y familias. »La justicia de Dios vengará la sangre de los inocentes, »valiéndose de nosotros. Despreciad, os repito, esos »papeles y discursos que solo se dirigen á enervar nues-»tra fuerza. Dejadlos, enhorabuena, que los hijos de la »mentira se fatiguen en falsos discursos y en patrañas, »mientras nosotros nos empleamos únicamente en hacer »la guerra con el celo que reclama nuestra patria, nues-»tra religion y nuestro rey.»

Este sencillo papel, que presenta hechos materiales, positivos, en lugar de falsas suposiciones y solo teorías extendidas por nuestros enemigos, convenció bien pronto á los pueblos de que la verdad, y por consiguiente la justicia, estaba de nuestra parte, y á mis batallones valió mucho recluta voluntario, de que se resentian infinito los gobernantes franceses; y sin embargo, nada era bastante para contenerlos en su sistema de persecucion á los pacíficos habitantes, y de mal trato á los militares prisioneros.

Con todo, alguna esperanza concebí por aquel momento, en cuanto me aseguraron mis confidencias que Reylle iba á dejar el mando de Navarra. No supieron darme la razon en que se apoyaba esta medida, y es de presumir que él mismo solicitase cambiar de destino al ver la poca fortuna con que habia gobernado, y la obstinacion cada dia mayor de los navarros contra todo lo que olia á francés. Es conducta que habiamos visto observar á multitud de generales célebres del grande ejército de Napoleon, que habian operado en casi las provincias todas de España, y que si bien algunos habian, mal ó bien, ganado riquezas, apenas uno adquiria gloria; todos veian marchitadas las adquiridas allá en luengas tierras, en muchas campañas seguidas, y precisamente por una nacion la mas despreciada de todas. Cuéntense dando principio por Murat, que al cruzar el puente del Bidasoa para entrar en Francia de vuelta de España, díjose que con la mano siniestra hizo una bendicion en señal de eterna despedida, por lo mal parado que le trajeron los españoles; retiróse Moncey, castigado en Valencia; Dupont, en Bailen; Junot, en Lisboa; Ney y Soult, en Portugal y Galicia; varios, entre generales y mariscales, no podian dominar á Cataluña; Massena, en Portugal; Victor lo fué despues en Cádiz; Marmont, en Salamanca. En Navarra solo contra mi division pelearon con desgracia cuando menos treinta generales, y el tiempo del mando de Reylle no fué el mas favorable á las tropas francesas; y muy bien pudiera esto haber influido para pedir ser removido, como me decian haber igualmente solicitado su relevo el mariscal Bessières, duque de Istria, general en jefe de todas las pro-

vincias del norte, por hallarse fatigado en un mando que no producia sino espinas, por el mal espíritu del país, sostenido por las guerrillas, tan difíciles de extinguir. Yo esperaba pues que, fuese quien fuese el nuevo gobernador que viniese á Navarra, el país nada podia perder en el cambio.

Mes de diciembre.

Sin embargo, en Sangüesa consulté sobre si me hallaba ya en el caso de adoptar medidas extremas para hacer entrar en cuenta al Gobernador, fuese el que habia ó el que viniese á relevarle, en punto al trato de prisioneros; y mediante que cada dia se atormentaba mas de todos modos á los que tenian nuestros en su poder los franceses, segun las informaciones que llegaban de Pamplona, en cuya ciudadela y hediondos calabozos los hacinaban para que pereciesen á influjo de mil plagas que reinaban en ellos, decidí adoptar el sistema de represalias; y entre tanto que se disponia el decreto de guerra á muerte que debia publicarse, hice una correría en compañía de Cruchaga, con el 2.° batallon y una compañía del 1.°, á Roncesvalles, por donde debian pasar á Pamplona trescientos enemigos, llevando algunos útiles. Bien llegué á tiempo de poder acabar con ellos, pero se prevalieron de una densísima niebla para escaparse la mayor parte de los hombres hácia Pamplona, dejándose en el campo todo lo que llevaban de convoy, veinte muertos, y llevándose unos cincuenta heridos; quince de estos tuve yo, y tres muertos. De vuelta á Sangüesa, publiqué el 14 de diciembre el manifiesto y decreto siguiente:

«La conducta atroz y escandalosa del enemigo en este

reino ha llegado al último punto de iniquidad : constante en su proyecto de usurpacion, ha seguido un sistema de horror, sangre y devastacion. Ni los sentimientos de humanidad, ni las leyes de guerra, admitidas entre los militares civilizados, ni la conducta generosa de los voluntarios de Navarra, han contenido el espíritu sanguinario y desolador de los generales franceses y autoridades intrusas ; las ciudades viven en consternacion, y no hay consuelo en las aldeas; la clase y el destino, respetados naturalmente hasta en las naciones bárbaras, no han salvado los habitantes del país ; el santuario está triste por ver sus ministros conducidos al calabozo y al suplicio ; no se da un paso sin oir tristes alaridos, causados por la tiranía; Navarra es el país del llanto y amargura ; se vierten lágrimas continuas por la pérdida de sus mejores amigos ; padres que ven sus hijos colgados de una horca por su heroicidad en defender la patria ; estos á sus padres consumidos en la prision, y por último espirar en un palo, sin mas delito que ser padres de tan valientes defensores. Un espíritu de moderacion, propio de la religion, carácter y educacion de los navarros, ha hecho observar en los voluntarios un sistema diametralmente opuesto al de los tiranos; tan decididos como bravos en el campo, han sido blandos y generosos con el enemigo rendido ; la mesa de los jefes ha sido franca para muchos oficiales prisioneros, y el simple soldado ha percibido la misma racion diaria que un voluntario ; la oficialidad francesa á quien le cupo la suerte de prisionera publica el valor de estos soldados con las armas en la mano, y su amistad con el que las depone : en esto ha llenado los deberes de un mili-

tar, cuando ellos han olvidado hasta las primeras impresiones de la razon.

»Alcaldes, pudientes, sacerdotes han sufrido el saqueo mas bárbaro, y después han sido conducidos á Francia ó víctimas de su ferocidad; lloro la suerte de algunos oficiales ahorcados ó pasados por las armas, y es continuo mi dolor por igual desgracia de muchos voluntarios. Continuamente he pasado á los generales franceses de la Navarra los oficios mas enérgicos, capaces de reprimirles y hacerlos entrar en el órden; no he perdonado diligencia alguna por reducir la guerra á su debida comprension; estoy justificado de mis procedimientos, y si fuese necesario, convenceria al público de la necesidad y justicia del presente decreto: algunos habitantes se resentirán de la providencia, y por su interés ó debilidad querrán graduar de violenta la medida. Una seria meditacion sobre el estado del país, conferencias continuas, razones poderosas á beneficio de la causa pública, han decidido mi corazon. Para colmo de mi convencimiento, y última declaracion de la iniquidad francesa y perfidia de algunos malos españoles, he visto doce paisanos fusilados en Estella, diez y seis en Pamplona, cuatro oficiales y treinta y ocho voluntarios pasados por las armas en dos dias: he sufrido por deferencia las muchas prisiones y continuos asesinatos del enemigo en eclesiásticos, soldados y paisanos; pero se ha completado la medida, y no puedo suspender la siguiente resolucion.

»Artículo 1.º En Navarra se declara guerra á muerte y sin cuartel, sin distincion de soldados ni jefes, incluso el Emperador de los franceses.

»Art. 2.º Los oficiales y soldados franceses que sean cogidos con armas ó sin ellas, en accion de guerra ó fuera de ella, serán ahorcados y colgados en los caminos públicos, conservándoles su uniforme, y fijando en sus cadáveres una nota de su filiacion.

»Art. 3.º El oficial, soldado, paisano, de cualquier clase ó condicion que sean, que auxiliase ó se dejase escapar un francés, será ahorcado irremisiblemente.

»Art. 4.º El que se le justificase censurar esta disposicion, ó hablar mal contra ella, será fusilado, y confiscados sus bienes á favor de la division, imponiendo la pena de ocho años á un arsenal al que se interesare por semejantes delincuentes.

»Art. 5.º Si se justificase que en algun pueblo han encubierto ú ocultado algun oficial ó soldado francés, será incendiada la casa en que se verificó, y fusilados los de la misma.

»Art. 6.º Si se justificase haber dado aviso de algun pueblo que en él existen algunos voluntarios que no lleguen á número de ocho, pagará quinientos ducados de multa por solo el aviso; y si se verificase caer algun voluntario en manos del enemigo, serán fusilados cuatro del pueblo á quienes les toque por suerte.

»Art. 7.º Se prohibe, bajo pena de la vida, llevar á Pamplona dinero, vituallas ni efecto alguno bajo cualquier pretexto.

»Art. 8.º Se declara á Pamplona en estado de un verdadero sitio, y á sus habitantes en clase de enemigos para el efecto de recibir subsistencia de afuera.

»Art. 9.º Toda persona, de cualquiera edad, sexo, estado, clase y condicion que sea, puede arrimarse á

la distancia de un cuarto de legua de la capital, fijando la línea por las tres piedras que se hallan en las tres calzadas de caminos reales, desde Pamplona á Tafalla, Estella y Tolosa, continuándola desde este camino por delante de los pueblos de Artica y Ansoain, convento de capuchinos y casa Colorada, Burlada, Mendillorri y fuerte del Príncipe, quedando estos pueblos y edificios en la línea de prohibicion; de suerte que será ahorcado irremisiblemente el que se aprehendiese en ellos dirigiéndose hácia Pamplona.

»Art. 10. Las partidas de voluntarios que se fijarán á observar la línea, si viesen que alguno llega á tocarla, le harán fuego sin detencion, consulta ni órden de nadie; y si sano ó herido lo apresasen, lo colgarán inmediatamente en un arbol.

»Art. 11. Toda persona que voluntariamente quiera salir de Pamplona será recibida con toda la humanidad propia del carácter navarro; pero no podrá por título alguno regresar mientras dure la declaracion del sitio.

»Art. 12. Los oficiales, sargentos, cabos y soldados del ejército francés que quieran pasarse, serán recibidos por los voluntarios, dando aquellos la voz de *pasado;* las partidas los obsequiarán dándoles bagajes, raciones, y algunos voluntarios los acompañarán hasta nuestra presencia; serán gratificados por mí en dinero contante, elegirán el servir ó pasar á Inglaterra ó retornar á su país, quedando á mi cargo su traslacion segura á los puertos de la costa, con especial recomendacion á los jefes militares y autoridades civiles.

»Art. 13. El oficial, soldado ó paisano que no abrigase y diese todo auxilio á los oficiales y soldados fran-

ceses que se pasan, serán fusilados; y si, lo que no espero, alguno los matase ó hiriese, ó los expusiese á caer en manos del enemigo, sufrirá irremisiblemente la pena de horca.

»Art 14. Todos los que salieren voluntariamente de Pamplona, sean paisanos ó militares, se me presentarán personalmente; y cuando fuese familia entera será suficiente que lo verifique la cabeza, para saber quiénes son y acordar sobre su destino.

»Art. 15. Toda persona que saliese del término de su pueblo sin pasaporte de sus respectivos alcalde ó regidor, y firmado del cura párroco y escribano, y donde no le hubiese, de un tercer vecino, será fusilado.

»Art. 16. Todos los posaderos del reino deberán pedir á cuantos lleguen el debido pasaporte: no teniéndolo, lo harán preso, remitiéndolo á la primera partida que se encuentre; y si fuesen pueblos limítrofes á la Guipúzcoa, Alava, Castilla ó Aragon, les intimarán la obligacion de hacer visar su pasaporte.

»Art. 17. Si algun pueblo pagase ó influyese al pago de las cuarenta pesetas semanales, impuestas por el enemigo á los padres y parientes de los voluntarios, serán confiscados todos los bienes de los alcaldes, regidores, escribanos, párrocos y dos pudientes del pueblo á discrecion.

»Art. 18. Se impone la contribucion de ochenta pesetas semanales á los padres, hermanos y parientes de los empleados en Pamplona por el gobierno francés, declarando que están confiscados por el Gobierno todos los bienes, derechos y acciones pertenecientes á los empleados, mientras permanezcan en sus destinos.

»Art. 19. Las personas ó familias que del pueblo de su domicilio han pasado á vivir en el que hay guarnicion francesa, volverán á sus antiguas casas; y no verificándolo en el preciso y perentorio término de veinte dias, contados desde el de la publicacion de este decreto, serán tratados como traidores á la patria, y sufrirán en sus personas y bienes las penas de tales.

»Art. 20. Las justicias, ayuntamientos, cabildos eclesiásticos, administradores de conventos ó haciendas de señores ausentes, que mandaren algunos efectos ó noticia de ellos al enemigo, serán ahorcados sin consideracion á su grado y clase; y en el término preciso de un mes desde la publicacion presentarán en esta secretaría una razon individual de todos los fondos y productos, con expresa mencion de á quién pertenecen.

»Art. 21. Si pareciese conveniente dilatar la línea demarcada, se ejecutará dando aviso al público; advirtiendo desde ahora que si el enemigo se acantona en los pueblos inmediatos á Pamplona, la línea se deberá entender por la media legua; y si el enemigo avanzase á este punto, entiéndase la línea demarcada un cuarto de legua de ventaja, procediendo así progresivamente.

»Art. 22. Este decreto se imprimirá y circulará en debida forma por todas las ciudades, villas, valles y aldeas.

»Art. 23. Luego del recibo se publicará por bando este decreto, verificándolo cada quince dias, leyéndolo igualmente los curas párrocos en sus respectivas iglesias los domingos primero y tercero de cada mes, al tiempo del ofertorio de la misa parroquial; y si por cualquiera pretexto alguno dejase de verificarlo, las justicias y pár-

rocos, escribanos y dos pudientes de cada pueblo serán juzgados en veinte y cuatro horas militarmente.—Dado en el campo del honor de Navarra, á 14 de diciembre de 1811.—El comandante y coronel de la division de Navarra, *Francisco Espoz y Mina.*—Por mandado de S. S.—*Joaquin Ignacio Irrisarry*, secretario.»

Aunque estaba nombrado brigadier desde el 18 de noviembre anterior, todavía no habia recibido el despacho, y por eso me firmo como coronel.

Reylle habia dejado el mando el 2 del mismo mes de diciembre, y le habia reemplazado el general Abeé.

Después de dado aquel decreto, de arreglar muchos otros asuntos de administracion general, y de proveer á las necesidades presentes de la division, y preparar lo conveniente para las sucesivas, me puse en marcha para Aragon con los batallones 1.º y 2.º y la caballería. Mi objeto primero era atacar la guarnicion de Zuera, pero fué muy avisada, y en lugar de esperarme, tuvo por mejor echar á correr á Zaragoza, como lo hizo, mucho antes que yo llegara á saludarla. De allí pasé á tentar la de Huesca; mas confiada esta en su fuerza, que era de trescientos gendarmes, y tambien en el fuerte en que se alojaban, me esperaron y se propusieron resistirme; sin exponer inútilmente mi gente, empleé el arbitrio de minar el fuerte, y cuando los gendarmes vieron próximo su peligro, pidieron capitulacion y se la concedí honrosa. Véanse los principales artículos de ella, convenidos entre mi encargado el capitan D. Nicolás Uriz, y el Sr. André, comandante de la guarnicion francesa, y aprobados por mí.

«1.º Los oficiales, sargentos y soldados serán prisioneros de guerra y conducidos á un mismo destino.

»2.° Los oficiales conservarán sus bagajes y caballos.
»3.° Los sargentos y soldados conservarán sus mochilas.
»4.° Los sargentos conservarán sus sables.
»5.° Los heridos y enfermos serán tratados con humanidad y cuidado.»

Cortáronse por entonces mis empresas en Aragon, porque el general en jefe del sétimo ejército, D. Gabriel de Mendizábal, sin el menor conocimiento por mi parte, apareció en Sangüesa con la caballería de Longa, y me fué preciso volver á esta ciudad con los prisioneros de Huesca, para reconocerle y presentarle mis respetos y los de la division, concluyendo de esta manera los sucesos del año de 1811.

SUCESOS DEL AÑO DE 1812.

Mes de enero.

Entramos en el año de 1812 bajo de tan buenos auspicios como se ve por la feliz empresa sobre Huesca. Otra no menos satisfactoria, bien que demasiadamente costosa, nos esperaba en Sangüesa. Cuando llegamos á esta ciudad, nos encontramos con una proclama del General en jefe, en que decia:

«Navarros: El espíritu guerrero, el valor, la gran»deza de alma y nobleza de sentimientos, eternamente »enlazados con la invencible sangre de Navarra, jamás »han comparecido en el teatro del mundo con mas es-

»plendor que en los sucesos de esta guerra. Una multi-»tud de batallas ganadas por vosotros á la orgullosa »Francia, en los espantosos horrores que ha ejecutado »en vano el mas bárbaro de todos los tiranos por conte-»ner el ardor de sus vencedores, serán el mas precioso »monumento de la brillante gloria del nombre navarro, »y de la ignominia y bajeza del impío ejecutor de tantas »maldades. Navarros, vosotros sois la admiracion de »las naciones, la dulce esperanza de la patria, y el des-»engaño del tirano. Si todo su poder no alcanza á debi-»litar vuestra heróica constancia, ¿cómo podrá con el »inmenso número de guerreros que, émulos de vuestra »gloria, se están disponiendo en todos los dilatados cam-»pos de la España para vengar las injurias y agravios »intolerables que ha derramado sobre nosotros? A vista »de la débil impotencia de sus armas piensa sin duda »dominarnos con la fiereza y crueldad. ¿Por ventura »cree que somos italianos, alemanes, polacos, prusia-»nos, franceses ó de alguna envilecida nacion del norte »que nació para la ignominiosa esclavitud? ¿No somos »descendientes de aquellos héroes que fueron mas va-»lientes que los fenicios, romanos, Carlo-Magno, godos, »y cuantos guerreros hubo sobre la tierra? Sepa pues el »bárbaro que menos ha de conseguir con la fiereza. Sí, »á pesar de su altanería, debe confesar que le hacemos »ventajas en el valor; presto verá que le excedemos en »cólera y en furia. Apresurémonos todos y corramos ar-»mados de insaciable venganza á castigar tan execra-»bles monstruos de la mas inaudita barbarie, y el pri-»mero que ofrece su vida por la libertad de nuestra »patria es el que tiene el honor de ser vuestro general

»y del sétimo ejército.—*Gabriel de Mendizábal.*—Cuartel »general de Sangüesa, á 4 de enero de 1812.»

Pero ni yo ni mis tropas pudimos hacer atencion á papeles, cuando aun antes de descansar sobre las armas y sin dejar la marcha, nos fué preciso salir al encuentro de dos mil infantes y ochenta caballos con que iba Abeé á Sangüesa, creyendo acaso sorprender al General en jefe, haciéndome á mí todavía en Aragon. A un cuarto de legua se hallaban ya, cuando salí con algunos caballos á observarlos: nos escaramuzamos con sus piquetes tambien de observacion, y volví al instante con diez prisioneros, dejando además seis muertos en el campo. Sin perder un momento formé el plan de batalla. Coloqué á la izquierda del campo donde debia tener lugar los batallones 3.° y 4.°; puse al primero en el centro, apoyado de los caballos húsares de Iberia, de la escolta del General, mandados por Longa, y al 2.° á la derecha. No bien se hicieron las maniobras de posicion, cuando ya el enemigo habia ganado una ventajosa altura, donde colocó dos violentos que nos debian causar mucho daño.

Insté al General en jefe para que dirigiese la accion, fundado en que el soldado se inflamaria al verlo á nuestro frente, pero se excusó y me cedió el mando. El fuego que hacia el enemigo era muy vivo, y no con menos teson se le correspondia. Los violentos nos eran perjudiciales, y no ganando la altura en que estaban colocados, la victoria la veia dudosa. Mando avivar el fuego por el centro é izquierda, y doy órden al 2.° batallon, situado á la derecha, que arma al brazo trepe la montaña y destruya la artillería, y aquellos bizarros oficiales dan el

ejemplo de arrojo, y síguenlos con frescura los soldados; perecen varios al fuego de cañon y fusilería, y no por eso se pierde el paso y la serenidad; de manera que al observar semejante marcha, el General en jefe dióme una voz, diciendo: «D. Francisco, aquella tropa se pasa á los franceses;» y con aire de enfado, ocasionado por la situacion: «Mi general, le contesté, mis soldados no se pasan al enemigo; ellos llevan marcado lo que deben hacer, y lo ejecutarán.» Dicho esto, verlos apoderados de los violentos, maniobrar en retirada los franceses al ver tanto arrojo y valentía, y avanzar mi tropa del frente y la izquierda matando y destrozando cuanto hallaba por delante, todo fué obra de un instante, y se cantó la victoria; costosa en verdad, porque poco menos de trescientos voluntarios, entre muertos y heridos, quedaron fuera de combate. Fué muy sentida la pérdida de los oficiales del batallon 2.º Octavio de Toledo y Ochoa, que murieron al pié de un cañon, de que se habian apoderado. Los muertos enemigos que se encontraron en el campo fueron seiscientos; era la accion primera en campal batalla después de mi providencia de 14 de diciembre, y en ella tuvo principio su ejecucion: no se dió cuartel, cosa que, como extraordinaria, parece notó Abeé. Casi todo el resto de su columna, incluso él mismo, aunque levemente, fueron heridos, y supe que la mayor parte murieron en los hospitales; y ninguno habria vuelto á Pamplona si hubiera tenido allí mi caballería, que venia á jornadas cortas desde Huesca; me sirvió, sin embargo, de grande auxilio la de Longa. Mis voluntarios se apoderaron de todo el tren de los franceses, artillería, banderas, cajas, equipajes, armas, y eso que traian mu-

chas leguas de camino cuando entraron en accion, sin descanso y sin comer; cuyas consideraciones tuve presentes para no hacer que siguieran hasta acabar con todos los enemigos antes que pudieran llegar á Pamplona, donde los que sobrevivieron entraron maldiciendo de su vida y del que los conducia á semejante estado.

Doble contento produjo en mi division este glorioso hecho de armas, por haber tenido lugar á la presencia del General en jefe, que podria con su autoridad superior testificar de lo que ella era capaz y de la ninguna exageracion con que se contaban sus diarias atrevidas empresas. Indiquéselo así al mismo General, porque no ignoraba que en todas partes, y muy principalmente entre los antiguos militares, se daba poquísimo mérito á nuestras fatigas y costosas victorias, y se tenia igualmente en muy poco la constancia del país en sostener á sus voluntarios y sus inmensos sacrificios en favor de la buena causa; habiendo llegado á desconocer todo esto un general (recien elevado á esta clase por andar moviéndose continuamente y guareciéndose, con la gente que tenia á sus órdenes, entre breñas y pinares, adonde los enemigos no pudieran penetrar) que á navarros que iban en comisiones del servicio y hubieron de pasar por sus guaridas, les amenazó con que si llegaba á pisar nuestro país y los demás inmediatos rayanos á Francia (era natural de una de las provincias exentas), en cada palmo de terreno habia de colocar una horca para colgar á todos los moradores, porque dejaban pasar á los franceses. Mucha distancia nos separaba para que pudieran contestar los navarros y provincianos á semejantes bravatas.

En el parte que el General en jefe dió al Gobierno, de la accion de que habia sido testigo, decia : «...La division se ha cubierto de gloria en la batalla de esta tarde... El orgulloso enemigo se presentó á la orilla derecha del rio Aragon, y los batallones de voluntarios en columna de ataque, mandados por el brigadier Espoz y el coronel Cruchaga, lo arrollaron y envolvieron en las dos alas, mientras que con la caballería de húsares de Iberia, su comandante Longa atacaba el centro... De los tres jóvenes guerreros, Espoz, Cruchaga y Longa, debe esperar la patria dias tan gloriosos como dieron á la nacion en el siglo xv Antonio Leyba y el conde Pedro Navarro.»

Aprovechéme de esta visita del General en jefe, después de haber pasado revista de parada á mi division, para enterarle de todo nuestro manejo : hícele ver la manera equitativa con que se hacia el reparto de raciones entre todos los pueblos, que era lo único que se exigia con título de contribuciones al país; lo que rendian los arbitrios aplicados al prest y equipo de las tropas en todos sus ramos : que ninguna molestia habia causado al Gobierno en solicitud de auxilios : que si hasta entonces, con el particular y económico medio de administrar los recursos que tenia, y con lo recogido en algunas presas, habia podido cubrir los presupuestos de la division, era muy eventual que lo lograra siempre; y en tal estado, le rogué lo hiciese presente al Gobierno superior, á fin de que tuviese en cuenta los servicios que prestaba la division y sus necesidades, para auxiliarla con los recursos que pudieran estar á su alcance, sin olvidar la atencion que merecian las muchas viudas y huérfanos que que-

daban continuamente abandonados y en la mayor miseria, á virtud de los continuados choques con nuestros enemigos, en los cuales sucumbian los maridos y padres.

No debieron de parecer al General en jefe tan destituidas de razon mis observaciones y súplicas, cuando desde luego dispuso que á las viudas y huérfanos se les asistiese con lo que era de ordenanza; y con respecto á las otras partes de mi alegato, tomó la resolucion que aparece del siguiente oficio que me pasó:

« El deseo de utilizar todos los recursos para la con- »servacion y buen éxito de la guerra, verificándolo por »un sistema sencillo, claro y de buena fe; la distancia »de ciertos puntos, por la precisa atencion á las provin- »cias de mi generalato, obligan á confiar la superinten- »dencia de ciertos negocios á la persona acreditada de »V. S. Para el efecto autorizo plenamente á V. S. en el »reino de Navarra y todo el país de la izquierda del »Ebro, comprendidos en este los rios Cinca y Segre, en- »tendiéndose en esta última parte la habilitacion á utili- »zar los recursos de aquellos pueblos que por ahora se »hallan en poder del enemigo, mientras que el Exce- »lentísimo Sr. D. Joaquin Blake organiza por esa parte »la division aragonesa. Esta autorizacion debe ser ex- »tensiva á la provincia de Alava, á fin de que V. S. per- »ciba los productos de los bienes pertenecientes á mo- »nasterios, y otros recaudados por los franceses, bajo »el nombre de nacionales; pudiendo enajenar todas las »fincas en los términos que prescriben las reales instruc- »ciones, como tambien los bienes ó efectos de plata ú »oro ú otra clase que existan ó pertenezcan á las igle- »sias, entregando el comisionado un recibo ó resguardo

»con el V.º B.º de V. S., dándome parte de la recauda»cion, para trasladarlo al Gobierno. Amplio á favor de »V. S. mis facultades en la demarcacion citada, decla»rando nulo el procedimiento de cualquiera otra persona »si no está expresamente autorizada por mí, porque re»servo la facultad innata á mi destino.—Cuartel general »de Sangüesa, 11 de enero de 1812.—*Gabriel de Men»dizábal*.—Sr. D. Francisco Espoz y Mina.»

Mediante esta autorizacion, propúseme desde luego, con los mayores recursos que ella me facilitaba, aumentar la division con voluntarios de los países que se agregaban á mi administracion, y para esto hice mis comunicaciones á D. Sebastian Fernandez (*Dos Pelos*), que mandaba ya el batallon 1.º alavés y 5.º de Navarra, á fin de que promoviese la formacion de otros nuevos, y envié comisionados á la parte del alto Aragon. Aquí existia ya una partida á las órdenes de un tal Tris, nombrado *Malcarado*: era hombre de muy malas inclinaciones; con objeto de que las moderase le presté alguna proteccion para que siguiese molestando á los franceses, pero fué en vano; y no tomé una providencia seria contra él, porque se encontraba fuera de mi jurisdiccion. Ahora, que me hallaba autorizado para mandarle y exigirle cuenta de las largas exacciones que hacia á los pueblos (de que estos se me quejaron y me pedian les hiciese justicia), y de lo mucho que habia recaudado de bienes nacionales, prevínele que se contase como sujeto á mis órdenes, y que no incomodase á los comisionados que yo enviase á aquel país con encargos del servicio. Fin desdichado tuvo Tris á muy poco tiempo, por haberme vendido en Robles á los franceses.

Prevenido llegó á Navarra el general Mendizábal contra mi establecimiento de aduanas : enteréle del mecanismo de su administracion, que aprobó con elogios, y le patenticé que sin este recurso no me era posible mantener la division. Los empleados del ramo de Hacienda de las provincias del interior quejábanse de que mis disposiciones y exacciones á la introduccion por la frontera de los objetos de comercio hacian por allí nulos los adeudos, y no cesaban de pedir la extincion de las tales aduanas. Estos clamores se archivaban en el Gobierno, porque los ministros debian conocer bien que en las circunstancias del momento, y en las que se encontraba la division de Navarra, era menester tolerar algunas cosas extraordinarias por el mejor servicio nacional; pero se repetian tan á menudo, que para acallar algun tanto á los reclamantes se insinuaba el Gobierno de vez en cuando para que se le dieran algunas noticias en cuanto pudiera cubrirse el expediente. El general Mendizábal se encargó de hacer acallar todas las quejas, y á poco después de nuestra despedida me remitió copia de un oficio que habia dirigido á la junta de Soria, manifestándola que las aduanas establecidas por mí no podian suprimirse, por cuanto los productos que rendian eran de necesidad absoluta en la administracion de los voluntarios de Navarra, so pena de privar á la nacion de los señalados y eminentes servicios que le estaban prestando, y de que se hallaba muy satisfecho el Gobierno.

Así lo probaba este en una órden que, con fecha 13 del mismo enero en que estábamos, comunicaba al General en jefe, y este me trasladó, copiando lo acordado por las Cortes en favor de la division de Navarra. Dice

así este acuerdo : « Las Cortes generales y extraordina-
»rias, enteradas de la carta original que V. E. me re-
»mitió, con fecha 8, del brigadier D. Francisco Espoz y
»Mina, dando parte de sus movimientos en el reino de
»Aragon, y de la importante y decidida ventaja que al-
»canzó en Ayerbe sobre mayores fuerzas enemigas, que
»logró destruir completamente, han resuelto que el Con-
»sejo de Regencia manifieste á la division de Navarra
»del mando del citado brigadier Espoz y Mina, el agra-
»do con que S. M. ha oido la relacion de sus gloriosas
»acciones, y que se haga así presente en la órden ge-
»neral á toda la division; y quieren las Cortes asimismo
»que el Consejo de Regencia acuerde las providencias
»correspondientes con arreglo al decreto de 31 de agos-
»to del año anterior, para que se premie con la órden
»de San Fernando á los que segun el mismo decreto la
»hayan merecido. »

La buena acogida que mis observaciones é insinuaciones verbales hallaron en el ánimo del general en jefe del sétimo ejército, me decidieron á extender las primeras en mayor escala por escrito, pues hacia tiempo que mi imaginacion se ocupaba de medidas militares que en mi sentir debian adoptarse para todos los eventos que necesariamente debian sobrevenir antes de finalizarse la lucha que la nacion estaba sosteniendo contra un hombre tan tenaz y de tan grandes medios como Bonaparte, y por la no menor tenacidad de sus contrarios, contando á los españoles como los primeros y mas decididos en su oposicion. Pude al cabo de algun tiempo, después de la vuelta del general Mendizábal á su cuartel general de Potes, coordinar mis ideas, después de darlas mil vuel-

tas ; y resultó el siguiente plan, que dirigí al mismo Señor Mendizábal.

« Excmo. Sr. : Las fatigas continuas no pueden sofo-
»car en mi corazon el recuerdo de mayores progresos :
»entre las breñas y en medio de las balas me veo incli-
»nado á exponer alguno de mis pensamientos relativo
»á la utilidad pública ; no es el interés ni la ambicion el
»estímulo de mis representaciones ; debo á la nacion so-
»brados premios que satisfagan mis pasiones de gloria y
»honor : el deber primordial de un ciudadano, y el re-
»conocimiento mandado por la gratitud me impelen y
»deciden á solicitar de V. E. la realizacion de un nuevo
»proyecto sobre la provincia de Rioja. El sétimo ejército
»debe tener tal influencia en la libertad general, que
»acaso decida la suerte de la guerra, abreviándola algu-
»nos años : la naturaleza del terreno, el carácter de sus
»habitantes, las proporciones topográficas, medianía de
»recursos y sistema del enemigo, concluyen la verdad de
»la proposicion. A una poblacion numerosa, robusta y
»oprimida, que para satisfacer su venganza se le pre-
»senta á la vista terreno escabroso, difícil de penetrarlo
»el enemigo en cuerpos numerosos y formados, pero fá-
»cil de repasarlo los naturales ; aptitud de recursos ma-
»rítimos por la costa inmediata, fácil comunicacion y mu-
»tuo auxilio á las dos márgenes del Ebro, amenazando
»la retaguardia enemiga, ú obligando al ejército francés
»á una inversion de marcha que le haga evacuar las pro-
»vincias interiores de España, haciendo mas breve y
»menos sangrienta la guerra sobre el Ebro, me parece
»ser un cuadro bastante lisonjero, capaz de inspirar sen-
»timientos de una completa decision.

»El sétimo ejército, sabiamente decretado por el Gobierno, puede, en el hecho de su organizacion, utilizar en el campo de Marte millares de hombres, tan briosos como resueltos á morir por su patria; y los mariscales que afligen los países hermosos de Andalucía, Extremadura y Castilla batirán retirada si no quieren perecer á manos de las fuerzas combinadas y las del sétimo ejército que carguen sobre su retaguardia; pero el momento de semejante organizacion debe avanzarse, y á costa de todo sacrificio verle á la mayor brevedad.

»Desde la Liébana al Pirineo, y desde el mar Cantábrico á los límites de Aragon, hay una distancia demasiadamente larga, é intercalada por un rio caudaloso que enerva toda la actividad: los cuerpos excesivamente grandes no son tan vigorosos en sus extremidades, el espíritu no vivifica en tanto grado, las grandes monarquías reconocen en su excesiva dilatacion una de las causas mas inmediatas de su ruina. Un príncipe activo, leyes sabias prometen igualdad en un vasto dominio; pero las pasiones, validas de la distancia, desmoronan insensiblemente la uniformidad, y cesa la consistencia general, caminando los países distantes á sepultarse en la nada. V. E. ha visitado el terreno de su demarcacion; sus cálculos sobre los puntos de fuerza han sido buenos, las intenciones excelentes, las providencias atinadas; sin embargo, este ejército destructor del enemigo casi no existe. Soy franco y debo mucho á la nacion y á V. E. para callar en un asunto trascendental á la causa pública.

»Una simple vista del país riojano concluye la necesi-

»dad de fijar una fuerza armada; y la facilidad de reali-
»zarlo la juventud brillante con los recursos del país,
»hace la aptitud de organizar una division que salve el
»país, influya en los progresos rápidos del sétimo ejérci-
»to, y ponga á salvo el terreno de la izquierda del Ebro.
»Es innegable que la Rioja ocupa casi el centro de la de-
»marcacion y se ve desbaratada por un puñado de ene-
»migos. Una guarnicion corta de Logroño manda desta-
»camentos que impunemente corren, saquean y oprimen
»con llanto y miseria de los habitantes: esta provincia
»tiene justo título para reclamar su libertad, y hacer la
»suerte feliz ó menos penosa; sacrifica sus intereses sin
»fruto ni esperanza de percibirlo. Es doloroso ver cada-
»vérico uno de los países ricos de España, y que, perdida
»su opulencia, no ve sino una cadena de desgracias. Si
»su patriotismo no fuera tan acendrado, seria víctima del
»abatimiento y última desesperacion: pero respira en
»los habitantes entre la multitud de trabajos en que se
»ven envueltos: ven un batallon suyo sosteniendo los in-
»tereses de Soria, siempre organizándose el regimiento
»de Logroño, agoviados de contribuciones que entran
»en la tesorería de aquella provincia, y los robos que el
»enemigo hace con el título de impuestos, de veinte y
»cuatro á treinta millones se la sacan. Franceses y es-
»pañoles reclutan muchos jóvenes, y el país no tiene de-
»fensores; y cuando debiera prometerse ataques y triun-
»fos que hicieran su alegría, presencia saqueos que eje-
»cutan pequeñas columnas enemigas; su situacion es
»tan crítica, que á una sola voz del comandante ó cor-
»regidor de Logroño marchan puntuales á presentarse
»las justicias y particulares llamados; todos viven en

»amargura porque nadie puede explayarse, protestando »públicamente su adhesion á la justa causa.

»En la restauracion de nuestros derechos bajo la ley »nacional no puede mirarse con indiferencia la suerte »de los riojanos. Contribuyen á la libertad, y no puede »negárseles sin injusticia una fuerza que los defienda de »irrupciones bárbaras y continuas; una division sujetará »al enemigo dentro de las guarniciones; el ciudadano »descansará tranquilo, manifestando en su seguridad los »bellos sentimientos que le animan; estará libre de vio»lentar su corazon doblando las rodillas á unas autorida»des intrusas; la riqueza del país no padecerá el desfalco »de tantos millones con que hace la guerra el enemigo, »y empleados en la tropa española, cambiarian el estado »de un extremo á otro. Es un lamento general el de la »penuria, y á esta se atribuye en gran parte la falta de »soldados: la indigencia no forma batallones, y sin es»tos no puede haber guerra ni libertad. Las armas y la »hacienda deben ser inseparables, pero la política debe »conocer las causas de la desunion y aplicar el remedio. »Los cuadros mandados al país denotan que V. E. está »convencido de la necesidad de crear una division, pero »la continua persecucion estorba la organizacion; el »pueblo oprimido siente sus desembolsos para sostener »unos cuerpos que no pueden batirse y solamente con»sumen, irritando mas el ánimo de los franceses, que, »celosos en desbaratar estos núcleos, por las consecuen»cias inmediatas á su destino, se vuelven contra los »pueblos, vengándose en los habitantes é intereses. La »máxima de *dinero da hombres, y hombres hacen dinero* es »admitida en todas partes; pero el segundo miembro

»debe preceder en nuestro caso. En una nacion tran-
»quila debe empezarse por la riqueza para tener hom-
»bres armados, cuando en un estado de oposicion de
»fuerza activa debe principiarse por hombres armados
»para un nuevo aumento de soldados y riqueza. Segun
»este principio no se verificará, ó á lo menos tardará
»demasiadamente, la creacion del cuerpo riojano; el
»único medio es introducir temporalmente algunos cuer-
»pos de infantería y caballería que, conteniendo las cor-
»rerías del enemigo, estorben los saqueos y contribu-
»ciones, y en la tranquilidad se haga la conscripcion
»hasta llenar el cupo correspondiente. Desde el dia los
»habitantes percibirán con placer el estruendo del fusil
»que se dispara en defensa de sus hogares, los padres
»presentarán sus hijos, estos correrán gustosos á las
»banderas, y á la presencia de algunos triunfos sacrifi-
»carán lo precioso de sus haciendas y vidas. Será indis-
»pensablemente muy conforme á los deberes de socie-
»dad la contribucion de gente y dinero cuando se exi-
»gen por el jefe legítimo; pero, Sr. Excmo., el hombre
»es movido por el interés, y el ciudadano se retrae
»de alargamiento cuando no ve un fruto verdadero, al
»paso que abandona en beneficio público cuanto tiene si
»aprende algun resultado ventajoso. El pueblo navarro
»hace sacrificios inauditos, porque ve á sus voluntarios
»pelear y batirse continuamente, sin calcular si á costa
»de sus haciendas el negocio general de la nacion será
»ventajoso; por el contrario, nada haria si esta division
»se entretuviese en vegetar, huyendo de los franceses,
»aun cuando estuviera convencido que algun tiempo lle-
»garia mas favorable; una pequeña utilidad presente

»complace mas al pueblo que grandes ventajas veni-»deras; por bien que un hombre juicioso pronostique »por principios los bienes que resultarán algun dia de »los cuadros enviados á las provincias para reunir y or-»ganizar, no se conseguirá el fruto de sus verdades, »porque el pueblo material, limitado en sus ideas, se ex-»cita por lo que ve, y es arrastrado por su interés prác-»tico. V. E. (si no me engaño en el concepto que tengo »de su persona) hará cualquiera sacrificio por el bien de »un país digno de atencion por sí mismo, y mucho mas »por el ascendiente que hará cobrar á toda la demar-»cacion.

»Ocupa el centro, y de no existir una division resulta »el desenlace de todo el ejército. Desde el cuartel ge-»neral deben salir providencias que corran rápidamen-»te, armas, municiones, equipo, dinero, y todo lo nece-»sario para una tropa de campaña; pero intercalado este »país por el enemigo, es imposible efectuar lo dicho; »las provincias de Navarra, Búrgos y Vizcaya harán »fácilmente un cuerpo, pero vivirán separadas de las »restantes, por el desarme de la Rioja intermedia; no es »dable mayor trabajo á un ejército que este corte; y si »miramos al sétimo en su estado de progresion, conclui-»rémos que, á pesar del desvelo, fatigas, actividad y »providencias de su general y del mismo Gobierno, siem-»pre será débil, sin llegar á momentos de fuerza consis-»tente. Los recursos desaparecerán sin el fruto espera-»ble, los pueblos y el erario quedarán agotados sin la »satisfaccion de presentar en campaña un ejército creado »por los sacrificios mas grandes; los habitantes gemirán »su dura suerte, imprecarán contra los jefes, y los ému-

»los, abusando de semejante preparacion, los presenta-»rán al público como ineptos, cobardes y dilapidado-»res; contarán los grandes recursos entrados en las di-»visiones, y aunque la inversion haya sido justa, no »cesarán de incomodar, derramando el disgusto que »origina el egoismo de unos, la desconfianza de otros »y el desconcepto de todos. Este punto central debe ar-»marse á toda costa si se trata de tener un ejército res-»petable que haga figura en la nacion, alivie los pue-»blos y contrareste al enemigo: V. E. conoce perfecta-»mente esta necesidad y la proporcion de ejecutarlo. El »enlace de todas las divisiones es el primer paso, y no »puede darse sin el armamento de la Rioja, ni verificarse »este sino por el medio propuesto. ¿De qué servirán los »nobles esfuerzos de los navarros y alaveses si, aisla-»dos, no tienen la esperanza de mutuo auxilio con otras »potencias? El cuartel general de Potes será menos dis-»tante para este país si las divisiones de la Liébana, Ibe-»ria y Búrgos se apoyan sobre la Rioja, y esta hace una »cadena con la de Navarra. Los recursos de armamento »y demás necesario pasarán de mano en mano sin in-»terrupcion y apoyados por fuerza respetable, cuando »en el dia es muy trabajosa y expuesta la conduccion de »cualquiera efecto, hallándose apurado para el envío de »prisioneros franceses y españoles rescatados. La divi-»sion riojana haria tomar nuevo semblante á los de la »derecha del Ebro, y las de la izquierda podrian pensar »en su aumento y perfeccion.

»El amor á mi país y el amor á las tropas que tengo »el honor de mandar no me alucinan en términos que »no conozca las ventajas resultantes de la union, y quizá

»la necesidad de una coalicion con las provincias limí»trofes. La experiencia ha desengañado á todo español »que una provincia entregada á solos sus recursos no »puede conservar la independencia. Navarra no cuenta »con la poblacion y arbitrios que Aragon, Cataluña, »Valencia y Andalucía, y á pesar de sus sacrificios, »sufren el yugo del tirano; de consiguiente, convengo »en la indispensable necesidad de enlace con otras pro»vincias.

»Navarra ha hecho sin pasion esfuerzos superiores »á la esperanza general; los voluntarios han adquirido »insensiblemente bastante disciplina y subordinacion, y »un grado de valor que han desplegado en todos los »ataques, mereciendo ser contados entre los soldados »dignos de la nacion: son públicas las continuas y bri»llantes acciones de esta tropa, y su constancia en los tra»bajos tan inquebrantable ha sido delante de las balas »como á la blanda seduccion y furor del enemigo. Ha »visto fusilar y colgar en la horca á sus compañeros que »han tenido la desgracia de caer en manos de los france»ses, á sus padres y parientes arrancados de sus hoga»res y conducidos á una prision y á un suplicio. No es »imposible dar á esta division un aumento hasta diez »mil hombres, pero este grueso se conservaria actual»mente con algun trabajo, mas no en los instantes de »cambiar los sucesos generales de España: expondré mi »pensamiento con alguna claridad.

»¿Quién me da armamento, municiones y equipo y di»nero para diez mil hombres? El primer artículo debo es»perarlo de la nacion y los despojos cogidos en el campo »de batalla, sin arbitrio para fijar unas chisperías segu-

»ras para la continua recomposicion de los inútiles; la es-
»trechez del terreno, siempre cargado de tantos france-
»ses, no me da sitio seguro para fabricar la pólvora, cuya
»importacion, sobre expuesta y costosa, es tarda. Algu-
»nas veces he tenido que cesar en lo mas vivo de una
»accion por falta de municiones, y no han faltado lances
»de principiar á batirse los soldados con seis cartuchos
»y la esperanza de quitar á los franceses muertos los que
»tenian. Si me hallase en aptitud de lugares oportunos
»para depósito no suspiraria algunos ratos. He vestido
»repetidas veces la division, está pagada sin retraso al-
»guno: pero no hay tesorería apuntalada por el peso del
»dinero: la nacion no ha podido socorrerme con un
»cuarto, por atender á otras atenciones mas serias; y á
»fuerza de economía, desinterés, pocos empleados y
»menos manos gastadoras, he podido surtir á mis solda-
»dos; los caballeros oficiales se contentan con una ter-
»cera parte de su sueldo ó pagas asignadas en la tarifa;
»mis ayudantes, secretarios, ministro de hacienda, te-
»sorero, y empleados cerca de mi persona, no perciben
»sueldo, á imitacion del coronel D. Gregorio Cruchaga y
»mia; nada les falta, viven contentos, porque tienen fran-
»queza en pedir lo que necesitan á cualquiera de los dos
»jefes, y al momento están socorridos. Con este sistema
»podré conservar en el país un grueso de siete mil hom-
»bres; estos se batirán como hasta el dia, interceptarán
»correos, trenes, convoyes, incomodarán al enemigo
»en los caminos y guarniciones, entretendrán veinte y
»cinco mil hombres en una persecucion, y harán quizá
»mas que mi esperanza; mas á pesar de todos los es-
»fuerzos, ataques y triunfos, no será una guerra deci-

»siva; llegará momento en que se vea oprimida y ex-
»puesta.

»A la retirada del ejército francés sobre el Ebro no »podrá existir en el país sin un riesgo inminente de dis»persion, y acaso pérdida general: no es lo mismo su»frir la persecucion de veinte mil hombres que fatiga»dos abandonan su proyecto y se dirigen al interior de »España, que fijar su línea en el Ebro, limitándose con »toda su fuerza á la izquierda de este rio. Por corto que »sea el número de franceses en el caso de retirada, »nunca bajará de cien mil hombres. Sostenerme en el »país será negocio muy espinoso, y tal vez muy proba»ble el tocar la ruina de esta division, y creo que V. E. »en tal apuro me mandase abandonar la Navarra y »pasar el Ebro. ¿Y cómo la verificaré entonces? ¿Con »qué apoyo contaré? ¿Qué recursos prontos para la sub»sistencia? ¿Irán gustosos todos los soldados á un país »que no conocen? V. E. me hizo el honor de confiarme »la provincia de Alava; en ella tengo un refugio que en»tonces nada me valdrá, por ser un terreno que el ene»migo deberá cubrirlo; la Rioja, unida á esta última pro»vincia y la Navarra, hace cambiar el aspecto del ne»gocio, así en el dia como en el caso de retirada. La »fuerza riojana, al pié de cinco mil hombres, dará á este »país todas las proporciones de que carece en su sepa»racion. Con semejante demarcacion es fácil entretener »sin riesgo particular un grueso de treinta y cinco mil »hombres franceses, estos se fatigarán sin fruto, las »otras provincias quedarán menos cargadas de enemi»gos, mi division hallará auxilio á la derecha del Ebro, »y en un plan combinado apoyarán ambas márgenes

»para el paso de cualquiera, y fácilmente podrá ser »surtido de armamento, municiones y demás útiles para »la guerra. Tendré sitios para cualquiera establecimien»to, los reclutas podrán instruirse con alguna quietud, y »en todo caso, reprimidas las guarniciones de Logroño y »Tudela, queda terreno para cuanto pueda desearse; »mis soldados mirarán á los riojanos como compañeros, »y aquel país como el suyo, habituándose al terreno »para el momento que deban ocuparlo. Me parece que »esta exposicion merecerá la consideracion de V. E. y »de cualquiera que calcule sobre el negocio : los habi»tantes no se negarán á verificar este proyecto, y en mi »sistema hallo medios para realizarlo; y aunque creo »que V. E. se decidirá, sin embargo, voy á exponer el »asunto bajo otro aspecto mas trascendental.

»Es innegable que la guerra sangrienta de España ha »de ser desde el Ebro hasta el Pirineo; la primera línea »que forma el rio, la segunda de plazas á su izquierda, y »la tercera de los dichos montes, son mas fuertes que »las otras dos ocupadas por los franceses en lo interior »de España; si el enemigo llega á posesionarse tran»quilamente de las márgenes del rio, lucharémos largo »tiempo, porque en tal caso se encuentra primero con »una línea mas corta; segundo, continuada; tercero, mas »fuerte que las ocupadas hasta el dia.

»En observando el terreno dilatado desde el reino de »Murcia hasta la isla de Leon, de allá al mar Océano, la »distancia desde Astúrias al Pirineo, y el ámbito de las »provincias interiores, se deduce que la línea del Ebro »tiene una décima parte de extension, y podrá ser cu»bierta por una fuerza graduada de uno á diez. Su con-

»tinuidad, así en la extension cuanto en el enlace inme-»diato y no interrumpido por sus carreras hasta el Pirineo, »hace muy respetable semejante posicion. y proporciona »al enemigo concentracion de fuerzas, auxilio pronto, »facilidad de correspondencia, ningun temor á inter-»ceptacion de convoyes y correos, ninguna desercion, »pocos asesinatos por el paisanaje: en una palabra, corta »cuanto ha influido en la baja de su ejército.

»Que la línea del Ebro sea muy fuerte es innegable á »quien conozca el orígen y curso de sus aguas; gene-»ralmente es invadeable los ocho meses del año, y en »los cuatro restantes puede hacerse por sitios determi-»nados no habiendo oposicion en la orilla izquierda: los »únicos pasos son los puentes de Miranda, Briñas, Lo-»groño, Lodosa, Tudela, Zaragoza y Tortosa; el ter-»reno intermedio del orígen del rio al mar Cantábrico »no es proporcionado para el tránsito, y mucho menos »conservacion de un ejército grande, así por la escasez »de subsistencias como por la aspereza del terreno. »Para ocupar los puentes de Tortosa y Zaragoza es pre-»ciso ganar las plazas; el de Miranda, sumamente es-»trecho, apoyado en una calle, no se toma fácilmente si »está guardada su cabeza por seis mil hombres; el de »Briñas regularmente tendrá la suerte de ser demolido; »aun despues de posesionarse del de Logroño, es muy »difícil su conservacion, por el padrastro que tiene en las »dos alturas de Cantabria y Munilla; los de Lodosa y »Tudela podrán quizá penetrarse con menos trabajo y »pérdida; pero quiero conceder que un grueso español »de cincuenta mil hombres, con el material necesario de »boca y guerra, pasen el rio, situándose en las llanuras

»de Navarra, ¿cuál será su suerte? Los franceses en momentos pueden reunir una fuerza mayor; comprometidos á una batalla, nuestro ejército deberia esperar prudentemente una derrota, y hallándose con el Ebro á su retaguardia, el final resultado seria muy desastroso: quizá jamás pudiera presentarse al Emperador una ocasion mejor para arruinar el ejército español, y nunca temeré mas nuestro exterminio que en el caso propuesto. Concluiré, por otra parte, que no se debe exponer la tropa al rompimiento y paso del Ebro aun cuando por las costas de Vizcaya marchase algun trozo de ejército, pues el enemigo descansará tranquilo mucho tiempo á la orilla izquierda; esta consecuencia bastante natural presenta otro estado poco agradable.

»Los franceses, guarneciendo con cuatro mil hombres cada uno de los puentes, reservarán un ejército de operaciones de casi cien mil, podrán intentar una irrupcion repentina y combinada por dos puntos diferentes, dividiéndose en dos ó tres cuerpos de cincuenta ó treinta mil hombres. Como no es fácil penetrar sus intenciones, y hablando con ingenuidad, no están todos nuestros ejércitos en tal grado que puedan recibir semejantes cuerpos, resulta que debemos emplear cuatro ejércitos en sola observacion: el primero desde las montañas de Búrgos sobre Palencia y norte de Valladolid; segundo, en la montaña de Somosierra; tercero, en el señorío de Molina, dilatándose por la orilla derecha del Tajo y concluyendo al sur de Madrid; el cuarto, en las provincias meridionales; y no sé qué fuerza nos quedará para hostilizar.

»De no fijar el primero quedamos expuestos á la ruina

»ó dispersion general de las tropas que quieran obrar »por la calzada de Búrgos; y si al tiempo se dirigiese »un cuerpo enemigo por la carrera de Almazan, el »cuerpo de Somosierra peligraria demasiadamente; no »existiendo el segundo y tercero asignados, es bien claro »que nuestras fuerzas del norte y mediodía quedaban »desenlazadas, dispuestas á ser envueltas segun el sis»tema observado tantas veces por Napoleon en la Ale»mania y alguna vez en la Italia. Es bien sabido que Na»poleon debe gran parte de las victorias á los movi»mientos uniformes y rápidos de sus grandes columnas, »al paso que es vencido cuando sus cuerpos se dividen »en pequeñas masas, no maniobran de acuerdo y olvi»dan su celeridad; de consiguiente, si fija su ejército á »la márgen del Ebro y resuelve uno de aquellos raptos »que son tan funestos á sus enemigos, serémos batidos »irremisiblemente, por no tener los cuerpos de observa»cion indicados: en cualquiera de los casos propuestos »encuentro que el enemigo se conservará mucho tiempo »en su línea del Ebro; y si en este intermedio adqui»riese nuevas fuerzas, ¿no seria imprudente el creer una »retirada como la de 808? ¿Y se hará con el órden y »poca pérdida de aquella? Entreveo la gran dispersion, y »que muchos soldados, abandonando sus banderas, abra»zarian el partido francés ó quedarian en los pueblos, »ocultos en clase de dispersos. Estos males que preveo »excitan mi corazon á proponer un medio que, si no deci»de nuestra suerte sobre el Ebro, le da mejor aspecto »y presenta arbitrios para incomodar mas al enemigo.

»Suponga V. E. la provincia de Rioja armada á mis »órdenes con la Navarra, Alava y la Guipúzcoa: com-

»pondré entonces un grueso de doce mil hombres, y »para el caso de retirada al Ebro, me hallo en aptitud de »pasar el rio ó de permanecer obrando á su izquierda, »siempre con ventajas; en el caso de pasar á Castilla con »toda la fuerza, soy recibido por toda la division riojana, »que me apoya á la márgen derecha; y esta tropa, ha»bituada á un sistema volante, y práctica en el país, po»drá penetrar ó por la costa de Cantabria, ó lo que es »mejor, sostenida por las divisiones de Soria y el Empe»cinado por el país de Tudela, dirigiéndose á las villas de »Aragon y entreteniendo con sus marchas un grueso de »treinta mil hombres, bien que esto no debia verificarse »hasta que el Generalísimo tratase de vencer la línea »del Ebro, en cuyo caso yo me correria sobre la reta»guardia francesa.

»Este pensamiento, ejecutado con oportunidad, rompe »la línea y deja á los franceses de Cataluña sin comuni»cacion directa con los de Navarra y provincias Vascon»gadas; pero si nos ponemos en el caso de que, reuniendo »toda mi fuerza, persevere en la izquierda del Ebro, se »presentan algunos proyectos que arriesgarán bastante »fuerza mia, mas tambien abreviarán mucho el momento »de la libertad general: yo deberé ocupar en continuos »movimientos todo el terreno entre el Cinca y Bilbao; »jamás deberé empeñar una accion, conservándome al »pié del Pirineo con entretenimiento de un grueso for»midable enemigo, dando tiempo á la llegada de nues»tros ejércitos; entonces, corriéndose todo el sétimo por »la costa de Vizcaya y montañas de Guipúzcoa, vuelto »su frente al sur, mi derecha se apoyará sobre su iz»quierda, amenazando este sétimo ejército las plazas de

»San Sebastian y Pamplona, así como la retaguardia. Si »los franceses, desentendiéndose de nuestras fuerzas, »se empeñasen en solo el Ebro, sufriria, sobre la guerra »de armas, la de subsistencias; pero si acudiesen, como »es regular, á perseguirnos ó á atacarnos, debilitarán »extraordinariamente su fuerza del Ebro, y el Genera»lísimo podrá intentar el paso del rio sin temor á la des»gracia indicada anteriormente para el caso de una ba»talla decisiva: me parece ser este uno de los medios »con que se evitará la mucha efusion de sangre, y se »adelantará el dia glorioso de nuestra libertad. Confieso »ser el pensamiento muy arriesgado, pero tengo prue»bas muy sobradas de que mis soldados se deciden á »todo trance; y mientras la Providencia me conserve á »mi segundo D. Gregorio Cruchaga, habrá pocas dificul»tades que no se superen.

»Y si por una conviccion sabia el Generalísimo tratase »del desembarco de algunas tropas en la costa de Can»tabria, se avanzaria la guerra notablemente: y si se re»solviese renovar el antiguo ejemplar de Scipion Afri»cano, introduciendo en Francia un grueso español que »incomodase en su costa occidental, sirviendo de apoyo »á un desembarco, sin duda fuera un golpe muy funesto »á la opinion del Emperador, y causa de sucesos inespe»rados: estas reflexiones, en mi concepto poderosas, »podrán inclinar á la verificacion del proyecto reducido »á las proposiciones siguientes:

»1.ª Póngase la Rioja, en union con la Navarra y Ala»va, bajo del mismo jefe inmediato.

»2.ª Destínese á la Rioja el armamento de cuatro mil »fusiles.

»3.ª El jefe pase desde Navarra con la fuerza que »tenga por conveniente, y á sus órdenes inmediatas el »cuerpo de Logroño y la perteneciente á Rioja, que existe »en union con la de Soria.

»4.ª El jefe disponga la conscripcion de los jóvenes, ó »en nuevas creaciones. ó lo que es lo mejor, en tempo»ral incorporacion á los cuerpos actuales hasta su ins»truccion.

»5.ª Los productos del país inviértanse en el equipo, »suministro y paga de los soldados, segun dicten la jus»ticia y el derecho radical de todo ciudadano.

»V. E. ha podido conocer mi carácter, y que sola»mente busco la libertad de la patria oprimida, por cuya »restauracion sacrificaria un millon de vidas si las tuvie»ra: pertenezco al sétimo ejército y no debo mirar con »indiferencia su engrandecimiento, tanto por sí mismo »como por su influencia en la guerra. Aseguro á V. E. »que puesto á mis órdenes el país insinuado y la parte »de Guipúzcoa hasta Motrico, queda una demarcacion fá»cil de ser manejada, se activará su armamento, y de»jará á V. E. en mayor actitud de hacer progresos en »las restantes provincias. Por este medio se hallará V. E. »en disposicion de completar en breve tiempo sus divi»siones, y organizará un ejército capaz de batirse é im»poner al enemigo. Mis vivos deseos de acabar con la »Francia, salvando la España, producen esta represen»tacion, que V. E. la mirará con el interés que acos»tumbra.»

Sin duda el General en jefe no tendria por conveniente dar curso á esta exposicion ó memoria, por su poco valer, ó si dió conocimiento al Gobierno, allí se ha-

bria archivado por la misma razon, ó porque las cosas de la guerra marcharian entonces tan bien, que se considerasen innecesarias las combinaciones que yo indicaba.

Ello es que no se me hizo saber resultado alguno, y como quiera que, segun el curso de los vientos que se observa en el horizonte político, no seria de maravillar que la nacion española volviera á verse en un conflicto de guerra que se asemejara á la de la Independencia, he creido que no estaria de mas estamparla aquí, como acabo de hacerlo, porque es parte de mis particulares hechos de aquel tiempo, cuya relacion histórica voy siguiendo.

Mi disposicion de no dar cuartel y su ejecucion llamó la atencion de los franceses y trataron desde este tiempo de otro modo á mis voluntarios prisioneros. Tambien reflexionaron los españoles que bajo el título de *chacones*, del nombre de su comandante, servian á los franceses, y la mayor parte eran catalanes, y de sus resultas se presentaron algunos de estos en mis filas, y me aseguraron que muchos otros no lo hacian por temor de ser mal recibidos y tratados. Esto me obligó á prevenir en la órden del dia 15 que á los presentados y que se presentasen nadie los insultase, motejase ni diese en cara su anterior debilidad; al contrario, que los tratasen como á hermanos, sobre lo cual impuse la mas estrecha responsabilidad á todos, y principalmente á los jefes.

Ya iba adquiriendo renombre mi division, no solo entre españoles de la Península y de las Américas, de que cada dia tenia testimonios con las muchas congratulaciones que recibia, y aun mis paisanos del otro lado de los mares me hacian donativos en favor de ella, que

alguna vez llegaron muy á propósito para socorrer necesidades perentorias, y acaso no todos entraron en poder del ministerio de Hacienda de la division), sino tambien en países extranjeros, y particularmente entre los hombres liberales adictos á nuestra justísima causa. Por mi parte no perdia ocasion que se me presentara para gestionar por auxilios en favor de mis voluntarios, fuese de quien fuese, porque todo lo hallaba honesto y preciso en el pobre estado de nuestra nacion. Bastante seguida era mi correspondencia con varios extranjeros, y particularmente con el cónsul británico en Valencia, C. Tupper, y el general inglés Douglas, que estaba en la Coruña. A este último dábale cuenta en 31 de enero de mis dos hechos de armas recientes de Huesca y Sangüesa, y al paso le decia que si en todo tiempo necesitaba para mi division el auxilio de la Gran Bretaña, esta necesidad era mucho mayor después de la pérdida de Valencia, de donde recibia algunas municiones, cuyo recurso me faltaba cuando mas escaso estaba de ellas, siéndome este azar tanto mas sensible, cuanto que me sobraban jóvenes voluntarios para organizar una gruesa division, que, encadenada con el sétimo ejército hasta Portugal, y dilatándose por la izquierda, podria dar la mano al principado de Cataluña y ser muy nociva á los movimientos del enemigo. Imploraba con este motivo su mediacion para con su gobierno á fin de que me facilitase auxilios de todas clases; y fuese debido á mis gestiones ó á otras del gobierno español, mi division recibió artículos de equipo y de municion.

Por otra parte, mis comisionados en Francia me avisaban ya en este tiempo (hablaban en profecía) que la

guerra con la Rusia estaba resuelta en el gabinete francés, y me añadian que en algunos departamentos se notaba inquietud por las requisiciones de hombres que se decretaban para la guerra: y estas noticias, que halagaban mis deseos, no me daban poco ánimo para no aflojar en mis planes ni dejar adormecer el espíritu de mis voluntarios.

Mes de febrero.

Trasladéme á Puente la Reina á los pocos dias de la accion de Sangüesa, y allí permanecí hasta que llegó á esta ciudad una célebre brigada, llamada *infernal*, por sus infernales hechos, mandada por el general Soulié ó Soulier: muy tranquilos reposaban, fiados en que su nombradía, y mas su aspecto infernal, eran suficientes para que se alejaran cien leguas de ellos los miserables brigantes de Navarra, cuando los pasos de mis avanzadas hacen mover á los unos y dispertar á los que dormian en Sangüesa. No les alteró la sorpresa. Su general, valiente y sereno, formó la tropa, maniobró con sabiduría, nos batimos hasta con encarnizamiento; yo le llevé la ventaja, desde el principio, de haber tomado mejores puestos: hecho cargo sin duda de esto Soulier, después de un fuego sostenido en todos los puntos con admirable destreza, efecto de la perfecta disciplina de sus infernales, se corrió de toda nuestra línea, y en formacion cuadrilonga tomó la marcha por el Campo Real, correspondiendo siempre con vivo fuego al horroroso que se le hacia por mi parte con un cañon y la fusilería de los batallones, y rechazando briosamente á mi caballería, que por cuatro veces intentó sin fruto romper la formacion.

Siguiósele por espacio de cinco horas que tardó en llegar á las puertas de Sos, que distaba dos leguas, y cuya guarnicion salió en su socorro; y entonces le dejamos, dando la vuelta á Sangüesa. Hecha la reseña de mi gente, se encontraron muertos tres oficiales de infantería y uno mas ahogado, que se tiró de propósito al rio por no quedar en manos del enemigo; y seis heridos; treinta individuos de tropa muertos y doscientos heridos. La caballería, entre hombres y caballos muertos y heridos, sufrió la baja de ciento y tres plazas; de los que se hallaban á mi lado y al lado de Cruchaga en las diversas posiciones que tomaron y corridas que dimos á donde era reclamada nuestra presencia, ninguno dejó de recibir herida ó golpe en las caidas de los caballos muertos; Cruchaga mil veces tuvo expuesta su vida.

La recompensa de este tan grande sacrificio la tuve en haber destruido enteramente lo que llamaban columna Infernal. El general Soulier recibió dos balazos: un coronel, un teniente coronel y varios oficiales quedaron en el campo: novecientos hombres perdió de hecho, y los que pudieron llegar á Sos lo estaban en su ánimo, pues ya el nombre solo de los voluntarios de Mina los dejaba desde entonces inutilizados para todo servicio. Brillantes é imponentes figuras: de cada uno de los infernales podia hacerse voluntario y medio de los de mi division, pero cada uno de estos tenia de alma como una y media de los infernales, y el alma es la que vale en actos de arrojo. Al dar parte al Gobierno de esta accion, pedí un distintivo de honor para la division que tanto habia trabajado y sufrido. Nunca se me dijo lo resuelto á tan justa solicitud. Esta accion tuvo lugar el dia 5 de febrero.

Doliame el derramamiento de tanta sangre, la desaparicion de tanto valiente y honrado español, y no menos los ultrajes de vandalismo que tenian que sufrir las familias pacíficas del país ; y para tamañas desgracias no entendia como suficiente compensacion las alabanzas que recibiamos los que en las batallas quedabamos con vida, porque hubiésemos destruido mayor número de enemigos, que al fin no dejaban de ser hombres. Pesábanme tambien las privaciones y trabajos á que iba reduciendo á los vecinos de la capital de la provincia, con mi disposicion de bloqueo publicada el 14 de diciembre, y que iba produciendo su efecto : porque, aunque es cierto que era un medio adecuado para dañar á nuestros enemigos, las consecuencias fatales recaian mas directamente sobre el vecindario, en el cual por interés del momento pudiera haber una docena de personas bien avenidas con los forasteros, pero es bien seguro que de corazon nadie los amaba. Era tambien dañosa, lo conocia, la providencia á los pueblos que abastecian de todas las cosas de comer y arder á la plaza, en la cual tenian sus relaciones de comercio, ó sean cambios de cosas, con recíproca ventaja. Y no menos sensible me fué el castigo que hube de ejecutar con las dos primeras personas que faltaron á mis mandatos, porque yo no dictaba mis medidas para consentir que se eludieran. Pero fué una impostura solemne de los franceses el publicar que yo habia hecho asesinar una multitud de personas por haber despreciado mis órdenes de bloqueo : dos solos individuos fueron castigados, cortando una oreja á cada uno, y en vista de esto no hubo mas delincuentes. Se hizo fusilar, sí, por sentencias de una comision de guerra que

establecí desde los primeros tiempos en que tomé el mando, á todo ladron de profesion, que en su mayor parte tenian la doble culpa ó de desertores ó de espías del enemigo, que era lo mas frecuente; y esto estaba tan en el interés de la justicia y de los pueblos, que estos mismos, por lo comun, eran los que denunciaban á los culpables. Los gobernadores franceses se resentian del efecto que causaban mis providencias, que mas temprano ó mas tarde debian influir en el abandono por ellos de la plaza, y hé aquí la causa del veneno que desplegaban contra mí y contra mi division, pintándonos en sus partes y publicaciones como bestias feroces. Al fin les fué preciso reconocer nuestro sano juicio y venir á imitar nuestra humanidad con los enemigos.

Pasados tres dias después de la accion con los infernales, con los batallones 1.º y 2.º y la caballería desde Sangüesa pasé á Tafalla; la guarnicion quiso hacer resistencia á la entrada del pueblo, pero hubo de ceder y retirarse al fuerte; no llevaba intencion de apoderarme de él á la fuerza, y es así que no me hice acompañar de útiles con que batirlo. Si una sorpresa ó debilidad del que mandaba me hubiese presentado buena coyuntura para conseguirlo, la habria aprovechado; mi objeto fué recoger los granos que tenia allí almacenados el enemigo, y lo logré, pues en cinco dias que permanecí en el pueblo, teniendo encerrada la guarnicion en el fuerte, estraje siete mil quinientas fanegas de cebada y avena; y hecha esta operacion, me retiré de allí el 14 de febrero.

Sentimiento grande y muchos perjuicios me ocasionó la pérdida de Valencia: el mayor de estos últimos fué la

falta de un punto adonde poder acudir por municiones, que me escaseaban á lo infinito. Esperaba además que una parte de las tropas enemigas que habian concurrido á la conquista de aquella ciudad maniobrasen de modo que algunas ráfagas de aquel nublado viniesen á caer sobre el territorio de mis operaciones; y no iba tan descabellado en mis presentimientos, pues que ya mis corresponsales y confidencias de todas partes me anunciaban muchas novedades que debian producirme grandes apuros.

La diligencia es madre de la buena ventura, decia muy frecuentemente mi difunto padre, y traté de aprovecharme de tal máxima en esta ocasion: sin diligencia pronta iba á decaer la fuerza moral de mi division; mis heridos y enfermos, que no eran en corto número, con tiempo los hice trasladar á lo mas espeso de las montañas, adonde no era factible llegaran los enemigos. Igual operacion se practicó con los efectos almacenados; y los artículos que no pudieron trasladarse, se pusieron bajo de tierra con mucha cautela. Libre de estos cuidados, me ocupé de fijar la direccion que los batallones debian tomar y puntos por donde debian recorrer si llegaba el caso presumible de tener que dividirnos por apurarnos demasiado el enemigo; y ejecutado este trabajo, y sintiendo siempre no poder dar todo el tiempo que requeria la atencion de todos los ramos de administracion, pues que todo estaba á mi cargo, esperé observando las maniobras de los enemigos.

A muy poco tiempo dejáronse ya ver en Navarra columnas de ellos en todas direcciones, bajo de un plan combinado para no dejar ni un pequeño resquicio por

el cual pudiera tener expedito el resuello la division, pues pretendian ahogarla sofocándola. Expuesto era que así sucediese, porque el número de hombres que cargaban de peso sobre ella era mas que suficiente para el efecto; pero carecian de la diligencia necesaria, y acaso de conocimientos del terreno, no obstante de observárseles siempre con los mapas en las manos. Mucho instruyen estos documentos, pero mucho mas sabe el hombre que material y frecuentemente examina los lugares ó por deber ó por necesidad; y esta era entonces la escuela en que aprendiamos los voluntarios de Navarra y respectivamente los de las otras provincias, ocupados en las mismas faenas que nosotros: y luego mi division llevaba ya dadas muchas pruebas de que no decaia su coraje ni por riesgos apurados, ni por necesidades ni privaciones: y mucho confiaba yo en todo este conjunto de cualidades y circunstancias para poder dejar burladas, como en otras ocasiones, las esperanzas de los franceses y los esfuerzos que pusieran para llenar el objeto de sus planes.

Como punto mas céntrico para maniobrar, trasladéme á Puente la Reina. El general Caffarelly fué el primero que apareció en campaña, viniendo de la provincia de Alava. Pertenecia á su division la brigada Infernal, y ansiaba vengarla de lo que se la habia hecho sufrir en Sangüesa. Quedándome yo en Puente, dispuse que los batallones 2.º y 3.º pasasen á Sangüesa á llamar la atencion del enemigo. Caffarelly desde Pamplona tomó aquella direccion, al mismo tiempo que otras tropas por Aragon, otras por Tudela, por Haro, Logroño, por Bastan, concurrian al plan, y cerraba la marcha el conde Dor-

senne, con todo el estado mayor del ejército del Norte, cuyo mando tenia, y con tropas de la Guardia Imperial. Se interceptó un despacho dirigido á este desde Paris por el mayor general Berthier, en que le decia:

«Parece, general, que ha entrado en Navarra el ge- »neral Caffarelly: estais autorizado á quedaros con una »division de la Guardia. El Emperador desea que os »aprovecheis de ella para combinar vuestros movimien- »tos con el general Caffarelly, á fin de destruir á Mina, »sus almacenes, tomarle sus cañones, y, en fin, disi- »parle y destruirle. Prevendréis al general Wille, que »manda en Bayona, de los movimientos que concerteis, »para que cuando se obre pueda reforzar el valle de Bas- »tan y el del Vidasoa, de suerte que esté en guarda »contra Mina, quien podrá inclinarse á aquel punto cuan- »do le persigais.»

Mes de marzo.

Preciso era aprovechar los momentos con ataques en detall, si era posible, antes de verme obligado á la dispersion prevenida. Con noticia de la marcha de Caffarelly hácia Sangüesa, en direccion de Roncal, acerquéme á Lumbier para ver maniobrar á mis batallones 2.° y 3.°, que iban á hacerle oposicion, no moviendo mas tropa, por el cuidado de las demás divisiones enemigas, á las cuales era preciso observar y entretener en su caso. Oportunamente en el desfiladero y puente de Aspurz colocó el comandante del 3.°, D. José Gorriz, algunas compañías que impidieran aquel paso al enemigo, mientras que el batallon 2.°, al mando de Barrena, con nieve hasta la rodilla pudo ganar á Navascuez, pues de otro

modo corria mucho peligro. Fué heróica la resistencia de Gorriz á los diversos ataques que le dió Caffarelly para desalojarlo de su posicion, y no la abandonó hasta que supo que el batallon 2.º se habia apoderado de Burgui, primer pueblo del valle de Roncal; y aun entonces dejó el puesto porque Caffarelly trepó por la montaña de Bigüezal á dejarse caer sobre Navascuez, cabeza del almiradío de este nombre, merindad de Sangüesa. Entonces Gorriz desfiló con su batallon sobre Ustés, del mismo almiradío, con designio de picar la retaguardia del enemigo si hacia empeño de subir á Roncal; pero le impuso sin duda la firmeza de los voluntarios, y además el camino estaba intransitable por mucha nieve, y todo debió moverle á desistir por entonces de su intento, en el cual no podia llevar otra mira que la de apoderarse de mis almacenes y aprisionar los heridos y enfermos, que supondria estaban todavía en Roncal. Esta accion tuvo mucho mérito de parte de mis dos batallones; con especialidad el 3.º era digno de grande elogio. Sobre la nieve, todo el dia sin comer ni gustar una gota de agua, sostuvo repetidos ataques que con ardimiento y valor dió el enemigo para abrirse paso, sin perder mas que cuatro hombres muertos y seis heridos, segun el parte que me dió el mismo dia 2 de marzo, y yo trasladé el 3 al general en jefe, el Sr. Mendizábal, recomendando á los valientes que tan bien se habian conducido. La pérdida de Caffarelly fué grande, y se lamentaba con especialidad de la muerte de treinta y un caballos; el mismo general recibió una contusion en la frente.

Permaneció Caffarelly en Navascuez mientras otra columna francesa amaneció en Ochagavía; después el pri-

mero se acantonó en Aoiz, y yo permanecia en Lumbier con el regimiento de húsares. Las nieves impedian internarse en Roncal. Caffarelly desde su acantonamiento destacó el dia 9 sesenta caballos á hacer un reconocimiento hácia Lumbier : hice salir á su encuentro la compañía de flanqueadores, á las órdenes del sargento mayor D. Miguel de Iribarren, del teniente D. Márcos Linzuain, y del alférez D. Francisco Moriones, habiéndoseles agregado algunos de mis ordenanzas, y volvieron con veinte y un prisioneros y treinta caballos útiles. El que comandaba á los franceses, con diez y nueve mas, algunos heridos, pudieron salvarse á escape ; el resto quedó tendido en el campo cerca de Artieda.

El batallon 2.º permanecia en la misma villa de Roncal, y el 3.º en otros pueblos del valle, resguardado de la nieve que impedia el movimiento á las columnas francesas de Ochagavía y Aoiz ; además de estas venian otras destacadas desde Jaca por las montañas á circunvalar el Roncal. Cruchaga gobernaba al lado opuesto, esto es, en tierra de Estella, los otros tres batallones, 1.º, 4.º y 5.º; y cuando unidos, y cuando separados, sorteaban con destreza las vueltas de los enemigos destinados á perseguirlos, sin disparar un tiro sino viéndose atacados muy de cerca, y únicamente para defenderse; sin embargo, el general Abeé le estrechaba : recibí un parte suyo en que me decia que el 13 desde Estella le persiguió con tres mil infantes y trescientos caballos, y se retiraba siempre en órden, yendo el enemigo muy á sus alcances. En el bosque de Ancin, valle de Ega, se detuvo con el batallon 4.º, dando órden al 1.º para posesionarse de Zúñiga, en el de la Solana, creyendo no se

correria tanto el enemigo; pero se engañó, porque al paso que seguia Abeé con el grueso por su retaguardia, trató de cortarle la retirada, mandando tropa que se apoderase del puente de Arquijas. Anticipóse Cruchaga, hizo ocupar el puente por el batallon 1.º, formó su demás tropa á la izquierda del rio; allí esperó al enemigo que se le acercaba, y sostuvo un vivo fuego que emprendió Abeé para pasar el puente. Viendo Cruchaga tal empeño, se retiró por el valle de Lana con el mayor órden, sin perder un hombre, ni extraviado, á pesar del hambre, mucha nieve y falta de calzado. Suspendida la marcha de unos y otros, por haber llegado la noche, se echaron á descansar los soldados de Cruchaga, quedándose él y tres oficiales de vigilantes, y á la mañana siguiente continuó su retirada á la Amezcua, dejando burlado á Abeé en tan penoso viaje, de que le resultaron muchos estropeados, como que para conducirlos tuvo que pedir quinientos bagajes.

Desacíanse las nieves, y el camino iba á ponerse corriente para que pudieran atravesarle los enemigos que ocupaban Ochagavía, Sangüesa y Navascuez; fuéme preciso tratar de libertar mis dos batallones, que estaban en Roncal comprometidísimos. Púselos en movimiento, y burlando á las contrarias columnas, los llevé por Salvatierra de Aragon y puente de Tiermas, á los Pintanos. Hé aquí una prueba de cuánto mas vale el conocimiento práctico de las cosas que el estudio de las teorías. Si mis enemigos hubieran estado orientados de los puntos que yo podia recorrer ó atravesar para salvar los batallones encerrados en Roncal, habrian con anticipacion ocupado el puente de Tiermas, y muy grandes en tal caso hu-

bieran sido mis apuros, porque no tenia otra salida ; se apoderaron de él cuando yo ya habia pasado, y su diligencia entonces fué nula. Apenas yo habia abandonado el Roncal, subió el enemigo al valle, quemó la casa de Cruchaga, y hasta el número de trece, en el pueblo de Urzainqui, pertenecientes á otros oficiales y soldados de la division.

Seguia muy de cerca á mi retaguardia el general Lafferrière, y venia á darme de frente otra columna que habia llegado á Uncastillo. Yo me coloqué en Lovera, al otro lado del rio Aragon ; desde aquí envié una descubierta de ocho caballos hácia Uncastillo, y tan cerca estaba el enemigo, que mi descubierta volvió á poco de su salida trayéndose quince prisioneros con sus fusiles. Marché con este conocimiento á situarme en Foncalderas, cruzando las montañas de Luesca, adonde fué á atacarme una columna, de cuya fuerza no puedo dar razon, porque no tuve lugar para reconocerla ni para otra cosa mas que hacer ganar á mis batallones buenas posiciones para la defensa. El batallon 3.º lo coloqué en la altura de la derecha, dejando formada la 1.ª compañía en el barranco de Biel, que divide la grande cordillera del Pirineo á Orés ; el batallon 2.º lo situé á la izquierda, formando centro en parte, con objeto de que en caso necesario ganase el flanco derecho del enemigo. Rechazado este en su primer ataque, continuó el fuego largo rato, hasta que, no sufriendo mi impaciencia tanto inútil tiroteo, hice avanzar á la bayoneta por ambos costados de la formacion de batalla á las primeras compañías de los dos batallones, y decidiéronla, quedando derrotados los enemigos, á quienes aun se persiguió un

buen trecho de camino. Fenecida esta operacion, y no obstante de hallarse mi gente tan cansada como puede figurarse el lector, menester era no perder tiempo para completar nuestra salvacion, desconcertando los bien combinados planes de tantos generales con tanto número de tropas empleadas, que no bajarian de quince mil guerreros consumados, para dar caza á dos miserables batallones compuestos de soldados de uno, dos, ó á lo mas tres años, mandados por quien hacia poco tiempo era un simple paisano.

Ello es que á pesar de la estrategia ilustrada de tanto entendido general, y de sus numerosas tropas, supe abrirme paso con mis dos batallones, gracias á la constancia y serenidad de los soldados, que no hacian mas que seguir el ejemplo de sus jefes inmediatos, tan sufridos y valientes; y después de mes y medio de evolucionar en todas direcciones, y batiéndose en muchos puntos, yo me encontré desembarazado de cuantos lazos se me habian tendido, el dia 30 de marzo en Los Arcos, próximo á mi valiente compañero Cruchaga, que en el mismo tiempo no tuvo menos en que pensar que yo.

A los dos batallones de mi expedicion, 2.° y 3.°, después del encuentro de Biel los hice volver por la misma ruta que habiamos llevado, esto es, por Tiermas, á colocarse poco mas ó menos en las mismas posiciones que tenian al principio de la persecucion, por haberse alejado de ellas todos los enemigos.

Mientras yo andaba en mi peregrinacion llegó á Pamplona el conde Dorsenne, jefe de todos los generales que ocupaban la Navarra, como que mandaba en todas las provincias y ejércitos del norte. Ya hemos visto por

el comunicado que le hacia el mayor general de Napoleon, cuáles instrucciones le daba este para operar contra mí, y además debia tener otras en cuanto al gobierno político de las provincias del lado del Ebro á los Pirineos.

Tiempo hacia andaban voces de que el Emperador habia resuelto agregarlas á su imperio, y acaso Dorsenne en esta visita á Navarra llevaba la órden de publicar esta determinacion y ejecutarla. Para la generalidad del país, en el estado en que se hallaba, lo mismo era que mandara sobre él Bonaparte, que su hermano José. Dorsenne varió, en efecto, la administracion económica del país. Extinguió la diputacion que existia, y en su lugar creó á la francesa un consejo de intendencia, que ya habia, anuló todos los nombramientos de empleados subsistentes, y volvió á confirmarlos en nombre del Emperador, haciendo algunas variaciones en las formas anteriores. Ni la Diputacion ni otro cuerpo político se resintió de la mudanza. Dijéronme que los tribunales de justicia, ó mas bien el presidente de ellos (que, aunque poco afecto á mí, yo no dejaré de confesar que lo tenia por un buen español y de corazon navarro), se habia opuesto con firmeza á que se hiciese ninguna novedad en las leyes de Navarra ni en el modo de aplicarlas, y que habia conseguido su intento.

Dorsenne tendria un grandísimo empeño en llenar en todo los deseos del Emperador de acabar conmigo y en persona, porque habia sido su edecan en otro tiempo; muy favorecido por sus buenas prendas de soldado valiente, y por las recomendaciones muy especiales de la emperatriz Josefina, que le protegia y distinguia con par-

ticular cariño; pero las muchas heridas de que estaba acribillado, y una especialmente recibida en la cabeza, y que le habia dejado resentido en todo su sistema nervioso, lo tenian imposibilitado para todo ejercicio activo. Continuaba mandando por la ambicion de ganar el baston de mariscal, pero con ánimo de retirarse luego que hubiese llegado á obtener esta dignidad. Su color era el de un cadáver, y no estaba aquella máquina lejos de este estado; allí mismo se puso muy malo, y sin adelantar nada en los proyectos que llevó contra mi division, se retiró de Navarra y fué á morir muy pronto á Vitoria.

Pero antes que él diese esta vuelta, y cuando en consejo de generales se trataba tal vez en Pamplona sobre los medios de estrecharme mas en las montañas de Aragon, donde me creian, no solo me encontraba bien libre en el pueblo de Los Arcos, de Navarra, sino en consejo igualmente sobre los medios de adoptar para repetir en Arlaban otra sorpresa de convoy, acaso de mas interés que la de 25 de mayo del año anterior. Cierto de que debia pasar muy en breve, extendí órdenes fingidas mandando que los tres batallones 1.°, 4.° y 5.° volasen á unirse con el 2.° y 3.° para operar en union por las cordilleras y montañas de Aragon y Navarra, y caer de repente con toda la fuerza sobre divisiones aisladas francesas, y dispuse que estas órdenes fuesen á parar á los puestos franceses. Creyéranlo estos ó no, yo tuve libre el tiempo para concertar mi expedicion.

Mes de abril.

A la hora precisa, y con todas las precauciones posibles, emprendí la marcha con los tres batallones, y estos se movieron bajo la inteligencia de que iban á unirse á los otros; mas como ya, después de algun tiempo de marcha, viesen la direccion tan encontrada al punto que se suponian, corriese la duda por todos, y aun la especie de que se iba á Arlaban, ¡qué desasosiego en la tropa, qué palpitacion en todos los corazones, qué ansia, qué deseo por llegar, qué sufrir de silencio, y qué marchar sin pensar ni en comer, ni en fumar, ni en descansar, ni en ninguna otra cosa que en Arlaban! Hecho un pequeño descanso al cabo de cinco horas de marcha, se emprendió de nuevo, y al amanecer del 9, después de andar siete leguas sin haber sido sentidos de nuestros enemigos, nos encontramos en el campo elegido para dar un dia de gloria á las armas de la patria, y de ventaja á su causa.

El batallon 4.°, á las órdenes de su comandante Don Francisco Ignacio Asura, se colocó de frente al camino real; el 1.°, á las órdenes de su sargento mayor D. Ramon Ulzurun, ocupó la ala izquierda; y el 5.°, mandado por su comandante D. Sebastian Fernandez, la derecha; formando todos la figura de herradura, con el fin de correrse la derecha del 5.° con la izquierda del 1.°, completando un círculo que abrazase todo el convoy y fuerza enemiga. Dos solos cartuchos repartí por plaza: verdad es que las municiones me escaseaban á lo sumo, pero de intento, porque en toda accion, y principalmente siendo

de sorpresa, segun mi táctica, conviene para vencer, y vencer pronto, con poca pérdida, gastar poca municion: el golpe primero que aturda, y la bayoneta en seguida. Estas fueron mis disposiciones, y además impuse pena de fusilamiento al que se abalanzase al convoy antes de concluirse la batalla.

Presentóse el convoy: su demasiada extension no permitió abarcar á la vez, en el círculo marcado, á toda la columna de escolta; pero en toda ella resonaron ayes á la general descarga de mis batallones; y antes de corresponder al tiro se vieron los enemigos con las bayonetas de mis valientes al pecho. La vanguardia enemiga toda quedó tendida; el centro y retaguardia defendiéronse, pero en confuso desórden; mis voluntarios acababan con cuanto se les ponia por delante, y no hubiera quedado con vida un francés ni polaco, y eso que habia mucha Guardia Imperial, á no haber tomado el partido de huir los que pudieron, protegidos por los fuegos del castillo de Arlaban, construido de resultas de mi sorpresa del año anterior, para impedir otras; pero pronto tuvieron el desengaño de que no las evitaban.

No duró mas que una hora la pelea, de la cual salimos victoriosos, dejando tendidos en el campo de seiscientos á setecientos enemigos muertos, hiriendo á quinientos, hechos prisioneros á ciento y cincuenta, entre ellos á D.ª Carlota Aranza, mujer de Mr. Deslandes, secretario del rey José, que al querer huir, saliendo de su coche, fué muerto sin ser conocido; otras dos señoras andaluzas, cinco niños de tierna edad, que nadie reclamaba, y por esto los envié á Vitoria para que fuesen entregados á sus familias, si se reconocian; tomado todo el convoy, dos

banderas, la caja del regimiento polaco de infantería núm. 7, ocho tambores, y las cartas que el muerto Monsieur Deslandes llevaba del rey su amo para Napoleon; y por último, se rescataron cinco oficiales y cuatrocientos soldados del ejército de Ballesteros, que llevaban á Francia prisioneros. Y todo esto sin otra pérdida por mi parte que la de cinco hombres muertos y cincuenta heridos. No debe extrañarse tan poca baja en mis filas, porque la serenidad de ellas hacia singular y maravilloso contraste con el asombro y aturdimiento que se apoderó de las contrarias.

Tampoco debo dejar al olvido un hecho de bizarría de un jóven tan amable y agraciado como valiente, Don Domingo Garde, subteniente abanderado, que conducia aquella misma bandera que sirvió de enseña á la partida primera de mi sobrino, plantel de la division, acribillada toda ella á balazos en tantas acciones como se habian dado á su sombra; recibió tres balazos después de haber hecho muchas muertes con la asta de ella, y no la soltó hasta espirar, á pesar de haber sido preciso desgarrar enteramente la bandera para contener de pronto con sus pedazos la sangre que brotaba de sus heridas: de modo que perecieron á la vez y sin separarse bandera y abanderado, con sentimiento general de la division.

Las damas prisioneras fuéronlo solo en el tiempo que tardaron en recuperar la serenidad que les habia arrebatado la estrepitosa sorpresa y la vista del campo, hecho un cementerio. Tranquilizado su espíritu, tuvieron toda la libertad que quisieron, y estoy seguro que mi siempre valiente compáñero y mas galante que yo, Cruchaga, á

quien se encomendó su custodia, habria tomado todas las medidas convenientes para mitigar con el trato que se las diera la pena acerba de que necesariamente debian estar poseidas. Marcháronse después de algunos dias, y á este incidente fué debida la libertad de mi cuñado D. Baltasar Sainz, que siempre conservaban en el convento de Recoletas de Pamplona, bien maltratado, pues que no habia enfado que tuvieran los gobernadores franceses que no sirviese para prevenirle que se preparase á morir.

De tantas cosas interesantes recogidas del convoy, inclusas las damas y los cinco niños, nada se reclamó mas que un mono, con que se divertian mis voluntarios, sin que hubiese llegado á mi noticia hasta que se me hizo la reclamacion. Hícelo buscar, y mandé que al instante se devolviera, como así se verificó. Extraño parecerá á mis lectores, como me pareció á mí, que en un suceso tan granado como aquel hubiese quien se fijara en cosas frívolas, cuando tanto motivo prestaba para serias meditaciones.

Abundante botin recogieron mis voluntarios, y tan rico y de tanto provecho como lo fué el anterior en el mismo punto. Alhajas se encontraron en él de valor grande, cuya distribucion no podia efectuarse de pronto: quedaron en depósito á cargo del comandante del 5.° de Navarra y 1.° de Alava, D. Sebastian Fernandez, cuya confianza y buena fe fueron sin duda vendidas; porque desde el punto en que parece las puso á buena custodia pudieron rescatarlas los franceses, segun resultó cuando hubo necesidad de echar mano de ellas para atender á las necesidades de la tropa.

La parte que á mí me cupo de la presa fué la de un jóven agraciado, de siete á ocho años, llamado Cárlos Soubiran, hijo del coronel francés de este nombre al servicio del rey José: su fisonomía interesante y su viveza me hizo retenerle á mi lado, y pronto nos encariñamos recíprocamente; mas no pudiendo seguir todas mis correrías lo puse en el colegio de padres esculapios de Sos, para que le diesen instruccion. Al cabo de algun tiempo lo saqué de allí y anduvo en mi compañía, y aun al tiempo de emigrar me lo llevé á Paris. Allí se me presentó su padre reclamándolo: el niño se resistia á la separacion, fundando su repugnancia en que su padre no lo habia reclamado antes, y yo le habia hecho veces de tal; pero fué preciso, no obstante, que siguiera al que le habia dado el ser. A poco tiempo quedó de nuevo abandonado, por haberse marchado á Italia su padre; quiso volver á mi compañía, pero me resistí á admitirlo; y para que no se extraviase y pudiese proporcionarse una honrada subsistencia lo coloqué en un obrador de ebanistería, y continué protegiéndole hasta mi vuelta á España en el año de 1820. Tuve después noticia de que se habia casado y establecido en un pueblo inmediato á Paris.

Las cartas de José á su hermano Napoleon que he dicho se encontraron en el botin, las remití originales á la Regencia del Reino; y aunque tengo mis recelos de que se publicaron en las gacetas de aquel tiempo, como quiera que son documentos que tienen relacion con mi particular historia, voy á hacer aquí su traslado, traducido de las copias con que me quedé.

CARTA Á NAPOLEON.

Madrid, 23 de marzo de 1812.

«Señor: Cuando hace cerca de un año pedí á V. M. su parecer sobre mi vuelta á España, me empeñó á que volviese y estoy aquí. Tuvo V. M. la bondad de decirme que á lo peor tendria tiempo de dejarlo si las esperanzas que se tenian no se realizasen, y en este caso V. M. me aseguraria un asilo hácia el mediodía del Imperio, donde pudiese pasar la vida con mis bienes de fortuna. Señor, los acontecimientos han engañado mis esperanzas: no he hecho ninguna comodidad ni tengo esperanzas de hacer; así pues suplico á V. M. me permita deponer en sus manos los derechos que se dignó trasmitirme sobre la corona de España hace ya cuatro años. No he tenido nunca otro fin ocupando la corona de este país que la felicidad de esta vasta monarquía, y ya no está en mí el poder hacerlo. Suplico á V. M. me cuente en el número de sus súbditos, y que me crea que no tendrá jamás servidor mas fiel que el amigo que la naturaleza le ha dado. — De V. M. I. y R., su afectísimo hermano. —*José.*»

CARTA DEL REY JOSÉ Á SU ESPOSA.

Madrid, 23 de marzo de 1812.

«Mi querida amiga: El Sr. Deslandes, que te entregará esta carta, te dará todos los detalles que tú pudieras desear sobre mi posicion; pero tambien voy á hablarte yo mismo, á fin de que puedas hacerlo conocer al Empera-

dor y que tome algun partido, pues cualquiera que sea, me será conveniente para salir de la posicion actual. Primero, si el Emperador hace la guerra á la Rusia y considera puedo ser útil aquí, me detendré con el comando general y la administracion general. Si hace la guerra, y no me da el comando y no me deja la administracion del país, deseo entrar en Francia. Segundo, si la guerra con Rusia no tiene lugar, y que el Emperador me dé el comando ó que no me lo dé, me detendré todavía todo lo que sea necesario, mientras no exija de mí en punto á que consienta el desmembramiento de la monarquía; pero debe dejarme suficientes tropas y territorio y enviarme el millon de servicio mensual que se me tiene prometido: en este estado me mantendré todavía lo que pueda, porque conozco no seria honor mio el dejar la España con demasiada ligereza, ni que se piense que la quiero dejar porque durante la guerra con la Inglaterra se exigirian de mí sacrificios que no puedo hacer hasta la paz general, con el fin de mirar al bien de la España, de la Francia y de la Europa. Un decreto de reunion del Ebro que me llegase improvisamente me haria partir al dia inmediato. Si el Emperador dilata sus proyectos sobre la paz, debe darme los medios de existir durante la guerra. Si el Emperador se inclina á que yo deje la España ó á tomar los medios para que la deje, me es conveniente entrar en Francia en paz con él y con su consentimiento. Conozco que la razon me dicta este partido, tan conforme á la situacion de este desgraciado país, que no puedo hacer nada por él, y tan conforme á nuestras relaciones domésticas, que no me han dado un hijo varon... En este caso deseo obtener del Em-

perador un territorio en la Toscana ó en el mediodía, á trescientas leguas de París, en donde contaria pasar una parte del año, y otra en Monfortaine. Los acontecimientos y la mala disposicion en que me hallo, distante de la rectitud y lealtad, han hecho sufrir mucho mi salud, á lo que contribuye mucho la edad; y solo el honor y la obligacion podrán detenerme aquí sin gusto alguno, á no ser que el Emperador no se persuada di erentemente de lo que ha hecho hasta ahora. Te abrazo á una con mis hijos.»

OTRA DEL MISMO REY JOSÉ Á SU ESPOSA.

«Mi querida amiga: Deberás entregar la carta que te envio para el Emperador si el decreto de reunion tiene lugar y se publica en las gacetas; en cualquiera otro caso deberás esperar mi respuesta. Si llega el caso de la entrega de mi carta, deberás enviarme con un correo la respuesta del Emperador y los pasaportes. Háblale á Remigio, de quien estoy con bastante pena; y si se me envian fondos, ¿por qué, tardando tanto los convoyes, no se sirven de la estafeta para remitirme letras del Tesoro público? Te saludo y á mis hijos. Si sabes que el Sr. Moullien no me ha remitido dinero después de las quinientas mil libras que recibí, cuando llegue á tus manos esta carta, remitirás al Emperador mi renuncia. A la absoluta imposibilidad nadie está obligado. Juzgad por aquí el estado de mi tesoro (1).»

(1) Hallándome en Lóndres en el año de 1833, el príncipe Aquiles Murat me hizo conocer el deseo que su tio José Bonaparte, que se hallaba á la sazon en aquella capital bajo el título de conde de Survilliers, tenia de verme y hablarme. Yo

La mayor parte de la multitud de generales franceses que habian operado en combinacion para destruirme, abandonaron la Navarra, y quien quedó en ella para

tenia grandes reparos en ir á visitarlo, porque sabia lo mucho que celaba la policia de la legion española todos mis pasos, y en el mismo caso se hallaba el Conde con respecto a la francesa, y no queria yo por mi parte dar ningun motivo para que se tradujera en mal sentido si se observaba que nos visitabamos; pero tal fué el empeño que puso el referido Conde en conocerme personalmente, que al fin se convino en que ambos concurriéramos á una comida en casa del Dr. Barry O'Meara, médico que habia sido de Napoleon en Santa Elena. Concluida la comida, entablamos nuestra conversacion, y en ella se extendió a hablarme de la guerra de la Independencia, de la cruel posicion en que se vió colocado en España por las ideas equivocadas de que se habia impresionado su hermano Napoleon acerca del caracter de los españoles, por los informes falsos y de adulacion de sus ministros y generales; y de la opresion en que unos y otros tenian al mismo José, por cuanto desde Paris lo mandaban todo sin juicio ni criterio.

Me manifestó el mas vivo interés por la felicidad de la España, y su sentimiento de que mientras permaneció sentado en su trono no se le hizo justicia por los españoles en cuanto sus buenos deseos por procurarsela; y para probármelo me dió copias de tres cartas que conservaba, dos escritas á su hermano el emperador Napoleon y una á su esposa, en las cuales se ve la prueba de que conocia la España y los españoles, y el vivo interés con que miraba a la nacion. Conservo estas copias, y como en cierto modo su contenido está enlazado con las que quedan copiadas, me ha parecido que no estara demás colocarlas aqui por nota, como lo ejecuto.

En honor de la verdad y de la justicia debo añadir que, tanto en esta primera entrevista como en las demás que con él tuve hasta en mi propia casa, me llegué á confirmar en la idea que tenia de la bondad de su carácter, y de su afecto hacia los es-

continuar la persecucion, como jefe principal que reunia el carácter de gobernador de la provincia, fué el valiente y sagaz Abeé, con quien medí las fuerzas muchas

pañoles, fundada tanto en las noticias que me daban los que visitaban la corte en tiempo de la guerra de la Independencia, cuanto de las explicaciones que hacia en las correspondencias con su hermano el Emperador, muchas de las cuales fueron interceptadas por mí á mas de las que van anotadas; y hago esta confesion en parte por cumplir la palabra que le dí á nuestra despedida, de hacer conocer que no era tal cual sus enemigos lo habian hecho aparecer.

PRIMERA CARTA Á NAPOLEON.

Madrid, 7 de marzo de 1809.

« Señor : La carta que he recibido de V. M. del 21, es una nueva prueba de la poca confianza que tiene en mi, pues que cree tan ligeramente cosas que se me atribuyen, verdaderamente falsas, y las gradúa de faltas de que yo solo soy responsable. Hay una verdad mas cierta que todo esto, y es que yo no puedo hacer el bien sin una confianza plena y exclusiva de V. M. para obrar en los negocios de España. V. M. es el que me ha dado esta corona, y si V. M. encuentra un hombre que crea mas digno de su confianza que yo para ceñirla, que este hombre sea rey. Yo no seré nunca sino aquello que mi conciencia me sugiere que debo ser, y es vuestro hermano y mejor amigo el aliado mas firme y seguro, y un buen francés sobre el trono de España. Estoy convencido de que los verdaderos intereses de la España y de la Francia reclaman una intima alianza, la union mas estrecha entre ambas naciones en igualdad de beneficios, no la dependencia de la una á la otra. La España dominada por la Francia será su enemiga á la primera ocasion, y unida con lazos de hermandad, será tan fiel como yo lo seré á V. M. Yo pretendo enlazar esta comunidad de intereses,

veces. Su obrar intrépido tenia alguna analogía con el carácter de mis voluntarios, y fuera del campo, donde nada nos era permitido disimularnos, mi corazon se inclinaba á cierta consideracion hácia su persona.

y para esto es preciso que prontamente se haga conocer á la parte mas débil que la mas fuerte no pretende hacerla su esclava. Esto es lo que se teme, y esta opinion es el enemigo mayor que tenemos que combatir. Los españoles dejarian las armas, se unirian á mi trono si conocieran los sentimientos de mi corazon; ellos serian los mejores amigos de la Francia si supiesen que, aunque príncipe francés, yo no quiero sino aquello que exige mi deber, y lo que este deber exige es que los gobierne como á *nacion libre é independiente;* y si llegaran á convencerse de que las promesas contenidas en la Constitucion de Bayona se realizarian, y que V. M. no aspira á otra cosa. Me afligen las desgracias que pesan sobre este país, y si algo me consuela en esta afliccion, es la esperanza de que será mas feliz pasado algun tiempo. La dicha mayor de un gran pueblo es el goce de su independencia, como la mayor satisfaccion de un hombre es el sentimiento de su buena conciencia. Yo me encuentro en el segundo período de lo que pueda existir en el mundo, y á mi edad ya no cambio de principios. Si V. M. no piensa del mismo modo, mi corona mal asegurada está á vuestra disposicion. Dios me ha privado de la de Napoles, y V. M. puede readquirir la de España. Nunca permitiré que el ministro de la policía Fouchet me comunique órdenes, ni se mezcle, así como el príncipe de Neufchatel, de los negocios de la administracion interior de mis estados. El Mayor general debe reducirse á trasmitir al Teniente del Emperador las órdenes de V. M. I. y R., y no tiene que mezclarse en nada con el rey de España. El ministro de la policía de Francia nada tiene que decir al rey de España. Tales son mis principios, y á estos principios estoy pronto á sacrificar la corona de España. Yo la conservaré sin tacha, y seré en todos los estados de mi vida lo que he sido siempre hásta la hora presente. Las acusaciones que se me ha-

Después de la sorpresa de Arlaban no hubo acciones por algun tiempo, y me dediqué á la reposicion de mi division en personal y material, que habia sufrido mucho, y puse cuidado á otras atenciones de administracion y

con son falsas. Primero, es falso que los consejeros de Castilla que he hecho venir á Madrid han abandonado la corte. Segundo, es falso que haya asesinatos en las calles de Madrid. Se asesinó cuando yo no estaba, y desde el establecimiento del gobierno civil se disfruta tanta tranquilidad como en Paris y en Napoles. Pido á V. M. que crea que yo no estoy sujeto á penas y embarazos que no merezco, y que no debo recibir de V. M. sino consuelos y consejos paternales. Los recibiré siempre con reconocimiento, porque los consideraré emanados de su corazon fraternal, y siempre os escribiré sin embozo, lo mismo desde Madrid que de Morfontaine.»

SEGUNDA CARTA DEL MISMO Á NAPOLEON.

Madrid, 19 de abril de 1809.

«Señor: El mariscal Jourdan acaba de comunicarme una carta del ministro de la Guerra, de 9 de abril, que contiene cargos poco fundados, pues se queja de que en España no se conoce un impulso central é instantáneo que siempre dirija los movimientos del ejército. El ministro de la Guerra debe saber que este impulso central é instantáneo no puede existir en el estado actual de cosas sino para poner en ejecucion las órdenes que de Paris llegan á España á medida de su arribo, pues que las órdenes son *órdenes* que yo debo de obedecer; y tanto no puede haber aquel impulso central, cuando sucede todos los dias que los diversos generales reciben otras órdenes semejantes, y yo no puedo tomar sobre mi responsabilidad alterarlas sin exponerme á verme desobedecido y ponerme en contradiccion con las órdenes expedidas de Paris. Si en lugar de este método el ministro de la Guerra adoptase el de no corresponderse para los movimientos de las tropas sino con el mariscal Jourdan, en

servicio público. Los pueblos del alto Aragon se me quejaban amargamente de las tropelías y desmanes de Tris (*Malcarado*), que me habia dado mil palabras de reportarse, y nunca olvidaba sus malas mañas, creyendo tal

este caso obrariamos con toda seguridad, y sabria el ejército que la accion que imprimiese el cuartel general de España deberia ser realizada al momento. Y mejor todavia si el ministro de la Guerra, *en lugar de expedir órdenes que deben ser ejecutadas*, se contentase con hacerme conocer las intenciones de V. M. en masa, y nos diese instrucciones y direcciones generales, autorizandonos á modificarlas segun las variaciones que hubiesen experimentado los negocios de España después de extendidas aquellas en Paris. Si V. M. me ilustrase con sus consejos, dejandome la facultad de seguirlos ó no, segun la marcha de los sucesos, y depositase en mí su confianza, de que tengo necesidad para mi propio y para los demás, entonces podria tener lugar la direccion central é instantánea, una impresion que saldria del cuartel general de los ejércitos de España, pero sujeta en lo posible á las instrucciones de Paris, salvas las variaciones del momento; entonces con mas razon y justicia podria yo ser responsable de las medidas que hubiese ordenado. Yo concibo bien que el ministro de la Guerra diga: «el Emperador quiere restablecer las comunicaciones con los cuerpos de Soult y Ney antes de verificar la expedicion á la Andalucia.» Véase aquí la órden, lo demás debe ser consejo; y si yo no hubiese recibido la órden, no hubiera hecho quizá partir de Salamaca la division Lapiste, que hoy se encuentra en Alcántara, y es la que probablemente nos pondrá la primera en comunicacion con el duque de Dalmacia. He dado la órden al general Kellerman para marchar con diez mil hombres sobre La Romana; pero para llenar el objeto que lleva es preciso que lo encuentre. El mariscal Mortier debe apoyarle, presentándose sobre Valladolid: esta es operacion de pocos dias, y después de ella se acercará a Búrgos, y aun á Logroño. Si en lugar de ejecutar estas

vez que no llegaria á pedirle cuenta de su conducta al ver el grande y espeso nublado que se descolgaba sobre mi cabeza; y luego que este se disipó, resolví hacerle una visita de amistad.

mis obras, el mariscal Mortier no sale de Búrgos, V. M. conoce los inconvenientes hipotéticos que pueden resultar. »

TERCERA CARTA DE JOSÉ BONAPARTE Á SU ESPOSA.

Madrid, 21 de agosto de 1810.

« Mi querida amiga : Recibo tu carta del 28. El Sr. Almenara llegará antes que la presente y te instruirá del estado de mis negocios, que es peor de lo que yo quisiera : el mal viene de los insurgentes por un lado, y por otro de la Francia, pues el Emperador está tan equivocado acerca de este país, que todas sus disposiciones son contrarias á lo que conviene ; y esto consiste en que no quiere dar asenso á lo que yo le digo, y prefiere atender á gentes que ven mal ó que tienen intereses distintos de los suyos y los mios, que son una misma cosa, y consisten en la pronta pacificacion de la España, único medio de traer á esta grande nacion á sus sentimientos naturales, y de hacer cesar una lucha que solo aprovecha á los enemigos de las dos naciones. Si se quiere cumplir lo que se ofreció a la España, si se me da toda la autoridad sobre el ejército, si se pone en mí la confianza que me es debida, la España estará pacífica y será amiga de la Francia en el término de un año ; pero si se continúa el sistema adoptado y seguido desde el mes de febrero, bien pronto será toda ella un volcan, de donde nadie podrá salvarse sin lastimarse. No conocen esta nacion : ella es un leon que la razon conducirá como por la mano, pero no lo reducirá la fuerza aunque se pongan en accion para ello un millon de soldados. Todos son aquí soldados si quieren gobernarlos militarmente ; todo será amigo si se conviene en la independencia nacional, en las libertades de la nacion, y en su Constitucion y en sus Córtes. Esta es la verdad : que elijan. El tiempo probará

Los eclesiásticos del obispado de Pamplona que tenian prohibicion por mí de pasar á aquella capital, me representaron el apuro de conciencia en que se hallaban por

lo que digo. Conserva esta carta, porque es profética. En cuanto a mi, yo seré dichoso de permanecer rey de España si puedo hacer la felicidad de la nacion y un buen servicio á la Francia, adquiriendo para ella la buena y útil amistad de la España ; y esto no lo puedo realizar, como es mi deseo, mientras el Emperador no tenga mas confianza en mi. Si se piensa de otra manera, si se quieren establecer gobiernos militares, yo no soy propio para sufrirlo ; no quiero ser testigo del derrame de sangre entre españoles y franceses ; me lavo las manos, y no me queda mas arbitrio que retirarme. Nada se adelantará, ni menos conseguirá, por medio del rigor ; y yo menos que ningun otro. Con dulzura, razon y verdad antes de un año yo me hubiera hecho respetar, y toda la España se pareceria a la Andalucia y provincia de Avila, donde puedo gobernar á mi gusto. Este pais hace algunos meses goza de tanta tranquilidad como el departamento de l'Oise, en Francia. No insisto en estas explicaciones por mi propia conveniencia, sino en el interés del Emperador, de la Francia y de la España. Desde la institucion de los gobiernos militares la opinion ha cambiado : los franceses son mirados como encarnizados enemigos y son degollados en todas partes. No pasa dia sin que reciba noticia de nuevas escenas, cuando hace algunos meses todo iba pacificándose insensiblemente ; no se exige un doblon que no cueste una cabeza francesa, y es de mi deber decir todo esto francamente al Emperador por tu mediacion. Es bien sensible que él no haya podido hacer su viaje á España para juzgar de las cosas por sí mismo y fijar la suerte de esta nacion y de la nuestra... Sin embargo, ¡qué ceguedad la suya para no querer creerme! ¿Quién es mas interesado que yo en la pacificacion de España? Quién la conoce mejor? »

El contenido de estas cartas da bien á entender la critica po-

estar próximo á espirar el tiempo determinado en sus licencias para celebrar, confesar y predicar; y para tranquilizarlos ofició al gobernador de la diócesis pidiéndole

sicion en que se hallaba su autor, y la errada política adoptada por Napoleon con respecto á España. Desconociendo enteramente el carácter español, ensayaba nuevos sistemas de gobierno sin que acertara con ninguno que lo dejara satisfecho y le captase la voluntad del país, y empeñado en dominarlo todo, hacia representar á su hermano un papel ridículo, pues era rey en la apariencia cuando en realidad él era quien mandaba. Tal vez si aprovechando los infinitos medios que tenia á su disposicion, hubiera elegido mejor coyuntura, y dejado que José obrase con libertad, siguiendo las ideas de rectitud que se advierten en su correspondencia, hubieran sido muy diferentes los resultados.

Muy bien pudiera gloriarse la España, ignorante como se la suponia por despreciables detractores nacionales y extranjeros, de haber con su poco saber, pero con grande fondo de nacionalidad, contribuido cual otra nacion ninguna á hacer declinar la balanza del inmenso ascendiente de aquel hombre, porque en ella se hizo conocer que los cimientos de su poder no eran tan indestructibles como aparecian, y al desmoronamiento de estos cimientos era consiguiente el decaimiento de su falaz política.

Pero si bien en el acto que haciamos la prueba se confesaba nuestro mérito, y no se hallaban palabras bastantes para aplaudir á los españoles en boca de todos los grandes potentados á quienes aquel coloso habia hecho sucumbir, vencido que fué y rehechos estos, desconocieron ingratamente nuestra cooperacion muy principal á la victoria, y por despojos de ella nos repartieron el desprecio, el ultraje, y por último la esclavitud. Hé aquí otra anomalía de las que tanto abunda nuestra nacion. Ella habria doblado su cerviz, esto no admite disputa, ó á lo menos yo no la estableceré, si sola hubiera de haber lidiado contra Napoleon, porque por mas patriotismo que tuvieran sus

proveyese á esta necesidad del clero y de los fieles, propio cuidado de su ministerio de religion, teniendo presente el estado de la provincia y la imposibilidad en que se hallaba el clero de concurrir personalmente á la residencia de la autoridad episcopal á obtener la ampliacion de sus licencias.

El gobernador del obispado, D. Miguel Marco, era un eclesiástico de suma virtud. Al momento convino en dar y conceder á todos los sacerdotes del obispado que tenian en él las licencias dichas de celebrar, confesar y predicar, el que pudieran continuar y usarlas por todo aquel año sin necesidad de revalidarlas. Yo le escribí

hijos, nunca en la pobre situacion en que se halló cuando fué atacada, su union podia tener un concierto tan pronto como necesario era para repeler seiscientas mil bayonetas que de golpe podia echarnos encima para dominarnos, y nos fué por tanto muy útil el auxilio que debimos á otras naciones.

Mas asi como no creo yo que haya un español que deje de reconocer el favor que con este auxilio recibimos, y muy particularmente de la Gran Bretaña, razon fuera que se hubiese tenido mas cuenta con los sacrificios que hicimos los españoles, y con la abundante sangre que derramamos por libertar á la Europa del peso con que la oprimia aquel célebre y celebrado hombre. En España principió su estrella á perder de su altura y brillantez, y sin recuperar lo perdido fué á Rusia, extremo opuesto en Europa, á quedar caida y enteramente opaca. Sin aquel mortal golpe, que le vino de los elementos mas que de sus contrarios en armas, la lucha en España seria mas duradera y de resultados penosos. Hora era al cabo de seis años que tuviera término tanta devastacion, tanta pérdida de fortunas, y tanto derramamiento de sangre; pero desventura fué y grande para la nacion que esta conclusion fuera tan ingrata y desconocida á sus merecimientos.

el 15 de abril, y ya el 17 me contestó haciendo esta concesion. Tan tímido como virtuoso, me rogaba mucho en su contestacion que este asunto se tuviese en la mayor reserva para no comprometer su persona. Propúsele, á virtud de los temores que observé en él, que saliese de Pamplona y viniese á mi cuartel general ó al pueblo de la provincia que le acomodase, donde mas libremente pudiera desempeñar su ministerio; y habiendo hallado oportuna la indicacion, le envié una escolta en dia convenido á las inmediaciones de Pamplona. Salió de la ciudad en traje ordinario como de paseo, y protegido de aquella, se presentó en mi cuartel general, rebosando alegría de verse, decia, en país libre.

Con la fecha del 17 del mismo mes de abril expidió la Regencia los despachos de mariscal de campo en mi favor, y de brigadier al de Cruchaga, mi segundo, en prueba de lo gratos que eran nuestros servicios, y particularmente en atencion al distinguido mérito que habiamos contraido en la gloriosa batalla dada y ganada á los enemigos el dia 11 de enero por la division de voluntarios del reino de Navarra de mi mando. Poco disfrutó de esta merecida gracia mi malogrado compañero Cruchaga, pues á la vuelta de cincuenta dias le vimos perecer al golpe de bala de cañon disparada por el enemigo.

Preparado yo para marchar á Aragon con el fin de pedir razon de su conducta al Malcarado Tris, previnele que con su partida se reuniese al comandante de húsares D. Miguel Iribarren, que se hallaba en aquel reino; y el 22 de abril, sin mas aviso, me presenté en el pueblo de Robres, donde estaban. Malcarado receló de mi

ida, y así lo daba á entender en su semblante. Creí tranquilizarlo por el pronto con demostraciones de aprecio, y para mas inspirarle confianza le encargué aquella noche que con su gente cubriese los puntos de atalaya avanzada del pueblo para impedir toda sorpresa del enemigo, sin perjuicio de que Iribarren por su parte no descuidase otras medidas de precaucion. Propúsome además Tris, con toda la astucia de una alma depravada, que creia conveniente para mayor seguridad enviar á Huesca uno de sus confidentes, á fin de que observara si la guarnicion enemiga de aquel pueblo hacia algun movimiento, y en el caso de hacerlo diese pronto aviso. Convine en la propuesta, y de buena fe, con esta mayor confianza, nos echamos todos á descansar.

Pero resultó que en lugar de la comision de observar, llevó el confidente de Tris la de hacer mover las tropas que habia en Huesca, y antes de amanecer del otro dia ya teniamos sobre Robres ochocientos infantes y ciento cincuenta caballos de la division Panatier, que de Navarra se habia corrido á Aragon. Adelantáronse algunos caballos, conducidos por el confidente enviado por Tris, y esta fué mi fortuna: rodean mi alojamiento, dispiértome al ruido que sentia en la calle, me asomo á la ventana, y veo que los enemigos forcejean la puerta de la casa; llamo á mis asistentes, y corro á las armas. Mi maletero, Luis Gaston, á mis voces corre á la puerta y medio la abre para observar lo que habia; llego yo á ella al tiempo que uno de los húsares franceses hacia empeño de entrar con su caballo; deténgole yo, dando al caballo con la tranca de la puerta, y recibiendo en ella varios golpes de sable, con los cuales he llegado á en-

tender que el dueño de la casa la enseñaba después como una curiosidad. Arremolínanse otros cinco caballos que estaban próximos á la puerta, con los movimientos del primero, y cejan algun tanto, dando lugar con esto á que yo pudiera cerrar la puerta y se me preparase el caballo; montado ya en él, hago al patron que abra la puerta enteramente, salgo con precipitacion, seguido de algunos ayudantes que alojaban en la misma casa, y de un tajo de sable hiero malamente en un brazo al húsar que estaba mas próximo á mi salida; meto el caballo calle adelante, dando grandes voces á mis soldados; atúrdense estos, corren unos sin caballos hácia donde suena el grito, otros montados en pelo y muy á la ligera de ropas, otros sin armas, y todos confusos y atolondrados. Y para que los mas puedan lograr su salida entretengo á los enemigos corriendo de uno á otro lado, y sosteniendo sus ataques con un puñado de valientes que de pronto lograron unírseme. Poco después Iribarren, Gurrea y otros mas se me reunen, y con ellos hago mas frente al grueso de la caballería enemiga, y rechazo algunos grupos de ella; y cuando llegaba su infantería dejé el pueblo, y cada cual de los que me acompañaban tiró por donde pudo; los que se vieron imposibilitados de salir quedaron hechos prisioneros, y entre ellos mi maletero, Luis Gaston. Logré rescatar á mi ayudante secretario, el capitan D. Felix Boyra, que se vió muy apretado por un trozo de enemigos, pero tenia serenidad y brio; y acostumbrado á salvar peligros, aunque herido, con mi auxilio se desembarazó de ellos y vióse libre de sus garras.

Lleno de cólera, aguardé no lejos del pueblo á que los

franceses lo desocuparan, viendo que no aparentaban seguirme; y en efecto, antes del mediodía se volvieron á Huesca con el botin de todos nuestros despojos, con sesenta soldados mios prisioneros y otros tantos caballos, cuyas monturas y lanzas quemaron en la plaza; finalmente, rescataron una porcion de prisioneros que dias antes habia hecho Iribarren atacando un convoy. Todo este fracaso nos vino de la traicion de Tris, *el Malcarado*, mezclado tal vez con otros cómplices. Por de contado intercepté el parte del alcalde de Leciñena, firmado por él y por el cura del lugar, dando noticia de la sorpresa al comandante de armas francés de Zuera, y de que muchos de los dispersos se dirigian á pasar el rio Gállego por aquella parte, y le invitaban á salirles al encuentro; y á mas de este documento, el hecho fué confirmado por los mismos á un oficial disperso de la division, que se fingió francés extraviado de la columna la noche anterior. Tris fué visto durante la refriega, pero se supo pronto que por la noche habia desaparecido del pueblo; y lejos de seguirme en mi salida, como pudo hacerlo, no se me presentó hasta el dia siguiente.

Apenas el enemigo habia desocupado el pueblo, volví yo á el: me encontré un espía de los franceses venido de Zaragoza, y lo hice fusilar; averigüé el descuido ó la mala intencion de no haber dado aviso de los movimientos de los franceses, teniendo tiempo y ocasion para hacerlo, conforme les estaba mandado, de tres alcaldes ó regidores de los pueblos por donde transitaron y en donde hicieron alguna mansion, y sufrieron tambien aquella pena; igual suerte experimentaron el cura y alcalde de Leciñena, después de recibida informacion en

regla acerca de sus sentimientos y procederes, de la cual resultaron probados los malos hechos que se les imputaban; por último, hice fusilar á Tris, después de convencido de su delito de traicion, y le acompañó un criado que tenia, á quien antes de la guerra jurídicamente se le habian probado dos muertes: estos últimos sufrieron la condena en el pueblo de Alcubierre (1).

Mes de mayo.

Yo no sosegaba hasta proporcionarme los medios para un desquite de lo sucedido en Robres: la mayor parte de los extraviados que iban acudiendo, con cuyo objeto tambien permanecí por aquellas cercanías, habian perdido sus armas, y me fué preciso coustruir sesenta lanzas en el pueblo de Sariñena, que se verificó en veinte y cuatro horas. Contada mi gente, me hallé con ciento y cincuenta jinetes útiles, y eché á andar con ellos, recorriendo el país; y despues de una pequeña escaramuza, sostenida al llegar á Barbastro el dia 2 de mayo (memorable para España), hallándome con la indicada fuerza

(1) Entre los papeles que he recogido después de la muerte de mi esposo se halla un manifiesto impreso en el año de 1812, escrito y publicado por el difunto general D. Miguel Iribarren, que entonces era comandante de húsares de caballería de la division de Navarra, que abraza principalmente la relacion del suceso de Robres. Y como advierto que no contiene ninguna otra circunstancia que las que Mina refiere en sus *Memorias*, me ha parecido conveniente no insertarlo aquí, por evitar repeticiones que harian pesada la relacion de este suceso.

(Nota de la Editora.)

en Peralta de Alcolea, vino á buscarme el enemigo con doscientos cincuenta caballos y ochocientos infantes, sin duda creyéndome débil, como en efecto lo estaba, para resistir á tanto número. Cerca de los Puentes del Rey una parte de su caballería me dió una embestida, de que salió muy escarmentada, pues perdió en ella un comandante, algunos oficiales y de cuarenta á cincuenta soldados. No me cegó este pequeño triunfo: veíame perdido si la infantería llegaba á tiempo de envolverme, y llamé á retirada, que la dispuse haciendo que los lanceros marchasen flanqueando los costados; coloqué en el centro á los que iban desarmados, y yo con los mejor montados, que podian hacer mayor resistencia, me coloqué á retaguardia. Tres horas marchamos en este órden, con el enemigo detrás á poco menos de tiro de pistola, sin determinarse al ataque. Llegados á Cabo de Saro, hice dar un trote á toda mi gente, cree el enemigo oportuna la ocasion y toca á degüello; vuelvo caras de repente y repito el toque; y revueltos ya unos con otros con el respectivo movimiento, les entramos con tal coraje y furor, que en pocos minutos quedaron destrozados enteramente sobre setenta hombres, entre muertos y heridos, y los demás huyeron todos despavoridos. Rescatamos varios de los caballos que nos habian tomado en Robres, que sin duda por mejores que los suyos los pusieron ya á hacer servicio. Perdida por el enemigo la esperanza de darme un nuevo alcance, se volvió á Huesca, de donde procedia.

Los soldados de caballería que Tris tenia á sus órdenes quedaron incorporados en la caballería de la division, y de los infantes formé la base de un batallon, que

deberia llamarse 1.º de Aragon y 6.º de la division navarra. Tal empeño hubo por parte de los fieles aragoneses á tomar plaza en él, que antes de concluirse el mes de mayo, en el que habiamos entrado, ya estaba completo el batallon y habilitado con armamento que se le facilitó por la division. Este batallon nuevo bien pronto en sus escaramuzas con el enemigo rivalizó en pruebas de valor con los demas de la division, y produjo tal entusiasmo su buen deporte en el país, que á muy poco tiempo que la Regencia me confirió el mando del alto Aragon pude formar otros dos batallones con gente de él, que se titularon 2.º y 3.º de Aragon y 7.º y 8.º de Navarra. El mando del que se formó primero lo dí á D. Joaquin Depablo, conocido despues mas comunmente con el dictado de *Chapalangarra*.

Como todos los dias estábamos en continuo fuego con el enemigo, y mis provisiones de municion eran escasas, me veia apurado de ellas. Las fábricas que tenia establecidas daban muy poco, porque ni habia materiales suficientes, ni seguridad en los fabricantes. Trabajaban de dia, y por la noche tenian que abandonar sus talleres, por el riesgo que corrian de ser sorprendidos: de modo que andaban á salto de mata, como suele decirse, para librarse de caer en manos del enemigo. Este, por otra parte, no carecia de buenos confidentes, porque el interés arrastra á todo hombre que no conozca la virtud del patriotismo, y por desgracia abundaron en aquella guerra en demasía: muchos pagaron con la vida las traiciones que nos hacian, mas nunca faltaban reemplazos al francés, que en punto á policía no necesita que nadie le aleccione, y por lo comun sus agentes en este

ramo no hacen grande prueba de moralidad. Así que, fabricantes de pólvora, constructores de prendas de equipo y de guerra, aduaneros y confidentes, todos durante el tiempo de la guerra la mayor parte de las noches mudaban de albergue, y dormian cuando en poblacion, cuando en molinos, cuando en ferrerías, cuando en caseríos, cuando en chozas de pastores, cuando en corrales, mezclados con el ganado, cuando en un monte, cuando en otro, y cuando en cuevas; siempre cambiando. Siendo pues escasa la municion que obtenia en el país, no pudiendo ocuparnos todos los dias de matar enemigos para apoderarnos de la que llevasen, ni teniendo el recurso de acudir por ellas, como antes, á los puntos de Lérida y Valencia, de que se habian apoderado los franceses, llamaba sin cesar á todas las puertas que podian facilitármelas, pidiendo con encarecimiento que me socorriesen con ellas; de alguna me proveyó el general en jefe, Sr. Mendizabal, por conducto del coronel Longa, pero insuficientes para mis necesidades. Por fin tuve aviso de que me esperaba una buena remesa en las costas de Cantabria, y hube de marchar per ellas con todas mis fuerzas. ¡Ojalá nunca hubiera llegado el caso de emprender tal expedicion, pues en ella perdí mi mejor amigo, la division su mejor soldado y jefe, y la patria un hijo que podia contar entre sus mas útiles y dignos!

Dejando ordenadas las cosas en Aragon, pasé á Sangüesa á preparar la marcha para recoger las municiones; de allí fuí á Estella, dejando prevenido al comandante Gorriz que mientras yo me dirigia á la costa llamase la atencion del enemigo, haciendo alguna diversion por las

inmediaciones de Pamplona con su batallon 3.° Emprendida la marcha desde Estella el dia 16 de mayo, en Segura se me presentó D. Gaspar Jáuregui á darme noticia que una columna francesa de dos mil trescientos infantes y ciento ochenta caballos, á las órdenes del baron D'Arquieu, conducia un tren de artillería gruesa desde Villareal á Vitoria, y al atravesar el camino real nos encontramos con ella. Fué nuestra intencion apoderarnos del convoy. Quedó Cruchaga mandando la infantería, y yo con la caballería me dirigí á colocarme á retaguardia del enemigo para impedirle la huida. Marchaba aquel al ataque; el enemigo se preparó y disparó algunos tiros de cañon, y una bala que podia decirse perdida y fria, en su descenso inutilizó las dos manos al valiente Cruchaga, que cayó mortal del caballo. Esta novedad trastorna nuestras filas; todos los soldados corren sin órden á la novedad, y los enemigos, que los ven en confusion, aprovechan el momento y los acometen. No habia serenidad para contrarestarlos, y además mis soldados se hallaban sin municiones: fué fácil en este caso á los franceses batir á la division y llevarla en huida hasta Segura. Municionados allí con toda celeridad, y á la voz de que estaba Cruchaga en riesgo de ser cogido, corren mis valientes, y á paso de carga hacen volver la espalda á los enemigos y los siguen hasta mas allá de Ormaisteguis, á tiempo que yo los esperaba con mi caballería. Pero no pude sacar todo el partido que me prometí, porque, noticioso entonces de lo ocurrido á Cruchaga, mandé cesar el fuego, y retiréme al punto donde este habia quedado. Los franceses continuaron su marcha, llevándose sesenta carros de heridos á Vitoria y dejándose en

el campo mucho número de muertos ; no fué floja mi pérdida en este dia, y sensible sobre todo la desgracia de Cruchaga, que solo él valia por muchos.

Hícele retirar á Alsama en muy mal estado. Al siguiente dia, 17, con cuatro compañías me dirigí yo al puerto de Zumaya, donde recibimos aumento, y para no retardar la vuelta cada soldado tomó dos fusiles al hombro, dejando preparados los demás artículos para cuando fueran las brigadas á recogerlos. De este modo andando sin parar, pasando por Amezqueta, fuimos á reunirnos con los batallones en Echarri-Aranoz. Dirigiéndolos desde allí á Cegama, marché yo á observar la amputacion que se determinó hacer á Cruchaga, y verificada, dispuse fuese conducido al alto del monte Aralar, donde se halla el santuario de San Miguel de Excelsis ; pero andando por sus cercanías una columna enemiga, sus conductores lo abandonaron en un paraje de poco resguardo, donde estuvo recibiendo un fuerte golpe de lluvia, y á poco tiempo después de haber vuelto por él, falleció.

¡ Malogrado jóven, acreedor á mas vida por su ardiente amor patrio ! ¡ Pérdida para mí irreparable, y de trascendencia para los sucesos de la causa nacional en Navarra, y que la division no dejó de llorar hasta que fué disuelta ! Era tal el odio que su corazon abrigaba contra los traidores enemigos que para mal de la España habian venido á alterar su paz, que nunca se saciaba de batirse con ellos. Ni tres ni cuatro juntos imponian á su espíritu y diestro manejar del arma : no se encontró en accion que no buscase estos compromisos parciales, imprudentes á las veces, como que llevaba

ya recibidas cuatro gravísimas heridas por tales arrojos, y por eso hubo de sufrir serias reconvenciones de mi parte, pero irremediables en su fogosidad y en la oposicion que tenia á nuestros verdugos. A los veinte y siete años de edad dejó de existir; se halló en mas de ochenta acciones de guerra, la mayor parte de consideracion, y apenas media docena le fueron desgraciadas; en todas las demás adquirió laureles, y obtuvo alabanzas generales y mercedes de reconocimiento del alto Gobierno nacional. Naturaleza le habia dotado con prendas de espíritu poco comunes y de un personal atrayente. Morigerado en sus costumbres, sobrio, desinteresado, franco, cautivaba los corazones, y era el embeleso y el alma de la division de Navarra. Si esta hizo prodigios en la guerra los debió en gran parte á la escuela de Cruchaga, y... ¡terminó su carrera!... Y fué honrado por los padres de la patria, declarándolo benemérito de ella, mandando que se le pusiera y considerase como presente en las revistas que pasase la division, y reservándose para después de evacuadas las formalidades prevenidas en el reglamento de la órden de San Fernando, decretar los demás premios á que se hubiese hecho acreedor por sus virtudes militares. Su nombre fué inscrito con letras de oro en el salon de las Cortes: ejemplar primero de tan ilustre distincion, á la cabeza de la cual era muy digno de figurar el honrado patriota y soldado valiente D. Gregorio Cruchaga.

Fundado en lo conveniente que seria para conservar la energía del regimiento 2.º de mi division, de que el difunto era jefe, que su nombre estuviera en él siempre presente, y aun una imitacion próxima en lo perso-

nal, busqué entre su familia aquella figura que mas se le pareciese, y quise que se ensayara en la ocasion primera que se presentase de batallar con el enemigo. Su hermano D. Juan José era el que mas se le asemejaba : jóven de veinte y un años, que corria con el cuidado de los ganados de su casa, muy bien acomodada entre las del país, y muy antigua ; no pasaron muchos dias sin que se expusiese á la prueba, unido al batallon que mandó el difunto, y en ella se le vió exceder en sangre fria y tino á lo que podia prometerse de un jóven que por primera vez se batia.

Contento el batallon con la adquisicion de este recluta, lo vió con gusto á su cabeza á los pocos dias. Lo propuse para comandante del cuerpo, y fué aprobado por la superioridad, con mucho contento de toda la oficialidad, que apetecia no faltara en él el nombre de su digno comandante primero : solo de este modo podia yo corresponder á su memoria. El nuevo comandante fué en sus hechos imitador fiel de su antecesor, y justificó de atinada la eleccion.

Tambien este bello jóven murió en los mejores años de su vida. Hallábase en el de 1822 de teniente coronel mayor de un regimiento de caballería ; levantada la faccion en Navarra, como práctico en el país y de prestigio, fué enviado á desbaratarla, y lo consiguió, dejándola reducida á muy pocos hombres, y estos repartidos en grupos sueltos de tres y cuatro ; perseguia á estos con dos solos asistentes y corria todos los pueblos de la provincia. En una de estas correrías llegó al de Aldunate, y apenas se habia apeado y despojádose de sus armas, cuando un tal Armengol, cabo ó dependiente que

habia sido del resguardo militar, que lo acechó con tres ó cuatro facciosos mas, se echó de repente sobre la casa en que alojaba, y lo asesinó. ¡Villano! Y para que se vea la diferente conducta del partido liberal, este mismo Armengol fué después sorprendido y muy mal herido; se le condujo al hospital de Pamplona para su curacion y procesarlo después; se puso el mayor cuidado en su asistencia, y continuó disfrutando en el hospital hasta de regalos, sin que la autoridad cuidase de averiguar si estaba ó no en disposicion de ser juzgado. Y el dia que se rindió la plaza á los franceses y á los facciosos en union, se le vió correr por las calles apoyado en dos muletas, insultando á todos los hombres de bien y clamando por sangre y exterminio de los liberales. Hubo mas: pidió alojamiento para sí y su larga familia, y alternó á capricho en la mayor parte de las casas de los co prometidos, haciéndose asistir con cuanto necesitaba para la curacion de sus heridas. ¡Bien merecida paga de tanta indulgencia insensata!

En el tiempo mismo que nuestra columna perdia en Cruchaga el mejor de sus soldados, Gorriz con su batallon 3.º llamaba la atencion del enemigo sobre Pamplona, como le habia prevenido.

Después de diferentes marchas, el 23 por la noche salió de Lumbier y amaneció en la villa de Ugarte, tres cuartos de legua de aquella plaza, y desde allí envió á los arrabales varias compañías, que se tirotearon con los de la muralla. Salieron á desalojarlos de allí setecientos infantes enemigos, apoyados del competente número de caballos; reunió Gorriz su gente en el camino de la plaza á Villaba, y allí los esperó en batalla. Tuvieron dos ho-

ras de fuego, murieron quince franceses, y recogieron treinta y seis heridos. Gorriz, segun el contenido de su parte, tuvo cinco hombres fuera de combate, entre ellos dos de sus asistentes, y volvió á Ugarte, entrando en el pueblo en formacion y al compás de la música, mientras los enemigos se recogian á la plaza desbaratados.

Creyeron los franceses que la muerte de Cruchaga tendria desanimada á la division, y trataron de aprovecharse de este desaliento; pero viéronse engañados en sus conjeturas y esperanzas. Nunca vi en mis voluntarios ni mas fuego ni mas deseo de venir á las manos con los enemigos, para vengarse en ellos de la muerte de su segundo jefe.

Súpose el 22 que Abeé se dirigia á atacar al 5.° batallon, que se hallaba en San Vicente de Arana; y despreciando temporales, cansancio, hambre y mal calzado, trepamos la sierra de Andía, y pudimos llegar el 23 á tiempo de aleccionar de nuevo á aquel general. La víspera el comandante Fernandez se sostuvo bien y lo entretuve hasta nuestro arribo.

Al siguiente dia, no considerándose el enemigo bastante fuerte para resistir á la division, emprendió su marcha hácia Santa Cruz de Campezu; mas no pudo evitar el choque, pues se le alcanzó y batió completamente, y aun se le persiguió sin cesar hasta que ya fué preciso dar descanso á mi tropa, que nunca se manifestó mas indiferente á toda clase de privaciones. Llegó á Pamplona Abeé con su columna tan disminuida y desalentada, que tuvo que confesar, para no desmentir la vista del público, que habia perdido cuatrocientos hombres: no era costumbre en él ni en los demás generales fran-

ceses exagerar sus pérdidas, y debe creerse, por tanto, que algunos mas hombres le quedarian fuera de combate. Yo tuve dos oficiales muertos y uno herido, diez y ocho soldados muertos, y pasados de cincuenta heridos. No me es posible describir la furia con que mis soldados acometian á los enemigos: acalorados en la refriega, imposible era contenerlos. Su propia existencia era forastera en su imaginacion; la venganza dominaba enteramente en ella, y habrian quedado satisfechos en aquel momento, á no haberse renovado en la division el sentimiento causado en ella por la muerte de Cruchaga, con la noticia de que el baron D'Arquieu, cuya columna fué la que hizo aquella muerte, habia avanzado hasta Santa Cruz de Campezu con mil ochocientos gendarmes de la Guardia Imperial y doscientos caballos. Presentéle la batalla el 25: se peleó de ambas partes con bravura, y en el calor de ella recibí una herida de bala de fusil en el muslo, que se presentó de cuidado. Separáronme del campo, y Gorriz, que quedó mandando, tocó retirada cuando ya anochecia. Mis batallones quedaron acampados, y el enemigo en el silencio de la noche levantó sus campos y marchóse bien escarmentado. D'Arquieu era el afortunado entre los generales franceses, pues consiguió dar muerte al segundo jefe de la division y herir muy de peligro al primero.

Mes de junio.

Antes de curarme de la herida recibí aviso oficial del Ministerio de haberme nombrado la Regencia del Reino segundo general del sétimo ejército.

Fuíme á Leache, como punto mas seguro para mi curacion, donde recibí varios partes de los comandantes de batallon sobre los movimientos y operaciones de sus cuerpos respectivos.

D. Joaquin Depablo, que lo era del mandado formar en Aragon tuvo ya un brillante encuentro con una columna francesa antes que se hallara enteramente organizado. En la noche del 28 al 29 de mayo en combinacion salieron de distintos puntos cuatrocientos setenta infantes y setenta caballos, con ánimo de sorprenderlo en el lugar de Tiermas, pero tuvo lugar de retirarse á la espesura del monasterio de Leyre. No encontrándolo en Tiermas los enemigos, retrocedieron, y cada trozo se dirigió á su acantonamiento respectivo. Aprovechóse de esta diseminacion el comandante Depablo: atacó á uno de los trozos, y ninguno de sus enemigos se salvó; mató á diez y seis é hizo prisioneros á cincuenta y cuatro, que componian toda la fuerza de la columna, con dos cajas de guerra.

D. Francisco Ignacio de Asura, comandante del batallon 4.°, encargado de operar en la carretera de Pamplona á Roncesvalles, con noticia que tuvo de que trescientos franceses volvian de la fábrica de Orbaiceta al pueblo de Zubiri, los esperó en posiciones, y un incidente fué causa de que no quedaran todos en su poder, segun las medidas que tenia tomadas: hubo de romper el fuego antes de tiempo, y el resultado de la accion fué quedar en el campo muchos enemigos muertos, diez y seis prisioneros, y haber vuelto en precipitada fuga hasta Roncesvalles ciento cuarenta y tres hombres de los trescientos de que se componia la columna. Asura, se-

gun su parte, no tuvo mas que un oficial y un soldado muertos.

El comandante Gorriz, desde Etayo, en el valle de Ega, merindad de Estella, me decia con fecha 10 de junio: «Que estando de observacion sobre la columna de »granaderos de la Guardia Imperial á las órdenes del ba»ron D'Arquieu, supo que, contramarchando desde la »Amezcua, iba á descolgarse al valle de Lana; que sin »perder instante se dirigió él al bosque de Zúñiga para »comprometerle en la llanura de Santa Cruz: pero que, »receloso el enemigo, excusó la accion y fué á salir á re»taguardia, colocando en las espesuras del tránsito dos »emboscadas, que al pasar las dos primeras compañías »del batallon 3.º recibieron dos descargas, que causaron »dispersion; mas la continencia del batallon 2.º y la »presencia de la caballería bastaron para que los dis»persos se rehicieran en el momento; que el enemigo no »se atrevió á abandonar el bosque y los árboles, á pesar »de provocarle presentándole batalla en el llano; que »visto esto, ordenó que el mayor Ulzurun, con el 1.º »y 5.º batallon y cuarenta caballos fuese á ponerse á re»taguardia del contrario, y en el intermedio se le entre»tuvo con un fuego bastante vivo. Llegado Ulzurrun al »punto demarcado, desplegó sus guerrillas y colocó dos »compañías, á las órdenes del capitan D. Juan de Villa»nueva (conocido por Juanito el de la Rochapea), en »disposicion de acuchillar al enemigo al salir de la gua»rida, pero no se consiguió esto; y como se acercase ya »la noche, mandó retirada, resuelto á hacer á la ma»ñana siguiente el mayor esfuerzo para acabar con toda »la columna enemiga.

»Pero sus planes no pudieron ponerse en ejecucion, »porque el enemigo descampó por la noche con tres- »cientos cincuenta hombres de baja, el baron D'Ar- »quieu con un balazo en la rodilla, y moribundo su se- »gundo, que no pudo pasar del pueblo de Armañanzas, »donde al dia siguiente falleció. Tuvo Gorriz algunos »muertos, entre ellos el ayudante del batallon 3.°, Don »Lorenzo Ros, y treinta y cuatro heridos.»

Las partidas que recorrian la parte de Aragon, en dos pequeños encuentros mataron veinte enemigos y tres caballos, les tomaron doce caballos y catorce mulas; y las de la parte de Tudela incomodaron bastante á la division italiana Palombini. Perdió esta varios hombres, y otros se le desertaron y tomaron partido en mi division.

Y sobre todos estos daños que frecuentemente iba experimentando el enemigo, lo que mas le afligia era la estrechez, cada dia mayor, del bloqueo de la plaza de Pamplona. La tenia enteramente circunvalada con destacamentos de muy corta fuerza, que á nadie dejaban entrar en ella, y únicamente salian los franceses en columna. Los efectos de mi bando de 14 de diciembre se hacian ya sentir, por las grandes escaseces que se experimentaban en aquella ciudad de toda clase de artículos; y era preciso que al cabo de tiempo el hambre y otros apuros influyesen para su rendicion, á no venir grandes fuerzas que hiciesen levantar el riguroso bloqueo que sufria.

Mes de julio.

Algo mejorado de mi herida, teniendo precision de recoger en la costa muchas cargas de municiones, quise

verificar la operacion sin estrépito de tropa. Hice marchar al oficial D. Agustin Apetezguría, diestro en la materia y arrojado, con encargo y órden de ir recogiendo por todos los pueblos del tránsito é inmediatos cuantas caballerías de carga hubiese en ellos; marquéle el camino que habia de llevar hasta la costa, punto en que habia de cargar las municiones, y sitios para su vuelta, fijándole asimismo el tiempo que debia emplear en toda su comision hasta dejar en salvo las municiones. Hecho esto, monté á caballo el dia 1.° de julio, y con la caballería y los batallones 1.°, 2.° y 5.° me dirigí hácia la ciudad de Vitoria, que era el único punto de donde pudiera salir tropa enemiga para interceptar las municiones que debian recogerse. La dí vista el 4 á las doce del dia, y desde luego tomé posiciones y puse avanzadas que guardasen los caminos. Hallábase dentro el general Caffarelly, y la presencia de mis batallones produjo un movimiento de agitacion en la ciudad, cuyos resultados fueron colocar muchos cañones en los puntos de entrada, y salir al campo crecido número de tropas al mando de ocho generales: Esperé bien prevenido á que me atacasen de firme en mis posiciones, pero se contentaron con pequeños choques, teniendo por mas prudente hacer jugar de lejos las nueve piezas de artillería y dos obuses además con que se acompañaban. Algun daño me causaron, mas donde mis voluntarios pudieron acercarse al enemigo y arremeterle pecho á pecho, le llevaron mucha ventaja, y para cada hombre que yo perdí, tres menos de los enemigos volvieron á Vitoria, de cuyas tapias, que no habian dejado muy atrás, volvieron á guarecerse á las seis de la tarde. Yo no me moví del

punto hasta que recibí aviso de que las municiones estaban ya en salvo, y los franceses tampoco se movieron de la ciudad mientras yo permanecí á su vista.

Nada provechoso me fué el ejercicio que hice en la expedicion á Vitoria, pues la herida volvió á abrirse, y debí nuevamente retirarme á hacer mejor la cura, y en todo el mes de julio no logré verme en disposicion de montar á caballo sin riesgo de recaida. Encargué á Gorriz, que me sustituia en el mando, que hiciese presente á la division las dos cartas siguientes que recibí en aquel tiempo.

Primera. — «Tengo el honor de remitir á V. S. el ad»junto pliego que S. A. R., mi ama y señora, nuestra »serenísima infanta D.ª Carlota Joaquina de Borbon, se »digna confiarme para trasmitir, ó poner en su poder »personalmente si las circunstancias lo permitiesen. — »La distancia en que se halla V. S. de esta plaza, y los »negocios que por órden de la misma serenísima señora »debo de evacuar en ella, me privan de la satisfaccion »que tendria de verificar esta entrega en su propia ma»no; pero siempre es grande la complacencia con que »aprovecho esta ocasion para felicitar á V. S. por los »prósperos efectos con que se distinguen sus empresas »militares; dignas en todo tiempo de la gratitud nacio»nal y de la afectuosa consideracion con que tengo el »honor de ser de V. S. su muy atento servidor y humil»de criado. — Cádiz, 19 de julio de 1812. — *José Pre»zas*. — Sr. D. Francisco Espoz y Mina.»

Segunda, de propia letra de la Sra. Infanta. — «Los »importantes y heróicos servicios con que en la presente »revolucion has defendido los derechos de nuestra ama-

»da patria y del trono de mi muy querido hermano Fer-»nando ejecutan mi especial gratitud. Creo de mi deber »en esta ocasion darte las mas sinceras gracias por el »celo infatigable con que has distinguido tu fiel conduc-»ta; y no siendo menos recomendable la de los fieles »españoles que militan bajo tu direccion y órdenes, te »ruego y encargo que al recibir esta les hagas pre-»sente las mas afectuosas expresiones de mi reconoci-»miento. — Dios te guarde muchos años. — Palacio del »Rio de Janeiro y 2 de marzo de 1812. — Tu infanta, »*Carlota Joaquina de Borbon.* — A D. Francisco Espoz y »Mina.»

Reducidas las fuerzas de los enemigos en Navarra por la necesidad que tuvieron de reforzar sus ejércitos de las provincias del interior de España, disminuidos por la marcha á Francia de varios cuerpos y por las continuas bajas que experimentaban, ocasionadas por el clima, abatimiento y frecuentes escaramuzas cuando mas apretados andaban por los ejércitos aliados, pude distribuir mis batallones por toda la provincia, marcando á cada cual el radio en que debia operar, sin perjuicio de reunirse ó subdividirse todavía segun lo indicasen las necesidades; siendo el primer objeto de todos el causar el mayor mal posible al enemigo, sin reparar en medios. Y como todos los individuos de la division estaban animados de un mismo espíritu y obraban por un mismo impulso, nada me dejaron que desear en todas las operaciones que tuvieron lugar en el tiempo que me vi privado de dirigirlas en persona puesto á su frente.

Mes de agosto.

Desde los últimos dias del mes de julio hasta la mitad del de agosto, simultáneamente en los diferentes puntos que ocupaban los batallones, hubo choques constantemente ventajosos á nuestras armas, y la razon de esto la encuentro yo muy obvia: mis voluntarios cada dia se hacian mas guerreros, y buscaban con ansia ocasiones de batirse, marchando con la segura confianza de la victoria, elemento el mas á propósito para ser vencedor; y al contrario, los franceses, si bien no les faltaba la cualidad de soldados de subordinacion, cada dia experimentaban nuevos desastres, veian disminuirse sus filas, su espíritu se abatia, y ya entraban en la lid con desconfianza, indicio mortal de ser vencidos. Así es que con mucho menor número de tropas hizo frente el batallon 6.°, que operaba en Aragon, en dos encuentros á dos distintas columnas enemigas, causándolas muchas bajas. Además este batallon 6.° impedia con sus acertados movimientos que los franceses de Aragon introdujesen granos en los puntos fortificados que ocupaban.

El batallon 5.° de Alava y Rioja conseguia tambien ventajas en todas las ocasiones que se presentaban de llegar á las manos con los enemigos; y á las puertas mismas de Pamplona cometió el arrojo de posesionarse ó destruir el fuerte de la casa Colorada, á dos tiros de fusil de la plaza, construido para estar en él de avanzada los españoles que llamábamos renegados ó de Chacon. Esta intentona, que llevaba el doble objeto de hacer conocer á la guarnicion de la plaza cuál podia ser su situa-

cion cuando los voluntarios se atrevian á provocarla tan de cerca, fué hecha por los batallones 1.° y 3.° y la caballería, teniendo en posicion el batallon 4.° del lado opuesto de la plaza; y si bien no se logró dar fin con el fuerte de la casa Colorada, á cuya defensa acudió la mayor parte de aquella, se escarmentó bien á esta, pues murieron en la refriega, que fué tenaz y firme, un coronel, tres oficiales y cuarenta y cinco soldados, y retiraron muchos heridos. Mis batallones tuvieron tres muertos y veinte y tres heridos.

El 13 de este mes tres compañías de mi caballería y batallon 3.°, que se hallaban en la villa de Obanos, se movieron á encontrarse con una columna de seiscientos infantes y cuarenta caballos que salian de Pamplona á recoger vituallas. La infantería de esta columna hizo alto en el pueblo de Cizur, á la vista de Pamplona, y casi bajo del cañon de sus murallas, y la caballería toda se adelantó hasta el lugar de Astrain. Allí fué acometida por la mia, y poco tardó en huir la enemiga á guarecerse de la infantería; pero cortada á la mitad del camino, á pesar de su valiente resistencia, fué enteramente deshecha: el oficial que la mandaba, veinte y ocho individuos y los cuarenta caballos quedaron en poder de mis voluntarios; el resto de hombres murió allí mismo. Testigo la infantería de esta catástrofe, que no pudo evitar, porque fué obra de un momento, se volvió á la plaza llena de asombro, sin un grano de lo que habian salido á recoger.

Todavía el 16 el general Abeé salió en persona por el mismo paraje y con el propio intento, con mil doscientos infantes, doscientos caballos y dos cañones. Como yo

tenia siempre mis confidencias anticipadas, hice marchar á su encuentro de Puente la Reina, donde yo me hallaba, y de Obanos, á los batallones 1.° y 3.°, seguidos de ciento cuarenta caballos. Tropezáronse ambas huestes en el pueblo de Astrain, y al instante comenzó la batalla, sosteniéndose el fuego por las dos con igual teson, y al cabo de dos horas marcó el enemigo su retirada y siguióle mi tropa hasta el pueblo de Cizur. Habiendo allí el enemigo recibido un crecido refuerzo de infantería, caballería y cuatro cañones, renovó la pelea, la cual cesó por nuestra parte, porque los batallones habian concluido sus municiones, y porque los seis cañones del enemigo no permitian el uso de la bayoneta. Nos mataron un oficial, dos sargentos y algunos soldados, y á mas salieron heridos cuarenta hombres; pérdida siempre sensible, pero incomparablemente menor que la del enemigo, en quien hasta mis simples soldados notaron cierta flojedad y temor de acercarse demasiado á su contrario.

Mejorado ya de mi herida, el 21 del mismo agosto se me presentó la ocasion de hacer brillar de nuevo las armas de la nacion contra las del usurpador. El general Abeé habia salido de Pamplona con dos mil quinientos hombres, con ánimo de reforzarse con parte de las guarniciones de Tafalla y Caparroso, recoger todo el grano que pudiese por los pueblos de la ribera, y conducirla á Pamplona. De su expedicion volvia este dia 21 con tres mil infantes, doscientos caballos y cinco piezas de artillería, mucho grano y mucho equipaje de toda clase, porque iban en el convoy varias familias entre pertenecientes al ejército y particulares. Salíle al en-

cuentro al camino real, entre Tiebas y Pamplona, con cuatro batallones y el regimiento de caballería.

Coloqué el batallon 1.º á la derecha del camino, resguardado de un bosque, con objeto de que atacase por retaguardia cuando viese la accion empeñada en el centro y vanguardia; el 2.º y 3.º desplegaron en una altura sobre la izquierda, y el 5.º ocupó el pueblo de Tiebas, que dominaba el camino real á la derecha del enemigo. La caballería, apostada por mitad á vanguardia y retaguardia, debia salir al camino real cuando su arma fuese de utilidad. Llevaba tambien dos piececitas de artillería, que contribuyeron mucho con sus certeros disparos al aturdimiento y confusion del enemigo.

Sin embargo, la artillería de este causaba mucho mas daño en mis filas, porque fué muy continuado el disparo de toda clase de tiros, de inteligencia y tino; mas no por eso se entibió el ánimo de mis voluntarios. En ambos campos habia cadáveres, habia heridos, habia lamentos; pero el francés estaba embarazado con su convoy, y yo le iba llevando ventaja en la pelea. En lo recio de ella mi caballería provocó por tres veces á la enemiga, pero en balde, porque no se separó ni un paso de su infantería. Sin mi conocimiento el batallon 4.º, que habia percibido el tiroteo en Aoiz, donde se hallaba, corrió en direccion del punto adonde parecia sentirse, y amaneció formado en unas alturas que daban vista á la plaza de Pamplona. Advirtiólo la columna que se batia conmigo, y entonces pronunció su retirada á dicha plaza, sin que yo comprendiese la causa que influia en este movimiento, pues que hasta entonces en ninguno de los dos campos se observaba decaimiento de ánimo; y vista la ac-

cion de huida, aproveché el momento, hice que por todas partes se cargase con denuedo, y los llevamos en derrota completa hasta las mismas puertas de Pamplona. Si me hubiera sido posible concertar el movimiento del 4.º batallon, haciéndole bajar al camino real á interponerse entre la plaza y el campo de batalla, toda la columna francesa, con su gran convoy, habria quedado en mi poder.

Fueron, sin embargo, despojos de la victoria muchos carros cargados de frutos, muchos fusiles, muchas mochilas, muchas maletas, que recogieron mis soldados; quedaron tendidos en el campo y camino del tránsito de Pamplona diez y siete oficiales y mas de trescientos soldados. Salieron heridos, aunque levemente, el mismo general Abeé, su jefe de estado mayor el coronel Moncun, y el general de brigada Cassan; y además otros diez y nueve oficiales y un crecido número de soldados. El jefe de los renegados, Chacon, entró en Pamplona cadavérico de las heridas, como que falleció al dia siguiente, así como murieron un poco mas tarde muchísimos de los otros heridos; por manera que de Pamplona me decian que pasaban de mil hombres los que en la accion y por resulta de ella se encontraban de baja. No fué corta la que se experimentó en mi division, pues llegó á ciento sesenta hombres, entre muertos y heridos.

Tantos descalabros y de tanta consideracion no abatieron el denuedo del animoso Abeé, y además la necesidad le obligaba á buscar recursos con las armas para dar de comer á su tropa. Como hacia tanto tiempo que la plaza de Pamplona estaba rigurosamente bloqueada,

todo faltaba en ella, y los dos artículos que mas escaseaban eran el carbon y la leña; y el 29 del mismo agosto, es decir, ocho dias después de la gran derrota sufrida junto á Tiebas, salió al monte de Tajonar, distante hora y media de Pamplona, con tres mil hombres, á recoger leña, sostenidos por trescientos caballos y artillería.

Para impedírselo, luego que tuve conocimiento mandé á los batallones 3.° y 6.° y al regimiento de caballería, que no estaban muy distantes de aquel punto, que tomaran la misma direccion, mientras yo hacia otro tanto desde Echáuri á la cabeza del batallon 1.° Colocado el batallon 6.° á la izquierda del monte donde se cortaba la leña, el 3.° á la derecha, y la caballería en los llanos del camino real, rompieron el fuego, que fué correspondido en toda la línea con igual decision por el término de dos horas que tardé yo en llegar con mi batallon. Con nuestro auxilio se redobló, y no obstante este refuerzo, el enemigo acometió con bravura á nuestros cuerpos, pero fué rechazado. Momentos hubo que el batallon 6.° tuvo que hacer uso de la bayoneta, lo mismo que el enemigo, que con denuedo se arrojaba á él: jugó mucho la artillería que tenia Abeé, pero sin hacer gran mella en las filas y en el ánimo de mis batallones. Al fin me cedió el campo, encerrándose en la plaza con la artillería, pero sin leña y sin los bagajes que habia llevado para conducirla, y dejándose en el campo cuarenta y un muertos, entre ellos un capitan de dragones y cinco oficiales, y llevándose ciento cincuenta y cinco heridos, contados seis oficiales y algunos contusos. Cinco muertos tuve yo, y cuarenta y tres heridos, inclusos tres ofi-

ciales. A un dragon á quien yo mismo hice prisionero le consentí quedarse con su espada por la verdad con que me contestó á cuantas preguntas le hice sobre el estado de la plaza.

En este mismo dia 29, en que yo me batia en las cercanías de Pamplona, el capitan D. Felix Sarasa, comandante general de los aduaneros, con solo su asistente, hizo presos en la raya de Francia á un comandante y á un oficial, y mató á otro de esta última clase.

Desde principios del mes hizo empeño el comodoro inglés Sir Home Pophan, que cruzaba en las costas de Cantabria, de que marchase yo con alguna parte de mi division á auxiliarle en la toma de Guetaria que tenia proyectada, y sobre ello me escribió tambien el general Mendizábal. Hubiera concurrido con gusto, á serme posible, á la primera invitacion, y procurado que el comodoro consiguiese su objeto, para que á tantos títulos honrosos que poseia ya por servicios hechos en su carrera, aumentase en su hoja el de la toma de Guetaria; y en esto nada hacia yo que no estuviese en la esfera de mi reconocimiento, no solo como español, á la nacion británica, por los auxilios mayores que facilitaba á mi patria á fin de que saliese vencedora en la lucha en que se hallaba, sino como comandante de la division de Navarra, á la cual Sir Home Pophan estaba asistiendo de municiones y otros artículos de guerra, y aun como Mina personalmente le era deudor de la fineza de haberme enviado á su cirujano, el doctor Williams, para que me asistiese en la cura de mi herida. Pero obligado á no separarme de la Navarra en aquel tiempo, en que era preciso prohibir á los franceses que de la recoleccion de

frutos llenasen de ellos sus almacenes de los puntos fortificados, principalmente los de la plaza de Pamplona, no pude de ninguna manera contraer aquel empeño; y mas bien, como decia al Sr. Mendizábal en mi contestacion, podria este destinar á la operacion algunas fuerzas de las que tenia mas á su inmediacion.

No obstante, tanto se insistió por el comodoro, por el Sr. Mendizábal, y aun por el Sr. duque de Welington, que interesó al efecto á nuestro capitan general D. Javier Castaños, que, haciéndome suma falta, destiné dos batallones para aquella empresa, y yo ofrecí marchar tras de ellos. Fuí, en efecto, al tiempo señalado: desde Sangüesa en dia y medio me puse en la villa de Azpeitia; cuando yo llegué hacia media hora que habia apeado en la misma el Sr. Mendizábal, quien me informó de la inutilidad de nuestro viaje, en razon de haberme asegurado que por una voz vaga difundida entre la tropa destinada á la toma de Guetaria, de que venian refuerzos á su guarnicion, los ingleses habian reembarcado la artillería y sus tropas, y aun clavado un cañon; por lo que, me añadió, perdida la esperanza de hacer nada bueno, habia mandado retirar las tropas que iban para auxiliar la operacion.

Tambien el general Lacy, desde su cuartel general de Valdecomar, me encargaba que procurase incomodar á los franceses de Aragon, de modo que de Zaragoza no fuesen socorros á Lérida.

El Sr. D. Joaquin Mosquera y Figueroa, uno de los individuos que componian la Regencia del Reino, tuvo á bien indicarme que creia conveniente destinar á mi division á un jefe de estado mayor; y por mi contestacion

verá el lector que yo nunca tuve otro lenguaje que el franco y natural de la verdad.

«No desconoce V. E., le decia, el estado en que se »halla la division de mi mando, decidida siempre, así »como su jefe, á obrar en favor de la patria á costa del »derrame de su sangre, con el único objeto de vindicar »su honra ultrajada por el peor de los hombres, Bona»parte. Mis planes no son otros que ver al enemigo per»seguido y atacado donde quiera que se encuentre; mis »oficiales y soldados, hechos á oir mi voz y á recibir mis »órdenes, la escuchan con gusto y las obedecen ciega»mente: puedo asegurar á V. E., en honor de la verdad, »que les merezco la mayor confianza: de consiguiente, »destinarles un jefe de estado mayor que, acaso igno»rante del terreno que pisaba, detallase planes que tarde »ó nunca se verificarian, seria entorpecer el curso or»dinario de las victorias. No es vanidad, no es presun»cion, no es locura asegurar á V. E. que el mas mínimo »de mis oficiales tiene un motivo particular para ser un »mayor general, por las trescientas ó mas veces que se »han batido con el enemigo: peleando con ellos han »aprendido el difícil arte de la guerra, cuya ejecucion »consiste precisamente en la práctica mas bien que en »la especulativa; será esta muy buena, serán muy bue»nos los principios, que siempre mejorarán de grado las »operaciones prácticas.»

Desde el momento que debí al Gobierno, sin la menor gestion de mi parte, el nombramiento de segundo general del sétimo ejército, los celos me produjeron rivales, y estos dieron principio á intrigar para causarme sentimientos, y acaso con la intencion dañada de malquistar-

me con los pueblos y desacreditarme ante el Gobierno y la nacion. Por una parte, una junta titulada de Alava, formada por sí y ante sí, trató de entorpecer mi conocimiento en los negocios de aquella provincia. Por otra, una nueva corporacion, compuesta de un diputado de cada una de las provincias de Alava, Guipúzcoa y señorío de Vizcaya, en oposicion del nombramiento particular que yo tenia ya anterior del general en jefe, el Señor Mendizábal, para mandar en Alava y Guipúzcoa, y del que debí á la Regencia de general segundo del sétimo ejército, confirió á D. Mariano Renovales el mando de las tres provincias. Este mismo general Renovales prende y desarma una partida de caballería de mi division, que andaba en Alava con comisiones mias correspondientes al servicio. D. Francisco Longa previene bajo de rigurosas penas al alcalde de Treviño que no contribuya, consienta ni autorice contribucion alguna en todo el condado, á no ser á persona autorizada por él, y no por otro jefe alguno. Y otros fomentaban desconfianzas en el Gobierno sobre el modo con que yo dirigia los negocios civiles en Navarra.

Con respecto á las juntas de Alava y de las tres provincias, representé al Gobierno por medio del Sr. Castaños; y la Regencia del Reino, en vista de mi exposicion, y de lo que al elevarla á su conocimiento manifestaba á aquel general, me confirmó en el mando de las tres provincias, que ya tenia anteriormente, y que aunque no lo tuviera, me tocaba sin duda por mi calidad de general en segundo del sétimo ejército en ausencia del primero; anuló el hecho por la Junta en favor de Renovales en el inesperado caso de haberle este admitido, como ema-

nado de una autoridad ilegítima, y cuanto en su razon hubiere obrado dicha junta ó diputacion de las tres provincias. Y la Regencia me comunicó esta su resolucion directamente para que tomase cuantas medidas estimase, á fin de que todo tuviese puntual cumplimiento.

Gradué de asunto personal el desarme de mi partida por el general Renovales, y personalmente le pedí razon de su hecho, y la entrega de la tropa y de todos sus equipos, ó bien justificado el fundamento que alegaba para tal proceder, y era el de que cometian excesos en Alava las tropas de mi division, pues por un simple dicho no podia yo convenir en su delito, cuando en ninguna otra parte daban lugar á quejas tales, ni era factible le cometiesen, porque desde el primero hasta el último individuo de la division sabian que no se me ocultaba la accion mas leve de todos ellos, y sabian tambien que entre cometer la menor fechoría contra los pueblos y paisanos, y ser fusilado, no habia medio ni distancia de tiempo. El resultado fué que me envió mis soldados detenidos con todo su equipo.

Desentendiéndome del conocimiento que tenia de los chismes con que se pretendia imponer al Gobierno sobre el modo con que marchaban en Navarra los negocios que no eran puramente militares, en 25 de este mes dirigí al ministro de Estado la siguiente exposicion: «Excelentísimo Señor: Entorpecida la comunicacion con la »plaza de Pamplona, punto céntrico al que concurrian »los pueblos de este reino no solo para surtirse de todo »lo necesario, sí es tambien porque, existiendo en ella, »además de otros tribunales, el eclesiástico y civil, se »miraban cortados de recursos y en una perfecta anar-

»quía, á no haberlos yo protegido desde el momento »mismo en que por un decreto que ha merecido la apro»bacion de S. A., prohibo bajo de rigurosas penas la »entrada en la capital, con el establecimiento de un tri»bunal que, apoyado y á la sombra de la division de mi »mando, y compuesto de un asesor, que en caso nece»sario hace las veces de auditor general de la division, »de un fiscal, un procurador, dos ó tres escribanos, y »demás dependientes, formaliza los procesos, sustan»cia las causas, defiende los pleitos, castiga á los delin»cuentes, hace justicia á los que no lo son, y asegura »la tranquilidad del reino y el bienestar de los pueblos. »De consiguiente, el sostenerlo parece inevitable si se »trata de que los pueblos sean oidos y les sea adminis»trada justicia. Lo elevo á la superior consideracion de »V. E., á fin de que, haciéndolo presente á la suprema »junta de la Regencia del Reino, merezca su aprobacion »en los términos que mas bien fuere de su agrado.»

Acaso las acusaciones que se me hacian ante el Gobierno procedian de un solo acto de mi administracion, que coartó la ilimitada codicia de los hombres opulentos de mi país, muy contentos y satisfechos cuando se respetaban sus monstruosas antiguas predilecciones ante la ley, y muy coléricos y embravecidos en tocando en la cosa mas pequeña á sus injustos privilegios, ó á sus materiales intereses. La cosecha de granos en este año de 1812 fué escasa en la mayor parte de las provincias de la monarquía, y en Navarra amenazaba á los pobres un terrible azote, por el subido precio que debian tomar aquellos en razon de su escasez. Para que esta fuera menor en lo posible, me propuse impedir que los

franceses los arrebatasen para almacenarlos en sus depósitos, y para conseguirlo mi division se veia obligada á batirse todos los dias con aquellos, resultando de los choques muchas bajas en ella; y como con esta medida no se conseguia el remedio de todo el mal que amagaba al comun de los habitantes, ya que no estaba en mi mano el facilitarles una grande abundancia, traté de que no se comerciase con sus necesidades por algunos grandes propietarios cosecheros. En primer lugar publiqué la prohibicion de extraer granos de las provincias, y en seguida fijé el precio de venta, de que no se podia exceder; y aquí está el grande y grave crímen que yo cometí, por el que me representaron como un déspota, atropellador sin medida de las leyes.

Pero en aquellas circunstancias ¿podia yo ni debia tolerar que las pobres desvalidas familias de aquellos mismos que todos los dias derramaban á torrentes su sangre en los campos del honor por sostener la independencia nacional, pereciesen de necesidad en premio de este sacrificio de sus hijos, para que se enriqueciesen cuatro logreros, de cuyas familias ni un solo individuo se encontraba en las filas navarras de la lealtad? No tenia yo esto por razonable, y creí ejercer un acto de extricta justicia, poniendo coto á especulaciones inmorales. Luego que desapareció la necesidad alcé la tara y la prohibicion de extraer.

Mes de setiembre.

El 2 de setiembre el capitan Sarasa, en union con otro capitan, D. Matías Ilzarbe, atacó en el barranco y

monte de Asondo, en las alturas del Bastan, á un destacamento de cien franceses, é hizo prisioneros á cincuenta y cuatro, y el resto del destacamento quedó muerto en el campo. Dirigiéronse en seguida á Santistéban, y de su guarnicion francesa mataron al comandante y dejaron heridos á un oficial y cuatro soldados.

El 3 el comandante del batallon 4.°, Asura, acometió á una columna enemiga de mil quinientos infantes y ochenta caballos, que fueron á recoger comestibles en los pueblos de Elcano, Ibirien y Egües, en el valle de este nombre, merindad de Sangüesa, pero próximos á Pamplona. Se le impidió realizar su operacion, aunque costó algunos heridos al batallon, entre los cuales se contaba de bastante gravedad al bravísimo teniente D. Ramon Navalaz: tambien los franceses tuvieron su parte de desgracias.

En la mañana del 12 Abeé con cuatro mil infantes, trescientos caballos, ciento treinta artilleros, tres cañones y ciento ocho caballerías de brigada, se dirigió contra el batallon 2.°, que mandaba Barrena, y ocupaba el pueblo de Unzué, en el camino de Pamplona á Tafalla, atentó á impedir la extraccion de granos por los franceses. Sostúvose el batallon en los primeros ataques dados por una parte de la columna francesa, pero habiendo esta reunido sus fuerzas, capaces de envolver al batallon, y á mas la artillería, se vió precisado á retirarse por escalones hasta el pueblo de Echagüe, en el valle de Orba, donde hecho nuevamente fuerte, desistió Abeé de su ataque, y se retiró, dejando en el campo veinte y cinco muertos, y llevando sesenta y cinco heridos, incluso el general Cawan, que se vió

obligado á quedarse en el fuerte de Tafalla. Barrena perdió al teniente D. Matías Migueltorena, digno de mas larga vida, por los servicios que debian esperarse de su valor y pericia militar, y otro soldado mas muerto; tuvo seis contusos y diez y ocho heridos, contándose entre estos el subteniente D. Joaquin Ferrer, de bala de cañon, por lo que hubo de hacérsele la amputacion de un muslo.

El batallon 5.°, á las órdenes de su comandante Don Sebastian Fernandez, que celaba las cercanías de Vitoria para impedir que entrasen comestibles en aquella ciudad, acometió el 14 á una columna que salió de ella con destino á recoger en la villa de Alegría granos y efectos que habia dejado su guarnicion al retirarse; y la dispersó, recogiendo él cuatro mil raciones de pan, porcion de cargas de harina, ganados y otros efectos. Los franceses degollaron al trompeta de la caballería de Fernandez, y de ellos lo fueron tambien algunos.

El mismo Fernandez el dia 20, en otra accion que tuvo contra una columna de cien infantes y ocho caballos, que escoltaban un correo, les hizo treinta y un prisioneros, con el oficial que mandaba la escolta, habiendo muerto en la accion el resto de los infantes. Los caballos y el correo se salvaron.

El mismo dia 20 los capitanes Sarasa é Ilzarbe, entre Elizondo y Berrueta, después de aguantar emboscados toda la noche anterior, coparon un destacamento entero de cincuenta hombres, que desde el primer pueblo iban al segundo en busca de raciones. Como estaban seguros de la confidencia, tomaron ajustadamente sus medidas, para lo cual les favorecia el terreno. Sin reci-

bir la menor lesion se apoderaron de treinta y dos prisioneros, el oficial que los mandaba y tres heridos; los demás, hasta el número de los cincuenta, quedaron muertos. Finalmente, el 27 los batallones 2.° y 4.°, que alojaban en Aoiz y pueblos inmediatos, dieron alcance á la retaguardia de una columna que habia salido de Pamplona en direccion de Roncesvalles; pero por mucha diligencia que pusieron, nada mas lograron que matar á siete enemigos y herir á veinte y cuatro, sin que ellos experimentasen pérdida alguna.

Vese por este relato que los batallones de la division de Navarra constantemente se encontraban en escaramuzas con los enemigos, á quienes buscaban con ansia para pelear, y en la lucha siempre sacaban ventajas; y en este tiempo habian llegado á acorralarlos en sus puestos fortificados, haciéndoles pasar hambres y otras mil necesidades. Cansados y muy fastidiados llegaban á verse en un país que, por do quiera que su vista revolviesen, no veian otras cosas que enemigos, ni mas perspectiva que la muerte ó la triste suerte de prisioneros; y con mucho anhelo buscaban el momento de ganar sus hogares, jurando mil veces no dejarse conducir de nuevo á empresas tan espinosas.

El avanzamiento en este tiempo de los ejércitos aliados por la parte de Castilla daba mayor brio á los voluntarios de mi division, que se consideraban ya abrazando á todos los compañeros de armas que corrian la misma suerte, y relatándose mútuamente los diversos choques habidos con el enemigo comun durante la guerra. Esta misma idea les obligaba á redoblar su vigilancia para mas estrechar las guarniciones de les puestos forti-

ficados que tenian en Navarra los franceses, á fin de poder alojar mejor á los nuevos deseados huéspedes cuando llegaran al país; y hasta mis inválidos enfermos, que pasarian de mil quinientos, casi todos de heridas, cantaban la victoria en los ratos que el dolor se lo permitia.

Diversas y encontradas noticias circulaban á la conclusion del mes de setiembre sobre la direccion que habian tomado los ejércitos franceses y el rey José á su salida de Madrid: unas daban á este último en Zaragoza, ó muy cerca de aquella ciudad; otras en Valencia, otras contaban cortado á Soult en su tránsito desde Sevilla al punto de reunion con el Rey, y en fin, muchas suponian ya á las orillas del Ebro á los ejércitos aliados: todo concurria á dar cierto aspecto de animacion á toda la poblacion navarra, que con mas desasosiego que antes, y con mayor temor, veia á las columnas francesas; y estas, por otra parte, estrechadas de la necesidad, veíanse precisadas á ser mas exigentes. Nadie dejaba de hacer fervorosas plegarias al cielo por la pronta aparicion de nuestros ejércitos y que desapareciesen los enemigos.

Con fecha de 7 de este mismo mes de setiembre, cuyos sucesos quedan referidos, me comunicó el Sr. ministro de la Guerra la real órden que copio en seguida, y que recibí con mucho atraso.

»Atendiendo la Regencia del Reino al mérito y distin»guidos servicios de V. S., y á la necesidad urgente de »que en el alto Aragon, izquierda del Ebro, haya un jefe »militar de conocimientos y acreditado celo que, reu»niendo y reorganizando las partidas de fuerza armada »que hay en aquel territorio, proteja sus pueblos y los

»defienda de las frecuentes incursiones de los enemigos, »se ha servido S. A. confiar á V. S. el mando del expre- »sado territorio, con independencia del general en jefe »del primer ejército, D. Luis Lacy, á quien estaba con- »fiado anteriormente, y sin perjuicio de los demás en- »cargos que tiene V. S. y que desempeña dignamente.»

Mes de octubre.

Incansable Abcé en sus expediciones, sin que le amilanasen los continuos descalabros que experimentaba, y al contrario, queriendo hacer ver que nunca le imponian los que él y sus soldados llamaban brigantes, buscaba con suma diligencia una coyuntura en que yo me encontrase flaco de fuerzas para poder alguna vez decir que me habia puesto en fuga; sabia que mis batallones se hallaban diseminados en diferentes puntos, y que no era tan fácil reunirlos de pronto; y tampoco ignoraba que yo me hallaba en Estella con solo el batallon 3.° y seis compañías de caballería. Sagaz y atrevido en sus movimientos, trató de sorprenderme con tres mil infantes y doscientos noventa caballos, dando un rodeo desde Tafalla por Oteiza á dejarse caer sobre mi posicion: inútil diligencia la de intentar sorprenderme. Antes que pudiera imaginárselo, le salí al encuentro con mi corta fuerza respecto de la suya; y aunque bien seguro de su superioridad, hizo mil tentativas para sacar partido de esta ventaja; todo le salió en vano: fueron repetidos sus esfuerzos para imponer á mi tropa é intimidarla, y á la vez yo, puesto á la cabeza de mi caballería, provoqué á la suya en balde. La infantería de uno y otro campo se ba-

tió con vigor, y cansado yo de tanto tirotear, perdiendo gente inútilmente, hice con la caballería lo que otras veces : dos compañías mandé que á la desbandada flanqueasen la derecha de la enemiga, mientras yo marchaba por su izquierda en ademan de embestirla. Indicó esperarme, porque tenia á su retaguardia ochocientos infantes : á vista de estos finge una huida algo precipitada, y entonces la enemiga se echó sobre mí ; pero volviendo caras de repente, acuchillé á cuantos estaban mas avanzados, y entre ellos al comandante y un oficial ; recogí seis caballos, y mandé retirada á toda la tropa, que lo hizo sin dar lugar al enemigo de sacar ninguna ventaja de ella, dejándole libre el campo para que pudiera ir á descansar á Estella. Me mataron un caballo y me hirieron dos ; de la infantería murieron seis, incluso un subteniente que llevaba seis heridas anteriores en su cuerpo, y salieron heridos treinta. Como el campo quedó por los franceses, no puedo decir cuál seria su pérdida ; y únicamente supe al dia siguiente que en Estella se lamentaban de ella.

Era natural que de cualquiera manera que fuese, ellos cantasen victoria, y supuse que Abeé se aprovecharia de esta circunstancia para entusiasmar su desmayada y debilitada tropa y obligarla á otros ensayos ; y en verdad que no me equivoqué en el cálculo, porque mis confidencias me aseguraban que premeditaban nuevas salidas para recoger granos y cobrar contribuciones ; me aproveché de la noticia para hacerle conocer que mi division nunca ocultaba la cara á la suya, por mas artillería que llevase en su auxilio.

El 11 de este mes de octubre se hallaba aquel gene-

ral en Tafalla, habiendo bajado de Pamplona con tres mil quinientos infantes, doscientos cincuenta caballos y cinco piezas de artillería. Yo reunia en Puente cuatro batallones, y con ellos y seis compañías de caballería, dejando bien observadas y cubiertas las avenidas de Pamplona y Belascoain, marché á esperarle con su grande convoy de granos que habia acopiado, con el plan fijo y bien decidido de escarmentarle muy á mi sabor, para ver si lograba contenerle en sus continuas salidas, en las cuales sacrificaba á los pobres pueblos que tenian que sufrir su tránsito y su permanencia, que por lo mismo que era corta, sus pretensiones y exigencias subian de todo punto.

El 10 por la noche, á pesar de una fuerte lluvia y de los lodazales que habia en el camino, emprendí la marcha con mis tropas: los batallones 1.° y 3.°, con parte de la caballería, llevaron la direccion de Artajona á ocupar el pueblo de Pueyo, sobre la misma carretera de Tafalla; y con los otros dos batallones, 2.° y 4.°, y el resto de la caballería yo me dirigí desde Tirapié por el camino real, y tomé posicion á la izquierda de Barasoain, colocando toda la tropa de modo que, sin ser vista del enemigo, pudiera echarse sobre él cuando el centro de este girase paralelo á su puesto; dejé una partida de caballería en el mismo Barasoain para llamar la atencion en caso necesario ó para dar oportunos avisos.

A la hora de haber tomado nuestras posiciones atravesó, tirando unos cuantos tiros de fusil, una avanzada enemiga de ocho caballos y seis infantes, y nadie contestó á sus tiros; entraron en Barasoain, y mi partida de reten dió buena cuenta de todos ellos sin hacer el me-

nor ruido. Pasó en seguida la vanguardia, compuesta de doscientos hombres de caballería é infantería, y tras de ella los carros y caballerías con la carga de granos, sin que la molestásemos; pero llegado el grueso de la columna, con Abeé á la cabeza, presento mis dos batallones formados en batalla por compañías, y sorprende al enemigo el horroroso fuego que oye de repente, y se ve envuelto en una nube de balas. Arremolínanse los franceses y no aciertan á colocarse en formacion; sin embargo, su general, en fuerza de maniobras, coloca sus tropas en posiciones y resiste nuestro fuego, sin poder girar ni adelante ni atrás; solo un costado le quedaba, y cuando quiso situarse en él, y aun marchar adelante por allí, se vió atacado por los batallones 1.º y 3.º, y manifestó serenidad, valor y destreza para resistir esta nueva acometida, inesperada para él y para la tropa, que sostuvo con honor su puesto. No sé yo qué significado tendrian dos banderas que ondeaban en sus grupos, una blanca y otra encarnada. Después de algun tiempo de fuego, Abeé, que se vió muy comprometido, tomó el partido de reunir sus masas en el arrecife y caminar hácia Pamplona, haciendo siempre fuego. No dejé de picarle hasta mas allá del lugar de Tiebas, quiero decir, en mas de tres horas de marcha; iba mortificado por los costados y por retaguardia, y yo, al frente de mi caballería, dí varias cargas á la suya, que llevaba en bastante desórden. El camino quedaba sembrado de cadáveres, y de granos que desocupaban de los carros para colocar en ellos á los heridos que podian.

Yo quedé satisfecho con la leccion dada á Abeé, que sufrió nueve horas de fuego y acometidas continuadas.

Salió á las seis de la mañana de Tafalla, que dista seis leguas de Pamplona, y no entró en esta ciudad hasta las once de la noche, muy descompuesto y muy disminuida su columna. El mismo Abeé confesó haber perdido ochocientos hombres, y dejo al juicio del lector el aumento que le parezca dar á este número. Tres oficiales muertos, dos de ellos de bala de cañon, y catorce mas de tropa; noventa y tres hombres heridos, y entre ellos dos oficiales, y cuatro caballos tambien heridos, son las bajas que hubo en mi division, á la cual hice retirar para que descansara, dejando de perseguir al enemigo desde Tiebas, porque me repugnaba la vista de tanta carnicería.

Sin duda la costumbre de haberse hallado en grandes batallas, donde los muertos se contaran á miles, influiria para que el corazon de Abeé mirara mas impasible que el mio la mucha sangre con que se regaban por aquel tiempo los campos de Navarra, pues que no se dejaba pasar dia sin venir á las manos sus tropas y las mias con el mismo ardor y encarnizamiento siempre. En el calor de la pelea, y tratándose de matar enemigos, yo era insensible hasta en mis propias heridas; pero concluida, y reflexionando á sangre fria la falta de unos de mis valientes y el padecer de otros, no dejaba de afectar mi sensibilidad, y aun me lamentaba de los padecimientos de mis contrarios, arrastrados á un fin tan lastimoso por la desdichada ambicion de su emperador. Sin haber trascurrido mas que cuatro dias de esta última leccion dada á Abeé, me puso en el caso de repetirla aun mas dura en los campos de Mañeru, el dia 15 de este mismo mes de octubre, poniendo tan repetidos descalabros al

enemigo en términos de que tan solo en fuerza de la subordinacion tan á prueba del soldado francés, pudiera este seguir á su general en empresas que constantemente le salian mal.

El 13 salió de Pamplona para Tafalla, y en el camino hallaria los despojos del 11; el 14 pasó á pernoctar á Estella, y el 15 debia volver á Pamplona. A ninguno de mis cuerpos encontró en descuido. Yo permanecí en Puente con un batallon, otro estaba en Mañeru, en Muruzábal otro, y otro en Añorbe; la caballería la tenia en Obanos: todo á cortísima distancia. Bien sabia mi enemigo dónde y cómo me hallaba yo rodeado de mis batallones, en paraje donde podia impedirle el paso; pero como cuatro dias antes habia hecho tanto fuego, me creia sin municiones ó aparentaba creerlo; y mas, que lo habia hecho creer á su tropa, pues cuando se acercaron en este dia á mis batallones les gritaban á estos que no les temian porque sabian que no tenian municiones; y supe después que al pasar por Ciranqui venian tan satisfechos de que esto era así, que se jactaban de acabar aquel dia conmigo y con toda mi division.

Despachadas mis órdenes para el movimiento de todas mis tropas al punto de Mañeru, campo que habia elegido para detener á Abeé en su marcha, el 15 por la mañana me dirigí á él para tomar posiciones ventajosas: coloqué el batallon 1.º á la izquierda del pueblo, oculto y resguardado de las viñas y de un pequeño monte, con órden de flanquear un costado al enemigo y acometerlo por retaguardia, ó bien de avanzar al pueblo, segun las circunstancias lo exigiesen, porque mi plan era concluir la accion en breve tiempo, y para eso atropellar con mi

caballería al enemigo, yendo yo á la cabeza; y no sabia si tendria lugar de cambiar mis disposiciones y dar nuevas órdenes. Los batallones 2.°, 3.° y 4.° los extendí en una dilatada línea sobre el monte de la derecha y ermita de Santa Bárbara; la altura donde está situada esta ermita era el punto de apoyo donde á su tiempo deberia concentrarse toda la fuerza, para impedir que ni un solo enemigo salvase el camino, que dominaba. La caballería la situé en el camino real, para detener de frente al enemigo, y lograda esta detencion, los batallones 3.° y 4.° debian descender lo mas á retaguardia posible de los franceses, quedando siempre formado el 2.° en la ermita.

No bien habia acabado de tomar estas disposiciones, cuando el enemigo se dejó ver en Ciranqui, muy ufano y satisfecho. Siguió adelante, y la imprudencia de dos de mis soldados, que habiéndoseles acercado inadvertidamente otros dos franceses, muy á tiro, para no errar el golpe, les dispararon, dió márgen á que el choque principiara antes de tiempo. El batallon 3.° vióse obligado á obrar con resolucion sobre una guerrilla de cincuenta ó sesenta hombres que se dirigió contra él, sostenida por una fuerte columna que amenazaba subir á la montaña, y no lo consiguió porque fué rechazada. Entre tanto el grueso del enemigo avanzaba hácia Mañeru, precedido de una buena porcion de caballería, y ya entonces, que todas mis tropas hicieron fuego simultáneamente, se desengañó Abeé y tambien su gente de que no estaba mi division tan escasa de municiones, y entonces tambien, queriendo atropellar su entrada en el pueblo, fueron á dar en las lanzas de mi caballería, que degolló y lanceó á discrecion. A la vista de esto el batallon 3.°, luego

el 4.°, y en seguida el 1.°, todos se abalanzaron al pueblo é hicieron en los enemigos una carnicería espantosa, como que se dejaban coger sin resistencia de las casacas y capotes. Mi caballería salió al campo en seguimiento de la enemiga, y allí dejó sin vida á multitud de hombres y caballos.

Malamente y sin órden, el batallon 2.°, queriendo tener parte en la refriega antes que se concluyera, que á su parecer no estaba lejos, abandonó la altura de la ermita, de la que por descuido se apoderaron los enemigos, y desde allí hacian fuego y protegian la marcha de los que podian escapar.

A la noticia salí de Mañeru y mandé que inmediatamente fueran mis tropas á amenazar su recuperacion, pero en simulacro nada mas, pues debian á cierta altura fingir huida para ver si se lograba que los enemigos bajaran hácia Viguria, donde mandé apostar fuerzas que los recibiesen. Pero lejos de hacer este movimiento, se pronunciaron todos en precipitada fuga en direccion de Puente la Reina; y pasando por este pueblo, sin parar continuaron su marcha á Pamplona, andando toda la noche, y á las seis de la mañana del dia siguiente entraron en la plaza. Era ya de noche cuando echaron á correr á Puente, y por esta causa no se les picó la retaguardia.

Mucho sentí no haber imposibilitado á Abeé en este dia para que no volviera á provocarnos nuevamente, como pudo y debió suceder si no se abandona durante la refriega la altura de la ermita de Santa Bárbara. El temió ó por mis tropas, ó por las suyas, á las cuales habia animado con la seguridad de que yo escaseaba de municiones. Dijéronme que le habiamos muerto tres caba-

llos, y que escapó ocultándose disfrazado entre la multitud; perdió un cañon de á cuatro, veinte y cinco caballos útiles, diez y ocho cargas de fusiles, y otros efectos de guerra. Murieron el coronel del regimiento núm. 105 y toda la plana mayor de él, y veinte y nueve oficiales mas de otros cuerpos; solo en Mañeru se contaron cuatrocientos cincuenta y cinco cadáveres franceses; en el campo habia muchos, y entre ellos tres desgraciados españoles á su servicio, uno que era comisario de policía, y dos cobradores de contribuciones; y despues se encontraron todavía algunos mas muertos por aquellos campos de resultas de sus heridas, y se contaron igualmente cuarenta y cinco caballos muertos. El siguiente dia, 16, á las doce de su mañana habian entrado ya en los hospitales de Pamplona seiscientos treinta heridos, y en los alojamientos quedaban veinte y cuatro oficiales. Por manera que todo reunido no bajaria de mil cuatrocientos hombres la pérdida que experimentó Abeé en su columna.

Yo tuve de baja veinte y siete muertos, entre ellos el capitan de granaderos del batallon 3.°, D. Ignacio Echazaguren, y el teniente de la 4.ª compañía del mismo, Don Juan Lopez, y ochenta y un heridos, contándose entre ellos el capitan D. Benito Irigoyen y dos oficiales mas.

Debido era al parecer que mis valientes voluntarios pudieran acreditar con algun distintivo tantas acciones gloriosas para las armas de la patria como constaban en sus hojas de servicio; pero ni un escudo, ni una medalla, ni nada con que pudieran ostentar su patriotismo y valor pude lograr para ellos, al paso que yo me consideraba sobradamente atendido. Verdad es que se dispensó

la gracia de la cruz de San Fernando á todos los concurrentes á la accion de Plasencia; pero ella quedó ilusoria, sin duda por influjo de espíritus mezquinos, celosos y envidiosos de ajenas prosperidades. Ello es que terminó la guerra, y la division de Navarra, que contaba tantas victorias cuantos dias habia durado, se halló tan poco aventajada como cuando dió principio, no obstante de que apenas habria un individuo en toda ella que no presentara cicatrices de heridas recibidas en campal batalla contra los enemigos de la patria.

El batallon 6.°, en Aragon, siguiendo la pista desde el 16 hasta el 19 á cuatrocientos infantes y sesenta dragones enemigos que debian pasar de Anzanigo á Ayerbe, dió al fin con ellos, después de sufrir mil trabajos por el excesivo llover y muchas necesidades, entre Sursa y Ayerbe. Hubo que entrar con ellos desde luego á la bayoneta, porque aunque el santo era de *una descarga y á ellos*, no pudo gastarse el cartucho porque estaba la pólvora enlodada por la mucha agua que la habia caido encima. Aturdidos los franceses con aquel arrojo, apretaron el paso para ganar á Ayerbe; pero el capitan Don Manuel Guerra, que llegaba de otra expedicion, con la caballería les salió al encuentro antes de llegar al pueblo, y entre unos y otros mataron ochenta, hirieron muchos, y cogieron veinte prisioneros, entre ellos un oficial de artillería, ocho caballos, y se apoderaron de varios efectos de guerra y mochilas.

Gurrea los dias 16 y 17 habia hecho una correría con cien caballos hasta las cercanías de Zaragoza para llamar la atencion y entretener al enemigo; tuvo ocasion de medir su fuerza con otra mayor de la misma arma y

un peloton de infantería; y segun su parte, habia ocasionado al enemigo la pérdida de treinta hombres, con un oficial de caballería.

Finalmente, el alférez de esta arma D. Pablo Franco, que tambien recorria los puntos de Aragon, el 13 tuvo un encuentro con caballería enemiga, y después de causarla algunos muertos, la hizo prisioneros un oficial y tres soldados, y cogió cinco caballos. Estos últimos eran los premios de estímulo de mi division, así como lo eran para ellos tambien el darles un lugar distinguido entre los de mi comitiva con el dictado de asistentes del General, cuya distincion únicamente alcanzaban aquellos que contraian en las acciones un singular mérito con pruebas positivas de valor.

Luego que recibí las órdenes competentes dispuse que en los pueblos de la Navarra libres del yugo de los franceses se jurase la Constitucion política de la monarquía, y para que esta ceremonia se hiciese por la division con toda la ostentacion que de suyo era debida á acto tan solemne y augusto, esperé que llegaran las banderas á los batallones, y esto no pudo verificarse hasta el mes de febrero próximo, de que dí cuenta al Gobierno.

Deseoso de conocer á lord Wellington y de ofrecerle mis respetos, así como á todo su cuartel general, donde se hallaban los Sres. Castaños, Alava, Giron, Ezpeleta y otros generales con quienes tenia algunas relaciones; y con objeto tambien de pedir al primero que me facilitase vestuarios para mi division, y municiones, me puse en marcha desde Puente la Reina con algunos caballos en direccion de Búrgos, cuyo castillo se hallaban sitian-

do; y cuando llegué á la villa de Ezcaray me dieron la noticia de que habian levantado el campo y retirádose tierra adentro. Seguí tomando lenguas hasta aproximarme doce leguas de Valladolid, y viendo todos los caminos ocupados por los ejércitos franceses que marchaban en seguimiento de los aliados, que se retiraban, dí la vuelta con el sentimiento de no haber podido avistarme y conferenciar con aquellos jefes, y la pena de ver que se retardaba el tiempo de echar de nuestro suelo á los enemigos.

Pero á mi vuelta á Navarra hallé excelentes noticias relativamente á la guerra de Napoleon con la Rusia. A pesar de lo que Bonaparte habia adelantado en su marcha, el sistema de los rusos de abrasar, segun se iban retirando, todo cuanto podia ser de utilidad á su enemigo, debia retardar mucho el avance de este; y añadíase que Moscow habia sido incendiado, y abandonado por las tropas francesas por no encontrar subsistencias. Oia yo estas noticias con satisfaccion, porque cuanto mas perdiese por allá nuestro enemigo, menos nos incomodaria por España, y me prometia por resultado que pronto los aliados volverian caras de la retirada que llevaban, y tomarian otra vez la iniciativa. Tambien me noticiaban de Francia que habia un descontento general por la temeraria conducta del Emperador en haberse metido tan al septentrion, haciendo pasar tanta miseria á sus ejércitos, de donde escribian con desesperacion.

Mes de noviembre.

El batallon 5.°, 1.° de Alava (ya se estaba formando el 2.°), con su comandante Fernandez á la cabeza, bus-

caba siempre ocasiones de meterse en fuego con el enemigo, y el dia 1.° de noviembre preparó una emboscada entre Villareal y el monte de Descarga, camino de Tolosa, á una columnita de ciento cincuenta hombres, que acompañaba á un coche y á un correo con su balija, y todos fueron muertos en la refriega que sostuvieron, incluso un coronel que iba dentro del coche: se hizo dueño de este, de la correspondencia, de una porcion de equipajes, de siete mulas y otros tantos caballos, y todavía se batió é hizo retirar á otra columna que habia salido de Villareal en defensa de la primera, atacada y acabada.

El 3, cuatro mil infantes y trescientos caballos, cuatro piezas de cañon y dos obuses, ocupaban una línea desde Pamplona hasta Berian para recoger víveres y leña, y resolví atacarlos en sus mismas posiciones: eché por delante unas guerrillas de caballería, que llamaron un poco la atencion; en seguida se presentó el batallon 3.°, que se hallaba en Esparza, y se corrió hácia Beriain, ocupando la llanura de la derecha, y dió principio á foguearse con viveza; el 2.° batallon desde Subisa acudió á reforzar al 3.°, situándose en las inmediaciones de los arcos de madera por donde se conduce el agua á las fuentes de Pamplona. Llegó después el batallon 4.°, que alojaba en Uterga, á hacer fuego por la izquierda: era ya media tarde, y no podiamos atraer á los enemigos mas hácia nosotros ni arremeterlos tampoco para ganar terreno, porque casi se peleaba bajo del cañon de la plaza. Finalmente, el fuego se hizo mas horroroso por todas partes con la presencia del batallon 1.°, que se posesionó de Esquiroz. Los enemigos hicieron mucho uso

de la artillería, y es lo que mas nos dañó, porque en razon de fusil, mas certeros que los suyos eran siempre los tiros de mis voluntarios. Después de todo un dia de escaramuza de mucho ruido, en mis batallones resultaron once muertos, noventa y dos heridos, incluso el ayudante segundo del tercer batallon, D. Ramon Diaz de Ilarraza, y trece contusos. Del enemigo murió el coronel del regimiento núm. 52 y cincuenta y cinco hombres mas; tuvo grande número de heridos, y entre ellos cinco oficiales. Retirándonos todos entrada que fué la noche, mandé al mayor de mi caballería, Iribarren, que siguiese al enemigo hasta encerrarlo en la plaza, y pudo todavía aumentar el número de sus muertos con once dragones, á quienes pudo dar alcance, y se trajo prisioneros á un proveedor ó guardaalmacen de provisiones, y dos mas empleados á sus órdenes. Los batallones regresaron á sus cantones respectivos.

El 7 repitió igual salida la guarnicion de Pamplona, con cuatro mil hombres y doscientos caballos, con el propio objeto de recoger granos, y en este dia se alargó hasta Noain. Yo me encontraba con mas fuerza que el dia 3, pues el batallon 6.° se hallaba colocado en Tiebas. Todos tuvieron órden de acometer á los enemigos á la bayoneta, y la caballería al toque de degüello. Fué el espectáculo mas magnífico que hasta entonces se habia presentado á mi vista. Cinco batallones marchando por diversos puntos paralelos á toque y paso de carga; la caballería, que hacia resonar á sus trompetas el toque de degüello, corriendo á este paso; millares de franceses que no acertaban ni veian por dónde librarse de semejante tormenta: todo hacia un contraste difícil de pin-

tar con sus verdaderos coloridos. La guarnicion tuvo que recogerse muy pronto dentro de las murallas en el mas grande aturdimiento; mis tropas llegaron tras de ella hasta el punto que llaman la Cadena ó sea portazgo, porque le hay efectivamente á un cuarto de legua de la ciudad, y de allí las hice retirar, sin poder decir qué pérdida se le ocasionó, que no dejaria de ser de consideracion, porque mi caballería avanzó mucho y dió sendos golpes. En el mismo portazgo fueron acuchillados, y allí quedaron tendidos siete hombres.

Dejando en tal estado las cosas en Navarra, y haciendo adelantar al batallon 6.º á los puntos de Aragon, donde tenia por entonces su destino, yo tomé aquella direccion con cien caballos y los batallones 1.º y 2.º, para arreglar la administracion de los pueblos de la izquierda del Ebro, cuyo gobierno se me habia conferido, y fijar los cuadros para la organizacion de dos nuevos batallones que tenia ideados, con el número de voluntarios que se indicaron, ya decididos á tomar las armas luego que supieron que debian servir bajo mis órdenes.

En el tránsito recibí un parte del capitan de caballería Gurrea, escrito en Egea de los Caballeros, en que me decia haber sorprendido una partida de catorce caballos que escoltaba un correo francés : cinco de la escolta murieron, y nueve fueron hechos prisioneros, y tomados catorce caballos.

Diéronme tambien aviso de qué un convoy salido de Zaragoza para Francia habia llegado á Ayerbe, al mando del general Rougier, quien no podia tener noticia de mi movimiento. Con este motivo el 23 de noviembre pasé desde el Razal á situarme junto á la venta de

Lagoroneta. Coloqué el batallon 1.° á la espalda de la montaña que domina la venta, y el 2.° á la derecha del puerto. Rougier en su marcha hizo avanzar una vanguardia de ciento setenta hombres que reconociese el campo, y llegó hasta tocar las bayonetas con una compañía del batallon 2.°, que no pudo evitar el hacer fuego. Desde la cima del puerto observaba Rougier este encuentro, y temiendo ser envueltos, como lo fueron en total los ciento setenta hombres de su vanguardia, quedando setenta y dos prisioneros con un oficial, y los demás muertos, retrocedió con su convoy al mismo punto de Ayerbe. Mi infantería no pudo alcanzarle en su retirada; la caballería le hizo algun daño, pero tambien tuvo que contenerse en su persecucion, porque se la hizo frente con mas fuerza de la que llevaba.

Al pasar yo el mismo camino por la noche encontré en él algunos hombres y caballerías muertos por los mismos franceses á causa de no poder seguir por sus heridas, y otros efectos del convoy. Al llegar al pueblo de Sarsa-Marcuello, quinientos hombres que habia en él, y yo no lo sabia, me hicieron una descarga á quemaropa, que si su puntería se hubiera hecho á buena luz, todos los que íbamos en la comitiva habriamos quedado tendidos al golpe: fortuna que era de noche, y por la oscuridad el tiro no fué certero. Esto me hizo cambiar de direccion en mi marcha.

Giré el 24 á la ciudad de Huesca, donde hice rendir algunos franceses que se habian guarecido en dos torres de iglesia. Fueron en su socorro dos mil quinientos infantes y doscientos caballos, pero llegaron tarde para librarlos; y como me veia yo sin fuerza para vencerlos,

antes que se acercaran dirigí mi marcha á Barbastro y Benavarre.

En Barbastro me detuve ocho dias, haciendo los arreglos que eran objeto de este viaje. Supe, con disgusto, por acerbas quejas que se me dieron, que el brigadier Sarfield, enviado por el general Lacy á aquellos parajes, cuando estaban bajo de su mando, para hacer correrías contra el enemigo y llamarle la atencion, se ocupaba con preferencia de exigir de los pueblos contribuciones, raciones y equipo en cuantías poco proporcionadas á su corta columna, reducida á trescientos hombres, y que además á la fuerza arrancaba los mozos para engrosarla. Cuando yo llegué á Aragon, con muchísima premura trataba de sacar nada menos que cincuenta mil duros de la ciudad de Barbastro, y sus capitulares se veian en grande conflicto por la amenaza de quema del pueblo que les habia hecho no realizando el apronto. Mal pleito habria tenido el Sr. Sarfield si hubiera yo de decidirlo : conociólo él sin duda, y tomó el prudente medio de alejarse antes que pudiera pedirle explicaciones, pues no debia ignorar que desde el 7 de setiembre, en que la Regencia me encomendó el gobierno de aquel territorio, habia caducado la mision que tenia en él por el general Lacy.

Mes de diciembre.

Alejado Sarfield adonde por mis atenciones no podia yo ir á conferenciar con él, le oficié encargándole dejase á mi cuidado la administracion de los pueblos que correspondian á mi mando, que se abstuviese de obli-

gar á los mozos de los mismos á la incorporacion á su columna, que desde luego me enviase los que lo estaban ya, y diese sus órdenes á todos los comisionados que habia dejado en los pueblos para que desocuparan estos inmediatamente. Y posteriormente, habiéndose encontrado en el de Graos un teniente y dos subtenientes á pretexto de enfermos, y uno de ellos exigiendo de los pueblos derechos á nombre de Sarfield, los hice prender, y ofició al general Lacy diciéndole que estaban á su disposicion.

Sin darse por entendido el Sr. Sarfield del contenido de mi oficio, ni deberle mas contestacion que la de un *recibí* en su sobre, que devolvió á mi ayudante que hizo la entrega, ausente yo ya de Aragon, continuó con una conducta poco digna de un militar, mortificando de todos modos á los pueblos: tuvo con este motivo varias contestaciones con el comandante del 6.º batallon de mi division, y se ausentó, por último, al ver que los mismos pueblos trataban de oponerse formalmente á sus exigencias desmedidas. Fueron tales las quejas que se dieron á su jefe, el general Lacy, que este se vió obligado á mandar recibir una informacion judicial, que por razon de las revueltas del tiempo, y porque en ellas nunca salia mal el que mandaba algunas bayonetas y tenia un carácter tan elevado como el del Sr. Sarfield, quedaría en nada el resultado, por mas justificados que se presentaran los cargos que le acumulaban. Yo me creí obligado á dar conocimiento de todo al Gobierno, en 15 de febrero siguiente.

A mi vuelta á Navarra, después de dejar arreglados los negocios de administracion en el alto Aragon, y dar

mis instrucciones á los jefes militares sobre las operaciones en que con prediléccion debian ocuparse, reducidas á movimientos continuos para tener en constante alarma á los franceses, y al aprovechamiento en sorpresas de convoyes, piquetes y pequeñas guarniciones, me hicieron conocer de todos los puntos donde dejé distribuidas las fuerzas que habian quedado allí, los varios choques que habian sostenido durante mi ausencia, sin notable resultado en el mayor número de ellos. Las partidas destinadas en las montañas inmediatas al Pirineo, por el lado de Bastan, para observar al enemigo, al cargo de D. Matías Ilzarbe, sufrieron una fuerte persecucion por parte de los franceses en combinacion, y pudieron libertarse con corta pérdida, por el conocimiento del terreno, que tantos parajes encierra para ocultaciones.

Sabiendo el gobernador de Pamplona lo que habian disminuido las fuerzas en Navarra con mi salida para Aragon, el 16 de diciembre desde aquella plaza dirigió á Tafalla una columna de cuatro mil infantes y ciento ochenta caballos, para recoger granos y otros artículos de provision. Gorriz, que mandaba los voluntarios, quiso estorbarlo, y pasó frente al enemigo con los tres batallones 3.°, 4.° y 5.°, entre los pueblos de Olcoz, Viurrun y Muro; y hubo de una y otra parte pérdida igual, con corta diferencia, de muertos, de heridos y de prisioneros, pues que hasta de estos últimos los hubo en los dos campos.

Y aquí terminan los sucesos del año de 1812.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

	Pág.
Sucesos del año de 1808.	1
Sucesos de los años de 1809 y 1810.	17
Siguen los sucesos de 1810.	10
Sucesos del año de 1811.	19
Sucesos del año de 1812.	204